



Serie Jacaranda 1

*Una lista
de propósitos
y treinta noches
de verano*

YANIRA GARCÍA

Serie Jacaranda 1

*Una lista
de propósitos*
y treinta noches
de verano

YANIRA GARCÍA

Una lista de propósitos y treinta noches de verano

Serie: *Jacaranda*

Volumen: 1

Primera edición digital: noviembre de 2019

Copyright @ Yanira García, 2019

Diseño de portada: Alexia Jorques

Corrección: Raquel Antúnez

Maquetación: Raquel Antúnez



Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Amen, así, sin tilde.

Para Pablo, el niño de mis ojos.

Contigo cerca, vivo trescientas sesenta y cinco noches de verano.

Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[EPÍLOGO](#)

[EPÍLOGO: AXEL](#)

[PRÓLOGO](#)

[BIOGRAFÍA](#)

PRÓLOGO

—¡Te he dicho que marques la casilla de una vez! Eres cansina, Mérida.

Esa que leéis es mi hermana gemela, Olivia, a la que tengo que darle la razón en esta ocasión —y solo en esta porque no quiero que se acostumbre—, porque llevo toda la semana —y, cuando digo toda la semana, es un dato real, siete días con sus veinticuatro horas, sus diez mil ochenta minutos y sus seiscientos cuatro mil ochocientos segundos— de incansables y persistentes momentos de dudas e incertidumbres sobre el tema en cuestión, y ese tema no es otro que mi búsqueda de empleo.

Vale. La seguridad no es una de las cualidades que resaltaría en mi personalidad. No, no lo soy, os lo advierto de antemano para que no os llevéis un chasco, por lo que normalmente suelo consultar con ella cualquier cosa que implique una toma de decisiones. En realidad, le suelo consultar casi cualquier cosa, pero esto me tiene un poco —bastante— preocupada. Lo que sucede en esta ocasión es que la incertidumbre ha hecho mella en mí y mi cabeza va por sí sola. ¿No os ha pasado alguna vez que os repetís continuamente que no debéis pensar en algo, lo que sea y, tras ese pensamiento, lo hacéis más aún? Pues esa suelo ser yo y ahora parece que rozo la obsesión, pero solo porque me preocupa mi vida laboral. Os estoy chiflando y solo acabo de empezar.

La idea era muy sencilla, básicamente, porque me había montado una película digna de los Óscar en mi cabeza y no era otra que esa que me decía que, al acabar mi formación profesional, tendría miles de empresas ofreciéndome un puesto de trabajo y la realidad dista mucho de lo que había soñado.

—Es una decisión complicada, Olivia, ponte en mi lugar, empatiza conmigo —le pido.

—Ya, espera que me la imagino, ¡ah, no!, no hace falta porque resulta que es la misma que la mía —se jacta.

Sí, somos gemelas, no nos parecemos en nada más allá del físico, pero compartimos situación: desempleadas. Ahora, Olivia lo lleva mucho mejor que yo, supongo que es debido al hecho de que yo tengo previstos unos planes de futuro con Adán, mi novio, y ella suele disfrutar del momento sin pensar en lo que sucederá mañana. Y esto lo digo con inquina, porque la envidio por no tener ese pequeño demonio en su hombro izquierdo diciéndole constantemente lo que debería haber conseguido y lo que realmente ha logrado, como sucede en mi caso.

—¿Y si tampoco me cogen? —De nuevo ese pequeño miedo ahí, amenazando mi moral y minando la de mi hermana.

—Pues buscas otra cosa, será por oportunidades en la vida, Mérida, hay tantas oportunidades como culos.

—En teoría, lo que hay como culos son opiniones.

—Esa frase vale para todo. ¿Que tienes un gusto diferente al mío? Igual que culos hay en este mundo. ¿Que piensas distinto a mí? Igual que culos hay en el mundo. ¿Que crees que Thor no es uno de los mejores superhéroes que existe en este mundo? Háztelo mirar, porque estás muy mal de la cabeza y necesitas ir a terapia.

—La que está muy mal de la cabeza eres tú, Olivia; fatal, diría yo, siendo más específica.

—Y tú te has vuelto una aburrida desde que sales con el pijo ese. Apuesto a que es él quien te mete en la cabeza esas cosas sobre las responsabilidades y bla, bla, bla. ¡Somos unas jovencitas!

—exclama girando sobre sí misma con los brazos completamente estirados—. Tenemos que disfrutar de la vida.

—Tenemos que madurar, hemos acabado de estudiar, ¿no se supone que el siguiente paso es trabajar? —inquiero haciendo alarde de mi sentido de la responsabilidad.

—El siguiente paso, Mérida, es pasar el verano de nuestras vidas. Ya sabes, tras un gran esfuerzo, tiene que haber una recompensa y una recuperación.

—No vas a madurar nunca, Olivia.

—No, no pienso madurar, pienso disfrutar de este verano, porque, hermana, no será un verano distinto a otro que venga, pero, te aseguro, que será el mejor que recordemos. Y ahora, trae, que me voy a apuntar a ese proceso de selección contigo.

—¿Harías eso por mí? —Vale, ya no estoy enfurruñada, ahora estoy emocionada y quizá un poco agradecida.

—Claro, hermanita, por ti haría lo que fuera, incluso irme a la sierra en vez de disfrutar del sol del verano tumbada en una hamaca.

—Eres la mejor —la halago obviando su retintín.

—De eso que no te quepa duda, Mérida.

Como os decía, Olivia es mi gemela y, además de compartir color de pelo, pecas, estatura y fecha de nacimiento; también compartimos habitación y eso, a veces, resulta un castigo.

Habla mucho, demasiado, de todo, hasta de lo que le ha podido pasar al cruzar una calle; yo, en cambio, soy algo más reservada. Antonio, nuestro hermano, tiene un poco de las dos o nosotras de él porque es el mayor por un par de años.

Somos una familia bastante peculiar, imagino que como todas las familias. Utilizaré eso que ha dicho mi hermana antes y es que familias debe de haber como culos en el mundo.

Antón, mi hermano —que así es como le gusta que lo llamemos, porque eso de Antonio dice que le suena al siglo pasado— es un chico normal, no sé, le gusta la soltería, salir con los amigos y esas cosas que hacen los treintañeros, pero tiene ese punto responsable que comparto con él. Tiene un trabajo fijo, es feliz con lo que hace y creo que eso es lo más importante de todo.

Yo hice un Grado Superior en Actividades Físicas y Deportivas, y Olivia estudió algo relacionado con las energías renovables, ella es rara hasta para eso.

Y, bueno, pues pasó lo que nadie esperaba que sucediese y no es otra cosa que conseguir ese empleo en una sierra que no sé ni dónde se encuentra, pero que me acerca más a esa meta que me he establecido en la mente, esos planes de futuro con Adán que cada vez están más y más cerca y no quiero precipitarme, pero parece que empiezo a sentar la cabeza de verdad, porque el primer paso para la independencia pasa por conseguir un empleo.

Y en esas me encuentro...

Resulta que la cosa no es tan sencilla como en mi cabeza había planificado, porque, para empezar, el trayecto hasta ese lugar se me está haciendo insoportable y no exagero ni un ápice.

Cuando os decía que no somos una familia al uso, hablaba de lo que sucede ahora mismo y, porque esta chica que está sentada a mi lado es idéntica a mí y mi madre también es pelirroja, porque juro y perjuro que afirmaré con rotundidad que soy adoptada.

—Papá, por favor, ¿podrías bajar el volumen de la radio? —Llevo apenas quince minutos metida en la camioneta de mi padre y estoy convencida de que es uno de los peores errores que he cometido en mi vida.

Mi padre, ese que ahora mismo conduce en dirección a mi futuro empleo, no solo no baja el volumen, sino que sonrío complacido con fastidiarme y canturrea: «Mi carro me lo robaron», haciendo los coros y todo.

Mi madre va a su lado, pero no canta, ella se limita a mirar el paisaje y a secarse alguna tímida lágrima que se le escapa.

Me tenía por la gemela que se había quedado con la parte genética a la que se le puede sacar provecho, excepto porque, hoy, ella ha sido mucho más lista y se ha traído los cascos para escuchar música en su teléfono, aún no entiendo cómo no supe caer en la cuenta de que mi padre, con lo que le gusta Manolo Escobar, Antonio Molina y Juanito Valderrama; no sería capaz de no acompañar el trayecto con sus canciones.

—Canta conmigo, hija, piensa que vas a estar sin disfrutar de la música de los grandes durante un mes.

Yo le sonrío, pero nada natural, es una sonrisa forzada en plan: «mátame, camión».

—¡Un mes! Un mes es mucho tiempo, Mérida —replica mi madre que empieza a llorar de nuevo. Temo que se deshidrate por el camino, porque, entre las altas temperaturas y la pérdida de agua, la cosa se puede poner muy fea.

—No es para tanto, mamá, tómatelo como un respiro; aunque, claro, entiendo que el respiro te lo tomas de esta que tengo al lado —le argumento mientras señalo en dirección a Olivia.

—Ni caso, mamá —replica mi hermana—. Yo te voy a echar muchísimo de menos, porque nadie, nadie, cocina como tú.

—¿Tú no estabas escuchando música? —me quejo al ver cómo le hace la pelota a mi madre, y esta cae en sus redes, siempre igual.

—Estaba, estaba —me responde con sorna.

—Préstame un auricular, apiádate de mí —le suplico mientras mi padre desafina como un buitre atropellado por una bicicleta sin ruedas.

—Ni de broma, no te quiero tanto como para soportar a papá haciendo eso —matiza mientras señala en su dirección y se coloca los auriculares de nuevo para, posteriormente, ignorarme por completo. La entiendo, aunque no me haga gracia, la comprendo, porque es insoportable.

—Tener hermanas para esto...

—Mi carro me lo robaron, anoche cuando dormía —canturrea mi padre.

Y así todo el trayecto. «Una de cianuro, por favor...».

Decido que lo mejor es centrarme en la parte importante del asunto y fantasear con todo lo que voy a aprender y con el trabajo que voy a desempeñar, que no es otro que ese que tanto me gusta y el que elegí como vocación. El caso es que veo la parte positiva de la trama y voy cargada de ilusión por poder trabajar por primera vez y llevo muchos más pensamientos positivos que ropa en la maleta.

—¿Qué vas a hacer todo este tiempo sin el sieso de tu novio? ¿Lo has pensado? —Adiós positividad, te echaré de menos.

—Olivia, deja a tu hermana —protesta mi madre.

—No discutáis —interviene mi padre que ya se las ve venir y sabe que esto acaba en enfrentamiento.

—¿Trabajar? —inquiero respondiendo una obviedad.

—Y llorar por las esquinas. Bua, Bua, no está Adán, bua, bua —gimotea mi hermana haciendo un pésimo intento de imitación, porque yo no lloriqueo así, lo hago con más suavidad y menos gritos.

—¿Te he dicho alguna vez que eres adoptada?

—Mérida —me reprocha mi madre—, no trates así a tu hermana.

—Empezó ella, mamá —protesto a modo de defensa.

—¡Dios! ¿Quién me mandaría a mí a tener dos hijas y tres mujeres en casa?

—Eso quisiera saber yo —replica mi madre—, eso quisiera saber yo.

—Mi carro me lo robaron, anoche cuando dormía —vocifera mi padre para acallar nuestras protestas.

Y así todo el trayecto, el más eterno que he hecho en mi vida.

CAPÍTULO 1

Un día te levantas llena de ilusiones y crees que nada puede salir mal, hasta que te subes en una camioneta de los años ochenta y tu padre, a toda voz, canta sin parar y crees que nada puede ir peor; pero, no, sí que puede, siempre puede ir peor y eso lo he ido aprendiendo con el tiempo.

Llegamos puntuales porque, a pesar de ser una familia extraña y con muchas peculiaridades, somos puntuales y en eso no hay quién nos gane, en eso y en lo competitivos que somos, sobre todo si se trata del dominó; pero ese es otro asunto que tratar en otra ocasión. Piano, piano.

—Vale. Tengo un plan —les explico al llegar, aún estacionados con el resto de vehículos en un terraplén—, voy a acercarme a la recepción y a preguntar, esperadme aquí.

Y me giro sin esperar respuesta a esa frase que acabo de verbalizar y que tiene lo mismo de orden que de súplica silenciosa.

A priori, no me parece un lugar para nada extraño. Siempre me ha gustado el campo, los senderos, perderme en el bosque; no sé, esa sensación de ser una superviviente y poder con todo lo que se me ponga por delante.

Quiero pensar que lo mío siempre ha sido la sensatez, pero no eso solo, sino una mezcla de lógica, cordura y ganas; porque ganas nunca me han faltado. Y, ahora mismo, observando todo como si jamás hubiese estado rodeada de frondosos árboles, matorrales de nombre desconocido y probablemente impronunciable y tierra, mucha tierra; respiro mejor.

Sigo el sendero con esa ilusión y ese nerviosismo navegando dentro de mi estómago y encuentro un pequeño poste de madera lleno de flechas indicativas: recepción, servicios, comedor, granja, lago y cabañas.

Vaya, la palabra cabañas suena bien, pero el lago, el lago no tiene precio.

Si la naturaleza siempre me ha resultado increíble, el mar y lo que ello conlleva me abruma. Me hace sentir fuerte y grande, aunque no lo sea y necesite contar mis problemas y contrastar opiniones.

Antón siempre me reprocha mi actitud y me dice que tengo que coger la vida por los cuernos, pero siempre pienso que esas frases son las típicas que suele decirte tu hermano para hacerte sentir fuerte y valiente y que te sientas menos hormiga y más águila.

Sigo el sendero que lleva hasta la recepción y accedo a ella con todo mi entusiasmo brotando.

Este es mi primer trabajo o lo que se podría catalogar como tal, porque las clases particulares a los vecinos de la urbanización y las noches de cenas calentadas al microondas al hijo de nuestros últimos vecinos no cuentan.

Olivia en eso sí que me gana. Siempre ha ido un paso por delante de mí, en todo: en novios, en trabajo y en amistades; porque a ella se le da bien todo y no le teme a nada. Gemelas, o eso dicen que somos, y doy fe porque nos parecemos en demasía, pero la realidad es que somos diferentemente iguales, como las estaciones del año, el día y la noche o el sol y la luna.

Tras el cuidado mostrador de madera de roble se encuentra una chica de gafas y coleta bien tensa y no pierde detalle de mis movimientos.

—Tú debes de ser la nueva —me dice sonriendo.

—Eso dicen, aunque supongo que nuevos somos todos.

—No todos —me responde ensanchando el gesto y mostrándome la hilera de pequeños dientes—. Soy Simona, la recepcionista.

—Mérida, la chica nueva —bromeo.

—Encantada, chica nueva. ¿En qué te puedo ayudar? Espera, no respondas, porque lo sé. —Sale de detrás del mostrador y acude a mi encuentro—. No voy a hacerte un *tour* por el campamento, básicamente, porque no puedo ahora mismo, estamos abriendo y en cuestión de horas comenzarán a llegar todos los chicos y chicas que pasarán estos treinta días con nosotros, pero te daré un plano para que busques tu cabaña. Sobre las doce de la mañana, en el salón que hay en esa zona —me dice señalando con el dedo índice hacia fuera—, haremos una reunión donde explicaremos todo con detenimiento y el reparto de actividades y tareas. Encantada —se despide con diligencia, puesto que hay varios chicos esperando tras de mí, supongo que compañeros—. Ah, y me olvidaba, tienes que ponerte el uniforme, es obligatorio —finaliza antes de guiñarme un ojo.

Con toda la información recopilada, salgo de la cabaña y me encamino hasta la camioneta donde he dejado al resto de mi familia.

—Pss, pss.

Me giro al escuchar el sonido y observo a mis padres y a mi hermana.

—¿No os dije que me teníais que esperar en el terraplén?

—Yo no escuché nada —me provoca Olivia.

—Yo tampoco —la secunda mi madre.

Mi padre no responde, porque prefiere no mirarme antes que soltarme una mentira y, sí, así es mi familia, como los culos de los que hablamos antes, todos distintos y extraños.

Caminamos en silencio hasta la furgoneta de mis padres. Olivia canta algo que no sé descifrar, una mezcla entre rap, cuchicheo y aullido de lobo. Mi madre comienza a gimotear, porque a dramática no hay quién la gane, y mi padre, mi padre se limita a tomar mi dedo meñique enfundándome calma, no me queda claro si es por aguantar a mi hermana este mes, por perder de vista a mi madre o por no poder ver a Adán.

—Mucha suerte, hijas mías.

Mi padre siempre ha sido la cordura en persona. Desde que tengo uso de razón es el que pone punto y final en todas y cada una de las polémicas que se suceden en casa, ya sea porque no nos sabíamos anudar los cordones de las zapatillas de deporte, porque Olivia se empeñaba en destrozarme la coleta incluso antes de salir de casa o porque Antón había traído a una chica, y mi madre estaba enfadada por ello.

A día de hoy, sigo sin entender cómo mis padres se enamoraron siendo tan distintos como son; agua y aceite sería una buena definición, y cada vez tengo más claro que es por el esfuerzo que le pone mi padre a la relación.

Me llevo bien con ambos, no penséis que mi madre es mala o nos desprecia, porque no es así, simplemente, ella y Olivia tienen caracteres más compatibles y se entienden mejor. Yo, en cambio, congenio con Antonio padre, ese hombre que ahora mismo me tiene entre sus brazos y deposita besos en mi pelo.

—Te perdono por eso que me has hecho en tu coche —murmullo en un hilo de voz.

—¿El qué?

—Obligarme a escucharte cantar.

Mi padre prorrumpe en carcajadas y sé que se siente tan bien conmigo entre mis brazos como yo entre los suyos. Cosa de genética y amor, creo que es.

—Portaos bien, lavaos los dientes todos los días y llevad pañuelos en el bolsillo por si

necesitáis hacer pipí detrás de un árbol.

—¿Algún otro consejo, mamá? —pregunto condescendiente.

—No os acostéis tarde, el secreto de una buena tez es dormir un mínimo de ocho horas diarias.

—¿Y de chicos? —Olivia quiere provocarla, porque es su forma de ser, le encanta poner colorada a mi madre, y mi señora progenitora siempre, siempre cae.

—Eso no me preocupa. Por lo menos con Mérida.

—Dudo que aquí haya chicos, mamá. —Olivia me enseña la lengua, por mi comentario y por fastidiarme—. Y, si así fuese, no creo que quieran fijarse en la señora cuervo.

—Bua, bua, Adán no está, bua, bua.

Y, así, con alguna que otra sonrisa, una tímida lágrima y mucho humor; nos retiramos al que será nuestro hogar los próximos treinta días, treinta días y sus respectivas treinta noches.

CAPÍTULO 2

—En teoría, tenemos que ir hacia la derecha por este sendero para llegar a nuestra cabaña —le explico a mi hermana con el mapa abierto en la mano.

El deporte siempre se me ha dado bien, las contorsiones, las carreras, el aire libre y todo eso que va de la mano, pero los mapas no, definitivamente no.

Ese discurso de antes sobre mi sentido de la supervivencia se ve mermado por una estela oscura que acompaña la orientación, pero eso tampoco es nada nuevo en mí.

Un aparcamiento, un parque, un centro comercial o simplemente recorrer las calles en coche de un pueblo que desconozco, se pueden convertir en un martirio y dejar atrás la aventura.

—Trae, que no me fio de ti, la última vez que seguí un consejo tuyo sobre cómo llegar a un lugar, pensaba que terminaría cogiendo un barco a Tenerife.

—Exagerada —le reprocho soltando una carcajada.

Y sé que tiene razón, pero mi hermana es como mi madre, todo es un mundo para ellas, aunque luego terminen por solucionarlo en treinta segundos y hacen bien.

Creo que, si mi hermana Olivia tuviese un lema en la vida, no sería otro que: «para qué preocuparte por algo que no merece preocupación alguna» y no sé si eso es una consigna o una frase hecha que quiere serlo, pero ella es así y le ve esa lógica a todo lo que se le pasa por delante. Es de las que opina que si sucede algo malo es porque eso te va a enseñar algo, aunque solo sea acabar con el culo escaldado por haber hecho el bobo y no haya ningún aprendizaje detrás. Cosas de una persona práctica y con pericia.

Le entrego el mapa, y ella se dedica a ojearlo con atención mientras yo me adentro en el paisaje y sonrío, no por nada en especial, sino porque me gusta lo que veo y presiento que será un verano que de verdad pueda cambiar nuestras vidas.

—Sonrisa...

Una leve voz me hace centrar mi vista de nuevo en el camino principal.

Miro hacia atrás y veo a mi hermana parada moviendo el mapa como si intentase orientarse en él, no sé si pretende encontrar los puntos cardinales para salir o para llegar, la verdad.

En un lateral observo a un chico caminando por otro sendero, casi llegando al principal en el que nos encontramos.

—¿Te conozco? —pregunto con cautela, porque nunca se sabe.

—Eso quisieras tú, sonrisa...

Me giro de nuevo y ahí está ella, mirándome fijamente y sonriendo de lado, porque sé que ella se desenvuelve bien ante desconocidos, en cambio yo, yo me desenvuelvo bien haciendo el ridículo con la gente que no conozco. No me malinterpretéis, me gusta conocer gente nueva y relacionarme, pero me cuesta, me cuesta eso de abrirme a cualquiera o responder con comentarios lúcidos cuando no tengo esa conexión que te da el tiempo.

—Perdona, sigo sin entender nada, ¿hablas conmigo?

—No veo a nadie más por aquí —responde el susodicho ensanchando la sonrisa.

—Gracias por la parte que me toca —contesta Olivia, esa que hasta hace escasos segundos estaba a unos metros y, ahora, ahora nuestras manos se pueden rozar y nuestras respiraciones se

entremezclan, haceos una idea de la distancia que existe entre nosotras en este preciso momento.

—No sé si veo doble o...

—El chiste fácil de siempre —resopla Olivia.

—Ya ves —suelto sonriendo con más énfasis.

—¿Quién es quién?

—¿Lleva gafas? —insinúa mi hermana.

—¿Bigote? —añado con descaro.

El desconocido se ríe, y nosotras lo acompañamos.

—¿Pelirroja? —responde con desfachatez.

—Otro chiste absurdo —protesto.

—Vale, vale, lo puedo hacer mejor, sonrisa.

Alzo los hombros mostrándole lo poco que me importa lo bien o mal que lo sepa hacer.

—Estamos buscado nuestra cabaña —le explica Olivia—, y, aquí, mi hermana es un poco lerda a la hora de orientarse, y yo tampoco es que sea la mejor del mundo, ¿podrías ayudarnos?

—Depende —responde con socarronería el desconocido.

—¿De qué depende? —pregunto participando en la conversación.

—De lo que pueda recibir a cambio... —lo pronuncia en un tono tan extremadamente suave y varonil que, si no fuese inmune a los encantos de cualquier hombre que pise la tierra, ahora mismo estaría rendida a sus pies, tal como justamente hace mi hermana.

—Paso —me apresuro a responder—. Llegaremos nosotras, solo es un chico al que le gusta provocar —insisto observando que a mi hermana le entra por un oído y le sale por el otro.

Olivia clava sus ojos en mí, y sé perfectamente que me quiere decir que me calle, porque es un chico guapo y ella, repito, ella quiere darle algo a cambio, a saber qué, sus bragas como mínimo.

—Como soy un buen chico...

—Lo dudo —suelto con solemnidad.

Olivia clava de nuevo su vista en mí y entorna una ceja, lo hace porque lo lógico y normal en estas situaciones es que yo, es decir, la Mérida que ella conoce, se calle, guarde silencio y permanezca en un segundo plano y, si lo pienso bien, hasta yo misma me sorprendo por mi actitud.

—Como soy un buen chico —repito reprimiendo una sonrisa—, os ayudaré sin pedir nada a cambio, pero solo esta vez, no os acostumbréis —explica sin apartar su mirada de mí.

Olivia le entrega el mapa y le explica cuál de todas las cabañas que salen en él es la nuestra, y el chico en cuestión, con el mapa en la mano, comienza a andar mientras mi hermana aprovecha la tesitura para colocarse a su altura y hablar sin parar.

A pesar de todas las diferencias que pueden existir entre nosotras y de que no siempre me gustaría ser como es ella, debo confesar que admiro a Olivia. Es una persona camaleónica y se adapta a la perfección a cualquier entorno y eso es, como poco, inaudito.

Yo suelo estar en el lado contrario de la película y necesito tener todos los pros y los contras sobre la mesa para saber cómo actuar, ya os lo he explicado. No se me da bien eso de dejarme llevar y puede que de esa forma me pierda las mejores cosas o experiencias de la vida, como se encarga Antón de repetirme, pero yo pienso que lo que esté para uno llega sin más, aunque des un gran rodeo antes.

Me centro en lo que nos envuelve y observo con detenimiento el campamento. Me gusta el olor a verde, a bosque, a monte, a madera recién cortada, a tierra, a rocío, a la libertad de este sitio.

Saco mi teléfono y le escribo un breve mensaje a Adán.

«Deberías estar aquí y observar lo maravilloso que es este lugar. Te echo de menos».

—Tenemos una reunión a las doce en la sala central o algo así nos han dicho al llegar, ¿crees que podrías acompañarnos?

Recupero la conciencia cuando escucho a Olivia pedirle al desconocido que nos lleve luego al salón central donde se celebrará la reunión de bienvenida que me comentó Simona.

—No creo que haga falta, es, básicamente, hacer el camino a la inversa, Olivia —la reprendo, a sabiendas de que sus intenciones están más que claras y no son otras que las de poder pasar más tiempo con el desconocido.

El chico, que debe de tener algunos años más que nosotras, clava la vista de nuevo en mí, y yo respondo con total indiferencia a su mirada de: «soy el dueño del mundo y lo sabes», que puede que no quiera decirme eso, pero es lo que interpreto.

—¿Y si nos perdemos? —lloriquea apostando esa pelirroja que dice compartir genes conmigo.

—Pues buscaremos cómo llegar —la reprendo.

—Ya, claro, con tu increíble sentido de la orientación —masculla.

Le resto importancia al comentario mientras sigo embebiéndome de todo lo que nos rodea.

—Esta es vuestra cabaña, chicas, y no tengo problema alguno en acompañaros a dicha reunión, yo tengo que ir igual. —Le guiña un ojo a mi hermana y luego a mí. Pongo los ojos en blanco porque me resulta un desvergonzado—. Os dejo para que os acomodéis, cualquier cosa, no dudéis en preguntarme —nos indica.

Nos quedamos plantadas en el sitio, mi hermana babeando por el chico, su forma de caminar y su culo, que no es que yo lo esté mirando, pero ahora mismo es un entretenimiento, es como un crucigrama en medio del bosque, y nuestra atención se centra en resolverlo. Mucho más la de mi hermana, a la que, sin duda, no le importaría rellenar todos sus espacios de letras, ya me entendéis.

—Cierra la boca, Olivia, que te van a entrar bichos —me burlo.

Paso por su lado mientras subo los tres escalones que llevan a la puerta de entrada. El lugar perfecto en la estampa perfecta.

Os dije que la palabra «cabaña» llamaba muchísimo la atención, pero «lago» me sonaba a gloria bendita y ahora, plantada delante de toda esta madera que forma una pequeña casa rústica, me siento cada vez más maravillada y contenta de haberme inscrito y de haber sido seleccionada, ya casi no me importa nada haber escuchado cantar a mi padre durante todo el trayecto. Casi...

No sé qué nos va a deparar este mes, nadie puede saberlo a ciencia cierta, pero, ahora mismo, tengo muchas ganas de descubrirlo.

—Hasta luego, vecinas. No olvidéis poneros el uniforme para acudir a la reunión.

El desconocido sacude la mano con énfasis a modo de despedida y, ahora que tenemos claro que es el chico que ocupa la casa de al lado, sé que estos treinta días serán, de todo, menos tranquilos.

CAPÍTULO 3

Accedemos a la que será nuestra casa y me siento como una niña con zapatos nuevos.

—Mira esto, es increíble. —Giro sobre mí misma para ver todos los recovecos de esta cabaña de madera—. Tiene hasta chimenea.

—Estamos en verano, ni lo pienses —protesta mi hermana averiguando mis intenciones—. Me pido la habitación de la derecha.

—¿Tiene habitaciones?

—No pensarás que vamos a dormir juntas, ¿verdad? Eso queda descartado.

Niego con la cabeza.

—Bastante tengo con aguantarte en casa —bromeo.

—Eres una pelirroja con mal carácter —me reprocha mi hermana haciéndose la víctima.

—¡Boba! —le grito antes de que cierre la puerta de su nueva habitación.

Coloco la maleta que he traído y la dejo delante de una puerta que da a la otra habitación. Observo las ventanas que están cerradas y me dirijo a ellas con premura para abrirlas. El salón tiene dos que dan al porche por el que acabamos de acceder, una a cada lado de la puerta. Corro los visillos pequeños que dan más intimidad al espacio y permiten que las personas que transiten el sendero no puedan ver desde fuera nada y me desplazo hacia la cocina para abrir la que se encuentra encima del fregadero. Es abatible y me gusta. Abro el cristal y permito que entre aire fresco a la habitación.

—Sonrisa...

Alzo los ojos y veo al chico que nos ha acompañado hasta nuestra cabaña saludándome con la mano. Respondo al saludo por cortesía y me encamino hacia la que será mi habitación. La puerta es de madera, pero, al igual que la de la entrada, no pesa nada. Accedo a mi nuevo espacio y tiene lo justo y necesario. Una cama, un armario y una pequeña mesilla de noche con una lamparilla de esas antiguas. Una ventana con otro visillo y poco más. Tampoco es necesaria tanta floritura porque las paredes ya proporcionan toda la calidez que necesita el espacio.

Coloco en la ventana mi nórdico para que se airee mientras deshago la maleta. Varios pantalones vaqueros, pantalones cortos, camisetas y sudaderas. Unas zapatillas de deporte, unas chanclas para la playa y unas botas de montaña. Ropa interior y bikinis. Solo cosas prácticas.

Saco el neceser y me dirijo al baño para dejar allí mis cosas de aseo.

Olivia se me ha adelantado, lo intuyo por los gritos indescifrables que percibo desde fuera, de nuevo cantando algo que vete a saber qué es. Toco varias veces en la puerta para que se dé prisa.

—Nos quedan veinte minutos para estar en la sala. No tardes.

En el sillón veo varias camisetas de color naranja con el logo del campamento Jacaranda. Cojo tres y las llevo hasta mi habitación para guardarlas en el armario.

—Tendremos que lavar las camisetas cada día, porque no nos han suministrado demasiadas —se queja Olivia al coger las suyas.

Alzo los hombros en señal de indiferencia, en realidad, me da un poco igual lavarlas cada día.

—Hemos venido a trabajar —matizo.

—Ah, ¿sí? Pensaba que habíamos venido de vacaciones.

Entro en el baño y cierro la puerta. Dejo mi neceser en una repisa, saco un gel de almendras y un champú de avena y los coloco en una de las estanterías de la ducha. El resto de mis utensilios los pongo dentro del armario. Veo que mi hermana ha hecho lo propio con sus cosas.

Lavo mi cara, peino mi cabello y me hago una coleta alta. Huelo mis axilas y les doy el visto bueno. Sustituyo mi camiseta de búhos por esa de color naranja que, a partir de ahora, será la que me acompañe y, tras anudar bien mis zapatillas, salgo al salón.

Allí están mi hermana y el desconocido, sonriendo y hablando como si se conocieran de toda la vida y no desde hace cinco minutos y medio, siendo optimista y benévola.

Coloco mis brazos en jarras y carraspeo un par de veces para llamar la atención de mi hermana.

—¿Qué? —inquiérese como si no supiese lo que le quiero decir.

Me armo de paciencia porque, en el fondo, sé que su parte irracional es la que está haciéndose cargo de su comportamiento y, por otra parte, ha venido a pasar este mes conmigo para que no me sienta sola y abandonada, eso es una razón de peso para no cometer un asesinato.

—Bonita cabaña, sonrisa —me dice.

—No soy sonrisa, soy Mérida, y tú eres...

—Axel, pero puedes llamarme como tú quieras, sonrisa.

—¡Como tú quieras, dice! —Se ríe mi hermana como una urraca.

La miro y cesa en su sonido, tengo que recordarme que la mayor soy yo, por unos escasos minutos, y que soy la que pone la parte racional a su no racionalidad alguna.

—Olivia, la próxima vez que decidas traer invitados, te agradecería que contases con mi opinión, porque podría haber salido desnuda de ese baño y no sería nada divertido.

—No lo sería para ti, sonrisa —especifica Axel—. Yo lo catalogaría como lo mejor del día —bromea.

Arrugo el gesto ante su comentario y me encamino hacia mi habitación sin replicar. La indiferencia es la mejor respuesta.

—Se ha enfadado —le explica mi hermana—. Mérida es doña perfecta.

—Cállate, Olivia —le recrimino.

En el fondo, sé que eso es lo que todos piensan de mí, que soy una chica perfecta, pero no porque carezca de defectos, no, ni mucho menos, sino porque intento ser racional a la hora de tomar mis decisiones, por eso y porque tengo una lista de propósitos.

Pero, para mí, es una característica más que conforma mi personalidad y no creo que sea nada malo, es sencillamente ser prudente y evitar cometer errores por insensata.

Con respecto a la lista de propósitos, es sencilla y no es cosa de Adán, como dice mi hermana. Es, simplemente, que considero que una persona, tras finalizar los estudios, tiene que marcarse unas metas a largo y corto plazo, es decir, lo propio es; conseguir un trabajo, formalizar la relación de pareja, vivir juntos, casarme y tener hijos. Creo que es lo lógico y no es nada que no se plantee cualquier persona con un mínimo de raciocinio y es algo que hace el resto de la humanidad. Todo el mundo menos Olivia y Antón, ellos reman en otro barco y los respeto, lo juro, pero creo que se equivocan.

Mi teléfono vibra y sonrío al pensar que es Adán quien me ha escrito.

«Disfruta mucho de esa aventura».

Guardo en el bolsillo el pinchazo que siento al darme cuenta de que no me ha dicho nada sobre echarme de menos e intento recomponerme un poco antes de salir.

Llaman a mi puerta y abro tras dejar el teléfono en la mesilla.

—¿Ya le has escrito a tu amorcito? —me pregunta mi hermana cuando abro.

—Por supuesto —respondo sin dejarme llevar por la inquina con la que ha verbalizado su cuestión.

—¿Amorcito?

—Mi hermana está comprometida con don perfecto.

—Déjalo, Olivia, eso no es asunto de nadie —me quejo.

—¿Nos vamos? —pregunta mi hermana.

—Por supuesto —responde Axel.

Cierra la puerta, y me doy cuenta de que la seguridad en las cabañas es nula. No hay llave para cerrar al salir, hay un pequeño pestillo por dentro que cierras una vez estás en el interior; pero, al irte, eres pasto de los ladrones y figones que deseen entrar en tu espacio privado.

—¿Llevas mucho tiempo comprometida?

—No te interesa —finalizo.

—Sí que me interesa, soy bastante curioso.

—Lleva comprometida poco más de un año con un tipo que es don prudente. —Miro a mi hermana con mala cara, pero a ella parece darle igual mis protestas porque continúa—. Se llama Adán y es mayor que ella, se quieren casar y todas esas cosas que estaban de moda hace veinte años.

—Ya veo, ya.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si yo no estuviese presente?

—Mejor delante que por detrás.

—Por detrás me gusta —comenta Axel con socarronería.

Su voz, de nuevo, suena excesivamente cargada de intimidad y sensualidad. Y, en un arrebato de descaro, lo observo con atención y veo que tiene unos ojos grises preciosos. Grises, pensaba que era una leyenda urbana y que nadie podía tenerlos de ese color.

Mi hermana sigue riendo por su anterior comentario, obviando que ahora mismo mi mirada está centrada en la suya, y la de Axel en la cantidad de pecas que recubren mi nariz.

—Podría llamarte pecosa, pero me gusta más tu sonrisa.

Me giro y continúo mi camino, omitiendo a conciencia el comentario que me ha hecho y la intimidad que he sentido al escuchar sus palabras.

—¿Llevas mucho tiempo viniendo a este campamento? —atina a preguntar mi hermana.

Yo camino un par de pasos por delante de ellos, pero percibo su mirada clavada en mi nuca, sé que me está escrutando con ella.

—Unos años, dicen que una vez entras en Jacaranda, no puedes dejar de venir.

—Es la paz que se respira aquí —añado como si formase parte de esa conversación.

—Sí, tienes razón, es la paz que se respira en este paraje y no solo eso, pero el resto tendrás que descubrirlo.

Y sé que se refiere a mí, que me lo explica en primera persona y que, eso que me ha dicho, hace que tenga más ganas de que esta aventura comience.

CAPÍTULO 4

Llegamos puntuales a la reunión, aunque no lo suficiente porque hay muchas personas ocupando las butacas del salón de reuniones.

La mayoría lleva la misma camiseta que nosotros, exceptuando un par de personas que tienen una con el mismo logotipo, pero son de color azul.

—¿Por qué unos van de azul?

—Muchas preguntas, sonrisa, espera a que hablen y te lo expliquen, no voy a estar toda la vida para guiarte.

—¿Y por qué tú llevas una camiseta de deporte? —interpelo cambiando el tema y obviando su respuesta.

—Me gusta desafiar a la ley, soy un chico malo.

Olivia le pone ojitos. Ambas sabemos que esas son las palabras exactas para que sus bragas dancen solas al son de la música más pegadiza que pueda existir. No sé si reírme o llorar, la verdad.

Tomamos asiento en una de las últimas filas y el alboroto es generalizado.

Es una cabaña con un techo abovedado precioso y muy acogedor. No tiene chimenea, pero, aun así, da la sensación de no ser necesaria.

Observo todo con atención. Soy muy fijona, lo sé, pero es algo que hago habitualmente, estudiar lo que te rodea siempre te da pistas de lo que puedes encontrar.

La chica de la recepción entra y me saluda con la mano al verme. Pasa por delante de varias personas y se coloca a mi lado.

—Hola... Perdona, no recuerdo tu nombre, soy muy despistada.

—Mérida, se llama Mérida —le responde Axel.

—Tengo boca —le reprocho enfurruñada por su descaro.

—Eso es indiscutible —responde mirando fijamente mis labios.

Vale. No me mola este rollo, es un chico malo, canalla y seguro de sí mismo, y me parece genial, pero esas cosas funcionan con otras, no conmigo.

—¿Tú no estabas en otra conversación? —pregunto con reproche.

—Yo estoy en todo, sonrisa.

Le doy la espalda o toda la espalda que le puedo dar, teniendo en cuenta que está sentado al lado de mi hermana y que tengo la certeza de que tiene la oreja puesta para saber qué decimos y qué no.

—Simona, ¿verdad?

—Yo misma —me responde sonriente la susodicha.

—¿Llevas muchos años viniendo al campamento?

—Es mi segundo año. La experiencia me gustó tanto que quise repetir. Jacaranda tiene mucho que dar y aprendes muchas cosas, es enriquecedor.

Asiento ante su comentario porque me han gustado mucho los adjetivos utilizados para describirla. De esta manera, te haces una idea de a qué atenerse.

—La verdad es que me apetece mucho comenzar. No sé bien qué tenemos que hacer, pero

estoy dispuesta a disfrutar de todo —le explico.

Ella cabecea afirmando mientras me señala a varias personas que están de pie en la parte delantera esperando a que nos callemos todos para comenzar.

Mientras poco a poco vamos guardando silencio en la sala, ellos hablan entre sí y cogen varias carpetas.

—Buenos días. Quizá debería decir buenas tardes, porque ya son más de las doce. —Un par de risas interrumpen su saludo. Olivia me mira con cara de «me voy a potar toda», y yo le hago señales para que se calle. Axel se coloca en mi campo de visión y me guiña un ojo. Puñetero psicópata—. Como bien decía, buenas tardes, un año más comienza nuestro campamento, Jacaranda no es un lugar cualquiera en un paraje precioso, ni mucho menos, Jacaranda es aire, experiencias, sensaciones y emociones; es compartir, aprender y disfrutar, y quiero agradecerlos a todas y a todos que queráis participar de esto.

Unos aplausos interrumpen el momento.

—¿A que es fascinante? —le pregunto a Simona.

—Mucho —me responde de nuevo Axel.

Contengo una mueca, cuento hasta cinco y presto de nuevo atención al discurso.

—Mi nombre es Laura y soy la coordinadora de este año.

—Como todos —añade Simona.

Alzo una ceja y anoto mentalmente que debo preguntarle luego por los años anteriores.

—Yo soy Luis. —Toma la palabra el señor que estaba a su lado. Bastante mayor que ella.

—Es su padre —me cuenta Simona.

—Y, como bien ha dicho Laura, Jacaranda es mucho más que un campamento de verano.

El discurso de bienvenida dura una hora, donde nos explican que los chicos y chicas de las camisetas azules son los responsables, algo así como jefes de sección y es a ellos a quienes debemos dirigirnos si tenemos algunas eventualidades con las que no contábamos. Para mi sorpresa, Axel es uno de ellos. Laura, la coordinadora, tuerce el gesto al ver que él no lleva la camiseta, pero o es demasiado condescendiente o está acostumbrada a que Axel, alias el chico malo, haga lo que le salga de las narices y puede que no vaya demasiado desencaminada en esta última opción que os planteo.

—Normalmente nos presentamos, pero creo que hay pocas caras nuevas este año, así que, si no es mucha molestia, salid y contadnos quiénes sois y qué esperáis descubrir en Jacaranda.

Simona me mueve la rodilla para que reaccione. ¿Os he dicho que se me dan bien poco las relaciones sociales? Pues, vale, se me da peor hablar en público, tartamudeo y me pongo roja. Definitivamente, no es lo mío y no quiero pecar en exceso de dramatismo, que esto más bien es cosa de mi madre, pero, si llego a saber que tengo que hacerlo, me habría quedado en casa y habría fingido tener paperas.

—Mérida, espabila —me pide Olivia.

Me coge de la mano y me dejo llevar por la inercia. De esta ya no puedo escapar.

Caminamos por el pasillo y me siento el centro de atención sin siquiera haber llegado a lo que parece un estrado.

—Buenas tardes —nos intenta enfundar calma Luis.

Hemos salido a la palestra cinco personas, tres chicos y dos chicas.

—Las damas primero —grita Axel desde su posición.

Si las miradas matasen, lo aniquilaría con mi visión quemastúpidos.

Mi hermana se convierte en mi ángel de la guarda y habla ella primero.

—Somos gemelas, ella es Mérida y yo Olivia. Nacimos el mismo día, en el mismo hospital y

con varios minutos de diferencia, ella es mayor que yo, así que me ha tocado ser la niña mimada —bromea.

Y ya se ha ganado al personal, todo el mundo la mira y sonrío, esa es Olivia Pertejo, dueña y señora de las masas y futura gobernadora del mundo entero, digna descendiente de María, mi madre.

—¿Algo más que añadir? —nos pregunta Laura.

—Di algo, mujer —pide Axel con sus manos apoyadas en las rodillas y batiendo las pestañas como si tramase un plan maléfico. Y no hay nada más malvado en el mundo que hacerme hablar en público con lo que lo odio.

Se me seca la garganta, lo juro.

Mi hermana me da un codazo, y yo, mientras, intento usar todas esas técnicas que tan conocidas son: imaginarse a la gente en ropa interior, imaginar que estoy sola y que nadie me escucha, todos borrachos... No sé, porque nada de eso funciona.

—Hola. —Es todo lo que sale de mi boca. Ya, bueno, no soy lo que se dice una oradora nata.

—Es tímida —explica mi hermana haciendo que me ponga más colorada aún.

Axel se levanta y se pone a aplaudir como si hubiese dado el mejor discurso del mundo, y la gente lo observa sonriendo, como si de verdad fuese así, es más, hasta se suman al aplauso. No sé si agradecerse o soltarle una lata entera de hormigas carnívoras en medio de la noche y esperar a que lo devoren.

Antes de sentarnos, nos hacen entrega de una de las carpetas. Camino cabizbaja, y Axel me tiende la mano para que le choque los cinco.

—En la mejilla te la chocaba.

—Me gusta más en otras zonas, puestos a pedir —me suelta guiñándome un ojo con desfachatez.

—Eres un descarado —le acuso. Esa es la palabra exacta, descarado.

—Lo soy y me gusta, llegará un momento en el que a ti también te guste —me desafía.

No le respondo, paso de sucumbir a sus provocaciones, casi que prefiero tomar asiento y hacer como si no existiera.

—En vuestras manos tenéis una carpeta donde encontraréis toda la información relativa a la programación de este mes. Horarios, actividades, juegos, turnos, duchas... Todo lo necesario para que Jacaranda funcione a la perfección.

Ojeo el contenido y veo el horario semanal de actividades en las que me voy a encontrar y los compañeros con los que compartiré mis horas.

—Este año hemos incorporado el huerto ecológico y la granja —nos explica Luis—. Tendréis que encargarnos de que los animales no se escapen y de que la cosecha esté en perfecto estado. Pensad que eso hará que nuestros chicos se sientan útiles y productivos porque, ya no es cuestión de practicar deporte, es más que eso y creo que es enriquecedor.

Laura asiente en respuesta a lo que ha dicho su padre —si lo que Simona me ha contado es cierto— y parece ser que todos hacemos lo mismo.

—¿Alguna duda? —inquire Laura.

Axel levanta la mano, y ella le pone ojitos. Opción uno, opción uno y, además, añadido que aquí se cuecen habas.

—¿Las normas siguen siendo las mismas que los años anteriores? —pregunta.

—Siguen siendo las mismas. Hay una copia dentro de la carpeta. La más importante es que está prohibido confraternizar con los compañeros. Ya sabéis a qué me refiero —carraspea Laura, y todos sonrío.

Tras las oportunas despedidas, después de indicarnos dónde están los despachos de ellos por si tenemos que acudir por algún tema puntual y avisarnos de que después del almuerzo comenzarán a llegar los chicos, nos levantamos y salimos al exterior, tenemos mucho trabajo por delante. Nada más y nada menos que treinta días.

CAPÍTULO 5

—¿Lo de confraternizar va en serio?

—Deja de protestar, hemos venido a trabajar —le advierto a mi hermana una vez más, parece que siempre tengo que hacer de la voz de su conciencia.

—¿Tú has visto cómo está ese chico? —me pregunta clavando sus ojos en Axel que camina un par de pasos por delante de nosotras. Se ha incorporado a otro grupo y mantiene una conversación bastante divertida, lo deduzco por la cantidad de carcajadas que se escuchan.

—No me interesa —explico.

—Es cierto, se me olvidaba que mi hermana solo tiene ojitos para Adán. —Suen a burla, por si no os habéis dado cuenta.

—Es mi novio, es lo que se espera, ni más ni menos —admito obviando su tonito.

—Mérida, solo hay que tener ojos en la cara para saber que ese chico que está ahí es puro pecado. Míralo bien, ¡míralo! —me suelta girando mi barbilla para que desvíe la mirada del camino y la pose donde se encuentra él, ahora con Laura, hablando sin carcajadas.

—Es guapo —confieso.

—¿Guapo? ¿Solo guapo? —Me toca la frente como si no fuese normal mi respuesta y estuviera bajo el influjo de una grave fiebre o algo peor del tipo... enfermedad mortal.

—Solo guapo y un poco estúpido. Quizá un poco bastante —matizo.

—No es estúpido, es ingenioso.

—No es ingenioso, es creído, son conceptos muy diferentes —le aclaro.

La verdad es que Olivia tiene razón, y un poco ingenioso sí que es y tiene chispa, eso es cierto, pero me corto la lengua antes que reconocérselo, que luego eso le dará cebo para meterse conmigo un mínimo de treinta días con sus treinta noches.

—¡Bah! Déjalo. Contigo no hay quién hable.

La dejo plantada mientras me encamino hacia la cabaña, tengo que leer todas las normas y ver mis horarios y actividades antes de que llegue el grupo de chicos.

Camino con la carpeta pegada a mi pecho y, aun con todo, con el rato que llevo aquí, sigo maravillándome de toda la naturaleza que nos rodea. Es curioso eso, ¿verdad? Sentirte atraída por olores y sensaciones, por el aire limpio que se respira, por el sonido de las ramas al moverse con el viento, los pájaros cantando y que ahora formas parte de ello, como si tú también fueses naturaleza.

Siempre he pensado que nos perdemos detalles simplemente mirando en otra dirección, no valoramos lo que nos rodea o quizá no de la manera en la que deberíamos hacerlo, pero abre los ojos, mira a tu alrededor y déjate llevar por las sensaciones que despierte en ti; seguro, seguro, que te sacarán una sonrisa tan grande como la que tengo ahora en mi cara.

—¿Te puedo acompañar?

Me giro y observo cómo Axel se acerca con pasos raudos y seguros en mi dirección.

—Mejor no —le suelto ignorándolo y recreándome de nuevo en las vistas.

—Lo tomaré como un sí.

Pongo los ojos en blanco porque no entiendo para qué pregunta si al final va a hacer lo que le

dé la real gana. Lo de maravillarnos por lo que me rodea no iba por él, aunque ese polo que lleva le apriete los músculos en exceso, y yo lo esté mirando, solo mirando, ojo al dato.

En realidad, no he hecho nada malo, ni siquiera he tenido pensamientos que no sean adecuados, pero, aun así, siento que hay algo que no estoy haciendo bien. No sé si es por el simple hecho de estar caminando con un chico que podría ser el pecado hecho persona —y disculpad que sea así de directa, pero es la realidad— o es que, dentro de mi lista de propósitos, no se encuentra la de pasear a solas con un chico que no sea Adán.

No me malinterpretéis, no quiero decir que esto esté mal ni mucho menos, pero está mal que esté fijándome en los aspectos físicos de alguien que no es mi pareja. Como en ese polo y sus músculos, repito, solo mirando.

La verdad es que, con estos pensamientos, ahora mismo estoy más cerca de parecerme a mi abuela que a una chica de veintipocos años.

—¿Es un poco extraño, no crees?

—¿El qué? —pregunto volviendo a la tierra.

—Que una chica como tú no aproveche la ocasión para lanzarse a mis brazos.

Freno en seco mis pasos y me sitúo delante de él.

—Axel, no eres la última Coca-Cola del desierto, por mucho que creas que es así.

Continúo mi camino, garantizando que no me siga.

—Puede que no, pero seguro que algún día pensarás lo contrario, sonrisa.

Entro en la cabaña y cierro la puerta como si me persiguiese un devorador. Apoyo la espalda en la madera y cierro los ojos conteniendo la respiración unas décimas de segundo más de lo habitual. Odio sentirme extraña, nunca me siento extraña, y él, él logra sacarme de quicio y ponerme colorada. No recuerdo haberme sentido así en mucho, mucho tiempo. Debería salir ahí fuera y reprocharle todo lo que ha hecho desde que nos conocimos y eso..., eso ha sido hace aproximadamente dos o tres horas.

Suelto la carpeta encima de la mesa y sujeto el pomo entre las manos.

Mi hermana empuja la puerta y entra como un torbellino fastidiando mi plan.

—¿Qué te ha tocado? —me pregunta acelerada.

—No lo sé. No he mirado —confieso aún con el pomo entre las manos.

—¿A dónde ibas?

—A ningún lado.

Cierro la puerta y, mientras lo hago, observo a Axel que pasa frente a nuestro porche y me guiña de nuevo un ojo. Cierro de un portazo sin responder a su provocación, porque es eso, le gusta provocarme, seguro.

—Me toca con Axel en tenis, ¿no es genial?

—¿El deporte? Lo es...

—Axel, me refiero a Axel.

—No sé si lo dices por su exquisita educación, su saber estar y lo bien que guarda las formas.

—No es nada de eso —me recrimina mi hermana sin haber pillado mi fina ironía.

—Ya, no sé por qué no me he dado cuenta de ello. ¡Qué extraño!

—El caso es que me toca con él. Es tan guapo, tan sensual, tan sexi, es todo un hombre de los pies a la cabeza.

Me preparo para aguantar una de las peroratas de Olivia sobre todas las cualidades positivas que tiene mantener una estrecha relación con ese chico que no conocemos de nada, pero que he catalogado dentro de los peligrosos, y me tumbo en el pequeño sofá esperando a digerir los adjetivos calificativos que le va a asignar al susodicho. Sin mencionar el polo...

Unos minutos después, cuando creo que ya ha terminado por el silencio que se hace eco en la habitación, la miro directamente a los ojos.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —inquire enfadada.

Niego con la cabeza confesando mi pecado de mala hermana.

—Mentira, algo sobre sensual y sexi y no sé qué más.

—Yo siempre escucho tus problemas y te aconsejo sobre ellos, eres un bicho malo, Mérida — me recrimina.

—Escucha, Olivia —le digo incorporándome y colocándome frente a ella. Sujeto sus manos entre las mías y la miro directamente a los ojos, que es como si estuviese mirando en los míos propios—, es un chico malo, ¿sabes lo que eso significa?

Ella asiente.

—Que es de los que a mí me gustan.

—Exacto. ¿Y qué más?

—Que siempre me fijo en ellos y me destrozan las bragas.

Suelto mis manos, esas con las que tenía sujetas las suyas y miro al techo, porque esto se cuenta y no se cree, y mi madre lloriqueando porque nos veníamos aquí, la que está de vacaciones debe de ser ella porque, lo que es yo, dos trabajos, ¡dos! Y solo cobro por uno, en fin...

—Si lo que te rompen es la ropa interior, me parece bien; es material. El problema viene cuando te rompan el corazón. Ándate con ojo, Olivia, porque ese chico que vive al lado, es de esos.

—¿De los que rompen bragas?

—De los que destrozan corazones.

Tengo por costumbre analizar mucho y en detalle las cosas, por eso, dentro de mis propósitos siempre hay situaciones y momentos claves. Todo cuidado al mínimo detalle. Tengo mi boda planeada en mi cabeza, la forma en la que Adán me lo pedirá justo en mi cumpleaños, mientras pasearemos de la mano en una playa de la costa valenciana —y digo Valencia por cercanía, sobre todo, porque, por preferir, casi que prefiero Canarias—, será justo en una tarde increíble con una puesta de sol espectacular, mientras pasearemos con las manos unidas y las zapatillas en la otra, mirando las huellas de nuestras pisadas como si estuviésemos dejando una verdadera huella en el mundo, como esos que hacen algo extraordinario que marca un antes y un después, porque eso es lo que creo que sucederá y, por supuesto, está en mi lista.

Se arrodillará, mojará sus pantalones de lino de color crema y me mirará fijamente a los ojos mientras yo, esa que está plantada frente a él, lo mirará con los ojos anegados en lágrimas de emoción contenida y diré que sí, que sí a una lista juntos, a un objetivo cumplido, a pasar mi vida con él y formar una familia.

Ese, ese es uno de mis sueños y lo tengo escrito en color verde en esa libreta donde anoto cosas importantes que no han sucedido, pero que lo harán.

Cuando conocí a Adán, no era más que una chica joven con una experiencia limitada en muchas cosas, pero él se fijó en mí, y siempre sonreía cuando nos cruzábamos en el parque o en la calle.

Una tarde se acercó y me invitó a merendar, tímido y algo sonrojado, y me sentí identificada con él, porque yo soy un poco así y acepté, no sé si mi cara estaba cerca de ser un tomate o no, pero sé que esa noche me acosté tachando uno de los propósitos de mi lista: tenía una cita con el hombre de mis sueños.

Una cita nos llevó a otra, y a otra, y a otra y hoy, poco más de un año después, me sigo sintiendo bien con él.

Puede que seamos una pareja normal, sencilla, de esas que hacen el amor los sábados en la habitación de Adán. Antes lo hacíamos en el coche o, con suerte, en alguna de nuestras casas, pero eso siempre no podía ser.

Ahora que se ha independizado, creo que las cosas cambiarán y mucho más cuando yo encuentre un trabajo y, aunque he tachado de mi lista temporalmente la de tener empleo, espero que este campamento realmente me cambie la vida y abra las puertas a un nuevo comienzo.

He dejado a mi hermana en la habitación y me he tumbado en la cama. Necesito revisar qué clases me han asignado para poder organizarme, pero, antes, antes quiero hablar con él.

—¡Hola! —respondo alegre cuando me contesta—. ¿Qué haces? Has tardado en responder.

—Hola, Mérida. Estaba ocupado con unas cosas de la casa, ya sabes...

—La vida del chico que se ha independizado.

—Eso mismo —me dice sonriente—. ¿Qué tal todo? ¿Has hecho muchos amigos nuevos?

—No —niego—, hemos llegado, ha habido una reunión, he peleado con Olivia un par de veces y ahora llegarán todos los chicos que van a participar en el campamento. Ahora, el sitio es increíble y eso que no he visto el lago.

—¿Hay un lago?

—Sí —respondo emocionada—, uno de verdad, nada de una charca o eso espero... —Sonrío al pensar que no lo he visto y que me estoy creando unas expectativas que a saber si luego se cumplen.

—Seguro que sí, saca muchas fotos. Tengo que dejarte, Mérida, estoy ocupado con... con unas cosas, hablamos luego.

—Un beso.

—Un beso.

El sonido de un pitido intermitente y la iluminación de la pantalla me indican que Adán ha cortado la comunicación.

«La vida del que se independiza», pienso de nuevo al soltar el teléfono en la mesa de noche.

Cojo de nuevo la carpeta y me tumbo en mi cama.

—Primero las actividades, luego las normas —enumero.

Senderismo.

Cocina.

Natación.

Granja.

Huerto.

Esas son mis actividades y adivinad con quién me toca en varias... Con Axel.

Creo que va siendo hora de hacer yoga. Voy a tener que tirar de paciencia.

CAPÍTULO 6

Soy camaleónica. Soy aventurera. Soy...

Esto es lo que resuena en mi cabeza mientras salgo con Olivia de nuestra cabaña para dirigirnos a la sala central, donde nos presentarán formalmente y nos indicarán los grupos que tendremos a nuestro cargo.

—La idea es que cada grupo vaya rotando —explica Laura—, tendrán un monitor en cada actividad y la desarrollarán con ellos, ahora bien, tendréis asignados un grupo y os haréis responsables de ellos mientras estén en el comedor y en los baños. ¿Alguna duda? —Esta vez me he sentado delante, porque quiero atender a las explicaciones. Mi hermana sigue con Axel detrás, juraría que los murmullos que se escuchan son de ellos—. ¿Sí, Axel?

—Sigo sin entender por qué no se puede confraternizar con los compañeros.

Laura sonríe, no sé si perturbada, risueña o simplemente se le están calcinando las bragas como al resto de las mujeres de esta sala, porque estoy segura de que todas, todas, piensan en quién será la afortunada.

—Es así, ¿verdad, Simona?

—Empeora con los años —bromea. Y ahora las que nos carcajemos tapándonos la boca somos nosotras.

—Hablabamos de ello en otro momento —matiza Laura observando con atención a Axel—, están a punto de llegar los chicos, y tenemos que estar todos en la entrada para recibirlos. Sonrisas amplias y vuestra mejor actitud, ya sabéis que Jacaranda no es un campamento cualquiera, Jacaranda es mucho más.

Dicho esto, nos reparten unas listas con la edad, los nombres y apellidos de cada alumno. Alguna alergia a tener en cuenta y teléfonos de contacto.

—No hace falta que os pongáis en contacto con los padres si sucede algo, el protocolo, ese que os hemos entregado en la carpeta junto con las normas y las actividades asignadas a cada monitor, indica que, si sucediese algo, tendrían que notificarlo en recepción para que podamos llamar a los padres a la mayor brevedad posible. Aquí el tiempo cuenta.

—Es curioso, porque el tiempo cuenta en un lugar donde debería dejar de hacerlo.

—Contradicciones de la vida —replica Simona.

Nos ponemos en pie y me encamino al comedor con la hoja en la mano. Tenemos cuarenta minutos para comer algo antes de que lleguen y tengo un hambre voraz.

El comedor también me gusta, quien escuche mis pensamientos me tendrá por una chica súper positiva y no lo soy, pero es que me encanta este trabajo y todos los rincones que voy descubriendo.

—¿Ya has visto el *planning*, sonrisa?

—Sí. —Pongo los ojos en blanco aposta, para que vea que su actitud me repatea en demasía—. Mi nombre es Mérida, Axel, te agradecería que me llamasen así.

—Ya, bueno, no me va mucho seguir las normas. —Observo de nuevo su polo, cómo se ciñe a sus músculos, cómo se mueven, cómo se adapta la tela como si fuese una segunda piel y nada. Es verdad, eclosión, como los huevos de los que salen pollitos, pues así, pero solo con cosas que no

debería pensar ni mirar, ni nada de nada—. ¿Te toca con alguien especial? —pregunta guiñándome un ojo.

—No, lo he cambiado. Odio nadar y odio la granja.

—Vaya, vaya, veo que has cambiado las mejores actividades, lástima que esas sean las que compartirás conmigo.

—Ni lo sueñes, chato, las he cambiado —miento.

—Imposible, porque el que hace los cambios soy yo, sonrisa. Y, que yo sepa, no me has dicho nada. Me da que tendré que superar el horrible trauma de verte en bañador.

—Espero que no te ahogues con tanta chulería junta, piensa que pesa mucho.

—¿Quieres ver algo que de verdad pesa, sonrisa?

Su pregunta me deja descolocada, puede que sea el fantasma de Olivia, esa que ahora veo riendo con otro chico que no sé quién es; pero, vamos, que mi hermana habla hasta con los peces de tres ojos y los dragones de Comodoro y, dicho esto, puede que ahora mismo me esté creando unas ideas desacertadas con respecto a lo que le pesa, pero por mi mente pasan miles de cochinadas y en ninguna aparece Adán. Vale, esto está mal. Recuerda tu lista, Mérida. Independizarme con mi futuro marido es el siguiente paso a dar; en cuestión de peso, solo te puede venir a la cabeza el de la bandeja que están rellenando ahora con tu comida.

—Tu cerebro dudo que sea porque, siento decirte, que eso escasea en tu cabeza.

Me giro con la bandeja en las manos y me dirijo en busca de un asiento libre. Veo que Simona me hace señales para que vaya hasta su mesa, me ha guardado un sitio. Empiezo a querer a esta chica más que a mi hermana que, por supuesto, ha encontrado sitio rodeada de gente que no conoceré en la vida.

—¿Has mirado ya qué grupo te ha tocado?

—No, ¿y tú? —pregunto llevándome una cucharada de sopa a la boca.

—Es la especialidad de ellas —me dice señalando la sopa y posteriormente a las cocineras que acaban de salir.

—Me ha tocado cocina varias veces a la semana —le cuento mientras sigo devorando el exquisito guiso.

—Te lo vas a pasar bien, están chaladas, pero son buena gente.

—Eso suena mal. —Me río—. Nadie puede estar loco y ser buena persona.

—Sí que se puede —me rebate Simona—, aquí nadie está bien del todo y, míranos, somos felices sin nuestros tornillos —finaliza guiñándome un ojo.

Hago un barrido con la vista en busca de tornillos sueltos y de felicidad abrumadora, y la verdad es que todos los grupos, más o menos pequeños, están sonriendo, contentos y se nota el alboroto en la sala. No se escucha una única conversación ni mucho menos, sino que todos interactúan con unos y otros, y eso da buen rollo para una persona que acaba de llegar.

Axel me guiña de nuevo un ojo y tengo ganas de lanzarle el cuchillo y acabar con su arrogancia, pero me contengo, porque me quedaría sin trabajo y tendría que volver a escribir en mi lista eso de encontrar un nuevo empleo, retrasando así el resto de apuntes.

Aprovecho para ojear los datos del grupo que me ha tocado, es el más pequeño de todos y son niños de entre siete y ocho años.

Frunzo el ceño, porque me parecen niños demasiado pequeños para estar en un campamento durante un mes.

—Me han tocado los pequeños, lo pone aquí —le señalo a Simona—, ¿es normal?

—Yo hice la misma pregunta el anterior verano. Esos niños siempre vienen acompañados de sus hermanos y tienen opción a visita una vez a la semana. Por supuesto, si se quieren ir, tienen las

puertas abiertas.

—Como cualquiera... —matiza Axel.

—Pero ¿qué haces metiéndote en una conversación ajena? —le reprocha Simona verbalizando eso que yo misma habría dicho.

—Me aburría allí, creo que aquí hay más salsa.

—Salsa... ¡Yo te voy a dar salsa! —se burla Simona.

Parece ser que a todas las personas de este campamento les gusta Axel y digo parece ser, porque evidentemente no conozco a casi nadie, pero todos le ponen buena cara o responden de forma correcta e incluso entablan conversaciones distendidas con él. ¿Seré yo, señor? ¿Seré yo?

—¿De qué hablabais?

—A Mérida le ha tocado el grupo de los más pequeños y preguntaba si era normal.

Pongo de nuevo los ojos en blanco porque, ahora que se ha vuelto un poco chismosa, la quiero menos.

—No pasa nada, son buenos niños. Tendrás de todo, mejores y peores, más traviesos e inquietos; pero todos, todos, te divertirán. Además, vienen con sus hermanos y eso es un punto a nuestro favor, porque se sienten más seguros. Los niños se adaptan a todo, ojalá a los adultos nos costase tan poco un cambio.

Creo que, de todas las interacciones que hemos tenido en el día, esta es la primera vez que veo a Axel hablar de forma seria, supongo que es porque es su trabajo y, a pesar de la fachada de niño malo con tintes de posible psicópata provocador, se esconde un ser responsable.

—¿Y a ti qué te ha tocado?

—Los mayores —responde mirándome fijamente.

—Esos son los peores —añade Simona.

—Los más difíciles de controlar —matiza Axel.

—¿Por qué? —pregunto. Al final, trabajaremos con todos los grupos y está bien saber un poco de ellos.

—Porque les cuesta acatar las normas, porque algunos creen que esto es un castigo para ellos y otros piensan que tienen que venir porque sus padres quieren que cuiden de sus hermanos y, por encima de todo, porque tienen las hormonas revolucionadas.

—¿Qué edad tienen? —cuestiono mirando fijamente a Axel.

—Aproximadamente, la misma que tú —se burla.

Y, dicho esto, me guiña un ojo, recoge su bandeja y se marcha.

Supongo que me lo merezco por haberlo llamado descerebrado y haber querido clavarle un cuchillo por chulo.

CAPÍTULO 7

Reconozco que estoy un poco nerviosa. No por nada en especial, en realidad sí, porque ahora me siento como una mamá gallina que va a tener que hacerse cargo de sus polluelos.

Los autobuses llegan a la hora pactada y de ellos comienzan a salir un montón de niños y niñas, jovencitos y jovenzuelas, cargados con sus mochilas, maletas y sonrisas. Algunos ceños fruncidos puedo atisbar; pero, en realidad, son eclipsados por los gritos de emoción de muchos de los renacuajos que formarán mi grupo.

Comenzamos a pasar lista y a formar hileras con niños segmentados por edades. Mi fila no era la más larga de todas, pero sí la que más emoción despierta en mi cuerpo.

Tengo miedo, vértigo y la inseguridad comienza a hacerse un hueco; pero, al ver alguna que otra cara de susto, pienso que lo mío es lo verdaderamente fácil y que, si esos niños de siete años son capaces de estar un mes sin sus padres, yo estaré a la altura para poder brindarles todo eso que vienen buscando a Jacaranda.

La primera de la fila es una niña a la que le faltan varios dientes y habla siseando, es realmente graciosa y no para de parlotear sin cesar, tanto, que tengo que taparle la boca para poder seguir pasando lista.

—Me gusta el color rosa, es mi favorito en el mundo mundial. Mi madre dice que tengo que usar otros colores y algo sobre combinar, pero no puedo, no me siento del todo bien llevando algo que no sea de ese color, es como si no fuese yo, ¿me entiendes? Sí, claro que me entiendes. Me llamo Marla, no sé de dónde viene mi nombre, pero mi madre dice que lo escuchó y me lo tuvo que poner. Mi papá dice que hablo mucho y que no lo debo hacer, me pide que cuente varias veces hasta veinte entre cada palabra, y mi hermano, Daniel, es ese de allí. —Señala con sus deditos a un niño más mayor que está en otra fila—. Daniel me ignora. Siempre está enfadado, mi madre le dice que todo el desparpajo me lo he quedado yo y que él se comió un limón, pero nadie se puede comer un limón, ¿verdad? No, claro que no, porque son asquerosos...

Tengo que reírme, pero no sé si por Marla, que es sin duda una niña poco convencional y muy habladora, o por lo surrealista de la situación.

Al alzar la vista y observar la hilera de niños, siento que se me escapa de las manos, porque son más de quince enanos hablando. Marla, que no para de parlotear y me cuenta algo sobre chupar ranas. Y porque muchos de esos niños parecen conocerse de toda la vida, pero es su primer año. Son dignos herederos de los genes de Olivia, a la que veo en otra fila haciendo gestos a su grupo que se comporta genial y deseo tenerla al lado para preguntarle cómo lo hace, porque esa soy yo; la que consulta todo cuando tiene miedo y ahora mismo, aunque quiera poner buena cara, el corazón se me va a salir por la boca y, no, no exagero.

Miro horrorizada a un Axel que se planta a mi lado, como si entendiéndose que no está siendo sencillo para mí esto de estar rodeada de niños que no hacen caso a ninguna de mis órdenes y, en cierto modo, deseo lanzarme a sus brazos o esconderme tras su espalda porque él sigue pareciendo seguro de sí, y mi destreza y seguridad ha acabado en el suelo, pisoteada por mis botas de montaña. Digna hija de María, mi madre, para quien crea que no es cosa de genética.

Saca un silbato, hincha su pecho con ganas y hace uso de él en tres ocasiones cortas y

consecutivas.

Todos se quedan en silencio, todos, hasta Olivia que ya es decir, y yo, yo solo quiero que la tierra me trague y me escupa en cualquier lugar donde nadie pueda reconocerme y tacharme de cobarde y llorica. Así de sencilla soy, ya veis.

—Rectos, firmes, manos a ambos lados y, por encima de todo —dice mirando a Marla, como si no se hubiese perdido detalle de su incontinencia verbal—, silencio en la sala.

«Que la abuela está mala», pienso y quiero reírme, lo juro, porque es un chiste súper gracioso, pero no lo hago, porque sigo teniendo miedo. Miedo y agradecimiento hacia ese hombre que me ha provocado rechazo desde el minuto en el que su figura apareció delante de mi campo de visión. O puede que no fuese su figura, sino su lengua afilada.

Los niños le hacen caso, y yo dejo de hiperventilar y comienzo a respirar de forma más pausada.

—Sonrisa —susurra poniéndose a mi lado y hablándome cerca del oído, lo que hace que la respiración se me acelere de nuevo—, si no eres capaz de controlar a un par de críos, ¿cómo lo harás con tu novio?

Y dejo de sentir agradecimiento y de nuevo quiero matarlo con el cuchillo de la mantequilla, porque no hay nada en el mundo que me cabree más que Axel; Axel y su lengua, Axel y sus respuestas ingeniosas, Axel y el poderío que muestra cada vez que tiene oportunidad y, sí, me fastidia decirlo; pero me molesta a la vez que me fascina.

Hala, ya podéis apedrearme.

Tras el incidente, que así es como he decidido llamarlo, ayudo a todo mi grupo a instalarse en las cabañas. Habrá noches en las que tendré que hacer alguna ronda, pero Laura nos ha comentado que tenemos un equipo de seguridad y que ellos se encargarán de que todo esté en orden. Necesitamos descansar para poder funcionar al ritmo adecuado.

—Esta noche hay cine al aire libre cerca del lago, en una zona reservada para ello. Se suele hacer los fines de semana, pero al no haber actividades hoy, llevarán a los chicos allí para que se entretengan con algo.

Me he metido en la cabaña una vez pude hacerlo, necesitaba recuperar la cordura y la sensatez y, por encima de todo, la vergüenza.

—¿Cómo lo sabes?

Mi hermana ha llegado hace escasos minutos. Está radiante, no parece que la hubiese atropellado un tráiler ni que hubiese pasado por el ridículo de su vida.

—Me lo ha contado Aitor, un chico con el que voy a compartir algunas actividades —finaliza guiñándome un ojo—. Este será mi segundo de a bordo, por si me canso de Axel —me explica.

Pues eso, que esa que está ahí es mi hermana gemela, igualita, igualita a mí.

—Voy a llamar a Antón, ¿quieres que le diga algo de tu parte?

—Que se lave la boca después de chuparla.

Arrugo el gesto, porque mi hermana es malhablada y porque dice cosas feas.

—No pienso decirle eso, llámalo tú si quieres.

—¿Entonces para qué me preguntas? —me reprende justo antes de meterse en el baño.

La verdad es que tengo ganas de llamar a Adán, pero no he vuelto a saber de él desde que hablamos y pensaba que me mandaría algún mensaje en plan «te echo de menos y te quiero», pero nada, se ve que está realmente liado con eso que estuviese haciendo.

Me meto en la habitación y marco el número de mi hermano. Con él es sencillo hablar, siempre nos hemos llevado bien, diría que es una mezcla entre mi hermana y yo, aunque nos entiende y consuela a ambas cuando lo necesitamos.

—Pelirroja, ¿cómo te va? —La voz de mi hermano me suena a gloria bendita en este momento, porque sé que él pondrá algo de calma a todo mi descontrol y porque Antón es mi paño de lágrimas cuando Olivia pasa de mí.

—¿Querer morir siendo devorada por un grupo de pirañas sedientas de sangre responde a tu pregunta? —Ya me estoy poniendo melodramática de nuevo.

—Es una definición muy gráfica, la verdad.

—Estoy frustrada, frustrada y jodida.

—Define jodida porque esa palabra puede tener muchos significados —me suelta jocoso.

—No te rías —le reprendo—, estoy mal, acabo de sufrir un ataque de pánico y encima me ha ayudado el único tío del que no quiero recibir ayuda.

—¿Un tío? ¿Qué tío?

—No te pongas en plan hermano salvador, Antón, no te pega.

—Vale, me gusta ejercer de hermano mayor de vez en cuando, romper piernas y esas cosas, ya sabes.

—Si tienes que romper alguna pierna, tranquilo, serás el primero en saberlo.

—Cuéntame más sobre ese tío. —Y juro que lo pronuncia con retintín, porque mi hermano no es bobo y porque compartimos genética y tiene claro que, si he mencionado la palabra tío en esta conversación, es porque algo gordo pasa.

—Es como tú.

—¿Guapo y con grandes cualidades? —me pincha.

—Contestón, provocador y chulo.

—Vaya, tres adjetivos que no habría utilizado para referirme a mí mismo, pero que no me desagradan del todo —me replica—. ¿Y qué ha sucedido para que califiques a ese chico de esa forma?

Decido que lo mejor es hacerle un breve resumen de la situación, pero tampoco muy breve porque quiero saber su opinión teniendo en cuenta todos los detalles.

—¿En serio casi te da un patatús con esos niños?

—Palabrita de Mérida.

—Sencillamente, creo que estás agobiada. Entiendo que es tu primer empleo y que quieres hacerlo bien, pero tenemos que equivocarnos para aprender de los errores, Mérida, la vida adulta no es sencilla.

—Pero ¿por qué a Olivia no le cuesta nada?

—No te compares, Mérida.

—Ya, es verdad, sigo hiperventilando, por eso acabo de decir una estupidez.

—No te preocupes, pero deberías darle las gracias a ese chico por ayudarte —me aconseja.

—¿Qué parte de que se ha portado como un provocador desde que lo conocí te has perdido?

—Pero te ha ayudado —me dice obviando todo mi repertorio.

—Y me ha dicho que, cómo voy a controlar a mi novio, si no sé controlar a una panda de niños.

Mi hermano se parte de risa al otro lado, y yo, sinceramente, no le veo la gracia a esto.

—Es simpático, me caería bien, mejor que el estirado ese que tienes por novio.

—Adán es un amor.

—Amorfo, dirás.

—No te pases, Antón, será tu futuro cuñado.

—No, si Dios me tiene en estima.

—Bobo —le riño.

—¿Has sabido algo de él? —me pregunta aún riendo por haberme pinchado con sus burlas.

—Hablamos hace unas horas, la verdad es que pensaba que me escribiría para saber cómo estoy y demás, pero me dijo que estaba liado y no he tenido más noticias de él. Estoy de bajón por todo eso también.

—Mérida, deja de ponerte en lo peor. Sal fuera, da un paseo, vete a ese lago que me nombraste y desconecta. Intenta pasarlo lo mejor que puedas, vivir la experiencia y disfrutar. No debes dejar que lo malo te pese más que lo bueno porque, si eso pasa, estás fracasando, hermanita.

—Gracias, pelirrojo.

—Te quiero, pelirroja.

Hablamos un rato más sobre nuestros padres, me cuenta cómo fue a comer con ellos a casa y que estaban mejor que nunca, tirados en el sofá, viendo la tele y desconectados del mundo. De mi padre me lo esperaba, porque no es de los que piensan demasiado las cosas, sino que se dejan llevar y esto para él es un descanso; pero mi madre me ha sorprendido, básicamente, porque la esperaba montando el drama del siglo o lloriqueando porque en la mesa habría tres platos en vez de cinco.

Yo le pongo al día con las cosas de Olivia y le explico que quiere liarse con medio campamento, cosa que no nos sorprende, mucho menos a Antón, que ya sabe de qué pierna cojea nuestra hermana, porque ellos son de esos que salen juntos y tienen hasta una especie de eslogan en la fiesta: «Si quieres que te coja, líate con la roja». Por eso de sus colores de pelo y tal, yo lo veo absurdo; pero a ellos les funciona y se parten de risa.

CAPÍTULO 8

Y, sí, la cosa no puede ir peor; que baje Dios, y me lo explique.

Sigo sin noticias de Adán.

Mi hermana llega tarde a la cabaña y no quiero preguntarle el motivo, por si acaso tengo que ponerme colorada.

No visito el lago, porque escuché el consejo, pero al final hago lo que me da la gana, que no es otra cosa que darme una ducha e irme a ver la película que ponen esa noche en el cine al aire libre.

Y lloro, lloro como una magdalena porque *Coco* es de esas películas que producen ese efecto en las personas que tenemos facilidad para emocionarnos. No, lloronas no, de emociones a flor de piel, mejor definido, obvio.

A Axel lo veo, me guiña un ojo, como ya es habitual en él, y dudo en seguir ese consejo que me ha dado mi hermano e ir a darle las gracias, pero me siento ridícula haciéndolo porque no quiero quedar como una arrastrada.

Vale, está feo que lo llame así y puede que deba utilizar otro adjetivo, pero yo me siento como la que vende el duro a cuatro pesetas si voy y le dedico unas palabras de agradecimiento tras todas las provocaciones a las que me ha sometido en escasas horas.

Y, sí, puede que tampoco lo haga porque está sentado con mi hermana, están riendo mientras yo..., yo lloro a moco tendido viendo cómo Miguel se reencuentra con sus antepasados, triste, pero esa es la verdad.

Marla me dedica un saludo efusivo antes de levantarse de su trozo de toalla. Estaba sentada con su hermano que, por cierto, tiene el ceño más fruncido que he visto jamás, puede que un limón no, pero quizá un pomelo sí se ha tragado.

La cosa se complica cuando veo irse a mi hermana con Axel. Juro que no quiero, pero la espero despierta y, mientras tanto, miro el móvil aguardando una llamada o un triste mensaje de Adán, a la vez que consulto la hora en la pantalla haciendo tiempo hasta que mi hermana se digne a llegar.

La imagino besándose con él, batiéndose en un duelo de lenguas y fluidos y fornicando, aunque esto último lo recreo con una hilera de cactus bajo sus cuerpos, solo porque se fastidien, al final, imaginar es gratis y a mí se me está dando realmente bien.

Pues, por si todo esto no es suficiente, mi hermanita no me dice nada al llegar, pero trae una sonrisa que puede ser igual de grande que las promesas que le haría el tipo ese, lo tengo claro; porque Axel tiene pinta de ser de esos que prometen hasta que la mete y, con suerte, mi hermana no se habrá dejado meter nada más que miedo, con suerte, repito.

En fin, que, si pensáis que las cosas en mi vida no pueden estar peor, estáis en el camino incorrecto. Me ha tocado estar en la granja a primera hora, ¿vale? ¿Os hacéis una idea de lo que pasa en la granja a primera hora de la mañana? ¡Que apesta a mierda! Porque estoy rodeada de boñigas de cerdo, cagadas de gallinas de dudosa procedencia y mierda de pato y del burro, porque hay un burro; si es que se le puede catalogar de esta forma, porque es muy listo.

—Quieto ahí, no pretendas que me enfade. —Esa de nuevo soy yo hablando con el burro que

no hace otra cosa que acercarse a mí y olerme, no sé si buscando comida o porque cree que yo soy la comida. Estudié Educación Física y algo de cultura general tengo y juraría que los burros no comen carne humana, pero este parece querer tragarse mi muslo de un solo bocado.

—¿Qué pasa, sonrisa? ¿Mucho trabajo?

Alzo la cabeza lo justo para verlo ahí plantado, con sus brazos apoyados en la madera, ese polo que ayer era azul y hoy es de color verde, pero que le sigue quedando igual de bien o mejor porque combina con sus ojos grises, ¡grises! ¿Quién narices tiene los ojos grises? Nadie, solo él, que parece ser hecho a medida.

—Si vienes a fastidiarme, mejor te vas por donde has venido —y le digo eso con toda la dignidad que me queda, pero en realidad quiero mandarlo con mi hermana, si tan bien se llevan que se vaya con ella, porque a la única que le ha visto hacerle desplantes es a mí y eso me parecía injusto—. Y no soy sonrisa, cabeza de chorlito.

—No me metería ahí ni por todo el oro del mundo.

—¡Serás! Dijiste que esta actividad te tocaba conmigo, ¿acaso lo has olvidado?

—Espera, espera, espera, pero ¿tú no habías pedido un cambio?

Y de nuevo pienso en el cuchillo de la mantequilla como arma arrojadiza, pero, nada, no hay forma; siempre me acuerdo cuando me he ido de la cocina, puede que sea porque soy de instinto asesino selectivo, ¿eso existe?

—Debí solicitarlo.

—Debiste, porque, ahora, tendrás que compartir tiempo conmigo y...

—¿Y qué?

—Y será interesante —finaliza sonriendo.

Vale. Si sus ojos grises y sus músculos no eran suficientes, añadamos a la ecuación su sonrisa. Vaya sonrisa.

—Interesante será ver cómo el burro pretende comerse tu pierna. —Y me río, me río porque me imagino a este animal persiguiéndolo mientras Axel mete la pierna en cacas por doquier, y yo me parto desde el otro lado al verlo de esa guisa.

—Tengo una solución para eso, mira y aprende, sonrisa.

Axel se coloca unas botas de agua grises, de esas que se utilizan para ir a la huerta y entra dentro, conmigo, mientras rebusca en sus bolsillos traseros y saca un paquete de galletas, ¡de galletas! ¿Podéis imaginaros?

—Los burros no comen galletas, zopenco.

Y me hace gracia porque, de nuevo, pienso que el burro preferirá su pierna a eso. Extrae una galleta con sumo cuidado mirando directamente a los ojos del animal, se coloca frente a él, y yo observo la escena sin perder detalle de la misma.

Y le planta la galleta delante y ¿qué pasa? Pues lo que tenía que pasar, que ahora ese burro se llamaba Triqui, como el monstruo de las galletas; porque no se comió solo una, sino que se zampó medio paquete y nos dejó seguir con nuestro trabajo.

—Odio limpiar mierda —protesto mientras veo a nuestro nuevo amigo, Triqui, echado al fondo del establo, probablemente digiriendo la panzada a galletas que se ha pegado.

—No creo que sea lo peor que has hecho en tu vida —me dice.

—Este es mi primer trabajo, no tengo mucho con qué comparar —le explico.

—¿En serio? ¿Tan joven eres?

—Soy una chavala —bromeo.

La verdad es que ahora no me parece tan malo el asunto. Es la primera vez que mantenemos una conversación sin tirarnos de los pelos ni soltar alguna cosa por la boca que siente mal al otro,

aunque tengo claro que no me puedo fiar de Axel ni de su mirada, sus ojos grises y sus brazos musculosos.

—¿Cuántos años crees que tengo?

Dudo en responder a la pregunta, porque no sé si es una broma o si quiere que de verdad le responda.

—¿Es una pregunta trampa?

—No soy un tramposo, ¿por quién me tienes, sonrisa?

—Pues, a ver, está Jesucristo, María, Dios y Axel, no necesariamente en ese orden.

Y me gusta sentirme así de cómoda con él, me gusta poder formular respuestas jocosas y chispeantes y no responder como ayer en la sala de juntas, que parecía una extraterrestre a la que habían invitado a abandonar su planeta de origen por ser más sosa que los nachos de espelta.

—Puedo ser tu Dios, si quieres... —Me lo dice de nuevo de esa forma que no sé explicar, una mezcla entre canalla, promesa ardiente y mi nuevo Dios en la tierra y juro que no quiero, pero me estremezco ante sus palabras.

—No gracias, soy atea. —Y rio de nuevo, porque aún rodeada de boñigas y oliendo a algo que no quiero pensar ni meditar, estoy cómoda con él.

—Y dime, sonrisa, ¿cómo es tu novio?

Sé que es una simple pregunta formulada con curiosidad, soy consciente de ello, pero aun así no puedo evitar ponerme nerviosa, no tengo claro el motivo por qué con Axel solo tengo claro que te da una de cal y una de arena; pero, más allá de ello, soy consciente de que quiere información y yo... yo quiero hablar con él y desconozco el motivo.

—¿Estamos firmando una tregua?

—¿Una tregua? ¿Acaso en algún momento nos hemos declarado la guerra? A mí solo me gusta una guerra y no podría hacerlo aquí, delante de Triqui, me intimida y no me gusta ser observado por un burro mientras... mientras me pongo burro yo también.

En el fondo empiezo a conocerle y a no asustarme con sus comentarios, aunque no puedo evitar ponerme colorada con su descaro, porque yo no soy así y no sé desenvolverme ante ese tipo de situaciones. Así que hago lo que mejor se me da dadas las circunstancias, cambiar el tema.

—Adán es cariñoso, romántico, tierno, agradecido, sincero y trabajador.

Axel me escruta con la mirada, no sé si está buscando mentiras entre mis adjetivos o evaluando que de verdad es todo eso y que no tiene nada que ver con él.

—Diría que es el tipo de chicos que pega contigo.

—Sin lugar a dudas, lo es —sentencio con rotundidad y convicción.

Y no lo digo por quedar bien o porque sea una frase hecha, no, ni mucho menos; lo expongo porque en esa lista de propósitos en la que he subrayado con rotulador fluorescente ese apunte en el que tendré una petición de matrimonio en la playa con rodilla hincada en el suelo; siempre, siempre, aparece la cara de Adán, porque es mi media naranja y eso es innegable.

—¿Y le quieres?

Paro de recoger mierda, sí, mierda, claramente, y lo escudriño con la mirada.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Y lo pregunto porque necesito hacerlo, porque no entiendo que todo esto lleve a algún sitio o no comprendo a cuál procura que llegue.

—Una pregunta muy sencilla, sonrisa, ¿le quieres?

De nuevo la lista de propósitos se planta frente a mí: conseguir un trabajo, independizarme con Adán, viaje a la playa y petición de mano, boda, hijos, nietos y en toda esa lista lo veo a él; pero jamás de los jamases me había pasado a cuestionar si eso que me había marcado estaría rodeado

de amor o no, supongo que lo daba por sentado.

—Claro que lo quiero —respondo segura de mis palabras.

Axel, ese hombre que tengo frente a mí, de nuevo sonrío, como si él supiese más que yo de todo; de la vida, del amor y de mí misma.

—Pues yo diría que no.

Y me quedo en *shock*, en serio, no sé qué responder a sus palabras.

—No me conoces —articulo finalmente, un buen ataque pasa por ponerme a la defensiva, está claro.

—Veo en ti lo mismo que vi en mí hace unos años.

—¿Y qué ves?

—Engaño.

Y se va. Me deja allí plantada sin posibilidad de réplica, sin saber qué decirle ni cómo actuar a partir de este momento y, lo peor de todo, es que me deja con dudas, porque nunca me he planteado nada de esto y yo, yo soy de las que le da vueltas a la cabeza en exceso.

CAPÍTULO 9

Hago lo que mejor se me da en estas situaciones. Mantengo la compostura y espero hasta que mi hermana llegue a la cabaña para hablar con ella.

Durante un rato paseo por el salón como si estuviese siendo presa de una persecución, voy y vengo sin poder controlar mis piernas, si tuviese uno de esos relojes que cuentan los pasos que das, estaría batiendo mi propio récord.

Olivia entra y no hacen falta muchas pistas para saber que algo me sucede, somos gemelas y hemos compartido muchos años juntas, nos conocemos nos guste o no.

—¿Qué ha pasado?

La miro con ganas de llorar, porque estoy nerviosa por todo, sigo oliendo mal, a pesar de haberme dado un baño y tengo que enfrentarme a una clase llena de niños, que lo de los animales fue sencillo, pero lo de los renacuajos no sé si resultará igual de fácil.

—Adán no me ha llamado.

Suelto eso, pero en realidad pienso que no es solo ese mi problema, sino la combinación de todo. Nunca se me ha dado especialmente bien enfrentarme a las novedades y todo esto lo está siendo porque es el principio de que mi lista de propósitos se empiece a cumplir y, en el fondo, me está dando miedo todo esto de madurar. Autoengaño, eso también entra dentro de esta ecuación, lo sabemos todos.

—Mérida, ha pasado un día, no tienes por qué ponerte así. Llámalo tú.

—Eso hice ayer, y me dijo que estaba ocupado —lloriqueo.

—Puede que lo esté y la próxima vez que hables con él te sientas mal por haber perdido tiempo de reír, en vez de estar preocupada y comportándote como un gato enjaulado.

—Axel me ha dicho que no lo quiero —suelto de sopetón.

Mi hermana guarda silencio unos segundos más de lo normal en ella y también parece batir su propio récord.

—Vaya, esto se pone más interesante. Cuéntamelo todo.

—¿Por qué ahora me haces caso? ¿Es por Axel o es por mí?

—Por sus palabras, lo tengo por un tío inteligente.

—No lo conoces —le reprocho.

—Inteligente y sexi.

—No lo conoces —repito.

—Pero lo de sexi es algo lógico, ya te dije que lo tenías que mirar bien —me reprocha.

Y me niego a confesar que, esos polos que usa y que se amoldan a su cuerpo como si de una segunda piel se tratase, me hacen sentir extraña y me cuesta apartar la vista de él porque tiene unos ojos grises preciosos y porque es extraño encontrar ese color en un iris. Y digo esto porque llamar a las cosas por su nombre y decir que está más bueno que el pan está muy mal visto en una chica comprometida como yo.

—Me ha preguntado por Adán y le he contado alguna cosilla sin importancia. Me ha preguntado directamente si lo quiero y le he dicho que sí y ha cuestionado mi respuesta.

—Mérida —suspira mi hermana—, sabes que Adán no es santo de mi devoción...

—Ni de la devoción de nadie, por lo que veo, porque Antón me ha dicho lo mismo.

—Adán no es santo de nuestra devoción, pero lo aceptamos porque tú lo quieres y de eso estamos seguros. No te imagino siendo de esa clase de personas que están con alguien porque sí, no sé, ¿entiendes lo que te digo?

—Lo entiendo —afirmo.

—Pues eso, no le hagas caso a lo que Axel te ha dicho —me suelta sonriendo.

—Vale —claudico como si todo cobrase sentido.

—Ahora bien —contraataca—, si estuvieses de verdad segura, no estarías consultándome esto, ¿verdad?

Me guiña un ojo mientras sale de la cabaña y me deja allí con la boca del estómago encogida porque el nudo que aguanta es más grande que el propio canal. Y así son las cosas, ¿cierto? Tenemos que plantearnos miles y miles de hipótesis para entender las situaciones, porque, a priori, parece sencillo y crees tener las respuestas; pero la realidad es que no sabemos nada y, a veces, tampoco queremos saberlo porque siendo ignorantes duele menos.

Decido coger el toro por los cuernos y salir a dar mi clase dejando en esas paredes de madera todas mis incertidumbres.

Parece absurdo, pero tu vida puede cambiar en cuestión de horas. Ayer, antes de salir de casa de mis padres, creía que tenía una vida normal y corriente, y estaba emocionada. Hoy tengo miedo a que Adán no me coja el teléfono, no me quiera como debe y no me eche de menos. Y más miedo a enfrentarme a ese grupo de enanos que saben de la vida mil cosas y tienen trucos para conquistar el mundo.

—Buenos días —les saludo mientras me aliso la camiseta del uniforme del campamento. No me hacen caso, siguen todos disparatados corriendo unos detrás de otro e, incluso, me parece ver alguna que otra piedra decorando las manos de varios niños—. ¡Buenos días! —grito con mucho más énfasis.

Recuerdo que Axel utilizó un silbato y pienso que yo debería haberle preguntado por él, en vez de haber hablado de cosas que no le conciernen.

—Buenos días, profe. Estás guapa, ¿yo te parezco guapa? Hoy no me han dejado vestirme de rosa, la profe que nos ayudó a vestirnos dice que tenemos que ponernos estas camisetas de color amarillo para estar todos vestidos iguales, pero a mí no me gusta el amarillo, me gusta más el rosa o el rojo, me quedan mejor y son colores más bonitos. Anoche tuve una pesadilla, soñé que Daniel se iba y me dejaba aquí solita sin mis papás ni nadie. Me desperté y me levanté a por un vaso de agua, pero también me asusté porque vi a un señor con una linterna y pensé que venían a por Daniel y a por mí y que la culpa era de él porque nunca sonrío, así que yo he decidido que tengo que sonreír mucho para que vean que estoy feliz y nadie me quiera llevar, mira —me dice mientras me enseña su sonrisa, esa a la que le faltan muchos dientes, pero que es la más bonita que he visto jamás.

—Tienes una sonrisa preciosa, Marla.

—Gracias, profe. ¿Puedo llamarte por tu nombre o mejor profe?

—Por mi nombre está bien —la interrumpo antes de que me suelte otro discurso. He perdido de vista a la mitad de los niños, menos mal que estamos en un sitio cerrado y no pueden ir muy lejos, me imagino las clases en el lago con ellos, prefiero no hacerlo porque me pongo a hiperventilar solo de pensarlo.

—¡¡Chicosssss!! —grito como si no hubiese un mañana.

Me sale natural y parece que logro captar la atención de todos, que se quedan quietos y me miran con los ojos como platos.

—No recuerdo tu nombre —indica Marla.

Y eso hace que todos vuelvan a corretear, como si supieran que me va a entretener con un discurso de los suyos y que, mientras tanto, ellos pueden pensar en cómo acabar con el mundo con solo chasquear los dedos.

—Mérida, soy Mérida.

—Me gusta, te llamas como la princesa de la película de dibujos, ¿También sabes utilizar el arco como ella? Me gustaría saber utilizar el arco y ser una princesa, pero una guapa, porque quiero ser la más guapa del mundo y casarme y tener hijos y un marido guapo y...

Y pienso que Marla, sin saberlo, ya tiene una lista de propósitos también. Me hace sonreír.

Vuelvo a gritar y a llamar a todos los niños mientras Marla sigue hablando.

Me miran de nuevo y me pongo seria.

—Una fila, todos en línea recta, brazos a los lados y boca cerrada.

—¡En boca cerrada no entran moscas! —grita Marla.

Todos rompen a reír, incluida yo.

—Ya casi los tenía —le explico mientras me agacho y le acaricio la cabeza—. A partir de ahora serás mi ayudante, ¿te apetece?

Marla aplaude mientras canta alguna canción de una peli, porque me suena, pero no caigo en cuál es.

—Yo también quiero ser tu ayudante —me dice un niño que está de pie justo detrás de Marla.

Y entonces se me ocurre una de esas ideas fantásticas que esperas que dé resultado.

—Chicossss, ¡tengo una sorpresa! —grito.

La palabra sorpresa sí que la escuchan porque todos se acercan hasta mí con las piedras en las manos y pienso que, como no les guste la idea, podré morir lapidada por renacuajos de siete años y será penoso, más penoso aún que limpiar mierda esta mañana con un burro comegalletas.

—¿Qué sorpresa? —inquiere Marla—. Me gustan las sorpresas, el día de Reyes es mi día favorito del año, me encanta llegar al salón de casa y tener muchos paquetes para abrir.

—A mí eso también me gusta —me dice otro niño sonriendo.

—Vale, ¿hay alguien a quien no le guste el día de Reyes? —He conseguido captar su atención y eso es fantástico. Nadie dice nada, ni Marla, cosa rara en ella—. Bien, a mí también me gusta.

—¿Cuál es la sorpresa? —pregunta otra niña, una con dos trenzas.

—Se me ha ocurrido que necesito un ayudante cada día.

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo!

Todos empiezan a gritar y pedir ser ellos los ayudantes, y me hacen sonreír por lo participativos que son sin saber siquiera qué tienen que hacer.

—Pero... para ser el ayudante hay que hacer algo primero.

—¿Qué hay que hacer? —pregunta la niña de las trenzas.

Lo más fácil sería decirles que portarse bien, pero prefiero no ser tan directa porque creo que con ellos lo que mejor funciona es el misterio.

—Tendrá el honor de ser mi ayudante aquella persona que sea capaz de cumplir con todas las actividades del día.

—¿Qué actividades? —cuestiona uno de esos niños que tiene piedras.

—Las que tenemos que hacer cada día —repite Marla mi discurso.

Les explico que, además de pasárnoslo superbién, tendremos que trabajar en cosas chulas, haremos actividades deportivas, pintaremos y nos iremos de excursión.

—Y, si nos portamos todos bien, al final del campamento buscaremos el tesoro escondido —les cuento.

—¿Un tesoro? —pregunta otro niño.

—¿Como el de los piratas? —pregunta Marla.

—Un tesoro que os encantará.

No tengo nada preparado, ni siquiera se me pasa por la cabeza que pueda estar metiendo la pata con esta propuesta porque no lo he consultado con nadie de Jacaranda; pero, solo con ver las caras de todos los niños pensando en cuál será el tesoro y en cómo podrán encontrarlo, creo que vale la pena.

Comienzan a sentarse sin pedírselo, en silencio, tiran incluso las piedras y sacuden sus manos.

—Queremos un tesoro, profe.

—Mérida, se llama Mérida —les explica Marla.

—¿Queremos un tesoro, Mérida! —gritan.

—Es sencillo; pero, primero, tenemos que ver quién será mi ayudante mañana.

Y, dicho esto, comenzamos a hacer estiramientos y algo de ejercicios y veo en sus caras que están contentos, pero seguro, seguro, que menos de lo que lo estoy yo.

Vienen varias compañeras a buscar a los niños mientras yo termino de recoger el material que he empleado para las actividades. Cojo varias bolsas con pelotas y cuerdas y me dirijo a la habitación del material deportivo para dejarlos en su sitio.

Veó a Axel apoyado en uno de los árboles y sonrío mientras camino.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—En realidad, nada —me explica.

—¿Y entonces por qué sonrías?

—La de las sonrisas eres tú —me suelta burlón al ver mi gesto.

Me quedo parada y finalmente sonrío.

—Voy a necesitar un silbato de esos —le pido mientras observo el lugar donde reposa el objeto.

—Te lo daré si también escondes un tesoro para mí.

—¿Me has escuchado? —le pregunto un tanto avergonzada.

—Tenía un rato libre y pasé para ver si ya habían acabado contigo y escuché todo. Lo vas a hacer bien, sonrisa.

Y me sale involuntario el gesto, porque creo que Axel no es uno de esos monitores cualesquiera que cree saber y no sabe, creo que Axel podría encargarse de todo y siempre, siempre lo haría bien. Podría aventurarme a decir que él hace cualquier cosa bien y quizá no me equivoque al decirlo.

—Gracias —y lo digo por todo, por lo de ayer, por lo de hoy, por su halago, por las cosas que ha hecho—. Pero que sepas que no te he perdonado.

—¿No habíamos firmado una tregua? —inquire canalla.

—No, no me fío de ti —le suelto riendo.

—Haces bien, sonrisa, porque soy un chico malo.

Y ese adjetivo lo he pensado en varias ocasiones desde que lo conozco, pero que sea él quien lo diga suena a puro pecado.

—Tengo que irme —le explico mirando el reloj—, me toca entrar en la cocina.

Me guiña un ojo, y prosigo mi camino cargada de bolsas.

Puede que Axel no sea tan malo como quiere aparentar o puede que yo crea en la bondad de las personas, en que todo el mundo tiene algo bueno y algo por lo que luchar, no sé. Pienso en las

palabras que me dijo hace unas horas cuando me contó que veía en mí lo mismo que en él hace años y creo que todos guardamos secretos, y Axel, Axel no podría ser menos.

—¡Eh, sonrisa!

Me giro y lo veo allí plantado y no quiero mirarlo fijamente, no quiero ver sus bíceps y... y todo eso que te deja sin aliento.

—Dime —le pido.

—No te olvides de esconder mi tesoro, quiero encontrarlo —añade.

—Tendrás que ganártelo.

Y no sé bien por qué digo estas palabras, pero pienso que el tesoro que quiero que encuentre no es otro que algo que sea de verdad valioso y que merezca ser rescatado.

CAPÍTULO 10

Tengo que entrar a la cocina, es mi siguiente actividad; pero, antes, necesito llamar a Adán para saber que está bien. Puede que lo hayan secuestrado y no lo sepa; por poder, puede ser cualquier cosa, en realidad.

Cojo el teléfono del cajón de la mesilla de noche y marco su número.

Me lo sé sin problema. El día que nos conocimos y me lo dio en la puerta de mi casa, después de acompañarme en nuestra primera cita, me reí al apuntarlo.

No ha llovido mucho desde entonces, pero lo recuerdo de manera nítida porque fue de esas cosas que se quedan grabadas. Supongo que, al principio de las relaciones, todas las cosas marcan un antes y un después, y mucho más cuando es la primera.

La cita fue fantástica, probablemente para mí lo hubiese sido, aunque no hubiera disfrutado de la película, del perrito caliente que nos comimos en el paraguas de nuestra calle —así es como llamamos al puesto de perritos del barrio, porque tiene un paraguas de color rojo— y de su mano rozando la mía sin intención, pero intencionado.

Frente a la puerta de casa, supe que ese chico de pelo desgarbado, atento y risueño, sería algo en mi vida, todavía no tenía claro que mi lista de propósitos tendría su nombre, pero me gustaba aquella sensación, ese cosquilleo inocente que me hacía levitar.

Recuerdo que me pidió que apuntase su número, y saqué mi móvil del bolso. Pensaba que si me miraba las manos vería cómo temblaba nerviosa, porque era la primera vez que estaba con un chico y porque en mi cabeza la palabra beso tomaba fuerza.

Me dijo uno de esos números fáciles de recordar, porque varios eran consecutivos y eso me hizo sonreír. Tras ese día —dejando a un lado la posible teoría de que soy una obsesiva que se aprende los números de teléfono de los chicos que le gustan y tomando fuerza la facilidad del mismo—, me aprendí su número sin necesidad de mirarlo o consultarlo.

Y así, sin más, me encuentro marcándolo.

Comienza a dar tono y cada vez me pongo más nerviosa al notar que no me contesta. Es verdad que está trabajando y puede que esté en medio de una reunión o de algo importante. Adán suele decirme que acude a las reuniones y deja el teléfono en su despacho.

Es técnico ambiental y suele salir mucho de visita por el bosque y siempre le explico que es peligroso salir sin tener forma de comunicarse si algo le sucede. Lo del secuestro queda relegado a un segundo plano porque es más fácil caerte en el monte que ser secuestrado por una manada de cabras o conejos salvajes.

Despego el auricular de la oreja cuando he perdido la esperanza de que me responda y, justo en ese momento, me contesta.

—¡Eh, Mérida, cariño! ¿Cómo estás? —respiro más tranquila al darme cuenta de que lo percibo de buen humor.

—Adán, bien, ¿y tú?

—Bien, a punto de ir a una reunión. Estaba pensando en ti, ¿qué tal tu primera noche?

—Bien, bueno, un poco intranquila —confieso—. La verdad es que esperaba que me llamasess anoche o que me escribieses, incluso esta mañana, ayer apenas pudimos hablar y me sentía rara.

—Lo siento, cariño, me lie anoche en casa trabajando. Estamos con un proyecto complicado y me tiene totalmente metido en esto.

—No te preocupes —concedo—, tienes razón y solo han pasado veinticuatro horas, es normal.

—Claro, Mérida, es normal.

Suena absurdo y me doy cuenta de ello, porque para mí no es normal, porque he estado pensando en él nada más llegar y, desde que me fue posible, lo llamé por teléfono porque necesitaba saber que estaba bien o simplemente escucharlo y sentirme más tranquila. Puede que sea porque la que está fuera de casa soy yo y la que echa de menos sus costumbres y hábitos diarios no sea él, es cierto, pero no deja de decepcionarme, aunque lo razone.

—Y, cuéntame, ¿qué aventuras has vivido hoy?

—Poca cosa, trabajo y más trabajo —le explico—. Hablamos luego, ¿vale? Tengo que ir a la cocina, me toca eso ahora.

—¿Cocina? Bien, así prácticas para cuando vivamos juntos, cariño.

—Claro. Un beso —me despido.

—Un beso, Mérida.

Recuerdo que cuando comenzamos a salir y él aún estaba terminando sus estudios, teníamos poco tiempo para estar juntos y siempre aprovechábamos hasta el último segundo para reír, abrazarnos o besarnos. Sentía que, cuando estaba con él, el tiempo pasaba sin más, se iba volando, y yo volaba con él. Era maravilloso.

Supuse que era lo normal que, al pasar las semanas y los meses, la costumbre se instalara entre nosotros y ya no fuese lo mismo; menos citas, besos más rápidos y abrazos furtivos que no acababan en nada.

Puede que sean cosas mías, que ahora mismo esté algo pensativa por culpa de las palabras de Axel y porque no tengo nada con qué comparar; pero, a pesar de haber conseguido hablar con Adán, no me siento para nada mejor y eso es, como poco, preocupante.

Coloco de nuevo el teléfono en el cajón de la mesilla de noche y me dirijo a la cocina. Voy a pasar el resto de la mañana allí. Según mi horario, cada vez que me toque ayudar en la cocina, debo pasar la mañana en ese lugar.

El horario del campamento está bastante bien y me siento satisfecha con las actividades, es divertido cambiar de quehaceres y no siempre estar con el grupo, vamos variando y haciendo cositas.

Me dirijo hasta la recepción y, mientras paseo por el sendero que me lleva hasta allí, escucho los gritos y las risas de los diferentes grupos que allí desarrollan las actividades.

Observo que el día parece estar cambiando y ese sol que esta mañana calentaba la tierra se está transformando y comienza a encapotarse.

Decido disfrutar del corto trayecto ojeando el paisaje y mirando hacia las copas de los árboles, es impresionante el tamaño que tienen.

Tropezco con una piedra y caigo al suelo.

—Mierda. —Se me escapa, no me gusta decir palabrotas, pero es lo que hay. Me incorporo y sacudo mi rodilla de la tierra que se ha quedado incrustada en ella. Observo que se incorpora al sendero Daniel, el hermano de Marla—. Hola —le saludo.

—Que te den —me responde enfadado.

¿Qué? Mi instinto me dice que debo seguirle y eso es justamente lo que hago.

—¡Joder! —protesto al ver mi rodilla ensangrentada—. Espera, Daniel.

El susodicho no se da siquiera la vuelta. Intento aligerar el paso y entro a recepción tras él.

—¿Qué has hecho ahora? —le pregunta Simona.

—Nada.

Ella pone los ojos en blanco y se marcha en busca de algún superior, puede que de algún coordinador o de Laura y Luis, a saber.

—Daniel, ¿no me has escuchado? —Se gira y me mira de arriba abajo sin cambiar el gesto ni dulcificarlo, cualquiera diría que es hermano de Marla. Y lo digo con toda la ironía del mundo.

—Te he escuchado —refunfuña—, pero he pasado de contestarte.

Su respuesta me sorprende, aunque no debería teniendo en cuenta lo que me soltó en el sendero.

—¿Por qué?

—Estás sangrando —me suelta cambiando el tema.

—No es nada. —Le resto importancia, aunque sí que me duele.

—¿Por qué, qué? —me pregunta.

—Por qué has pasado de mí —insisto.

—Porque me da igual todo.

Sus palabras causan un efecto en mí parecido a un jarro de agua fría. No le conozco, eso está claro, y no creo que llegue a hacerlo, pero me da mucha pena que un joven pueda actuar así, de esa forma y responder de esa manera a cualquiera, como si de verdad le importase todo un pepino.

—No diré nada —le explico.

—¿Nada de qué? —inquire mirándome a los ojos por primera vez.

—De cómo me estás tratando, por supuesto.

No sonrío y tampoco dice nada, pero su gesto me da todas las respuestas que necesito: sigue dándole igual y, lo peor de todo, es que a mí su actitud me preocupa y no me es indiferente.

El supuesto responsable es, ni más ni menos, que Axel.

Me escruta con la mirada al darse cuenta de que estoy allí plantada y me observa con atención.

—¿Te has hecho daño? —Lo veo clavar su mirada en Daniel y sé que por su cabeza pasan miles de cosas, porque si este chico ha venido otros años y su actitud ha sido la misma; pasar de todo, responder mal, fruncir el ceño y poco más que participar por obligación, lo lógico es que piense que me ha empujado o vete a saber qué.

—Tropecé con una piedra de camino a la cocina. Me encontré con Daniel y me paré aquí a esperar con él mientras Simona te avisaba.

Bien podría decirle que no sabía que era él quien se haría cargo de la situación y que mi idea no era la de quedarme custodiando a Daniel por seguridad, sino más bien, la de saber qué sucede y el motivo de su respuesta o su no respuesta, en este caso.

—Ve a que te curen —me pide.

Asiento, mientras saludo a Simona

—¿Nos vemos luego? Quizá podemos salir a pasear e ir al lago.

Axel clava su vista en mí, me escruta con la mirada y sé que, aunque está hablando con Daniel, me observa y no pierde detalle de la conversación. Él es así, un cotilla, más que yo, obvio.

—Vale —concede Simona—. Te esperan en la cocina, haz algo rico, queremos seguir vivos esta noche.

—Ja, ja, simpática —bromeo.

Paso por el lado de Daniel y de Axel y, aunque es de mala educación, reduzco el paso para escuchar lo que Axel le está diciendo.

—No podemos estar todos los años así, Daniel, tienes que disfrutar del campamento, de tu hermana y de tus amigos.

—Yo no tengo amigos, no tengo a nadie —responde aún con el ceño fruncido y desviando la

mirada hacia la pared contraria, esa que da hacia el bosque.

Y me sorprende sobremanera la capacidad que tiene para responder eso con la frialdad que lo hace porque, si yo fuese Daniel y por mi cabeza pasasen ese tipo de pensamientos y, no solo eso, también de sentimientos; estaría triste, muy triste y se reflejaría en mi rostro.

CAPÍTULO 11

—Siento llegar tarde —me disculpo nada más entrar en la cocina.

No conozco a las señoras que están plantadas frente a mí y, para ser sincera, tampoco sé nada de ellas, ni siquiera recuerdo sus caras el día de la presentación y estaban allí porque teníamos que estar todos los que formamos parte del personal del campamento.

—¿Qué te ha pasado, cielo? —me pregunta una de ellas.

—He tropezado —le expongo.

Decido obviar el explicarles que me entretuve en la recepción porque Daniel estaba allí y me dejó preocupada y que, para no llegar más tarde de lo que debía, decidí venir de esta guisa.

—Espera —me pide.

La veo salir de la cocina mientras la otra señora se coloca frente a mí y me pide, con mucha dulzura, que ocupe la silla que está al lado del fregadero.

—Esta silla es para cuando no llegamos a los altillos. Como ves, somos tapones; lo nuestro no podría ser el baloncesto —me dice bromeando.

—Soy María del Pilar, pero me llaman Mari Pili.

—Encantada, Mari Pili —le respondo—, yo soy Mérida.

—Tienes una hermana, ¿verdad?

—Gemela —le cuento—. Olivia, pero no nos parecemos en nada. —Sonrío.

—Como nosotras —me declara.

De nuevo entra por la puerta la otra señora que, ahora que lo dice, sí que se me dan un aire.

—¿Sois hermanas?

—Mellizas —responde Mari Pili.

—Soy María de la Pureza, pero me llaman Mari Puri.

Vale, podéis reiros y todo eso, porque es muy graciosa la situación; mellizas, nombres bastante divertidos y en un campamento con dos gemelas, ahora solo me queda saber si se parecen tanto como Olivia y yo.

Mari Puri, la señora que acaba de llegar, se coloca frente a mí y me alza la rodilla.

—Es una rozadura de nada, no es necesario darte puntos y podrás seguir cocinando. —Se ríe.

—Claro que podrás —repite la hermana.

—Empapa una gasa con agua y tráela para limpiarla.

—Agua en una gasa —insiste.

—Yo puedo hacerlo sola —le explico mientras sonrío.

—No te preocupes —indica Mari Pili.

—No es necesario —aclara Mari Puri.

—¿Pasáis mucho tiempo juntas? —les pregunto mientras comienza a pasarme la gasa por la rodilla magullada.

—Bastante —responde una.

—Demasiado —matiza la otra.

—¡Au! —me quejo cuando pasa otra gasa empapada en alcohol.

—Hay que desinfectarlo.

—Hay que dejarlo limpio —manifiesta Mari Puri.

Y guardo silencio mientras me curan y me dedico a observar el espacio. La cocina es amplia y está impecable, muy limpia y ordenada. Hay muchas estanterías con frutas y con verduras, todas metidas en cestas, y veo calderos, sartenes y utensilios distribuidos por todo el espacio.

—Los calderos son enormes —les digo sorprendida.

—Somos muchas personas.

—Demasiadas —añade Mari Puri.

Hay muchas diferencias entre ellas a pesar de que parecen repetir lo que dice la otra. El color del pelo y de los ojos es el mismo, y comparten estatura y complejión; pero los rasgos son distintos y, una de ellas, la que está ahora mismo sacando pimientos por doquier de las cestas, tiene un anillo, con lo cual y si no ando muy desencaminada, está casada.

—Gracias —le indico cuando me coloca un apósito sobre la rodilla.

—Mantenlo un par de horas, luego ya puedes dejar que se seque al aire. Creo que soy una enfermera frustrada en el cuerpo de una cocinera.

—Yo prefiero ser cocinera, me va más eso que las heridas —suelta su hermana.

—Gracias —susurro de nuevo mientras sonrío—. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Sabes cocinar? —me pregunta Mari Pili.

—No, nada de nada. Ni freír un huevo.

—¿Cortar? —pregunta Mari Puri.

—Eso sí, prometo no cortarme un dedo en el intento, me gustaría conservarlos todos —bromeo mientras los muevo delante de sus ojos.

—Es graciosa —comenta Mari Pili.

—Es divertida —matiza Mari Puri mientras me tiende un delantal y un trapo, y me explican dónde se encuentran los utensilios básicos en la cocina. Me hacen una especie de *tour* en estas cuatro paredes bastante bien organizadas.

—En este tablón de aquí, tenemos el menú por semanas.

—Y, en este de aquí, el menú diario y los ingredientes por peso que debemos utilizar en cada receta —matiza la otra hermana.

—Es sencillo, ya verás, solo tienes que cortar, nosotras iremos encargándonos del resto.

—¿Cada día se hace un primer y segundo plato? —pregunto.

—Sí —responde Mari Pili.

—Claro —añade Mari Puri.

—Pero se hace por dos, es decir, tenemos que hacer dos primeros platos y dos segundos porque tenemos cena también. Recuerda que coméis varias veces al día —me explica mientras comienza a sacar calderos y verter aceite en ellos.

—¿Y los desayunos?

—Eso lo hacemos sobre la marcha cada mañana, no es tan complicado como las comidas, para eso no necesitamos ayuda.

Vale, lo de la cocina parece divertido, pero creo que es estresante. No somos grupos pequeños, no somos cinco o seis personas como en una casa, somos muchos, demasiados y eso es preocupante.

Hasta que no te metes en el trajín no eres consciente de que las cosas no son como piensas. No es que creas que la comida cae del cielo ni mucho menos, pero tengo que cortar pimientos para parar un regimiento y no hablemos del resto de verduras y de frutas, porque, según veo, hay que trocear sandías para todo el grupo, pues es el postre del día.

Yo me encargo de las sandías y tienen una pinta exquisita. Les quito las pepitas y comienzo a

cortarlas en cuadrados para que cada cual se sirva a su antojo.

Mari Pili y Mari Puri empiezan a introducir ingredientes en las cazuelas enormes y a remover con unas palas de madera que son dignas de una pelea, son gigantes.

—¿Cuántos años lleváis trabajando en Jacaranda? —me intereso.

No alzan la vista, sino que siguen sumidas en el trabajo, sabemos que tenemos el tiempo contado y que no podemos desperdiciarlo.

—Desde que abrió por primera vez —me contesta Mari Pili.

—Desde el principio —matiza Mari Puri.

—Y, el resto del año, ¿qué hacéis?

No es por cotillear ni nada de eso; pero, si siempre están aquí y esto dura treinta días, no sé bien cómo lo hacen.

—Vivimos cerca, yo estoy con mi familia, y Mari Puri vive al lado de mi casa.

—¿No estás casada?

—No —niega.

—Está enamorada —se burla su hermana Mari Pili.

—¿En serio? —Ahora ya no repite lo que dice la otra porque está colorada como un tomate.

—Mentira.

—Sí que lo estás.

—Calla, hermana traicionera —le reprocha a Mari Puri.

—Uhhh, el amor —le suelto bromeando, y ellas se carcajean—. Quiero saberlo todo. Tenemos mucho tiempo.

—Corta sandía y calla, jovenzuela —me pide Mari Puri para cambiar el tema.

—Eso, corta sandía que luego tendrás que comenzar con las patatas —me encomienda Mari Pili.

—Tranquilas, señoras, que puedo hacer varias cosas a la vez, no os olvidéis que hablando las cosas se hacen más amenas y el tiempo pasa más rápido. —Sonrío.

—Parece que tenemos por aquí a una cotilla en potencia —me acusa sonriendo la hermana casada.

—La culpa es tuya —responde la otra.

—Tenemos mucho tiempo, chicas, nada más y nada menos que veintinueve días.

CAPÍTULO 12

No he logrado sonsacar demasiada información sobre el supuesto amor platónico de Mari Puri, apenas sé que ronda por estos lares y eso es información privilegiada que se le ha escapado mientras cortaba cebolla, y llorábamos como las mejores en esa cocina. Porque sí, después de las patatas, vinieron las cebollas. Aún dudo si fue un pequeño castigo o una broma por ser la novata.

Camino de regreso a mi cabaña y sigo sintiendo las molestias en la pierna a pesar de tenerla cubierta con una tirita.

Doy media vuelta cuando llevo parte del trayecto ya recorrido y regreso a la recepción. No tengo clase la próxima hora y puedo aprovechar para preguntarle a Simona por Daniel. Quizá no debería darle vueltas a la cabeza, pero es inevitable pensar qué le sucede para que se comporte de esa forma. Su gesto y sus respuestas siguen presentes y los comentarios que Marla me ha hecho sobre su hermano incrementan mi necesidad de saber más sobre el asunto.

Son polos completamente opuestos a pesar de compartir genética. Marla es una niña divertida, habladora, espontánea y con una sonrisa permanente en la cara, y Daniel, por lo que pude comprobar y por las palabras que Axel le dedicaba en la recepción mientras yo me dirigía a la cocina, creo que lleva pasando por una mala racha un tiempo.

Entro en la recepción con todos esos pensamientos rondando en la cabeza y con la sensación de que nada va bien últimamente, no sé exactamente qué sucede, pero creo que el mundo simplemente se tambalea. O puede que el único que se tambalee sea el mío y tenga un motivo para ello.

—Simona...

Dejo su nombre en el aire al verlo cruzar la puerta que da al pasillo, esa que sale del despacho de dirección y un escalofrío me recorre el cuerpo cuando nuestras miradas se cruzan.

Si Axel tuviese algún superpoder, sin duda sería el de paralizar el tiempo, porque parece que cada vez que nos vemos tiene algo que hace que deje de importar, tanto para bien como para mal; peleas, pullas, respuestas canallas y un soplo de aire, aunque aún necesito decidir si fresco o todo lo contrario.

—Mérida, ¿qué tal tu día?

—Bien. —Y respondo sin apartar mi vista de él que sigue allí, plantado en un lateral de la recepción, siendo testigo en primera instancia de nuestra conversación o del motivo que me ha traído hasta aquí.

—¿Has envenenado el almuerzo? —prosigue Simona con la broma sin percatarse de nada.

—Seguro que eso le encantaría —responde Axel, interviniendo en la conversación.

—Lo he hecho bien para apenas saber hacer un sándwich —aclaro.

—Seguro que sí —responde Simona con ese gesto tan dulce que la caracteriza siempre.

—¿Qué necesitas? ¿Tienes hora libre?

—Ajá. No tengo clase hasta después del almuerzo...

—Bien, yo libro esta tarde, no me olvido de nuestro paseo por el lago —me recuerda.

—¿Estoy invitado? —inquire Axel.

—Solo si vas sin camiseta —bromea Simona.

Es un simple comentario sin maldad alguna y sin buscar nada que no sea sacar una sonrisa y eso es justamente lo que despierta en mí. Me gusta esa complicidad que tiene Axel con todo el que se cruza con él, puede que sea de esas personas que encajan en cualquier sitio sin necesidad de analizar lo que les rodea, simplemente siendo ellos mismos, como si fuese un mando universal, de esos que con un simple código enciende cualquier televisor. Yo, en cambio, no soy así, soy bastante comedida y siempre he sentido que necesito tiempo y espacio para adaptarme a la vida y al mundo, que no está todo hecho con respirar y sonreír, que necesito estar segura de mí misma y eso no es algo de lo que presumo, porque, si lo hiciera, estaría errando.

Admiro la capacidad de Simona de sonreír y que se note que lo hace con el alma, no con la boca, que le nace eso, y me gusta, me gusta haber elegido estar aquí ahora, porque creo que todo lo que nos rodea hace que dejemos de ser capullos y pasemos a ser preciosas rosas.

—Sin camiseta y sin todo lo que quieras, Simona —responde Axel a su comentario.

—Luego nos vemos —le digo a Simona a modo de despedida.

—¿Necesitabas algo? —me pregunta sabiendo que iba en su busca.

—Nada, solo verte —le explico.

—¿A mí o a Axel? —pregunta para pincharme.

—Para ver un burro, mejor voy al establo —respondo riendo.

Me giro y salgo triunfal de la recepción. No quería tocar el tema de Daniel con Axel por allí, no quiero poner en un compromiso a Simona con mis preguntas.

Cojo el sendero que me lleva hasta mi cabaña y comienzo a pasear mientras escucho de fondo el alboroto de los chicos en sus respectivas clases. Aun con todo eso, la paz que se respira es increíble, puede que sea el olor a verano, a sol o a tierra o que sea yo misma que ahora veo todo con otros matices y puede que ese tambaleo del que hablaba hace escasos segundos tenga conexión con todo esto, con que estando aquí me siento distinta.

—Oye, sonrisa...

—No pienso responderte —le contesto sabiendo que Axel intenta de nuevo provocarme.

—Ya lo has hecho —me rebate situándose a mi lado.

—¿Intentas acosarme?

—Puede —dice mientras me guiña un ojo—, pero, si lo hago, que sepas que es por una buena razón.

Me paro en seco y lo miro con detenimiento, a la cara, nada de sus fornidos brazos marcados por esa camiseta hecha para que tus pensamientos se conviertan en pecaminosos.

—¿Y cuál es la razón? —Ya formulando la pregunta sé que he cometido un error porque eso es justamente lo que él busca, que le siga el juego.

—Conseguir besarte —suelta.

Y ese tambaleo vuelve, pero multiplicado por mil, porque no es algo que se respire, es algo que se escucha, que entra por tus orejas, navega por tus terminaciones nerviosas y hace que vayan directo a ese punto que sabes que existe, pero que no ha sido provocado nunca y no es otro que mi entropierna.

Besar a Axel.

Es extraño pensar cómo debe de ser besar a otra persona y lo digo porque nunca se ha cruzado un pensamiento así por mi cabeza. Siempre ha sido sencillo, como una de esas sumas con un solo dígito y que suelen tener un resultado bastante ensayado; igual que mi vida con Adán, igual que mi lista de propósitos y la consecución de los mismos.

—Sigue soñando, Axel.

—Eso hago, Mérida, justamente eso es lo que hago.

Sigue su camino sin esperar a que le acompañe o a que le replique su anterior comentario, y quiero pensar que ese vacío que ahora mismo se ha instalado en mi estómago no es más que el nudo de nervios por todo lo que ha cambiado en mi vida en tan solo un par de días; por echar de menos a mis padres, a Antón e incluso por compartir trabajo y espacio con Olivia, esa a la que supuestamente llamo hermana, pero que no veo porque no para.

Entro en mi habitación y me apoyo en la puerta, respiro hondo y me dejo caer hasta que el suelo es el que frena mi cuerpo. Siento como si hubiese estado en medio de una persecución.

El día que Adán me besó por primera vez fue el día que creí que estaba completa e irrevocablemente enamorada de él. Fue el día en el que todo cobró sentido y en el que supe que mi futuro estaría a su lado. No sé por qué, pero visualicé todo de tal manera que no fui capaz de dejar de pensar en llegar a casa y tomar notas en mi libreta sobre todas las cosas que iba a conseguir. Parece absurdo, pero el beso en sí despertó que esa yo controladora saliese a la luz.

Supe que tendría que ir dando pequeños pasos para conseguir mis objetivos; aunque, obviamente, eso lo tenía bastante claro desde antes de Adán, pero con él todo se intensificó.

No fue un beso de película o quizá yo no lo recuerdo así.

Sus manos en mi cintura, su cuerpo cerca del mío, nuestros alientos entremezclándose y mi pecho, ese que subía y bajaba esperando ese primer contacto en el que todo cambiaría y que no habría marcha atrás.

Fue puro y casto, fue lento, quizá demasiado, y en ese momento fue perfecto, porque era justo lo que yo necesitaba o eso creía...

Los besos entre nosotros se sucedieron con el paso de los días. A veces escucho cómo Olivia me cuenta que ha besado a uno o a otro y me explica cómo se ha sentido en todo momento. Ella es bastante asertiva a la hora de expresar sus emociones y es capaz de verbalizarlas de tal forma que te hace sentir las un poco y ella siempre lo compara con una explosión de sentidos, y yo siempre le explico que eso sucede cuando no hay ninguna base tangible, sino el mero contacto carnal, porque creo que, cuando besas de verdad, cuando sabes que es la persona correcta, ese beso no es tan importante como el hecho de saber que puedes contar con él para lo que sea.

Ya veis, Olivia siempre es más pragmática, y yo soy más práctica. Diferencias y más diferencias.

—Mérida, ¿estás en casa?

Me incorporo, sujeto el pomo de la puerta entre mis dedos y abro con decisión. Allí está mirándome como suele hacerlo y sabiendo que necesito de ella sin siquiera haberme escuchado decir ni hola.

—Hola —logro balbucear.

—Sabía que estabas rara, lo he notado desde hace un rato.

Puede que seamos muy distintas, que todas esas discrepancias nos lleven por caminos diferentes, pero siempre, siempre, compartiremos algo, algo que es intangible para otros, pero no para nosotras.

—En realidad no pasa nada, creo que solo...

—Echas de menos a Adán. —Olivia finaliza la frase por mí, y yo... pues yo me limito a asentir ante sus palabras.

—Eso es...

La realidad es que ni yo misma sé qué sucede y no puedo explicar algo que no logro entender.

—En breve estarás abrazada a él como si fueses un koala en medio de una selva perdida en los confines del mundo. Tranquila, Mérida, que solo quedan veintinueve días.

Y eso, eso en realidad me preocupa, porque lo que ayer visualicé como una oportunidad para

madurar y crecer, hoy me da vértigo, porque no sé qué puede pasar en veintinueve días y menos..., y menos conviviendo cerca del pecado.

CAPÍTULO 13

El resto de la tarde va genial. Logro distraerme y dejar de darle miles de vueltas a las cosas, centrarme en lo que hago y dejar a un lado lo que no importa.

Gran parte de la culpa es de Marla, que lleva toda la tarde alrededor de mí, explicándome los motivos por los que vestir de color rosa son imprescindibles en tu vida y miles de cosas más que no puedo ni recordar. No soy de memoria selectiva, pero es imposible pensar en evitar que un grupo de niños pequeños acaben perdidos en el bosque y aceptar que la vocación de Marla no es otra que ser presidenta del gobierno, nadie como ella para ser oradora.

Las actividades de la tarde son sencillas; pasear por el bosque, hacer juegos de orientación y algo de actividad física. Se me ocurre que la mejor fórmula es la de sacar de la chistera la larga lista de juegos de ahora y siempre con los que había llenado mis tardes de risas cuando era pequeña.

Jugamos a la carrera de relevos, carrera de sacos y con aros y pelotas. Saco unas raquetas y también practicamos bádminton, pero descartamos la opción cuando las quejas aisladas se convierten en protestas generalizadas porque nadie es capaz de darle a la primera y están más tiempo recogiendo el dichoso volante que marcando puntos.

Aun así, no dejamos de pasarlo bien, de reír todo lo posible y de gritar, porque en el bosque somos más libres que nunca y esa sensación tiene que acrecentarse pase lo que pase.

—Y los macarrones también deberían ser de color rosa porque nos gustarían a todas las niñas y los comeríamos sin protestar, aunque yo siempre devoro los macarrones porque me gustan, son mi comida favorita y están riquísimos y son sanos, ¿verdad? Tienen que serlos porque no están hechos con azúcar.

Marla me hace reír, pero a carcajadas, porque todo lo sabe y todo lo cuestiona, porque nada tiene lógica si es de otra forma que como ella lo cuenta y, aunque así sea, siempre tiene alguna explicación extraña que darle a las cosas y ser, de nuevo, una niña pequeña me gusta porque evado las responsabilidades y todo lo que tiene que ver con la madurez.

—Esta noche hay de cenar macarrones y ¿sabes quién los ha hecho?

—Las cocineras —me responde alzando los hombros como si fuese la respuesta más obvia del mundo.

—Si, bueno, claro. —Sonrío—. ¿Y quién es la mejor cocinera del mundo?

—Mi abuela —responde clara y concisa.

De nuevo sonrío mientras termino de recoger las pelotas del suelo. Alzo la mirada y veo al grupo de niños sentados frente a nosotros.

—Las abuelas siempre son las mejores cocineras, mi abuela hace unas croquetas que están para chuparse los dedos —me cuenta la niña de las trenzas.

—Pues a mí me gustan las *lantejas* —me explica Martín.

Ya voy aprendiéndome los nombres de todos los niños y eso también me hace sentir bien.

—Pues la cena la he hecho hoy yo —les suelto—, y serán los macarrones más ricos del mundo —declaro llena de convencimiento.

—Yo no me los voy a comer, seguro que saben mal —protesta Martín.

—Hay que darle una oportunidad —interviene Marla para rescatarme.

—Gracias, Marla.

—Pero tampoco los voy a probar la primera...

—Oyeeee...

—¿Tú sabes cocinar?

—Pssss. —No quiero mentir; pero, si les digo que no, será mi perdición, y no van a probar bocado.

—Es la mejor cocinera del mundo —grita Marla.

—Oye, Marla, ¿y qué le gusta comer a Daniel?

Ella parece dudar y mira al cielo con cara de estar súper concentrada.

—Ah, ya sé, le gusta la tarta de chocolate que hacía papá.

—Seguro que está deliciosa.

—Pero ya no nos la hace porque tiene otra familia y se las hace a ellos, o eso es lo que Daniel me dice siempre.

—No sabía nada...

—Mi mamá nos quiere mucho y mi papá también —explica con total madurez.

—Claro que sí.

—Pero Daniel...

—Daniel solo necesita tiempo —contesta Axel por mí.

Axel es como ese señor que no ves, pero que siempre está presente, pues igual. Podría decir que ese señor del que hablo se llama Dios, pero quedaría demasiado altanero y, si lo verbalizase e incluso lo pensase y lo asociase a él, quedaría más altanero de lo que ya es y eso..., eso sería aumentar su ego.

Entorno los ojos y miro a Axel de refilón y veo en él ese gesto que me indica que todo está bien. No entiendo cómo eso es posible, hasta esta misma mañana cuando le daba galletas a un burro me hacía sentir así, como que todo estaba donde tenía que estar y como debía; pero, luego..., luego cuando paseo sola por el sendero o cuando pienso en todo y en nada, siento todo lo contrario.

—¿Por qué necesita tiempo? Si le damos mucho tiempo se hará viejo —responde Marla.

Esbozo una sonrisa mientras me coloco a la altura de la pequeña renacuaja, si es que los niños son un pozo de sabiduría e inocencia.

—No se hará viejo, pero sí que crecerá...

—¡Anda! Como yo, mira lo alta que estoy, ayer no le rozaba a Mérida la barriga y hoy estoy cerca de eso —dice mientras señala mis pechos.

Me pongo colorada al instante, no por el comentario de Marla en sí, que soy consciente de que lo ha hecho sin maldad alguna, sino por su mirada clavada en esa zona.

Besar a Axel.

Ese pensamiento regresa con la fuerza de una ola en un mar embravecido y desvío la mirada arrepentida y avergonzada porque este tipo de pensamientos me asolen cuando está Adán y él lo es todo para mí.

—Es una buena zona para llegar, podrías decir que estás a la altura —explica Axel mientras me guiña el ojo y sonrío socarrón.

Marla ríe, pero yo pienso que no, que no es prudente ni sensato por mi parte, aunque el chiste ha sido bastante bueno, si es que Axel... es mucho Axel.

Me sonrojo de nuevo y decido dar el tema por zanjado y comenzar a recoger.

—Vamos recogiendo para hacer el ejercicio de relajación —les explico a los chicos.

Se me ha ocurrido que, con el nivel de energía que poseen estos niños, estaría bien hacer un ejercicio que haga que el nivel de excitación disminuya.

—¿Relajación? —preguntan todos a la vez.

Giro la cabeza buscando a Axel, y lo veo apoyado en uno de los troncos de un árbol, con todos sus sentidos centrados en mí y en mis palabras.

—¿Qué es eso? —pregunta Martín.

—Es cuando nos dejamos dormir —contesta Marla.

—No. —Río—. No exactamente, nos vamos a sentar en círculo, vamos a darnos las manos, a cerrar los ojos y a respirar. —Todos comienzan a hacerlo, pero el círculo está más cerca de parecer un rombo o un triángulo que de cualquier otra forma—. Vamos a darnos las manos y a hacer un círculo —les pido. Me viene de fábula que sea un espacio tan abierto porque podemos hacerlo a nuestras anchas—. Ahora estiramos la rueda y luego nos sentaremos justo en el lugar en el que acabemos—. Marla me tiende su mano y comenzamos a estirar. Una mano fuerte y morena se coloca a mi izquierda y es él. Fijo la vista en nuestras pieles que se tocan deliberadamente y alzo la vista para que su mirada capture la mía. Grises, unos preciosos ojos grises me responden que sí, que lo haga, que le dé la mano y que ese ejercicio de relajación será fantástico así. El círculo se hace grande y, una vez nuestros brazos no dan más de sí, separamos las manos y nos dejamos caer—. Ahora debemos cerrar los ojos, darles las manos a nuestros compañeros y pensar en lo bien que lo hemos pasado. No está permitido hablar, solo pensar.

Evito la mirada de Axel, miro en dirección a Marla y sujeto su mano. Axel hace lo propio porque noto la calidez de su piel al contacto con la mía, y me estremezco, juro que no quiero, pero es lo que hago, mi cuerpo y mi mente van por caminos diferentes.

Pienso que lo bonito es que no hay nada que no haya disfrutado con esta pandilla de renacuajos, pienso que hasta ese momento en el que limpiaba las cacas de los animales en el establo mientras Axel se burlaba fue perfecto; que el ratito en la cocina picando verdura, oyendo cómo ese par de hermanas repetían lo que decía la otra, lo fue y pienso en Daniel y en lo que debe de sentir él o quizá en lo que pensaría si hiciese este ejercicio con nosotros.

Pienso que su mano acaricia con ternura la mía; que no la ha dejado quieta, sino que sus dedos juegan con mi piel, que eriza toda la zona y que seguro que es consciente de ello y pienso que no quiero que deje de hacerlo, por lo menos me permitiré la licencia de soñarlo unos segundos; porque, una vez abra los ojos, volveré a ser la Mérida seria y responsable que no sale de su zona de confort porque es lo que conoce y lo que, hasta ahora, la ha hecho sentir segura.

CAPÍTULO 14

Todo comienza a rozar lo extraño. Y, cuando digo todo, quiero decir todo. No sé nada de Adán desde hace unos días. He intentado contactar con él y no ha habido forma y el sentimiento de culpabilidad por haberme dejado acariciar por Axel de aquella forma tan íntima sigue haciendo mella en mí.

Esa noche no hubo paseo por el lago, me inventé una excusa barata sobre un dolor ficticio de cabeza que ahora sí que está presente y supongo que es por el karma y la mentira que le solté a Simona.

Y aquí me encuentro con un ibuprofeno en la mano, un vaso de leche en la otra y con el ánimo por los suelos por todo y por nada.

—Mérida, debes dejar que las cosas pasen sin más, estás en modo negativo y no sabes si Adán está ocupado y liado.

—Creo que es de las pocas veces que te he visto defenderlo —le reprocho a Olivia alzando la vista y observando cómo sigue tirada en el sofá en una postura muy extraña.

Llaman a la puerta justo cuando me llevo la pastilla a la boca y me regaño al percibir el sabor amargo en el paladar.

—Odio esto.

—¿Qué odias, sonrisa?

—La vida —responde Olivia—. ¿Vienes a verme?

—Vengo a buscar a tu hermana, tenemos una clase en el lago.

Debería estar saltando de una pata por esa frase o por todo lo que dice la frase; lago, buscarme, me elige a mí... ¡Bah! Chorradas, no me apetece saltar.

—Me duele la cabeza —me quejo a modo de lloriqueo.

—Eso tiene arreglo.

Axel, Axel y ese maldito polo que lleva puesto y que, a pesar de ser rojo, ante mis ojos parece que le queda mejor aún que todos los otros colores que se pone; se coloca tras de mí, me sujeta por los hombros, me yergue y sitúa sus manos en mis sienes y yo, yo me dejo hacer, porque me duele la cabeza y porque me gustó su contacto el otro día, para qué negarlo, porque quiero que me toque de nuevo y sentir cómo tiemblo un poco, al fin y al cabo, eso hará que deje de pensar que quiero que este martilleo incesante pare.

—Relájate, sonrisa, relájate.

Y lo hago, porque Axel tiene la capacidad de que todo lo que dice cobre sentido y sea algo así como una petición silenciosa que deba ser llevada a cabo.

Sus dedos de nuevo colisionan con mi piel y comienza a ejercer presión sobre esa parte que ahora mismo late.

—¿Mejor?

—No —confieso.

—No te estás relajando.

Y es cierto, porque pienso que sus dedos puedan recorrer el resto de mi piel de esa forma y me enfada, me enfada que no pueda dejar de imaginar cosas con Axel que no debería.

—No se va a relajar porque su novio no le coge el teléfono —explica Olivia mientras ojea una revista tirada de nuevo en el sofá.

—Calla —mascullo.

—¿Os habéis enfadado?

—No —niego de nuevo—. No hemos discutido.

—Ni siquiera ha podido hacerlo porque él no le contesta, ¿acaso no has escuchado que te lo he dicho?

—La verdad es que estaba disfrutando de la piel de tu hermana.

Olivia alza la vista y sonríe maliciosa, como si le hubiesen contado un secreto y ahora fuese la portadora del mismo y se sintiese orgullosa de ello.

—Déjalo —le pido al ver la situación.

—No seas boba, estaba bromeando —comenta Axel sonriente.

Por un momento me he puesto tensa al pensar que sus palabras pudiesen ser reales y que de verdad quisiera tocarme tanto como quiero yo que lo haga y, sí, sigo sintiéndome culpable por ello.

—Voy a darme una ducha, tengo clase con tus enanos a primera hora, fijate qué bien voy a empezar el día.

Olivia se marcha y nos deja a solas en la cocina.

—¿Has tomado café? Dicen que la cafeína ayuda con el dolor de cabeza.

—No he tomado —respondo con sequedad.

Apoyo la cabeza en mis brazos y escucho a Axel moverse por la estancia.

—Sonrisa, abre los ojos, tienes que tomarte el café e irte a la cama. Iré yo a dar la clase por los dos, no te preocupes —me cuenta mientras acaricia mi nuca con ternura.

—Debo acompañarte —le explico—. No quiero problemas.

—No los tendrás —añade—. Recuerda que soy uno de los coordinadores.

—Pero no el jefe —bromeo.

—Dame tiempo —me dice antes de guiñarme un ojo, como hace siempre.

Coloca un tazón de café frente a mí y se sienta con otro.

—Gracias.

—Bebe —me ordena con voz seria.

Llevo el tazón a la boca y el sabor amargo del café me hace arrugar el ceño y dejar de beber.

—¿No tiene azúcar?

—El café de verdad se toma solo y sin azúcar, tiene que ser como hacer el amor; fuerte y caliente, intenso...

Nuestras miradas se unen de nuevo y ese escalofrío que provoca cuando su piel roza la mía hace acto de presencia, pero esta vez solo de recordar sus palabras e imaginar cómo de ciertas pueden ser con él.

El sexo nunca ha sido algo primordial en mi vida, tampoco lo ha sido para Adán, es decir, evidentemente, no soy virgen y no quisiera serlo, puesto que mi primera vez fue, como poco, estrepitosa; pero nunca hemos tenido esa necesidad de estar todo el día copulando. Si surge y nos apetece, disfrutamos del sexo, claro que sí, como cualquier pareja, sin embargo, no es algo entorno a lo que gire nuestra relación. Por eso siempre creo que lo que tenemos Adán y yo va más allá de lo carnal.

Bebo otro sorbo a regañadientes y veo que Axel hace lo propio.

—Gracias.

—¿Por el consejo o por el café?

—Por el café, por supuesto.

—¿No te ha gustado mi consejo?

—Me ha sobrado —especifico haciéndome la digna.

—¿No te gusta el sexo fuerte y caliente, sonrisa? —y lo pregunta de una forma tan rematadamente sensual que creo que voy a perder la cabeza en el intento.

—No lo sé... —Y juro que soy franca en mi respuesta.

—¿Eres virgen?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —inquiero ofendida.

—Una normal y corriente.

—No pienso responderte a eso —niego efusivamente.

—Voy a tomarlo por un no. No necesito que respondas, Mérida, porque sé todo lo que tu cuerpo me quiere decir. No eres virgen y puede que hayas tenido miles de relaciones sexuales, pero ¿sabes qué?

Noto el latido acelerado de mi corazón en el pecho, cómo retumba por los nervios de la situación, por la forma en la que Axel se hace eco de todo lo que nos rodea, por cómo sus palabras hacen mella en mí y, de nuevo, mi torrente sanguíneo se acelera y esa zona late, late al pensar si es posible que todo eso de «fuerte y caliente» exista, si es real y no una paradoja más de la vida, una de esas que salen en las historias de amor que leemos y que soñamos. Late acelerado porque sabe que Axel es pecado y que, por primera vez en la vida, tengo ganas de pecar.

—¿Qué?

Pasea su lengua por los labios de tal forma que es imposible apartar la vista de esa zona.

Se incorpora y se coloca justo a mi lado, se toma su tiempo, como si fuese a atacar a una presa y esa presa fuese yo.

—Que algún día te enseñaré de verdad que el sexo puede ser caliente y fuerte, dulce y salado, rudo y cariñoso y ¿sabes qué más?

—No —niego con miedo a que el corazón salga desbocado de mi pecho y acabe encima de esta mesa.

—Que querrás repetir una y otra vez, Mérida, y te correrás tantas veces que querrás que pare, que cese en mis embestidas y no, Mérida, te advierto desde ya que no cesaré porque no tendré suficiente de ti.

CAPÍTULO 15

—¡Joder, Mérida! Juro que casi me corro.

Sigo plantada en la silla, estática en el sitio porque, si me levanto, es probable que pierda el equilibrio y algunos dientes por el camino.

Ahí está Olivia, vestida y plantada frente a mí con una sonrisa triunfal en la cara y ganas de buscarme las cosquillas.

—¿Has estado espiando?

—No, ha sido pura casualidad —se defiende—. Dios mío, sabía que Axel era así, pero no pensé que lo fuese contigo. Tranquila, hermanita, te dejaré el camino libre, Axel es todo tuyo...

—¿Estás chalada? Yo estoy con Adán —refunfuño enfadada.

Puede que esté enfadada por varios motivos: uno de ellos es que he permitido que Axel me ningunee, que haga y diga lo que quiera y, lo peor, lo peor es que me ha encantado y eso está mal, muy mal. Otro de los motivos es que Olivia nos ha estado espiando y no la puedo culpar por ello porque lo lógico y normal es que lo hubiese hecho, ya que yo también habría pegado la oreja a la pared y me habría dejado llevar por mi parte cotilla y, lo más importante de todo, es que Axel ha salido victorioso porque no he sido capaz de responder con cierta lógica a su provocación; provocación, por otra parte, que debe ser refutada, pues él no tiene ni idea de nada de lo que acontece en mi vida privada.

—Adán no tiene nada que hacer al lado de Axel, ¿es que acaso todavía no lo has visto bien? Porque, chica, ha dicho que te follaría hasta que se le cayese a cachos...

—Eso será si yo me dejo, ¿no crees?

—Te dejarías, vaya que si te dejarías. Si no lo haces, te pego.

—Estúpida. —Sonrío.

—Madre mía. Si no fuese por esa clase que tengo ahora, estaría haciéndome un dedo en mi habitación. Jo, ¿por qué no me quiere dar fuerte y flojo a mí?

—¡No seas tonta! —Me río.

—¿Te duele menos la cabeza? —Asiento—. Normal, ahora lo que te duele es otra cosa y lo entiendo, juro que lo entiendo, porque hasta a mí me duele. Ay, Mérida, Mérida, no sabes el verano que te espera.

—Déjate de chorradas y vete a trabajar, mala hermana.

—Ya, ya me voy, pero tú...

—Yo voy a trabajar también —le digo mientras me levanto y salgo por la puerta.

—¡Mérida! —grita.

—¿Sí?

—Si vas al lago, mejor que no sea en pijama.

Mi hermana pasa por mi lado sonriendo, porque sabe que me tiene justo, justo donde quiere y eso es malo, muy malo.

Volviendo al tema en cuestión y el que nos atañe, todo esto mientras recupero la cordura, obvio lo poco glamurosa que suena la palabra «correrse» y, dejando a un lado lo excitante que me ha resultado que sea él, justo él, quien la haya pronunciado; sé que debería estar muy, pero que

muy ofendida, a niveles estratosféricos para ser más exactos y puede que, si mi pequeño dolor de cabeza no hubiese hecho acto de presencia, me hubiera levantado y le habría dado un tortazo por pasarse de la raya. Y, con este pensamiento, me coloco mi bikini, el uniforme y salgo de la cabaña en dirección a mi ansiado lago.

Normalmente hago el camino a la inversa, es decir; voy en dirección a la recepción, el comedor, la cocina y las zonas habilitadas para las distintas actividades en grupo. Incluso la zona del granero se encuentra en otra dirección, pero el lago, el lago es como la luz al final del túnel, es la última parada o el último espacio de este campamento y me muero de ganas por descubrir qué se esconde por esta zona.

La arboleda comienza a ser menos intensa, pero, aun así, el olor al rocío de la mañana impregna mis fosas nasales cargándolas de energías renovadas.

Axel tiene razón al llamarme «sonrisa» y no me gusta darle la razón nunca, salvo cuando considero que de verdad la tiene y suele ser poco —vale, vale, dejadme que piense así, ya sabéis que me gusta pensar que soy una chica dura—. El caso es que no puedo dejar de sonreír. Si todas las personas tenemos un lugar en el mundo y estamos destinadas a llevar a cabo alguna misión que cambie el presente o el futuro de alguien, mi lugar, sin duda alguna, está aquí; en el bosque, rodeada de frondosos árboles, pisando la hojarasca que arranca su vuelo para finalizar en este lugar y escuchando el alboroto de los pájaros mientras disfrutan tanto o más que yo de este espacio.

Y me quedo plantada en el sitio, mis piernas se niegan a cumplir las órdenes que mi cabeza les envía porque necesitan esto, necesitan observar que ese espacio totalmente abierto y sin nada que lo invada es el cielo.

Al fondo se observan varias montañas, todas ellas en contacto con el agua del lago, lo rodean como si quisieran que se sintiese protegido.

No se escucha nada, a pesar de que soy consciente de que el grupo de niños debe de estar campando a sus anchas entre sus aguas, solo soy capaz de observar que este lago es mágico, que sus aguas lo son y que hasta ahora he perdido el tiempo al no acercarme a verlo con mis propios ojos, tal y como supe que debía hacerlo desde que leí su nombre en aquella madera llena de flechas con indicaciones.

A mi alrededor hay varios arbustos de hojas gruesas y pequeñas con tonos tirando a grises y sus ojos aparecen ante mi campo de visión, pero no es fruto de mi imaginación, como en otras ocasiones, es Axel que se encuentra al final del sendero de madera, cerca de una pequeña barca, observando mi escasez de movimientos.

«Sonrisa», leo en sus labios y llevo mis dedos a los míos al percibir que sus palabras son una realidad y que es fruto de todo lo bonito que me rodea.

Desde hace días tengo la sensación de que las cosas son distintas a como me las había imaginado, que la intensidad de las emociones que despierta este lugar era errónea y que debía pensar que esto era un mero trámite para la consecución de un objetivo, que no es otro que dar un paso más en mi estabilidad para pasar mi vida con Adán y eso, eso sigue ahí latente. Pero, ahora mismo, viendo esto que me rodea, dejando que mis dedos perciban las gotas que aún quedan en estas pequeñas hojas y sintiendo el movimiento pausado del agua al acercarme hasta ahí, hasta donde está Axel, creo que nada de lo que he pensado o sentido importa o que, de importar, mejor en otro momento, cuando este pequeño nudo que tengo en el estómago deje de hacerme sentir viva, porque en Jacaranda, en este bosque y cerca de este lago, hasta ese nudo es una muestra más de que respiras y eso..., eso solo puede significar que estás vivo y el resto..., el resto ahora mismo está de más.

—Sonrisa, veo que no puedes vivir sin mí, es eso o que mi masaje ha surtido el efecto deseado.

—Ha sido el ibuprofeno —le explico para que no se crea el rey del mundo o algo por el estilo.

—Ya... Mis manos, han sido mis manos —me rebate mientras mueve sus dedos frente a mis ojos.

¡Dios! Ahora que soy capaz de ver algo más que el lago y sus dedos, percibo la desnudez de su pecho. Si con camiseta es guapo, sin ella es...

Desvió la mirada cuando caigo en la cuenta de que debo de parecer una loca que nunca ha visto un pecho desnudo.

—Ibuprofeno —aclaro sin apartar la vista del suelo.

—Sonrisa, ¿estás colorada?

¿Sabéis eso de que solo hace falta que os digan algo para que se incremente la sensación? Pues, si hace escasos segundos me sentía avergonzada nivel uno, ahora lo estoy en su máxima potencia.

—Bobo —replico.

—Si hasta profesando insultos eres una chica dulce y tierna —susurra cerca de mi oído.

Me encanta cuando hace eso, cuando se acerca tanto a mí que es capaz de murmurar de esa forma tan sensual que él solo sabe hacer, de esa manera en la que nadie más es capaz de escuchar, pero que, si nos viese y prestase atención, sabría que lo que me dice es indecoroso, aunque en el fondo no lo sea, pero él es así, puro pecado allá por donde pasa.

Sigo mi camino y me coloco frente al agua, al final de este pequeño embarcadero de madera.

Observo a los jóvenes jugando con una pelota enorme y disfrutando del agua.

—¿Está fría? —pregunto para desviar su atención de la conversación que manteníamos.

—Mucho, ¿quieres probar?

Un leve asentimiento es la respuesta que le doy.

Guio mis pasos de nuevo en dirección a donde están las cosas del grupo. Dejo una toalla doblada, me deshago de las zapatillas y comienzo a desvestirme. No tengo valor para alzar la vista y confirmar que esto que me quema ahora mismo es la mirada de Axel sobre mi piel.

Pantalones y sudadera son las primeras en caer sobre la toalla. Me aventuro a mirarle, a comprobar mis sospechas y confirmar que sus ojos grises me miran con intensidad. Me observa de una forma que no hace más que acabar con la poca cordura que puedo tener y de eso..., de eso siempre he presumido.

Ahora son sus pisadas las únicas que se hacen eco en este espacio, ya no hay jóvenes jugando a zambullirse o a lanzarse una pelota, solo estamos él y yo y nuestras respiraciones. Mi corazón de nuevo late con fuerza en un intento de demostrar que estoy más viva que nunca.

Axel se coloca justo frente a mí y de nuevo su mirada y la mía chocan para, posteriormente, enlazarse como hacen siempre que estamos cerca.

Unos días, apenas unos días son los culpables de que este torbellino que no sé definir intente arrasarlo con todo lo que conozco, un torbellino que tiene cuatro letras en su nombre.

—¿Qué haces? —balbuceo cuando sus manos se colocan al borde de mi camiseta.

—Explorar —susurra sonriendo de esa forma tan suya.

—¿Explorar el qué?

—Quiero saber si bajo esta camiseta hay tantas pecas como en tu cara, sonrisa.

—¿Y tú que crees? —pregunto turbada por las emociones que me embriagan.

Axel se toma su tiempo, no aparta la vista de mí ni de mi rostro, ni siquiera observa mis

curvas cuando por fin desliza la camiseta por mis brazos.

—Creo que, lo que voy a ver ahora, hará que cambie la percepción de todo lo que conozco, sonrisa, creo que, si existe algo mejor que contar tus pecas, será descubrir tus lunares.

CAPÍTULO 16

Y así, sin más, sin elevar el tono de su voz, sin pronunciar palabras que sean obscenas, sin decir nada que pueda reprocharle por estar fuera de lugar, me turba. Sí, lo hace y de qué manera.

Si con Adán he aprendido que la vida está llena de etapas y todas ellas cargadas de responsabilidades y que hay que dar pequeños pasos en pro a la consecución de un objetivo, con Axel estoy descubriendo todo lo contrario, que la vida es un simple aquí y ahora y que nada estará a la altura de una risa sincera, de unas cosquillas que marcan tu piel o de una brisa que mece tu pelo. Con Axel solo existe el presente y con Adán, con Adán el futuro.

Rompo el contacto, y él me lo permite.

—No sigas, Axel —le ruego. Mis ojos se clavan en los suyos y dejo que navegue entre mis emociones, que entienda que no es lo correcto.

—¿Por qué, sonrisa? Dame una razón —me pide deslizado sus dedos por mi mejilla.

Agacho la cabeza avergonzada, y él suelta el mechón de mi pelo y deja que se reúna con el resto.

—Esto está mal, Axel, yo...

—Ya, ya, lo sé, las normas... —responde sonriendo.

Y no había pensado en ese pequeño detalle siquiera, llevamos unos días en este campamento y comienzo a olvidar que aquí también existen normas. Es un trabajo, la vida real, ni más ni menos.

—No, las normas no...

—Las normas están para saltárselas, sonrisa, estoy seguro de que nunca jamás lo has hecho, eres la señorita prudencia.

No sé si enfadarme o darle la razón porque la tiene, no me gusta ir a contracorriente, eso lo dejo para mi hermana.

—Yo soy de las que cumplen las normas: de esas que siempre llegan puntuales, de las que acaban los deberes a tiempo y se preparan los exámenes, de las que hacen una lista de propósitos y la cumplen, de las que saludan cordialmente cuando llegan a un lugar, aunque no conozca a nadie y de las que no besan a otros chicos cuando tiene un compromiso.

—Nadie ha hablado de besar, sonrisa... —Agacho la cabeza completamente abochornada por el comentario en cuestión.

—Lo he dicho sin pensar —me justifico.

—¿Sabes? Yo creo que has dado voz a tus pensamientos, me gusta cuando dejas de ser una chica comedida, cuando te sueltas la melena y eres tú.

—Siempre soy yo, lo que pasa es que no me conoces, Axel, ese es el verdadero problema. —El enfado se hace eco en el ambiente, puede que sea porque tiene razón, porque he pensado en besarle en más de una ocasión y eso no es bueno dadas las circunstancias, ya no porque esté Adán en la ecuación, sino porque Axel es de los que te hacen daño y de los que puedes esperar solo un presente, un aquí y ahora y me gusta el futuro.

—No, Mérida, es cierto, no te conozco, pero tú tampoco a mí. —¿Habré dicho en alto lo que pienso? Axel se gira y el ambiente ha cambiado, ahora está tenso y distante, ya no nos envuelve nada que no sea rabia y tirantez. Sus pies se dirigen hacia el agua y me siento culpable porque

puede que lo esté juzgando, pero no es nada que él no haya hecho conmigo hace un minuto.

—Has empezado tú —le acuso mientras camino detrás de él—. Tú me has juzgado primero —repito con más énfasis.

—Eso no es cierto, Mérida. —Y, sí, me mosquea y mucho que deje de llamarme sonrisa porque me gusta, ¿vale?, me gusta que me trate de esa forma, que vea más allá de lo que nuestro y puede que él haga exactamente eso, ocultarse, no lo sé.

—Sí, me has dicho que soy prudente.

—¿Y acaso no lo eres? —me pregunta clavando sus ojos en los míos, esperando a que le lleve la contraria.

—No, no lo soy. —Más mentiras y lo sabe tan bien como lo sé yo.

—Bésame —me exige.

—¿Cómo? —retrocedo un par de pasos asustada por su petición.

—Si no eres prudente, sáltate las normas y bésame —repite y ahora su voz no suena a otra cosa que no sea a ruego.

Mi corazón late desbocado, como cuando te haces una maratón y necesitas parar unos segundos o caerás al suelo sin remedio.

—No puedo, Axel, no puedo.

Recorre la distancia que nos separa, vuelve a sujetar mi pelo entre sus dedos y a jugar con él. Me gusta el contraste del rojo de mi cabello entre su piel blanca, es como el ángel y el demonio juntos, salvo que, en esta ocasión, los colores se intercambian.

No está nervioso, en cambio, yo, yo soy pura gelatina.

—No puedes, Mérida, y lo entiendo, juro que lo entiendo; pero, dime algo y sé sincera, ¿lo harías? ¿Quieres besarme?

Ahora no habla de poder o de lo que es correcto, habla de algo más tangible, habla de deseos y de necesidades y, ¡joder!, qué difícil me lo pone.

—No, no quiero —respondo sin tartamudear.

Axel chasquea su lengua contra el paladar, gira la cabeza hacia el grupo de chicos que siguen jugando en las aguas del lago sin ser consciente de lo que nosotros ahora mismo hacemos, de la discusión llena de deseos y de necesidades, de verdades y mentiras, de reproches, de todo.

—Mentira —me dice clavando de nuevo su mirada en la mía—. Engáñate todo lo que quieras, sonrisa, porque sabes tan bien como yo que sí, que quieres, que te gustaría probar mi sabor tanto como a mí me gustaría probar el tuyo y eso..., eso es lo que va a suceder.

—No —niego de nuevo—, eso no va a pasar ni ahora ni nunca —respondo llena de convencimiento.

Axel esboza una sonrisa, alza una ceja y sonrío más, consiguiendo estremecerme. Suelta mi pelo, se coloca a mi lado y soy consciente de que lo que va a decirme, eso que va a pronunciar, va a dejarme sin aliento.

—Mérida, sucederá y ¿sabes por qué? —No respondo, pero no hace falta—. Porque no puedes evitar lo inevitable.

—¿Y qué es lo inevitable, Axel?

—Que, cuando tú y yo estamos cerca, explotamos, sonrisa. Imagínate cuando nos toquemos de verdad, cuando el placer lo abarque todo, cuando gimas en mi boca de cualquier manera, porque, Mérida, vas a gemir y no sabes cuánto.

Un par de gritos nos sacan de nuestra ensoñación particular, giramos la cabeza con desconfianza y observamos que hay ahora mismo dos chicos peleando y no entendemos el motivo.

—¡Daniel! —grita Axel.

Se zambulle sin pensar, y yo me quedo plantada en el sitio observando la escena, mientras él ya da brazadas en la dirección en la que se está produciendo el encontronazo.

—¡Joder! —mascullo.

Me lanzo al agua y no percibo nada que no sea el nerviosismo y las ganas de que nada malo pase. Nado con rapidez, con toda la rapidez que puedo, mientras soy presa del pánico y observo que uno de esos chicos es, efectivamente, Daniel.

Esta mañana, con el dolor de cabeza y las palabras de Axel, no me paré a pensar en cuál era el grupo con el que tenía actividad. Tenía que haber estado pendiente, soy un desastre, es lo único que pienso.

—¡Basta, Daniel! —grita Axel al plantarse entre los dos chicos que aún discuten.

Llego hasta su altura y me encuentro a todo el grupo parado con cara de asombro. No veo heridas graves, aunque sí alguna magulladura.

—Mérida, llévate al grupo a la orilla, que comiencen a recoger sus cosas, yo me llevaré a Daniel. Encárgate del resto.

Mis dedos se colocan sobre el brazo de Axel y lo escruto con la mirada.

—Tranquilo, yo me encargo de él —le pido clavando la vista sobre Daniel. Axel no me dice nada ni me lleva la contraria delante del grupo, pero sé que no está nada convencido con mis palabras—. Tranquilo —repito.

Sujeto a Daniel por la mano y, aunque a priori no responde a mi gesto y me mira con el ceño fruncido, accede a venir conmigo.

Nadamos en silencio mientras escucho cómo Axel le da ordenes al resto del grupo. Salimos del agua y cogemos nuestras cosas, me seco deprisa sin pronunciar palabra alguna, y Daniel ni siquiera cruza una mirada conmigo, aunque su actitud me demuestra que está enfadado; algo que ya ha dejado de ser novedad para todos nosotros, pues su gesto es constante y su forma de reaccionar nos da indicación de ello.

—Vamos —le pido.

—¿A dónde?

—A pasear —respondo.

—¿No vas a llevarme con la directora?

—No —zanjo.

—¿Por qué?

—Porque, hasta donde yo sé, no ha pasado nada, ¿verdad?

Daniel abre los ojos con sorpresa y por un momento percibo que su gesto ha cambiado.

—Sabes que se van a chivar y te vas a meter en un problema.

—Pues seremos compañeros de dirección —le explico sonriendo.

Comenzamos a caminar y, tras salir de la zona del lago, tomamos el sendero que nos lleva hasta los establos.

—¿Vamos al establo?

—Ajá.

—¿Acaso tu forma de castigarme pasa por llevarme a limpiar mierda?

Me paro al escuchar esa forma en la que se dirige a mí, con desprecio, de nuevo lleno de enfado y de algo que prefiero no pensar.

—No, no es ningún castigo, eres libre de irte si quieres, pero, considerando tu actitud y la forma tan natural que tienes para meterte en problemas y que pasar un rato conmigo no será malo para ti, deberías pensarlo y valorar bien lo que quieres hacer. Seguiré mi camino —le explico mientras tomo aire, porque ahora la que está enfadada soy yo, con todo, con él, con Axel, conmigo

misma y con Adán—, y estaré con Triqui en el establo.

—¿Triqui? ¿Quién es Triqui?

—Si quieres saberlo, solo tienes que venirte.

CAPÍTULO 17

—¿Y qué paso? —me pregunta Simona cuando le cuento lo que ha sucedido esta misma mañana.

Hemos quedado, porque, aunque me duele bastante la cabeza y sigo de mal humor, era eso o volverme loca en esas cuatro paredes pensando en el motivo por el que mi novio no ha tenido tiempo en estos días de llamarme o de escribirme siquiera un mensaje.

—Que no vino —le respondo con naturalidad—. Dime algo, Simona, ¿el año pasado estuvo Daniel por aquí?

Ella cabecea afirmando en varias ocasiones mientras se lleva un trozo de pan a la boca. Hemos traído provisiones, como era de esperar, por si nos perdíamos en la noche y nos atacaban unos lobos en este bosque. Mejor darles una barra de pan que nuestras piernas.

Escuchamos varios pasos acercándose, y permanecemos en silencio, tan calladas que Simona ni siquiera mastica lo que tiene en su boca.

—Shhh —le pido.

—Tengo miedo, no me gustan los ruidos extraños.

—Son solo pasos, Simona —le explico para intentar calmarla.

—No me gustan los pasos extraños —insiste.

Fijamos nuestros ojos en ese lugar desde el que proviene el sonido y me repito eso mismo que le acabo de decir a la chica que está sentada frente a mí, juraría que son pasos, nada que ver con una jauría de animales que tengan hambre y la posible pérdida de mis piernas.

—¡Chicasss! —grita Olivia enfocándonos con una linterna—. ¡Joder! ¿No podíais esconderos más? Llevo un rato buscándoos.

—Nos has asustado —protesta Simona—. Jolín, pensaba que era algún monstruo de esos que salen en las películas y que nos encontrarían mañana sin vida.

—No es para tanto —le digo mientras me hago la digna y acaricio mis piernas, «os quiero, chicas», pienso y las abrazo, a mis piernas, obviamente—. Y deberías dejar de ver esa clase de películas.

Mi hermana asiente y se coloca a mi lado, saca pan de la bolsa y empieza a dar buena cuenta de él. Cualquiera diría que tiene hambre.

—¿Qué hacéis? ¿Habláis de tíos buenos? ¿De Axel? —nos pregunta tras tragar el último bocado.

—¿Axel? —inquieta sorprendida Simona.

—El amor platónico de mi hermana —responde Olivia.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Simona clavando su vista en mí.

—No le hagas caso —me defiendo, moviendo los brazos con nerviosismo mientras le dirijo una mirada asesina a mi hermana, la lengua larga—, Olivia ve cosas donde no las hay, y yo tengo novio.

—Un novio que no le escribe ni la llama desde hace varios días. —Así, en la llaga.

—¿Cuántos?

—Cuatro —confieso avergonzada.

—¿Habéis discutido? —pregunta Simona intentando buscar una explicación.

—No —niego.

—Es gilipollas —zanja Olivia.

—Oyeeee —me quejo.

—Hablo de Adán —aclara mi hermana, menos mal que el insulto lo dirige hacia él, pero no puedo negar que yo me siento un poco así también.

—Es extraño —añade Simona, a la que veo que este asunto le gusta.

—Al principio pensaba que estaba liado con sus cosas —confiesa mi hermana—, pero cuatro días son muchos para el señor correcto, creo que ha muerto.

—No digas eso —exclamo turbada.

—Sigo bromeando —se defiende mi hermana.

—¿Y qué pinta Axel en todo este asunto? —prosigue Simona.

—Axel quiere rollo con mi hermana —matiza—, ya, lo sé, no me mires así, Simona, a mí también me resulta extraño porque Mérida no es el tipo de chica que considero que le pueda gustar a un hombre como Axel, es más, diría que yo —incide remarcando el pronombre personal— estoy muy cerca de parecerme a ese tipo de mujer, mírame...

—Sois iguales —rebate Simona al ver que nuestros rasgos son casi idénticos.

—No lo somos —explica Olivia.

—Somos totalmente distintas —expongo, dándole la razón a Olivia.

—Físicamente, no. ¿Habéis pensado alguna vez en intercambiaros? No sé, por hacer la trastada.

—Mmmmm.

—No. —La negación es lo que mejor se me da, por si no os habéis percatado de ello.

—Eso es lo mejor de tener una gemela, ¿no creéis?

—No —insisto.

—Estaría bien, lo haría con Axel.

—¿Intercambiarte? —pregunta Simona.

—Follar, hablo de follar.

Me llevo la mano a los ojos, avergonzada, porque mi hermana no se corta un pelo, todo el descaro que me falta a mí, le sobra a ella, para que luego diga Simona que somos iguales.

—Estaría bien —especifica Simona sonrojándose, como suelo hacer yo cada vez que pienso algo que no debo y le sumo sus ojos grises y esos brazos marcados que están hechos para el pecado.

—¿No hay un hombre en tu vida?

Simona baja la mirada y coge otro trozo de pan, mientras esperamos impacientes una respuesta.

—Toma. —Olivia me tiende una cerveza, normalmente la rechazaría, pero hoy..., hoy la necesito, más después de todas las emociones que han conformado el día y quizá, solo quizá, alivie mi dolor de cabeza. Le tiende otra lata a Simona, y ella la coge con decisión. —¿No piensas responder? —insiste mi hermana al ver que se toma su tiempo.

—No hay nadie —pronuncia al fin.

—¿Cuál fue tu última relación? —insiste la periodista.

—Nunca.

Escupo un trozo de miga de pan que me había llevado a la boca, y Olivia está a punto de que la mandíbula le roce el suelo y se le llene de tierra y hojas secas.

—¿Perdona? Creo que no he escuchado bien lo que me has dicho —susurra mi hermana

acercándose a Simona.

—He dicho que nunca.

—¿Tienes quince años? No lo parece, pero ya sabes lo que dicen: las apariencias engañan. Los denunciaremos por explotación infantil, tranquila.

—No, tengo veinticuatro.

Vale. La escena es la siguiente: mi hermana ha cambiado de sitio y se ha sentado al lado de Simona, ha sacado varias latas más de cerveza y pan tostado con chorizo.

—¿Te has hecho amiga de las cocineras? —pregunto mientras señalo las cosas que ha sacado de la bolsa.

—No, lo he robado, no se lo cuentes que me castigarán y no me darán segundo plato en días, son unas señoras duras de pelar.

—Son buenas mujeres, me caen bien —las defiende.

—Eso es porque te toca la cocina varias veces a la semana.

—Son buenas de verdad —las defiende Simona.

—Tú a callar, que ahora seguimos con tu asuntillo —bromea mi hermana. Sonreímos todas, porque la verdad es que el momento lo merece. Es la primera noche desde que llegamos que hacemos algo así. Para mi hermana es sencillo, porque ella se relaciona con todo el grupo, es más, juraría que ese que era el comodín si la cosa con Axel no le iba bien ya debe de estar babeando por donde ella pasa, porque tiene ese don: es como una bruja sin cazuela, pero que la magia se le da bien sea con quien sea y cuando sea—. A ver —retoma el tema mientras nos tiende varios trozos de pan con chorizo. Nos hemos colocado entorno a la pequeña fogata que hemos hecho y estamos sentadas sobre unas pequeñas toallas. Olivia ha arrastrado un tronco y se ha sentado con Simona en él—, ¿cómo es eso de que no has tenido novio?

Simona mastica el trozo que tiene en la boca y se toma su tiempo, juraría que busca las palabras adecuadas para explicarnos el asuntillo en cuestión. Nosotras, mientras tanto, la observamos fijamente, porque nos interesa la respuesta.

—No lo sé —finaliza concisa.

—Si hasta mi hermana, que es una siesa, lo ha conseguido. Eres muy guapa, Simona, no lo entiendo —prosigue Olivia barajando hipótesis en su investigación.

—No te pases, lo mío fue un flechazo.

—Era, bonita, era... el flechazo es con Axel.

—Pero ¿qué pasa con Axel? —insiste Simona.

—Que Axel quiere darle todo a mi hermana, pero ella lo ha rechazado, porque lo has rechazado, ¿verdad? Para contarme todo, esto no lo has hecho —me reclama mi hermana.

—No pasa nada —les explico a las dos—, Axel solo juega a su juego.

—¿El juego de follar? —pregunta mi hermana.

—¿La conquista? —inquire Simona.

—Su juego, el que quiera que sea —específico.

—Axel es así, le gustan todas —explica Simona.

Y su comentario me duele, en serio, me molesta y giro la cabeza para que no lo noten en mi gesto. Soy bastante consciente de todo ello y de que no lo conozco y un largo etcétera; pero, una parte de mí, una muy escondida y que apenas dejo que salga a la luz porque es demasiado positiva y optimista, piensa que sí, que yo le puedo gustar un mínimo y que todas esas provocaciones y palabras sensuales que me ha dedicado tienen un motivo más que el de hacer otra marca en su larga lista de conquistas, porque, si de algo estoy segura, es de que la lista de conquistas de Axel debe de ser excesiva, tan excesiva como es su seguridad en el asunto.

CAPÍTULO 18

—Pues para gustarle todas, a mí no me ha hecho ni puto caso —especifica Olivia.

—No lo sé, solo os cuento lo que se dice.

—¿Qué se dice? —Miro de nuevo a las chicas y formulo la pregunta llena de curiosidad, y sabemos que lo que mató al gato fue justamente eso, pero necesito conocer más del asunto porque es la única forma que tengo de saber cómo jugar a este juego que desconozco.

—Que cada noche pasa una por su cama, que es un amante excelente, que todos los años se encapricha de una, que no quiere madurar, que es extremadamente guapo y que le precede su ego allá donde va. —Simona alza los hombros al finalizar, como si todo eso que ella hubiese dicho no doliese y, no, no debería, pero esa quemazón que percibo dentro puede definirse como tal y jode, jode mucho.

—¿Y lo de un amante excelente se dice por...?

—Déjalo, Olivia —protesto, molesta. Le doy un largo sorbo a la cerveza porque noto mi garganta seca por varios motivos; uno de ellos es que el tema en cuestión no me gusta y el otro es que, imaginar a Axel desnudo embistiendo con fiereza a una chica de esa forma en la que me dijo que lo haría conmigo, devuelve el calor a esa zona que se encuentra entre mis piernas y que no está acostumbrada a ello, no sin algún tipo de contacto carnal—. Se me ha acabado la cerveza —me quejo moviendo la lata para que vean que efectivamente lo que digo es cierto.

—No lo digo yo, pero se escuchan cosas..., ya sabes —prosigue Simona.

—¿Qué clase de cosas? ¿Eres una *voyeur*? ¿Te pone cachonda escuchar cómo otros se corren?

—¡Dios! —me avergüenzo—, renegaría de ti si no fuésemos iguales, siendo imposible negar que nuestra carga genética esté relacionada.

Olivia me hace una peineta y centra de nuevo su atención en Simona.

—Habla —le pide.

—El año pasado yo no estaba en la recepción como este año; era monitora, como vosotras y, mientras caminaba por el sendero para ir a una de mis clases, comencé a escuchar varios ruidos. Al principio pensé que podían ser cosas más, pero el sonido se incrementaba y no era un ruido cualquiera, eran gemidos, ¡gemidos! —exclama para darle más énfasis. Me abro otra lata de cerveza y presto toda mi atención a eso que cuenta Simona, a pesar de que no deba, no me guste o no quiera hacerlo—. Me acerqué, porque sí, porque escuchar gemidos es como el pistoletazo de salida para que necesites saber qué pasa...

—Eres una guarrilla morbosa.

Simona asiente, y empiezo a pensar que estamos todas más cerca de que por nuestras venas corra alcohol —a pesar de haber bebido poco—, que de estar serenas y cuerdas.

—Solo se escuchaba: ¡Joder, Axel! ¡Joder! ¡Ahí!, sí, justo ahí. Oh, madre mía, madre mía. Me corro, me corro...

—Me estoy poniendo cachonda —confiesa Olivia.

Todas asentimos, porque creo que pensamos exactamente lo mismo.

—Por eso te decía, que no me importaría probar, ya de perdidos, que sea con él.

—Con él... —repite mi hermana.

—Con él... —reitero yo.

—Por los orgasmos —propone mi hermana un brindis.

—Porque espero sentirlos alguna vez —agrega Simona.

Nos quedamos en silencio con la lata en alto y la escrutamos con la mirada. Olivia comienza a reírse a carcajadas, y yo me sumo a esa risa incontrolable.

—¡Eso sí que es un chiste! —exclama mi hermana sin dejar de partirse el culo.

—No es divertido —se queja Simona.

Dejamos de reír; porque, hasta ahora, todo esto sonaba a broma, a una de esas que no te esperas y que justamente por eso te hace tanta gracia y no puedes parar de carcajarte, más, si le sumamos una cerveza y media, el estómago medio vacío y poca costumbre a tomar alcohol.

—¿Eres virgen?

Olivia es la que mejor razona de todas, visto está, porque formula la pregunta sin siquiera habérmela planteado del todo. Que rondar, rondaba; pero no se había materializado aún.

Simona agacha la cabeza tras asentir un par de veces.

Mi hermana se queda perpleja y, ojo, que eso es prácticamente imposible, porque ella jamás se queda sin palabras; pero, claro, no es de lo más normal encontrar una tía de veinticuatro años virgen. No, no lo es, que haberlas, las hay; pero, insisto, no lo es.

—Si hasta mi hermana sabe lo que es echar un polvo.

—Ya estamos...

—¿Cómo va a ser eso? —insiste Olivia.

—Es lo que hay —se defiende Simona.

—No, no, no, eso se va a acabar este verano. Olvídate, le tenemos que poner remedio al asunto, Simona, no puede ser —la nombra a ella, pero la mirada la tiene enfocada en mí.

—No es algo que me quite el sueño. —Le resta importancia la protagonista virgen.

—Por lo menos, te tocarás.

—Por Dios. —Suspiro de nuevo avergonzada—. No le hagas caso, no respondas —la animo.

—Sí, eso sí —responde con sinceridad.

—Por algo se empieza, bien. ¿Te gusta alguien?

—Axel. —Sonríe.

—Alguien que no sea Axel —me quejo. Las palabras salen de mi boca sin contención alguna y, tras decirlas, sé que he metido la pata.

—Uuhhh, cuidado que la gata saca sus uñas. —Se parte mi hermana.

—Boba. —Sonríe.

—Reconócelo, Mérida, Axel es mucho Axel. Te lo dije desde el primer día.

—Vale —claudico—, lo reconozco.

—¿Y qué piensas hacer? —me pregunta Simona.

—¿Con qué?

—Con tu novio, con Axel...

—Nada. Axel es lo que es, le gusta jugar. No niego que sea extremadamente guapo.

—Y sexi —matiza Olivia.

—Y que tenga un culito de infarto —añade Simona.

Reímos de nuevo.

—Y una mandíbula que dan ganas de morder —agrego yo.

—Me casaría con él y su culo.

—Y no sabemos cómo tiene la polla —indica Olivia con los ojos brillantes por el alcohol.

—Tampoco vamos a saberlo —les indico—. Axel es así, le gusta el juego —repito por

decimoquinta vez esta noche, en mi cabeza puede que lo haya dicho alguna vez más.

—Puede que no —indica Simona.

—Puede que le gustes de verdad —dice Olivia.

—O puede que vosotras estéis borrachas y locas por una historia de amor y la veáis donde no hay nada de nada.

—Me gusta el amor. —Sonríe Simona.

—A mí el sexo —bromea Olivia.

—A mí me gusta la tranquilidad, y Axel puede ser cualquier cosa menos eso.

—¿Tranquilo? —cuestiona Simona.

—La vida con Axel debe de ser un continuo vaivén, lleno de subidas y bajadas —les cuento mientras miro a la nada, buscando vete a saber qué, una luz que me indique qué debo hacer con todo esto que acontece en mi vida—. Llegué aquí pensando que todo iba a ser un camino de rosas y que nada iba a complicarse y ahora siento que todo se escapa de mi control —les confieso apesadumbrada.

—Llegaste aquí porque tenías que llegar a este sitio, porque las subidas y las bajadas provocan emociones y sensaciones, y eso es lo que te falta, Mérida —narra mi hermana con solemnidad—, sabes, tan bien como yo, que no se puede programar nada, que no hay nada escrito.

—Me gustan los altos y los bajos —dice Simona.

—Y las reconciliaciones. —Sonrío de nuevo.

—Y el sexo posreconciliaciones. ¡Joder! Si follar con Axel es la leche, debe de serlo más aún después de estar enfadados.

—No pienso averiguarlo —les digo riendo.

—Espero que lo hagas y que me lo cuentes con pelos y señales —nos dice Simona.

—Pues yo espero que pelos haya pocos. —Se parte Olivia—. Tenemos que cortarnos el seto —nos indica—, por lo que pueda pasar, chicas, porque nunca se sabe.

—Y eso es lo mejor, el no saber y el descubrir.

—Brindemos por eso —pide mi hermana.

—Brindemos por eso —repite Simona.

Y, sí, he sido yo la que ha dicho esas palabras porque lo pienso y creo que, aunque pretendas controlar algo, el destino siempre interviene y se cruza en tu camino, como en este bosque, ¿qué sendero eliges? No lo sé aún, pero sí que sé que prefiero seguir caminando.

CAPÍTULO 19

Y a este pequeño asunto lo hemos denominado: «Operación Himen», por lo obvio, está claro y porque es lo único que se nos ocurrió en medio de las risas que brotaban de nuestras gargantas tras abrir la última lata de cerveza y compartirla. Si esto no nos une, nada lo hará.

—Creo que deberíamos irnos —les pido.

—Noooo. —Puede que esté negando, pero juraría que Simona asiente mientras intenta obligarnos a que nos quedemos—. Nos lo estamos pasando pipa —confiesa alargando las eses.

—Mañana tendremos una buena resaca —prosigo con mi discurso de madre.

—Yo me quedo —resuelve Olivia—, tengo miedo a perder los dientes —finaliza mientras vuelve a reírse con ganas. Simona se suma a su risa, y yo, yo creo que es cierto que tenemos que irnos.

—Mañana volveremos y seguiremos con nuestro plan —les cuento mientras me levanto—. ¡Oh! Mierda, se mueve todo. —Me carcajeo—. Estoy volando. —Me parto de risa.

Mi nueva amiga y mi hermana se suman al jolgorio, y pienso que, si esto sale a la luz con la de cosas que hemos hablado, acabaremos de patitas en la calle.

—Hasta mañana —se despide Simona sonriendo.

—Hasta dentro de un rato —añade Olivia.

Yo me limito a alzar la mano e intentar mover las piernas sin tropezar con nada. Apenas se ve y estoy medio borracha, caminando con el reflejo de la luna en una zona que no conozco. Esto es digno de una medalla.

Me dirijo, con toda la decencia que puedo dada la situación, a mi cabaña.

—Tengo que hablar con él —vocalizo—, tengo que hablar con él sí o sí —repito más alto. Ahora mismo, con los brazos extendidos para intentar mantener el equilibrio y dando pasos como si siguiese una fina línea recta, me siento chalada, y luego dice que soy la señorita prudencia, ¡ja!

Prosigo los metros que me separan del sendero hasta mi cabaña, repitiéndome lo que debo hacer al llegar. Paso por delante de la cabaña de Axel y veo luz en ella.

Subo los tres escalones, de lado, bien sujeta a la barandilla de madera y me quedo frente a la puerta recuperando el aliento y esperando a que deje de moverse. No puedo beber, no es lo mío, se me da fatal.

Me descalzo nada más entrar y dejo que la chaquetilla que llevaba puesta caiga al suelo. Me dirijo con decisión hasta mi habitación, sujeto el teléfono entre los dedos y veo que hay un mensaje nuevo. Es de Antón, vale, no es de quien esperaba que fuese.

Marco su número y espero un par de tonos hasta que, por fin, alguien contesta.

—¿Sí? —La voz de una chica me responde al otro lado. ¡Una chica!

—¿Adán? —A ver, que insultar a la primera de cambio como que no, que estoy borracha, pero sigo cuerda—. ¿Eres Marta? —Su hermana y mi cuñada.

—No, soy Andrea, ¿y tú eres?

—Mérida —respondo—. ¿Y Adán?

—Mérida, ¿como la protagonista de la película esa?

—Me llamo igual, pero no soy ella.

—Solo faltaba. —Se ríe.

—¿Y Adán? —insisto.

—En la ducha, creo —bromea.

Vale, yo estoy medio alegre, pero ella lleva un pedo encima considerable.

—¿Podrías decirle que lo he llamado?

—Claro, le diré que la princesa del cuento le ha llamado. Palabrita. —Vuelve a reír.

—¿Eres una amiga?

—Sí, claro, una amiga. —Ríe de nuevo—. La mejor amiga del mundo. —Su risa se cuele en mi cabeza y, de repente, todo vuelve a su estado y ya no me siento nada borracha ni contenta, me siento abrumada porque no me gusta nada.

—Vale —atino a pronunciar—. Adiós —me despido.

—Chao —me dice antes de colgar.

Nunca he desconfiado de Adán, tampoco he tenido motivos para ello, siempre hemos presumido de ser uno. Es decir, todo lo que hago se lo cuento, y todo lo que hace me lo cuenta. Cierto es que nunca hemos estado tanto tiempo separados, normalmente nos vemos todos o casi todos los días y hablamos mucho por teléfono.

Lo raro es que últimamente no lo hagamos. Entiendo que puede que sea porque respeta mi trabajo, es un mes intenso, lleno de clases a todas horas y eso lo sabe él porque se lo conté antes de venirme, pero no pensaba que nada fuese a suceder de la forma en la que lo hace.

Me siento rara, inquieta e intranquila. Descalza y sin chaqueta, salgo de nuevo, mis pies tocan la fría tierra que ahora se encuentra húmeda por la bajada de temperaturas en relación con la mañana de sol constante que hemos tenido, no deja de ser el bosque y de refrescar por la noche.

Mis pasos comienzan a dirigirse de vuelta al sendero donde sé que ellas se encuentran, pero de nuevo mis ojos se clavan en la cabaña contigua y la luz hace que mis pies tomen otra dirección y vayan hacia donde está él, como la polilla que sigue su instinto.

De nuevo, tres escalones de madera, una puerta y mis nudillos impactando contra esa madera inerte.

Por un momento me planteo que pueda no estar solo, que haya dentro una de esas conquistas de las que ha hablado Simona, de esas con las que no repite nunca y que cada noche de verano calientan su cama, y me avergüenzo por ello. Desisto, me giro y comienzo a descender los peldaños para buscar consuelo en otro lugar.

—¿Sonrisa?

Me quedo parada en el sitio. La voz de Axel es como esa melodía que te convierte en aire, que hace que impactes contra todo lo que te rodea y que siempre, siempre, termines regresando a casa.

Me giro y lo veo ahí. Tan guapo, tan él, tan todo.

—Te odio —verbalizo.

—¿Me odias? —Apoya su brazo en el cerco de la puerta, esos brazos que me traen por el camino de la amargura, se marcan a la perfección y es solo por fastidiarme, maldito karma. No, no hay tela que separe mis ojos de su piel y eso me enfurece aún más.

—Sí, te odio —afirmo rotunda.

—¿Qué he hecho para ser merecedor de ese sentimiento?

—No lo sé. ¿Ser rematadamente guapo te vale?

Axel acentúa su sonrisa, y lo odio más aún.

—¿Así que soy rematadamente guapo, sonrisa?

—No, es mentira, no lo eres —me retracto—. Eres bobo, eso sí eres.

—¿Quieres pasar y contarme por qué soy bobo? —verbaliza con retintín.

—No, no quiero, porque dicen que pasas cada noche con una distinta y que te gusta acumular amantes y que eres de esos que hacen que digas: «Oh, sí, sí, ahí, joder, justo ahí, me corro, me corro» —repito citando lo que dijo Simona antes.

—Ya veo. ¿Y quién te ha contado eso?

—Nadie —le explico.

—No hagas caso a todo lo que se cuenta de mí por ahí, son meras leyendas sin fundamento.

—Pues yo creo que es cierto, tienes pinta de eso.

—¿De acumular conquistas?

—No, de hacer que me corra con solo una caricia.

—Pues imagínate de lo que sería capaz con un beso.

CAPÍTULO 20

Sus palabras provocan ese efecto en mí, ese que hace que tu piel se acalore, que el frío de la noche se convierta en humedad en mi entrepierna y del que provoca que una gota de sudor recorra tu espalda sin siquiera haberte movido del lugar. Y, una vez más, me repito que así es Axel, sin proponérselo y sin necesitarlo, solo siendo él mismo.

—¿Qué haces descalza? Anda, entra.

—Pero..., ¿estás solo?

—Ahora no —me dice al apartarse para que acceda al interior de su cabaña.

—¿A esto no podría llamársele confraternizar? —pregunto nerviosa.

—Haberlo pensado antes de llamar a mi puerta a medianoche. Avisame si te conviertes en lobo, por estar prevenido. Me gusta que me muerdan, pero solo si es consentido.

—Serás... —Intento darle un golpe en el brazo, pero es astuto como un zorro porque detiene el impacto y su mano sujeta mi muñeca. Me aprieta contra su cuerpo y ese calor del que os hablaba antes se materializa porque eso que me toca ahora mismo es su piel y arde, arde más que el puñetero sol.

Intento zafarme de su agarre haciendo alarde de la poca cordura que me queda, pero me es imposible. Axel me sujeta por el mentón y alza mi barbilla. Nuestras miradas conectan de nuevo y me quedo completamente obnubilada por sus ojos.

—Grisés —confirmo algo que ya sé y que, por supuesto, él también—. Son grises.

—Lo son. Y los tuyos son marrones.

—Lo son.

—Y tus labios... —Recorro mis labios con la lengua que, de pronto, percibo secos y tirantes—. Tienen el color de una cereza madura, sonrisa. Apuesto a que saben a eso.

No atino a responder nada lógico ni suspicaz, ninguna palabra con algo de astucia se escapa de mis labios, de esos sobre los que conjetura Axel.

Ay, Axel, Axel, si es que tu nombre ya lo dice todo.

—Suéltame, por favor —le suplico.

Retira su mano de mi muñeca y sus dedos de mis labios.

—¿Qué has venido a buscar aquí?

Su actitud cambia y se comporta distante conmigo, más serio, como si de pronto estuviese furioso.

—¿Te has enfadado? —pregunto.

—No —niega dándose la vuelta—. ¿Qué necesitas, Mérida?

—Nada... Bueno, hablar.

—¿De eso por lo que me odias? —Sonríe de nuevo.

—No, de eso no.

—Eso quiero que me lo cuentes.

—Soy una chica que sabe guardar sus secretos.

—Puedo sonsacártelo, soy muy bueno jugando mis cartas.

Y no lo dudo, lo juro.

—Yo soy dura de pelar.

—Tienes pinta de eso —bromea—. ¿Has bebido?

—Un poco —confieso abochornada.

—Va en contra de las normas.

—Es culpa de mi hermana.

—¿Has visto qué fácil te he sonsacado un dato? Ya sé, sin esfuerzo alguno, que has bebido con tu hermana y apuesto a que cerca del lago.

—No, en el bosque, al otro lado.

—Buena chica —me dice cuando se da cuenta de que le he dado más información—, ¿quieres tomar algo mientras me cuentas eso que te trae hasta aquí?

—No, más alcohol no, gracias.

—¿Leche caliente? —me pregunta sonriendo mientras arquea una ceja—. Puedo darte leche caliente —repite.

Vale, soy ingenua y quizá muy prudente —demasiado, aunque eso de venir a la cabaña de un chico que acumula conquistas no lo sea, sin embargo, dejemos eso a un lado—, pero juro y perjuro que la leche a la que se refiere no es esa a la que le añades Cola Cao.

—No, gracias —declino la propuesta con educación sin hacer alusión alguna a lo que se me pasa por la cabeza en estos instantes y las embestidas forman parte de la función.

—A mí tampoco me gusta tomar leche de noche. Mejor de día —me pincha de nuevo.

—No me gustan tus bromas, Axel.

—Sí, sí que te gustan. Y no son bromas.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces qué son?

—Seguridad —responde lleno de ese adjetivo.

—No me gusta tu seguridad.

Axel sonríe mucho más ampliamente.

—Sí, sí que te gusta —me rebate.

—Bueno, me gustaría tener un poco, pero no me agrada que te hayas quedado tú con toda, en el reparto debería haberme tocado algo, sería todo mejor.

—O no, puede que, gracias a eso, tengas muchas otras cualidades desarrolladas.

—¿Como por ejemplo?

—¿Te vale si respondo tus tetas?

—Oh, no, claro que no —respondo riendo—, y eres un guarro —lo acuso.

—Esta noche tendrás que rezar mucho por lo que acabas de soltarme.

—¿Haces tú eso?

—¿Rezar? Sí —confiesa—, pero por otros motivos.

—¿Cómo cuáles?

—¿Fijarme en tus tetas vale? —me pregunta mientras me guiña un ojo.

—Sigues siendo un guarro.

—Puedo serlo mucho más, sonrisa —me asegura.

—No quiero saberlo —le pido.

—Sí que quieres —afirma.

Pasar el tiempo con Axel es extraño, es como cuando ves un anuncio de esos en la tele que te venden alguna marca de cosmética o una crema. A priori, crees que no es necesaria porque ya tienes veinte cremas iguales en el cajón de tu baño, pero te dejas llevar por la melodía del anuncio, por las palabras cargadas de veracidad que suelta la protagonista del mismo y empiezas a plantearte si no será necesario que esa crema esté en tu poder porque, quizá y solo quizá, sí que

tenga ese efecto rejuvenecedor que tanto ansías. Pues Axel es exactamente eso, sabes que no es bueno, que incluso podría catalogarse como peligroso o contraindicado, pero cuando estás con él, cuando comienza a soltar sus frases llenas de ironía y sarcasmo, sus chistes que guarda en la manga y sus comentarios jocosos; te parece que sin él no sería lo mismo. Sin él y sin su mandíbula y sus brazos fornidos, eso está bien especificarlo.

—Me acojo a la quinta enmienda —me defiando.

—Te lo permito por esta vez, no se puede violar una enmienda ni una regla tan importante de los piratas, ya sabes —suelta guiñándome un ojo de nuevo—. Ay, Mérida, Mérida, qué voy a hacer contigo...

—¿Adoptarme? —pregunto poniendo ojitos.

—Se me ocurren tantas cosas... y ninguna buena. Es una lástima...

—¿El qué?

—Que tengas novio y seas una chica prudente.

—No soy prudente...

—Pero tienes novio.

—Puede que por poco tiempo...

CAPÍTULO 21

Me tiro en el sofá con mala gana.

—¿Qué me he perdido?

Lloriqueo mientras le cuento a Axel lo que ha sucedido en los últimos días, todo, hasta la reciente llamada donde ha contestado una chica que no conozco.

—¿Que no conozco! —exclamo enfadada.

Axel se sienta a mi lado y se coloca peligrosamente cerca de mí, tanto, que percibo su calor a través de mi pantalón de deporte.

—Puede que sea una amiga.

—O puede que no.

—Claro, es otra opción. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—¿Para qué necesitas saber eso?

—Cuestión de datos. Si quieres consejo, tendrás que responder a mis preguntas.

—Más de un año.

—Bueno, no creo que pase nada.

—¿Me estás mintiendo? —inquiero al ver su gesto.

—Como un bellaco, pero no quiero ofenderte ni hacerte más daño.

—¿Crees que está con otra?

—Creo que debes hablarlo con él, Mérida. Esa es la solución.

—No es normal que lleve tantos días sin llamarme ni escribirme. Estoy trabajando aquí porque quiero cumplir uno de los objetivos de mi lista de propósitos.

—¿Tienes una lista de propósitos? —pregunta atónito.

—Claro, ¿tú no?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me gusta dejarme llevar, vivir las cosas como vengan.

—¿Por qué? —insisto—. No lo entiendo.

—Es más divertido.

—No lo es.

—Sí que lo es —me rebate—. ¿Y en qué consiste tu lista de propósitos?

—Lo normal.

—Define normal, porque lo que para ti puede ser normal para mí no.

—Pues, no sé... Acabar mis estudios, encontrar un trabajo, vivir con Adán, casarme, tener hijos, nietos... —enumero con los dedos de mis manos.

—No, no es normal. ¿Y el riesgo? ¿Dónde dejas eso de correr el riesgo?

Las palabras de Axel se hacen eco en mi cabeza. Jamás me he planteado saltarme las normas en nada. Me gusta el control, aunque eso ya lo sabéis porque me vais conociendo y la palabra riesgo despierta en mí la sensación de miedo y descontrol, no me gusta, definitivamente no.

—No me agrada la idea. Ni la palabra.

—Mérida, el riesgo es eso que te encoge el estómago, que te hace levitar y te produce un

estado de excitación sublime.

—Sigues sin convencerme.

—Cierra los ojos —me pide.

—No, no quiero, no me gusta tu idea. No te conozco.

—Para no conocerte, has venido a hablar conmigo esta noche.

—Eras mi última opción, teniendo en cuenta que mi hermana debe de estar más borracha que yo un rato, y Simona puede que la peor de las tres.

—Cierra los ojos —me pide de nuevo.

Hago caso a su petición no sin cierto recelo. Soy consciente de que mis sentidos ahora mismo no se encuentran al cien por cien y eso es un punto a su favor.

Intento centrarme y escuchar los pequeños sonidos que nos rodean.

Percibo su calor, cerca, quizá demasiado para ser moralmente aceptable, pero obvio ese sentimiento porque la sensación me produce demasiado placer como para renegar de ella.

Noto la calidez de su piel recorriendo mi mejilla y me tenso.

—Relájate, sonrisa.

Intento hacer caso a su consejo, pero es inevitable ponerme de esta guisa cuando lo tengo tan cerca y cuando no sé qué sucede a mi alrededor porque uno de mis sentidos está en estado de letargo, por no hablar del resto y las consecuencias de las cervezas.

Prosigue con sus caricias. Las mejillas dan paso a la nariz y, esta, a la frente, para descender y pasar por mi barbilla. Me estremezco cuando las yemas de sus dedos pasean por mi cuello y bordean la camiseta que llevo puesta. Mi vello se eriza y sé que él es tan consciente como yo de que mi cuerpo reacciona ante su contacto. Pasea por mis brazos hasta llegar a mis dedos y ya no sé si me siento relajada, excitada, turbada o todo a la vez.

Asciende por el centro de mis pechos, sin tocar nada que no sea sensato, pero paseando por esa zona que está prohibida para él. Sé que sonrío, puedo notarlo aun estando privada del sentido de la vista.

Tras subir por el cuello, pasea por mis labios y los recorre. El tacto se convierte en intimidad y me siento abrumada. Uno mis piernas en un leve intento de que mi centro deje de palpar. Es excitante, brutalmente cautivador.

—Mérida —susurra cerca de mis labios.

—Axel —pronuncio su nombre sin intención de abrir los ojos y que descubra mis secretos.

—Tengo ganas de morderte. Quiero saber si efectivamente sabes a cereza madura.

Su aliento impacta contra mis labios, sé que si me inclino, si hago un leve movimiento, sus labios y los míos se unirán.

—¿Me pides permiso?

—Quién lo diría —confiesa.

—Axel... —repito turbada.

—Pero tengo miedo —declara.

—¿Miedo? ¿A qué?

—A que, una vez te pruebe, ya no haya vuelta atrás, sonrisa.

Y ese pensamiento eclosiona en mi mente y se hace grande, se expande y lo ocupa todo. ¿Qué pasaría si beso a Axel y realmente descubro que me gusta? ¿Que no es un capricho por estar rodeada de árboles sin Adán? ¿Que este juego al que jugamos deja de serlo y se materializa? ¿Y si hoy es conmigo y mañana con otra? ¿Me rompería el corazón? ¿Cómo puedo estar haciéndome estas preguntas si soy una chica con un compromiso con otra persona? ¿Por qué Axel? ¿Por qué?

—Axel...

—Esto que sientes ahora, se llama deseo, se llama riesgo, se llama aventura, sonrisa. Te atrae, te asusta, pero te da morbo. Te gusta la sensación que despierta, te emociona y hace que tus expectativas por lo que pueda pasar te mantengan en vilo y esas sensaciones habrían culminado si mis labios hubiesen rozado los tuyos como lo hicieron mis dedos. Salvo por una diferencia.

—¿Cuál? —respiro agitada.

—Lo nuestro no sería un beso, Mérida. Lo nuestro sería el puto Big Bang y nuestro mundo, simplemente, detonaría.

CAPÍTULO 22

Salgo huyendo tras sus palabras, no sé si llamarlo cobardía o sensatez. Pero huyo, descalza, con las mejillas arboladas por el calor y mi entrepierna mucho peor que el resto del cuerpo.

Llego a la cabaña y al cerrar la puerta soy consciente de que he aguantado la respiración desde que Axel pronunció la última palabra hasta que vi a mi hermana plantada frente a mí en ese salón.

—Mérida, no sabes dónde te metes, pero juro que eso que haces es lo correcto.

Decido no tener en cuenta las palabras de mi hermana porque está borracha —o eso creo— y porque no es correcto, nada lo es, porque mi vida ahora mismo pende de muchos factores y ninguno parece estar donde debe estar.

Duermo con Olivia, sin rechistar ni poner pegas a ello, sencillamente me hace un hueco y deja que el calor nos embriague y caigamos en los brazos de Morfeo. Hacía mucho tiempo que no sentía la necesidad de dormir con ella, supongo que esto de tener un cacao mental hace que acuda en su ayuda, y Olivia nunca se ha negado a nada.

Le hago un breve resumen de lo acaecido la noche anterior, desde mi última cerveza, mis pies descalzos y mi llamada a Adán. Haciendo hincapié a la visita a nuestro coordinador y el riesgo que, horas después, sigue corriendo por mis venas y de qué manera.

—A pesar de que ahora mismo tengas que cambiar la ropa de mi cama —me increpa marcando mucho énfasis en el pronombre personal—, te diré que Adán es eso que siempre te hemos repetido Antón y yo.

—Ya, bueno...

—No me cortes cuando hablo, es gilipollas y esto, hermanita, no huele bien. Lo de Axel es como un *after shave* de primeras marcas porque esa parte, además de oler a gloria bendita, me alegra el día, la semana y lo que queda de mes. Espero que tengas rollete con él, me he retirado por ti, que lo sepas. —Me señala con el dedo como si estuviese echándome un rapapolvo de la leche, y yo tuviese que aguantarlo.

—¿Qué voy a hacer?

—Follarte a Axel, obvio.

—No me refiero a eso, jolín, no seas así.

—Lo otro no es un problema, Mérida. Habla con Adán, mándalo a cagar y líate con Axel. Yo lo veo fácil.

—Tú todo lo ves fácil siempre, no sé cómo te las apañas.

—Cuestión de ser práctica —confiesa—. Anda, desayuna, tenemos trabajo que hacer.

Me dirijo a la cocina para preparar el menú del día. Hoy estaré toda la mañana con Mari Puri y Mari Pili y por la tarde con mis chicos.

—Buenos días —las saludo al entrar. Ellas ya se encuentran afeitadas cortando verduras. Me coloco el delantal y me planto frente al corcho donde está el menú del día y el desglose de ingredientes para hacerlo—. Marla se va a enfadar cuando vea que no hay macarrones de color rosa.

—No hay nada de color rosa, puede que algún yogur de fresa —me cuenta Mari Puri.

—Un mousse también. De fresa —añade Mari Pili—. ¿Y a ti qué te pasa? Tienes mala cara.

—No he dormido bien —les confieso.

—¿Mal de amores? —me pregunta Mari Pili.

—Algo así —les explico.

—Como mi hermana, que el señor de seguridad sigue sin hacerle caso.

¡Por fin voy recopilando información del asunto!

—¿Te gusta el de seguridad? ¿Cómo se llama? No recuerdo. Así que ese es el hombre...

No recuerdo su nombre porque pocas palabras he cruzado con él. En el campamento hay varias personas de seguridad y trabajan por turnos porque ellos sí que tienen que montar guardia de noche.

—Santi —me dice Mari Puri con un brillo en los ojos.

—Santiago —especifica Mari Pili un segundo después.

—Vaya, pues sí que debe de gustarte porque los ojos te hacen chiribitas. —Sonrío.

Mari Puri se sonroja al instante, y su hermana le toca la cabeza para consolarla.

—¿Y por qué no le pides una cita?

—Eso le digo yo, pero nada, no hay manera de que se decida.

—¿Y si me dice que no? ¿Y si me rechaza?

—¿Y si te dice que sí? —le rebato.

—No me atrevo y no quiero hacerlo —zanja la susodicha.

—Llevas con esto mucho tiempo, ¿cuánto? ¿Varios años?

—Varios, sí.

—¿En serio? Pero ¿de cuántos hablamos exactamente?

—Tres o cuatro —me cuenta Mari Puri.

—No, eso no es cierto. Súmale alguno más porque yo diría que hablamos de cinco o seis —le rebato su hermana.

—No quiero hablar del tema —insiste.

—¿Por qué? Ella es de fiar —le dice su hermana mientras me señala—. De lo contrario, ya lo sabría medio campamento.

—No me ha dado tiempo —le explico bromeando—. Yo no me meto en esas cosas.

—¿Y a ti qué te pasa? —me pregunta Mari Puri cambiando el tema.

—Ufff. —Bufo—, ¿por dónde empiezo?

—Pues, como todo, por el principio —me anima Mari Pili.

—Mi novio...

—¿Tienes novio?

—Tengo o eso creo.

—¿Y qué pasa? —pregunta Mari Puri—. Cuéntanos todo mientras partes los melones, ese es el postre de hoy.

Les hago un breve resumen mientras saco ingredientes de la despensa para colocarlos encima de su zona de trabajo y, a su vez, varios melones para empezar con lo mío.

—No me fio ni un pelo —explica Mari Puri cuando acabo mi historia.

—No me gusta nada lo que cuentas —añade Mari Pili.

—Hazle caso a mi hermana, ella está casada, sabe de hombres y de problemas.

—El secreto de un buen matrimonio es la comunicación. La comunicación y hacer la vista gorda cuando no recogen su ropa y encuentras zapatos tirados por toda la casa.

—La de los zapatos eres tú, no le echas la culpa a Julián, Mari Pili.

Me río por los comentarios que sueltan este par de hermanas, son super divertidas, me

pregunto si Olivia y yo seremos iguales al llegar a su edad. O, mejor aún, si seguirá viva porque, en una de estas, me la cargo.

—Eso es lo de menos. Lo que menos me gusta de todo es que no te haya escrito en todos estos días. Si se supone que os veis con bastante asiduidad, ¿por qué no ha estado pendiente de ti?

—Porque tiene una nueva amiguita —rebate Mari Pili.

—No me gustan vuestras conjeturas, no me hacen sentir bien.

—Ohhh —pronuncian ambas.

Dejan los cuchillos encima de la mesa y se colocan a mi lado, ambas me abrazan y confieso que, dentro de lo malo, me hacen sentir mucho mejor.

—No creo que pase nada —insiste Mari Pili—.

—Tienes que hablar con él —me anima Mari Pili—, sin comunicación no hay solución.

—Ya, bueno, le he pedido a la chica que me cogió el teléfono que le diga que he llamado.

—Pues seguro que te llama, no te preocupes.

—Sí, seguro que se pone en contacto contigo. Si es que eres la pelirroja más guapa que hay en este campamento.

—Tu hermana también lo es, pero ella está más loca.

—No me cuentas nada nuevo —les digo a ambas mientras sonrío.

Me revuelven el pelo antes de continuar su labor.

—¿A qué huele?

—A ajo. —Sonríe Mari Pili—. Estaba pelando ajos antes de acercarme.

—Ahora yo también huelo a ajo —bromeo—. Por lo menos podré espantar a algún vampiro chupasangre si se acerca a mí.

—O a Axel —se burla Mari Pili—. Soy casada, me quedo con todo.

—Ya veo, ya.

—¿Entiendes lo que llevo años aguantando? Pilló lo de Santiago sin siquiera decirle nada.

—Me pasa lo mismo con Olivia.

—Somos listas. Es lo que tiene haber nacido primero —explica Mari Pili.

—La mayor soy yo, ella es la mimada.

—Bueno, conmigo se rompió el molde entonces. Anda, trabajemos un rato, tienes muchos melones que trocear.

—Y tú muy poca vergüenza —la acuso entre risas.

CAPÍTULO 23

No me gusta meterme en los asuntos de los demás, eso se le da bastante mejor a Olivia que a mí, pero me despierta cierta ternura la forma en la que Mari Puri habla de Santi y esa ternura se convierte en ganas de hacer algo para que ellos estén juntos, soy una fan incondicional de las historias de amor, no hay otra explicación.

Pensaba que la chica esa, Andrea, le habría dado el mensaje a Adán, y me llamaría a primera hora de la mañana, pero, una vez más, me he equivocado.

Decido pasar por la recepción para pedirle a Simona si esta noche podemos vernos de nuevo.

—Claro, pero sin cerveza, por favor. Tu hermana anoche se pasó bastante, y esta mañana quise morir cuando me sonó el despertador. Solo espero que tenga peor cara que la que llevo arrastrando yo todo el día.

—Siento decirte que no, que está fresca como una lechuga y lo sé porque dormimos juntas y soy la primera en verla por las mañanas.

Simona arruga el gesto y sé que no lo dice por educación o porque tampoco le van eso de las palabrotas; pero, en el fondo, se está acordando de toda su estirpe que, en este caso, es la misma que la mía.

—A las nueve en el lago, no te olvides, tenemos una misión que cumplir.

—¿Hablas de la operación...? —pregunta sin terminar la frase.

—No, hablo de otro plan que tenemos que trazar, pero los detalles luego.

—¿Y ahora me dejas así?

—Claro —le respondo ampliando mi sonrisa.

Voy en dirección a la cancha de tenis en busca de Olivia, sé que está con Daniel y su grupo y quiero decirle lo de esta noche antes de que haga otros planes con ese chico que creo que está conquistando —voy a utilizar esta palabra sutil y no mencionaré lo que ella me dijo en su día— y antes de irme con mi grupo.

Desde la distancia observo que Daniel está sentado y no participa en la actividad como el resto del grupo. Me acerco con disimulo y me sitúo a su altura. Él, sentado en el suelo, y yo de pie.

—¿Por qué no participas? ¿Acaso te has lesionado? —Daniel alza la mirada y me ve, pero no responde—. ¿Estás cansado? ¿Tienes hambre?

—Lo que quiero es que me dejes en paz —me contesta con tono seco.

—Vaya, veo que sigues tan simpático como siempre —ironizo.

—Y tú tan callada y sin nada de conversación —me acusa.

—¿Qué le voy a hacer! Soy una chica habladora.

—No, es mentira, la habladora es tu hermana que no ha parado de comerme la oreja para que juegue.

—¿No te ha convencido?

—No, no me cae bien.

—¿Quieres venir a mi clase? Tu hermana estará allí y seguro que le gustará que juegues con ella y presentarte a sus nuevos amigos.

—Paso.

—Ya, veo que tú pasas de todo.

—¿Quién te crees que eres? ¿Mi madre?

—No, Daniel, tu monitora, tu compañera...

—Pues, como no eres mi madre, ¿qué tal si te vas por donde has venido? Me apetece estar solo.

—Pues creo que sería más divertido si te vinieses conmigo —insisto—, voy a organizar una tarde de juegos de esos de toda la vida, son los que más les gustan a los renacuajos. —Obvio la saña con la que me acaba de mandar a paseo y me lleno de paciencia. Sé que no está pasando por un buen momento y sigo insistiendo en que odio eso de meterme en los asuntos de nadie, pero pienso, y puede que sean cosas más, que Daniel lo único que necesita es que lo ayuden con algo que aún no sé qué es, y yo seguiré intentando que coopere, por lo menos, en las semanas que quedan.

Si Jacaranda tiene algo bueno, además de las actividades que se desarrollan en este *camping*, es que todos los que participan en ellas las viven con intensidad y eso se respira. Nadie se niega a colaborar o se queja de hacer algo. Por eso la idea de ir rotando entre actividades es tan buena, porque hace que cambien y que vean otras facetas, que exploren sus límites y que se sientan parte de todo esto que les rodea.

—Paso de tu rollo —responde tosco.

—En fin, la invitación sigue en pie, si quieres venir, ya sabes, pregunta por mí.

—La pelirroja loca.

—Te equivocas, la loca es esa —le digo señalando a mi hermana.

Daniel no responde, pero veo que sonrío. No he ganado la guerra, pero esto es un primer paso.

Mi hermana accede a la noche de chicas barra Operación Himen barra Operación Celestina, me gusta el nombre y creo que le viene que ni pintado al asunto.

Me dirijo a mi siguiente clase, pero paso antes por la cabaña a coger el silbato. La idea de tener eso me hace sentir más poderosa, después de ver que Axel tenía uno y que le funcionaba, no he podido obviar ese pequeño detalle y me he tenido que hacer con uno yo también.

Lo cojo de la mesilla de noche y veo el teléfono allí, encendido, pero sin señal de que nadie se haya acordado de mí y me haya llamado o escrito y, para ser más exactos, hablo de una persona en particular.

Ese asunto lo trataré esta tarde o quizá mañana, ya veremos cómo fluye todo.

Salgo de la cabaña y la puerta del *bungalow* continuo suena a la par que la mía y hacia allí dirijo la mirada.

—Sonrisa... ¿Vas a tu siguiente clase?

—No, ya ves, me visto así porque me gusta el uniforme de este *camping*.

—Te sienta bien, apuesto a que te pongas lo que te pongas te sentaría bien, aunque es probable que sin nada encima estés mucho mejor —me pincha guiñándome un ojo con picardía.

—No te escucho —le digo obviando su comentario y la sensación que despierta en mí. Hago sonar mi silbato, y Axel arruga el gesto—. ¡Firme! —exclamo al estilo militar—. Ya tengo un pito —le digo mientras lo muevo ante sus ojos.

—Yo tengo otro, ¿quieres verlo?

—No, gracias. —Me sonrojo ante su comentario.

—Aunque creo que es más bien un pitón —alardea.

—Habla, chucho, que no te escucho. —Inicio el camino en dirección a mi clase y lo escucho reír mientras lo dejo atrás.

—Sonrisa, no hace falta que escuches nada, mucho menos que hables, casi que prefiero que tengas la boca ocupada con otra cosa.

Le hago una peineta sin girarme y esa pequeña risa que escuchaba antes se convierte en una fuerte carcajada, una contagiosa, porque yo me he sumado al gesto.

Llego a mi siguiente clase puntual y, como era de esperar, están todos alterados. Pensaba que, después de almorzar, los ánimos iban a estar algo más pausados y que ellos llegarían con las pilas mucho menos cargadas de lo que en realidad las tienen.

Sujeto el silbato entre mis dedos, lo llevo a mi boca con decisión y lo hago sonar. Varios pitidos cortos y seguidos hacen que capte la atención del grupo —ese que en ocasiones se parece más a una jauría—.

—Una fila, chicos..., por favor —les pido. Si quiero que sean educados, tengo que dar ejemplo.

Marla es la primera en acudir y se coloca frente a mí de un salto.

—Hola, profe, ¿qué tal el día? Hoy hemos ido al lago con ese profe que es tan guapo. Nos ha enseñado muchas cosas, pero no habla mucho. Me ha dicho que si nos ve hablar hace que el resto también hable y que le gusta el silencio de ese charco, que no es un charco, es un lago, y lo he corregido; aunque mi madre dice que no se le puede llevar la contraria a los adultos, pero yo le digo que, cuando no tienen razón, sí que hay que llevársela.

—Tu madre es muy sabia —intento interrumpir su perorata, pero es imposible.

—Sí, lo es y tiene mucha *pacencia*, ¿se dice así?

—No, es paciencia.

—Paciencia —repite—, pues tiene mucho de eso porque aguanta a Daniel que muchas veces no quiere hablar, ni siquiera cuando le pregunta qué quiere cenar. Si a mí me preguntase eso le diría que quiero macarrones con tomate, porque es mi comida favorita, aunque me gustaría que fuesen rosas, pero, nada, no hay manera. ¿A ti qué te gusta comer? ¡Ya sé! Te gustan las lentejas, Martín dice que te gustan porque tienes la cara redonda como una y que tienes lentejas dibujadas en los cachetes.

—Sí que las tiene —confirma Martín que ha escuchado su nombre y se ha acercado.

—No son lentejas. —Me río—. Son pecas, tengo muchas pecas y no solo en la cara.

—¿Pero eso es por comer *lantejas*? —pregunta Martín.

—No, es por mi piel, es así.

—¿Por qué? —pregunta Marla.

—Pues supongo que porque mi color de piel es blanco y soy pelirroja y todo influye.

—Pues yo no tengo pecas de esas, pero mi mamá dice que tengo la piel blanca y que debo ponerme crema para ir al lago. Se lo dije al profe, y me sonrió y me la puso. Es muy bueno conmigo, me cae bien, aunque tú me caes mejor.

—A mí me cae mejor él —confiesa Martín con brutal sinceridad.

—Eso es porque te gusta que juegue al fútbol. A mí me gusta más Mérida porque seguro que le gustan las princesas.

—Seguro que a ese chico también le gusta jugar con princesas.

—No, los chicos no jugamos con princesas, eso es cosa de chicas.

—No —niego—, los chicos y las chicas pueden hacer lo mismo y jugar a lo mismo.

—Eso no es cierto —me rebate el renacuajo.

—Yo puedo jugar al fútbol y marcar goles —le explica Marla, dándome la razón.

—Claro, podéis hacer lo que queráis.

—¿Seguro? A mí las princesas me parecen un rollo absoluto y no me gustan nada —sigue

Martín.

—Pero ¿has probado?

—No, no he probado, no me gustan y no quiero jugar con eso.

—Pero has jugado a los papás y las mamás. —Sonríe Marla—. Cuando seamos mayores, nos casaremos y tendremos hijos de verdad, ¿a que sí? Está loco por mí —me dice bajando la voz y sonriendo abiertamente.

—Seguro que sí.

Ella sonríe y se queda contenta con mi respuesta. Fijaos cómo es la vida, desde bien pequeños tenemos ya el concepto del amor bien presente, jugar a papás y mamás, enamorarnos, visualizar una vida en pareja... El amor está en el aire, como bien dice la canción.

CAPÍTULO 24

Llego al lago la primera. Ha caído la noche y ya están todos los chicos en la sala común.

Después de la cena siempre se reúnen en el salón comunitario donde se pone una película. Otros, normalmente los mayores, se sientan en el exterior, en las mesas de madera a jugar con los juegos de mesa o a hablar; todo para intentar posponer el horario de irse a la cama lo máximo posible.

Algunas noches me he quedado yo con ellos, pero hoy tenía algo más importante que hacer.

Mañana es noche de cine, procuraré dejar todo en marcha para poder llorar —de nuevo— con la película de turno.

Me descalzo y me siento al final de la madera del embarcadero. El pequeño bote que vi el otro día sigue ahí varado. Observo la noche sobre el lago e inspiro profundamente mientras contemplo la forma en que se reflejan las estrellas sobre el agua. La estampa es inmejorable y estoy convencida de que disfrutaría con más intensidad de lo que lo hago si todo estuviese en su lugar.

Cada día que paso aquí, soy más consciente de que, por muchos planes que tengas o por muchas metas que te propongas, nunca será todo como quieres que sea o como soñaste.

No me he atrevido a coger el teléfono y llamarlo, y sé que es un acto de cobardía por mi parte el no enfrentarme a esto. Quiero creer que no sucede nada, confío en Adán porque le conozco lo suficiente como para poder actuar de esa forma, pero sí que es verdad, y lo reconozco abiertamente, que no me ha gustado la manera en la que ha actuado. Distanciarse completamente de mí a sabiendas de que ahora más que nunca debemos estar unidos porque, independientemente de que esto era necesario —hablamos de mi trabajo y mi futuro—, le necesito cerca y la única forma de sobrellevarlo es hablando y comunicándonos, pero ni con eso he acertado.

Luego está Axel, que es extraño lo que me provoca al tenerlo cerca, es un «sí, pero no», es un «me provoca, y me dejo provocar» y eso sé que tampoco es bueno, porque está mal dadas las circunstancias. Por otra parte, no he hecho nada malo con él, por lo que, si he llamado y me ha contestado una chica, no tengo por qué pensar mal a la primera de cambio, porque sería lo mismo si me llamase Adán y contestase Axel, exactamente igual, no me gustaría que pensara mal, por lo que, como esto es un dar para recibir, pienso que lo mejor es actuar con prudencia.

Sí, con esa prudencia que parece que tanto me define y que a la vista de todos está.

—Saliste pitando después de cenar, debe de ser súper importante para que estés aquí la primera —comenta Olivia a mi espalda.

—Siempre soy la primera, lo mío es la puntualidad —matizo.

—Cierto —corrobor.

Escuchamos pisadas acercándose y miramos en la dirección de la que proviene el sonido, por si los lobos han regresado. Vemos a Simona, dando grandes zancadas.

—Lo siento —se disculpa.

—Ella tampoco es puntual —dice Olivia mientras la señala.

—Dejemos eso, ahora tenemos que solucionar otro asunto.

—Mi himen sigue intacto —aclara Simona.

—Eso es de esperar, si has tardado veinticuatro años en ponerte, dudo que lo soluciones en

menos de veinticuatro horas.

—Déjala —le reprocho a mi hermana ante el comentario que le acaba de hacer.

—En realidad...

—¿En realidad qué? —pregunto, porque a ver si la estoy defendiendo y resulta que ha estado haciendo cositas...

—Ayer no os conté todo...

—¿Perdona? —inquiérese mi hermana cruzándose de brazos ofendida—. Nos quedamos hasta tarde, te estuve hablando de varios tíos, te conté cosas que ni siquiera sabe mi hermana.

—Y juro que no me acuerdo de nada, estaba más para allá que para acá... La culpa es tuya y de tus cervezas. He llegado tarde justamente por eso —se defiende—, porque estaba cenando bien fuerte por si se terciaba alguna que otra lata esta noche.

—No he traído nada —se justifica Olivia.

—¿Qué pasa? Me da igual lo de anoche... —zanjo.

—Luego te tiraré de las orejas, ahora es mejor que me digas qué pasa —le pide mi hermana.

—Es que... me gusta alguien.

Saco los pies del agua y me giro quedándome frente a ellas.

—Sentaos, no me gusta hablar desde esta altura.

Me hacen caso, mientras se quitan las zapatillas, las colocan junto a las mías y nos sentamos en círculo. Parecemos las de la serie esa de brujas...

—¿Quién te gusta? A parte de Axel, que nos gusta a todas —especifica mi hermana.

—A mí no —niego.

—Calla, mentirosa —me increpa Simona.

Sonríó al recordar cómo Axel, justamente Axel, me decía lo mismo cuando negué efusivamente que fuese rematadamente guapo.

—Deja de marear la perdiz y suelta la información que desconocemos, solo así podremos trazar un nuevo plan.

Simona parece dudar, pero claudica y finalmente habla.

—Me gusta Esteban. Es tanmmn...

—¿Esteban? ¿Qué Esteban? ¿El soso?

—El único Esteban que hay en este *camping* y no es soso, es tímido —lo protege Simona.

—Mira, como tú. Ya tenéis algo en común, apuesto a que también es virgen —insiste mi hermana con su repertorio.

—No tengo ni idea de quién es Esteban, lo juro —aclaro.

—Es el que se encarga del cine, de los juegos por la noche y el que va a organizar las actividades finales.

—El que pone la piscina.

—¿Qué piscina? Jolín, no me entero de nada —murmuro de nuevo.

—Eso es porque estás todo el día pensando en Axel y no te centras —se burla mi hermana.

—Paso, no me molesta que me pinches.

—Puedo ser peor.

Le diría que ya estoy acostumbrada a que Axel haga justamente eso conmigo y la dejaría patidifusa, pero prefiero no darle un motivo más para que se meta conmigo.

—Ya estoy acostumbrada —finalizo.

—¿Vais a discutir o nos centramos en lo que nos ha traído hasta aquí? —Simona intenta poner paz, no sabe que nosotras siempre estamos así y a esto no lo llamamos discutir, es nuestro día a día, básicamente.

—En realidad, el motivo de la reunión de esta noche no eres tú, sino un nuevo plan que tenemos que trazar —esclarezco.

—¿Un plan sobre qué? —indaga Olivia.

—Pero ¿qué hago con Esteban?

—Follártelo, matáis dos pájaros de un tiro —insiste mi hermana.

—No seas bruta, Olivia. Mañana hay cine, puedes acercarte y preguntarle qué película va a poner o algo similar, creo que es una buena excusa para iniciar un acercamiento —le aconsejo.

—Pero si no sabe quién soy, me da vergüenza, es mayor que yo —nos explica Simona.

—La edad es lo de menos —le rebato.

—Tienes que poner de tu parte si quieres que eso que tienes ahí —dice señalando su entrepierna—, deje de estar sin usar.

—Vale —claudica—. Lo intentaré, prometido.

—Buena chica, aunque yo te diría que lo mejor es que saques esas lolas de paseo y se las pongas en la cara... —Olivia le acaricia la cabeza como si de verdad tuviese que recompensarla por acceder a lo que le hemos pedido y para intentar llevarla por el mal camino, eso también.

—Bien, resuelto este asunto, por el momento —matizo—, tenemos que hacer algo con Mari Puri.

—¿La cocinera? —pregunta atónica Simona.

—Sí y lo he denominado: «Operación Celestina».

—Dios, esto se nos está yendo de las manos —bufa mi hermana.

—Si no te he contado qué tenemos que hacer —contraataco observando fijamente a Olivia que se queja, pero a ella le encantan todo este tipo de cosas, lo de ella siempre es meterse en los problemas de los demás, ya le he dicho mil veces que puede salir malparada, pero le da igual.

—Ya, pero tenemos mucho trabajo por delante con Simona y Esteban que, aquí donde la ves, ya ha descartado lo de enseñarle las tetas a pesar de ser uno de los mejores consejos que le puedo dar, pero es como tú, porque no tiene pecas y es pelirroja, porque diría que la gemela de verdad es ella.

—No pienso enseñarle las tetas...

—Haces bien —admito.

—Por lo menos aún. —Nos guiña un ojo.

—Bueno, puedes dar un pequeño rodeo, así lograrás que nos lo pasemos mejor. Tienes poco más de veinte días para conseguir que Esteban se fije en ti —cuenta mi hermana.

—Y el mismo tiempo para que Mari Puri se declare a Santi.

—¿Santi? ¿El de seguridad? —pregunta atónita Simona.

—El mismo, no podéis contar nada de esto, ¿vale? Es un secreto que me ha confesado así, por casualidad.

—¿Se lo has sonsacado? —cuestiona Simona.

—No —niego—, eso se lo dejo a ella. —Señalo a mi hermana—. La parte cotilla la heredó ella, yo no.

—Tú, la casamentera, ¡míranos!, estamos confabulando para que una chica de veinticuatro años pierda la virginidad y una señora se declare, ¿te parece normal?

—La verdad es que sí —admito.

Y eso que no les he contado que pretendo que Daniel vuelva a sonreír. ¿Seré yo una amante de las causas perdidas?

CAPÍTULO 25

—Tenemos que hacer una lista de cosas que queremos que sucedan, situaciones que tenemos que propiciar... Ese tipo de cosas —apunto.

—Tú y tus listas de las narices —protesta Olivia.

—Las listas son fundamentales para organizarnos. Por ejemplo: Simona tiene que hacer una lista de cosas que necesita que pasen para que la «Operación Himen» resulte efectiva.

—Lo voy a intentar. —Sonríe—. Mañana lo buscaré y le preguntaré por la película que pondrá por la noche.

—¿Y? —pregunta Olivia.

—Y no pienso enseñarle las tetas.

—No me refiero a eso —bufa mi hermana—, quiero decir que qué harás después de que te responda.

—¿Irme?

—No, negativo, nada de eso. Tienes que buscar más datos, ¿entiendes para lo que necesitamos una lista? ¡Las listas sirven para todo! —exclamo orgullosa de mis listas—. Tienes que sacarle conversación, saber qué le gusta y qué no.

—Puedes preguntarle cómo terminó trabajando aquí, eso siempre mola.

—Por ejemplo. —Sonríe al ver que eso que ha propuesto Olivia es un buen consejo, mejor incluso que el de las tetas.

—Vale. Haré una lista de posibles temas de conversación y os la enseñaré mañana.

—Me parece bien.

—A mí también —confirma Olivia.

—Retomando el tema de Mari Puri, creo que ella lleva enamorada de Santi desde que lo conoció.

—Yo no creo en los flechazos —rebate Olivia.

—Las personas conectan, Olivia, es así. Hay conexiones que hacen que tu vello se electrice, se te encoja el estómago y necesites coger aire porque sientes que se te ha escapado.

—Me dejas en *shock*.

—Eso me pasó con Esteban —aplaude Simona—. No lo habría explicado mejor.

—¿Lo ves? —le digo mientras señalo a Simona—. Las conexiones existen, te gusten o no.

Me reservo el pensar que eso mismo que acabo de verbalizar es lo que siento con él. Y me siento un poco hipócrita por todo ello, por pensar y sentir, y que mi cabeza vaya en una dirección y mi cuerpo en otra, pero sé que son solo unos días y todo acabará, que las conexiones nacen y mueren, como las personas, que hoy te sientes muy cerca de alguien y mañana lo aborreces sin saber el motivo o sabiéndolo, porque las conexiones también son etapas y, aunque no me guste reconocerlo, sé que Axel en mi vida es una simple etapa que nace, evoluciona y muere. Como la vida misma.

—Bien, ¿me vais a ayudar sí o no? —les formulo.

—Por supuesto. Me gusta el rollo de Celestina —dice mi hermana.

—Tenía mis dudas contigo.

—Yo siempre te apoyaré.

—Ainsss, qué bonito, por favor —admite Simona.

—Tenemos mucho trabajo por delante —insisto.

—Pero nos van los retos —añade mi hermana.

—¿Por dónde empezamos?

—Por el principio —formulo—, siempre por el principio.

El principio de todo esto da comienzo esta misma noche, cuando llamo a Mari Puri para que me prepare una infusión, quejándome de un dolor de estómago ficticio.

La idea es bastante sencilla, ella no sabrá nada, pero, gracias a Simona y Olivia, Santi nos esperará fuera de la cocina, no entro en detalles sobre cómo conseguir que llegue hasta allí, eso lo dejo a la imaginación de ambas.

Infusión en mano, salimos de la cocina; yo en pijama, puesto que tengo que dar el pego, y ella con un vestido sencillo de flores.

Mari Puri es muy guapa y, no solo eso, es muy maja también, es de esas mujeres que te inspiran bondad tan solo con mirarlas a la cara, puede que ese sea uno de los motivos por los que me empeño en ayudarla, por eso y porque me gustan las historias de amor tanto como hacer deporte o como el lago.

No es especialmente mayor, tampoco me he aventurado a preguntarle la edad, pero debe de ser unos años mayor que mi tía Berta, la hermana de mi padre, la primogénita de la familia.

—Oye, Mari Puri, ¿te puedo preguntar algo?

—Ya me has hecho una pregunta —me dice tomando asiento en uno de esos bancos de madera que muchas noches son ocupados por los jóvenes del *camping*.

—Otra, quiero decir.

—Dispara, niña.

—¿Por qué no te has casado?

—¿Nos vamos a poner filosóficas? Pensaba que íbamos a hablar de las verduras, de tu dolor de estómago o de lo que haremos de comer el próximo día que te toque en la cocina.

—Podemos hablar de todo eso si quieres, siempre y cuando respondas a mi pregunta —insisto.

Ella parece meditar bien la respuesta que me va a profesar, porque se mantiene callada un tiempo prudencial y reconozco que se me hace especialmente eterno.

—Creo que la mejor respuesta para tu pregunta es que no me he casado porque no he tenido con quién hacerlo —admite alzando los hombros.

—¿Nunca te has enamorado?

—Bueno, claro, he tenido muchos amores, pero no todos han sido correspondidos y, los que los han sido, no han salido bien. La vida no es un camino de rosas, niña.

—Pero hay que seguir luchando, ¿no? Quiero decir, aventurarte a encontrar a alguien y a sentir algo.

—Ya, puede que tengas razón, pero llegas a una edad en la que todo cambia y a veces lo único que piensas es que tienes una tara o que puede que no seas suficiente para nadie.

—Yo creo que, para un roto, siempre hay un descosido, ¿no? —pregunto llena de ilusión al darme cuenta de que esto que estamos haciendo tiene una parte bonita, altruista y emocionante, porque Mari Puri se merece encontrar su tara, alguien que también tenga algo y que se complementen. Como la aguja y el dedal, la brocha y la pintura o la leche y el chocolate.

—Lo hay, eso es cierto, pero te cansas de buscar y de esperar.

—El amor es como un sendero, coges caminos distintos y siempre te llevan a algún lado en el

que hay algo bonito al final; un lago, una recepción con una persona maravillosa que te sonríe, una cocina donde se encuentran dos hermanas tan diferentemente iguales o un establo con un burro que come galletas y hasta un vecino de cabaña. —Estas últimas palabras las verbalizo, pero en su lógica aparezco yo, porque el sendero es impredecible hasta para el más listo del bosque.

—Elige bien el sendero, Mérida, que luego cuesta regresar a por otro y se pasan los años.

— Sabes? —le pregunto antes de darle un largo sorbo a mi manzanilla con miel y anís estrellado—, creo que la vida te da oportunidades, nos las da a todos, pero nos empeñamos en no abrir los ojos y no ver lo que tenemos delante. Es como cuando te vas a la playa, te sientas a ver una puesta de sol y te quedas con los colores, pero no te paras a ver cómo se refleja en el mar y que mañana habr  otros colores cuando salga,  por qué nos empeñamos en ver las puestas de sol y no en ver cómo amanece, cómo se coloca el sol en lo alto y la forma en la que nuestras sombras cambian?  Por qué somos tan obtusos?

—Porque somos humanos y ego istas y queremos más.

No le puedo rebatir nada a eso que dice porque tiene razón. La estupidez humana a veces alcanza límites insospechables e inteligibles. Somos obtusos y cabezotas y no miramos lo que tenemos, sino lo que tienen los demás y queremos, por activa y por pasiva, tener lo que ellos tienen sin pararnos a pensar que, a veces, las fachadas solo muestran lo que queremos ver y que esconden una casa en ruinas.

—Tienes que darte una oportunidad, tienes un nuevo sendero.

El sendero del que hablo, aparece junto a Simona y mi hermana.

—Juro que hay ladrones, he escuchado ruidos en la cocina y en la zona y no puedo dormir tranquila pensando que no estemos seguros aquí, piensa que hay niños pequeños y que, si no est  todo controlado, no volverán y Jacaranda tendr  que cerrar como campamento y eso es preocupante; te quedar as sin trabajo, Santiago, enti ndelo.

—Me has convencido hace rato —admite justo antes de rascarse la barba.

Mari Puri lo observa en silencio y, al darse cuenta de que viene hacia ella, hace amago de levantarse.

—No —niego—, no cojas ese sendero porque volverás a equivocarte.

Permanece unos segundos más en pie, meditando cuál es la decisión que debe tomar, si quedarse o irse. Finalmente claudica y toma asiento de nuevo.

Mi hermana empuja a Santi en nuestra dirección, y yo aprovecho para levantarme.

—Buenas noches, señoras.

—Señoritas —recalco.

—Señoritas —corrige.

—Bueno, yo... me tengo que ir. Estoy cansada.

— Te duele menos el estómago?

—Mmmm, s , claro, gracias por la infusión. Santi,  no te apetece tomarte una? Mari Puri cocina como los dioses, hasta las infusiones le quedan bien.

—Bueno, es hervir agua y ponerle el sobre, no conlleva mucho trabajo.

—No te quites importancia, mi hermana lo hace de pena. Todo, hasta eso, te podría envenenar solo con un sobre y agua —bromeo.

—Claro que Santi quiere una infusión, le veo mala cara —lo empuja mi hermana en nuestra dirección y bajo esa enorme barba, al estilo Papá Noel, sonríe.

—Nos vamos —me despido mientras dirijo mis pasos hacia donde se encuentra mi hermana y Simona.

—Pero, espera,  no teníais tanta prisa por saber que todo estaba bien y que no había ladrones?

Todas nos quedamos en silencio, creo que se nos había olvidado la excusa en sí.

—Ahh, claro, pero a mí me da miedo, mejor te encargas tú de eso —profiere Olivia.

—Y que te acompañe Mari Puri que, además de cocinar bien, es valiente —añade Simona.

—La más valiente de todas —corroboro yo.

—¿Lo soy? —pregunta dudosa la susodicha. Yo asiento e intento decirle sin palabras que ese es el sendero, pero no creo que pueda leer mis labios en la oscuridad de la noche, aun así, se lo digo—. ¡Claro que lo soy! —exclama riendo.

—Pues nada, tendrás que ayudarme —le dice Santi.

—Cuenta conmigo —verbaliza ella.

Y, así es como tres personas que no tenían ni idea de lo que era trazar un plan hasta hace unos días y dos personas que no sabían que el destino estaba confabulado con unas pequeñas delincuentes, terminan sonriendo y creo que no hay mejor manera de poner punto y final a una noche.

CAPÍTULO 26

Varios días después de las risas, llegaron las lágrimas.

Me encuentro en la granja con Triqui, que parece que ahora se ha hecho mi amigo íntimo y ya no se quiere comer mi pierna, siempre y cuando le dé galletas.

—Oye, Axel, ¿cuánto tiempo llevas trabajando en Jacaranda?

Sé que esta misma conversación la he tenido con Mari Pili y Mari Puri, pero con Axel no y no es para nada extraño dada nuestra trayectoria.

Llevamos diez días en este *camping*, hemos establecido conexiones con los niños y con los compañeros, nos hemos habituado al ritmo de trabajo, pero Axel y yo hemos mantenido —salvo alguna que otra excepción— nuestro comportamiento desde el primer día.

Yo he intentado marcar distancia tras plantearme seriamente lo de Adán y porque un juego inocente no le hace daño a nadie, pero a veces —y solo a veces— me resulta preocupante la forma en la que Axel me provoca y, no solo verbalmente, hablo de esa manera que tiene de mirarme y de lo que despierta en mi barriga y eso sin hablar de mi entrepierna.

Hay otras ocasiones en las que me sorprendo mirando cómo ejecuta sus movimientos, eso suele suceder cuando compartimos alguna clase, como hoy, que nos ha tocado de nuevo venir a limpiar a los animales en el establo y puede que sea el aire, que hoy se ha levantado más fresco de lo normal; pero siento que estamos tranquilos y en paz con nosotros mismos, yo por la distancia, y él..., él por los motivos que sea que tenga.

—Llevo aquí desde que se abrió el campamento.

—Vale. —Apoyo la horca sobre mi hombro derecho y me preparo para chincharle un poco—. Si las momias tienen algo más de nueve mil años, tú debes de tener algo así como... —Cuento con los dedos de mis manos y miro al cielo para concentrarme y no reírme—. Pues nada, no sé qué edad puede tener un viejo como tú, no sabría decirlo sin ofenderte y a mí no me gusta decir nada fuera de lugar a los abuelos—. Esperaba que Axel se riera, pero no lo hace, y comienzo a tener dudas de si le ha molestado mi comentario o si ha estado fuera de lugar. Trago saliva y me quedo mirando con atención sus reacciones. Se yergue y me observa, eso lo veo claro, pero no hay emociones en su rostro y eso me pone más nerviosa aún. —Oye, Axel, si te ha molestado mi comentario..., solo era una broma, ya sabes, entre amigos se hacen bromas y esas cosas... —No responde y prosigue con su trabajo, y yo hago exactamente lo mismo con el mío. Dejo la horca apoyada en la madera y me dirijo hacia Triqui para darle un par de galletas—. Triqui, se ha enfadado conmigo, deberías comerte su pierna —le pido al burro—. Ya, no me mires así, yo tampoco sé qué hago hablando con un burro.

Un pequeño golpe en el hombro derecho me hace girar la cabeza.

—Oh, no. Oh, no.

—Oh, sí. Oh, sí. —Sonríe mi compañero de trabajo, ese al que creo que le quedan pocos minutos para que deje de respirar.

—Pienso asfixiarte con mis propias manos, ¡no me lo puedo creer! ¡Serás!

—Ya, soy un amor, viejo, pero adorable, ¿cierto?

—Lo que eres es... es...

—¿Acaso no fuiste tú la que empezó con la bromita esa? Insinuaste que soy un viejo, ¿verdad?

—No, yo solo hablé de las momias...

—Y de la posibilidad de que yo —dice mientras se señala con sus pulgares— tuviese más años que ellas.

—El que se pica, ajos come —respondo.

—Aquí huele mal... No se me ocurre qué puede ser. ¡Ah! Ya sé, huele a mierda.

—Serás... —Intento insultarlo, lo juro, pero siento una mezcla de enfado, risas y ganas de asesinar que no sabría decir cuál de todos esos sentimientos es el que más peso tiene; sí, ya sé, asesinarlo.

Sujeto la horca entre mis manos y me acerco hasta él. Axel retrocede con la risilla esa en la cara de haber cometido una fechoría, pero de sentirse inocente; ese es él, es su gesto más natural.

—Yo que tú dejaría eso, puedes acabar muy mal parada.

—Jamás, soy una artista de las horcas, nací con una bajo el brazo.

—Tendré que preguntarle a tu madre si eso es cierto.

—Eso será si sobrevives. ¡Me has tirado caca! ¡Caca! ¿Lo entiendes? ¡Tienes que pagar por ello, Axel! No puedes cometer un pecado y salir indemne, no conmigo.

—Empezaste tú —me acusa justo antes de chocar contra la madera.

La cosa es sencilla y yo me siento victoriosa, en serio, porque lo tengo arrinconado y, aunque no pienso pincharlo, me gusta esto de tenerlo a mi merced y que me suplique.

—¿Tienes miedo, eh?

—¿De ti? Más quisieras..., me da miedo eso —confiesa señalando los pinchos—. No tienes control y a saber qué pasa si me pinchas un órgano vital o, lo que es peor, la polla.

Su descaro me pilla desprevenida y la horca, que hasta hace escasos segundos lo apuntaba, ahora se encuentra en el suelo, se me ha caído de las manos.

Me sonrojo al instante y sé que él es tan consciente como yo de ello.

—¡Ajá! Has flaqueado. —Coge la horca del suelo y ahora me apunta con ella—. Nunca se puede bajar la guardia, sonrisa, porque te puede salir el tiro por la culata, ahora tendrás que suplicar por tu vida o seré yo el que te pinche; pero, primero, pide perdón por haberme llamado viejo cuando solo tengo treinta y cuatro años, estoy en la flor de la vida, chata —me reprocha.

—Ha sido culpa tuya, yo estaba bien segura de lo que hacía, pero siempre tienes que decir algo y fastidiar mi plan.

—Yo no he dicho nada, has sido tú la que se ha puesto colorada al escuchar la palabra polla.

—No la repitas, insensato, estamos en un campamento. Tienes que guardar las formas porque hay niños y pueden escucharnos, ya sabes...

—¿Y cómo pretendes que llame a esto? —me interpela mientras mira hacia abajo, hacia donde se encuentra su «eso»... Ya sabéis, «eso» mismo.

—¿Partes íntimas? —respondo mientras retrocedo. Cómo cambian las tornas.

—Suena bastante simple, no me gusta. Mejor polla. Mérida, quiero rozar mi polla contra tu cuerpo.

—Eres un guarro, Axel, y no quiero escuchar más —protesto mientras me tapo los oídos con las manos.

—Pide perdón o seguiré con mi ataque verbal y, luego, luego te pincharé.

—No me puedes pinchar, porque eso es un delito.

—Hasta hace nada, la palabra delito no había salido de tu boca... ¿O es que es solo delito para mí?

—Yo no te iba a pinchar, solo te quería asustar por haberme tirado caca de animal a la camisa,

ahora tendré que lavarla, qué digo lavarla, la vas a lavar tú que eres el que me la ha ensuciado.

Me agacho con rapidez, hago acopio de todas mis fuerzas y entre mis dedos sujeto restos de excrementos de animales que prefiero no identificar y se los lanzo contra su camiseta.

—¿Qué has hecho?

—Empate —grito entusiasmada al ver que he dado en el blanco—. Soy la mejor con los dardos, seguro. —Sonrío triunfal—. ¡Qué asco! Puagggg.

—Ahora tú lavarás la mía —me dice sonriente.

—Vale —respondo.

—Dame tu camisa, Mérida. Tengo que irme.

—¿Qué? ¿Cómo? No hemos terminado, queda caca por limpiar, mira —le indico mientras señalo el montón que hay en una esquina del establo.

Axel se acerca con una rapidez pasmosa y, con ayuda de una pala, mete el contenido de la esquina en una carretilla y lo deja todo limpio.

Sé que falta más por recoger, pero lo peor ya lo hemos hecho, y Triqui ya puede descansar seguro con el resto de animales.

—Dame tu camisa, Mérida —Sonríe, sonríe más canalla que nunca porque se sabe victorioso.

—No. —Niego efusivamente—. No pienso quitarme la camisa aquí, me la quitaré en casa y te la llevaré.

—Entonces no te la lavaré y tendrás que quitar la caca de tu camisa y de la mía.

—Vale, bien, pues dame tu camiseta. —Tiendo mi mano a expensas de que ahora sea él quien me conteste una negativa ante mi petición, pero es Axel, y eso ya debería saberlo.

Sujeta la camiseta por el bajo y la alza sin pensarlo. Su pecho queda frente a mí y juro que se me nubla la vista cuando veo el torso marcado que guarda la tela. El otro día en el lago lo pude visualizar, pero mis sentidos no estaban al cien por cien, dolor de cabeza sumado al temblor de mis piernas por la forma en la que me miraba... No es una buena combinación, definitivamente, no lo es.

—Dios, Axel...

Me escucha, pero no responde.

—Tu turno, sonrisa... Dame tu camiseta. —Ojeo el espacio por si hubiese algún tipo de fisgón que pueda observar la escena y clavo de nuevo la vista en él—. Si no eres la señorita prudencia, es el momento de que lo demuestres.

—Era con un beso, ¿no?

—Todo llegará, no pretendas caminar sin antes haber gateado —me provoca sonriendo con más intensidad.

Mis manos están sucias; pero, a riesgo de llenarme toda de caca, sujeto la camiseta por el bajo y me desprendo de la tela.

Mi sujetador queda a la vista, y sus ojos se clavan en esa parte en concreto, en mi escote.

Los nervios se apoderan de mí sin previo aviso y ese agujonazo que he sentido en alguna ocasión con Axel regresa con más fuerza e intensidad y se hace eco en mi cuerpo.

No puedo ignorar la química que existe entre nosotros, aunque me empeñe en repetir por activa y por pasiva que es mejor dejar las cosas como están y no tentar a la suerte porque nunca se sabe, pero eso que me recorre —ese calor que siento aun cuando no hay sol, cuando son sus ojos grises los que se empeñan en calentar cada centímetro de mi piel y dejar el rastro de fuego en ella durante horas y, después de hoy, quizá durante días— provoca que obviar lo que existe sea mentir, mentirme a mí misma e incluso a ti. Porque Axel es eso que vemos, puro fuego sin pretenderlo.

—Toma —le digo mientras le tiendo la camisa.

Sus pasos en mi dirección comienzan a ser lentos, pero seguros, hasta que se coloca justo frente a mí.

—No te haces una maldita idea de lo que provocas en mí, Mérida, no tienes ni puta idea. —Mi respiración se acelera y pierdo la noción de todo; de quién soy, de dónde estoy, de quién es él y del bien y del mal, todo ahora mismo pasa a un segundo plano. Me limpia la mano con mi camiseta y sonrío justo antes de colocarla encima de su polla. —Esto, Mérida, esto es lo que provocas en mí. —Aprieto con fuerza su erección como respuesta y cierro los ojos perdida en las sensaciones —. Vete, Mérida, vete antes de que te folle, porque juro que, si sigues, no seré capaz de parar y, entonces, entonces sí que tendremos un problema.

Retiro mi mano como si quemase, cojo su polo y me marcho sin mirar atrás. Lo único que resuena en mi cabeza ahora mismo es que, de haber un problema, habrá uno muy, pero que muy gordo.

CAPÍTULO 27

Me dirijo hasta mi cabaña todo lo rápido que me permiten mis piernas y, con cada zancada que doy, el peso de la culpa se hace más intenso.

Entro en la cabaña y agradezco que mi hermana no se encuentre porque no tendría forma de justificar la ausencia de mi camisa y la presencia de la suya, que no sea contando la verdad y la verdad, ahora mismo, sigue provocando un cosquilleo dentro de mí.

Es curioso cómo son las cosas. Con Adán nunca ha habido este tipo de situaciones y puede que sea porque todo fluyó casi sin pensarlo o sin buscarlo, era lo que tenía que ser y listo, pero Axel es totalmente opuesto y siempre, siempre, tiene la capacidad de darle la vuelta a una situación normal y corriente y transformarla en algo que se escapa de la razón. Lo peor es cómo mi corazón late acelerado y, no solo eso, sino lo bien que ese incesante martilleo me hace sentir.

Acciono el agua caliente y me lavo las manos sin quitarme las pocas prendas que aún llevo puestas. Las enjabono casi con saña, como si pretendiese que eso impúdico que he hecho fuese a disiparse y borrarse del mapa y dudo, me guste o no, dudo mucho de que vaya a ser así.

Me desvisto, meto toda la ropa en la pequeña cesta que tenemos para ello y comienzo a enjabonarme por completo. En cierto modo, agradezco que no comparta ninguna otra clase en lo que queda de jornada con Axel porque no sabría bien cómo comportarme o de qué forma volver a mirarle a la cara, ni siquiera qué debo esperar después de todo lo que ha pasado entre nosotros en estos últimos días.

Me quedo disfrutando del calor que siento bajo el agua caliente y, por primera vez en mi vida, impera la necesidad de llevar mis dedos a esa zona que tanto palpita y ponerle un poco de remedio. Me duele, siento una presión desconocida para mí y necesito que deje de estar. Sé que es el efecto de Axel, es como la resaca que sus palabras, esas que resuenan sin cesar en mi cabeza, han dejado tras su paso. El tono, la forma, la mirada, sus gestos y esa manera en la que me ha apretado la mano contra su miembro han hecho que pierda un poco de cordura.

Salgo decidida a no pensar más, como si de verdad existiese un botón de apagado y me seco con rapidez. Cojo ropa interior limpia, otro polo y unos pantalones cortos y me visto con premura. Tengo que salir de aquí, ocupar mi mente en otra cosa que no sea regresar hasta donde se encuentra y besarle, porque mi mente ahora mismo no deja de pensar en eso, en besar a Axel, en comprobar si efectivamente es como creo que es, si es tan intenso como lo es el duelo de esos labios que rondan en mi cabeza y si será capaz de contar mis lunares y mis pecas tan bien como dice...

No he terminado de ponerme las botas de montaña cuando mi hermana irrumpe en la cabaña. Alzo la vista al ver que sus pasos paran justo frente a mí.

—Te estaba buscando, fui al establo, pero no había nadie y supuse que bien estarías chingando con Axel en su cabaña o aquí lloriqueando por perderte a semejante jamelgo sin camisa.

—¿Cómo sabes que no lleva camisa? —Empiezo a ponerme un tanto nerviosa al pensar que pueda habernos visto alguien y se haya corrido la voz por todo el campamento. Lo de no confraternizar aparece ante mí y me veo de patitas en la calle sin previo aviso y de forma justificada.

—He ido primero a su cabaña por si os veía en plena faena, pero, nada, estaba allí, sentado en el sofá, bebiendo café.

Imagino por un momento que se encuentre tan turbado como yo ante lo que acaba de suceder, ante el contacto de mi mano en su miembro, pero una parte de mí, esa que es menos insensata, está segura de que Axel lo tiene todo bajo control y apuesto que, además, tiene clara cuál será su siguiente víctima al cansarse del juego que tiene conmigo y cuando se dé cuenta de que no va a conseguir nada, porque no va a salirse con la suya, de eso sí que estoy segura.

—¿Y para qué me buscas exactamente?

—Tenemos visita —me dice.

—¿Visita? ¿Quién?

¿Y si es Adán? Quizá haya venido a verme y a solucionar el malentendido que hemos tenido en todos estos días, y una parte de mí se siente tranquila, la parte en la que siento esa congoja por dentro decido obviarla porque definirla sería caer en un pozo sin fondo y, no, no estoy preparada para ello.

—No sabía que podíamos tener visita —le explico a mi hermana mientras caminamos en dirección al terraplén, ese mismo en el que nos dejaron nuestros padres el día que llegamos.

—Si te soy sincera, yo tampoco, pero me ha avisado Aitor de que Laura me estaba buscando. He ido con miedo, no creas, porque pensaba que estaban al tanto de que me he besado con Aitor y que me iban a echar del campamento. Eso sería un golpe duro, aún no me he acostado con él, me estoy haciendo la dura.

—¿Te has besado con él?

—Mérida, es un beso, nada más.

—Pero las normas...

—A estas alturas de la vida, deberías saber que las normas están hechas para saltárselas, eso se da en primero de primaria, hermanita.

Me sorprenden sus palabras y que sean las mismas que Axel me dijo en su momento y, por encima de todo, la capacidad que tiene mi hermana de enfocar las cosas, de ver la vida, esa manera simple de dejarse llevar sin pararse a pensar en lo que está bien o no lo está, sin reflexionar sobre si es correcto o no, solo sintiendo y, hasta cierto punto, la envidio porque quizá, si yo fuese un poco así, tendría menos quebraderos de cabeza o puede que fuesen otros.

—Ten cuidado, Olivia —le pido.

—Tranquila, me lo estoy pasando bien y eso es lo que más me importa ahora mismo. Necesitaba esto, al final tienes razón y ha sido una buena decisión.

—Ya, bueno, suelo dar buenos consejos.

—Vine por ti, pero ahora lo agradezco —me dice mientras me guiña un ojo.

Nuestra conversación cesa en el momento en el que vemos a mi hermano Antón junto a mi padre y mi madre, plantados fuera de la camioneta y discutiendo entre ellos. Definitivamente no es Adán, cosa que debería haber borrado de mi cabeza al tener en cuenta que la visita era conjunta, para Olivia y para mí.

Caminamos con más rapidez, emocionadas por la escena que se desarrolla frente a nosotras y por las ganas que tenemos de abrazarlos. Hace días que no los veo y sé que no lo es; pero para mí, que estoy acostumbrada a vivir con ellos y a que Antón venga a comer con bastante asiduidad a casa, me resulta una eternidad.

—Mis chicas —grita mi hermano mientras abre sus brazos para recibirnos.

Mi madre comienza a llorar, y mi padre dulcifica el gesto.

Nos fundimos en un abrazo con Antón y vamos pasando por cada uno de ellos, como cuando

vas al supermercado y pasas de una sección a otra.

—¡Cuánto os estoy echando de menos, mis niñas! —grita mi madre a la vez que nos rodea.

—Y nosotras a ti, mamá.

—Mérida, tienes buen color, ¿has cogido sol? —me pregunta mi padre.

—Eso es porque le ha tocado limpiar a los animales y trabajar al sol es complicado. Mucho —matiza mi hermana con guasa.

—¿Estás en un establo? —inquiérese mi madre con sorpresa.

—Sí —afirmo—, y, aunque no huele a rosas, me lo paso bastante bien.

—Viene justo de allí, ¿no huele raro? —bromea mi hermana.

Intento darle un golpe, pero está claro que no, eso tampoco es lo mío; ya acerté con uno hoy, dos sería pleno, y mi hermana ya sabe de qué pata cojeo así que es difícil sorprenderla. Una vez más, cosas de genética.

—Me acabo de duchar —me defiende.

—María, ¿a que ya no las echas tanto de menos? —bromea mi padre.

—No les hagáis caso, están planeando un crucero para perderos de vista cuando volváis —se jacta mi hermano.

—Por mí no hay problema, yo espero pasar unos días con Adán en cuanto llegue...

Y se hace el silencio entre los presentes, me aventuro a decir que, incluso, les cambia la cara y su gesto se vuelve taciturno.

—¿Qué pasa? —Mi hermana da voz a eso que yo misma me pregunto.

—Pues resulta que...

—¿Qué pasa? —cuestiono yo al ver que mi madre mira hacia otro lado, y mi padre baja la vista.

—No queremos que te sientas mal, Mérida.

—¿Mal, por qué? Estoy bien, ¿no me veis? —Nerviosa, nerviosa sí que estoy ahora mismo.

—Yo no era partidario de contarte nada hasta tu regreso, pero tu hermano... —Mi padre guarda silencio, y Olivia me coge la mano sin siquiera saber qué es lo que sucede.

—¿Qué pasa? —pregunto de nuevo, aturdida.

—Es Adán —añade mi madre.

—¿Qué pasa con Adán? ¿Les has contado que te llamé porque estaba raro? —inquiérese clavando mi vista en Antón.

—No, pero hay algo que debes saber...

—Dime, déjate de historias y dime qué pasa.

—Mérida. —Mi hermano suelta un suspiro de angustia y parece que todo ese sentimiento lo absorbo yo y me contamina más aún de esa congoja—. He visto a Adán con otra chica...

CAPÍTULO 28

—Besándose con otra chica —matiza mi madre, esa que ahora tiene cara de enfado.

—¿Eso es cierto? —Miro directamente a Antón para confirmar eso que ha dicho mi madre, pero sé que, si no fuese cierto o grave, no estarían aquí ahora mismo.

—Es cierto, Mérida. Hemos discutido un poco el venir a contártelo o no, pero creo que era lo justo, no solo porque es lógico que sepas la verdad, sino porque llevas días preocupada porque no respondía a tus mensajes y no devolvía tus llamadas y creo que ese es el motivo.

—Será hijo de puta, ¿entiendes por qué nunca lo hemos tragado? ¿Lo entiendes ahora, Mérida? ¿No te das cuenta de que no es de fiar? Siempre supe que algo ocultaba —murmura Olivia ciertamente alterada.

Mi padre agacha la vista y sé que ese es su gesto cuando piensa que tienen razón, pero no quiere mentirme y, en esta ocasión, sé que comparte opinión con el resto. Nunca se ha posicionado, no lo ha hecho como mis hermanos, pero siempre he sabido que desconfiaba de él, es algo que se percibe, aunque no se verbalice. Mi madre sí que ha estado a favor de nuestra relación porque lo veía como un futuro yerno de provecho; trabajo estable, piso, amistades en las que confía y al cual conoce de siempre y eso para ella es un valor añadido.

No quiero explicarles lo que descubrí con la llamada del otro día porque tampoco creo que sea el momento para ello y sería echar más leña al fuego, pero sé que Olivia, esa que ahora mismo aprieta mi mano con fuerza para que sienta que está a mi lado, sabe lo que pienso y eso, aunque yo intentase obviarlo o encubrirlo de alguna forma, era lo que era, más aún cuando no me ha devuelto la llamada.

Intento centrarme y pensar que las cosas son como son y que imaginar es fácil, pero mi confianza en él estaba ahí y nunca había tenido un motivo para que se resquebrajase, es más, me sentí culpable por mi cercanía con Axel y la forma en la que me comporto cuando estoy con él e, incluso, lo que despierta en mí y que nunca antes había estado ahí.

—Mérida, ¿estás bien? —pregunta, temeroso, mi padre.

—Sí, no, no sé... No sé cómo estoy —les confieso y lo digo de verdad. Porque ese botón del que hablaba antes, ese interruptor que es capaz de apagar las emociones y dejarlas a un lado, que no produzcan dolor o rechazo, miedo o inseguridad; no existe, no en mí.

—Mérida, no queríamos venir por esto mismo, porque sabemos que eres frágil y suponíamos que esto te iba a afectar, siempre has estado muy unida a él y es un golpe, pero tienes que seguir adelante... —me aconseja mi hermano.

—Piensa que quizá si lo llamas podéis solucionarlo, hija, no te preocupes por eso, todo tiene una explicación.

—Pero ¿qué explicación, mamá? ¿Acaso no te das cuenta de que está con otra? ¿Que ha aprovechado que Mérida no está para salir por ahí y mojar su churro en cualquier sitio? ¿No eres consciente de que la ha traicionado?

Las palabras de mi hermano me duelen, me duelen de una forma que nunca antes había sentido. Siempre he tenido todo claro y planeado, en mi mente tenía una lógica y no había más que lo que se ve. Planes de futuro, una pedida de mano, boda, hijos y un largo etcétera que ahora mismo veo

caer en picado.

Yo tenía una lista de propósitos y, ahora, ahora ya no tengo nada.

Corro en dirección a mi cabaña mientras siento cómo las lágrimas descienden por mis mejillas sin control, supongo que esto es lo que se siente cuando te parten el corazón y yo, hasta el momento, no había tenido el placer o la desgracia de padecerlo.

Entro en mi cabaña, abro la mesilla de noche y veo el teléfono allí, sin ningún tipo de señal nueva. «¿Qué señal va a haber si está con otra?», al lado encuentro esa libreta en la que hago mis anotaciones, donde se encuentra mi lista de propósitos y la sujeto entre las manos. Cierro de un portazo mientras mis piernas se dirigen hacia el lago.

—Sonrisa, ¿dónde vas? —Desvió la mirada por un momento y aprieto con fuerza la libreta contra mi pecho sin dejar que las lágrimas desciendan con la intensidad que me pide el cuerpo que lo hagan, supongo que esto es otra de esas reacciones humanas que hay que vivir y pasar alguna vez y puede que hasta eso tenga que reconocérselo a Adán, el primero en conquistarme, el primero en besarme, el primero en romperme el corazón—. Mérida...

Mis piernas de nuevo se accionan y comienzan a correr en dirección al lago. El sabor salado de mis lágrimas se mezcla con mi saliva y lloro más aún, por todo, por lo que quiso ser y no fue, por lo que yo creía que era y no soy, por lo que ya no será. Porque ya no sé si eso es lo que deseaba o no, porque Axel también tiene culpa de todo. Y es injusto que piense eso ahora mismo, muy injusto, lo sé.

Los últimos pasos son algo inseguros y me sitúo justo frente al lago, al final del embarcadero, donde sigue el bote varado, esperando una oportunidad, como la que creía que tenía yo al llegar a este sitio lleno de magia y de nuevas posibilidades sin darme cuenta de que esas mismas opciones se las dejaba a otra persona en bandeja.

—Mérida... —La voz de Axel me eriza el vello de la nuca y no sé si es una simple sensación más por el malestar que siento o un cúmulo de cosas indescriptibles. O esa culpa que le echo sin querer, pero queriendo. Las alarmas se disparan cuando posa su mano en mi hombro y me giro con suavidad quedándome frente a él.

Dejo a un lado la rabia y hago un esfuerzo por ser racional en un momento como este, por pensar que él no tiene culpa de mi confusión y de mi engaño, que todo está ahí por las expectativas y los sueños sin fundamento. Cierro los ojos, obviando que, todas esas sensaciones que despertó Axel cuando lo vi en aquel sendero cuando llegué a Jacaranda, solo eran una señal de que él iba a cambiarlo todo y yo..., yo me empeñé en mirar a otro lado y dejarlo entrar... Y, ahí, ahí comencé a dejar mi prudencia a un lado y me permití sentir de verdad.

—Me ha engañado —balbuceo—, aposté por él, y me ha engañado.

Por primera vez no percibo ironía en su gesto, ni desfachatez, ni siquiera encuentro en sus ojos grises algún resto del canalla que es Axel, solo veo comprensión y dolor, dolor compartido. Dolor por el engaño.

—Suele pasar, Mérida, suele pasar.

Sus palabras resuenan en mi cabeza y me enfado más aún al darme cuenta de que él también es de los que engañan, de los que están hoy con una y mañana con otra y se siente bien por ello.

—Yo tenía una lista de propósitos, tenía una maldita lista de propósitos —le explico mientras sitúo en su campo de visión mi libreta, esa que contiene todo lo que soñé.

Axel no responde, no dice nada, deja que siga desahogándome mientras me acaricia el brazo con ternura. Nos colocamos frente al lago, dejando que el agua del lago se lleve mis lágrimas.

La observo, un último vistazo que trae de vuelta las sonrisas con las que escribí las palabras que contiene; el pantalón de lino, la playa, mi cumpleaños, colores de habitaciones, formas de

independizarme y alguna que otra receta de cocina sana que pensé que nos gustaría compartir una noche de sábado. Mis secretos, mis sueños y mis propósitos que ahora se transforman en nada.

Me retiro un par de pasos, cojo impulso y la lanzo. El lago se traga mi lista de propósitos a la vez que mi mente se deshace de todo eso que ya no tiene sentido.

—Hoy duele, Mérida, mañana dolerá menos, pasado menos aún y dentro de un tiempo te preguntarán qué era aquello que dolía y ya no recuerdas porque otros sentimientos lo cubrirán — me explica condescendiente.

Me giro de nuevo y me quedo frente a él. Puede que sus palabras sean ciertas, pero ahora mismo no las entiendo.

—Bésame, Axel, no hables y solo bésame —le pido sin apenas pararme a pensar eso que acabo de verbalizar, supongo que es un acto reflejo o quizá algo que sí que llevo queriendo hacer, pero por prudencia no me atrevía.

Axel se coloca justo frente a mí y me mira con intensidad. Me pierdo en el gris de su mirada, como logro hacer siempre que conectamos y me acaricia la mejilla justo antes de depositar un beso delicado en ella.

—No, Mérida, por más que me muera de ganas, no te voy a besar. No quiero que sea así, no soy el segundo plato de nadie —zanja justo antes de irse y dejarme sola.

Y lloro con más intensidad porque sé que Axel no se merecía eso, de la misma forma que yo no me merecía lo que me hizo Adán, pero, a veces, la vida es así de hija de perra.

CAPÍTULO 29

—Cinco días, Mérida, llevas cinco días compadeciéndote de ti misma y eso ya roza lo ilógico. Mi hermana y Simona me han arrastrado hasta esa parte del bosque donde nos reunimos un par de noches y ahora me toca aguantar la chapa.

—Jolín, Mérida, si es que no pareces ni tú —apostilla Simona a la reprimenda de mi hermana.

—Me ha traicionado —murmuro.

—Mérida, esta es la vida, no es otra...

—Suenas a vieja chocha —se burla Simona.

—Puedo decir que sé de la vida más que ella y eso que soy la hermana pequeña. —Olivia alza los hombros como si fuese de lo más obvio el comentario que acaba de soltar.

—Me ha traicionado —insisto.

—Eso ya lo sabemos, Mérida, pero es lo que hay. Toca sacudirse y seguir adelante, llevas unos días de mierda y no pasa nada, todas hemos pasado por eso alguna vez.

—Yo no —interviene Simona.

—Vale. —Mira hacia los lados y se da cuenta de que solo estamos las tres y no puede tirar de comparaciones—. La chica del himen intacto no y tú tampoco —me dice mientras me señala—, pero yo sí y jode, pero es lo que hay. Así que, para que cambies la cara que tienes y te animes, hemos preparado una noche de chicas con... —Abre una bolsa que hasta el momento no había siquiera visto y comienza a sacar lo que hay en su interior mientras lo enumera—: cerveza, agua con gas, aceitunas, un trozo de tortilla que me ha dado Mari Puri y pan tostado con paté de jamón —dice sonriente.

—Esto parece el precio justo —bromea Simona.

—Mari Puri se ha enrollado, pensaba robar, pero me ha pillado entrando en la cocina y, al ver mis intenciones, me lo ha dado todo. Dice que es un detalle por haber hecho que Santi hablase con ella.

Ahora me siento peor aún. Llevo cinco días compadeciéndome de lo pobre que soy y no he sido capaz de preguntar siquiera cómo le fue la cita a Mari Puri y a Simona.

—Lo siento —me disculpo—, he estado fuera de lugar estos días y no sé cómo va la Operación Himen ni la Operación Celestina... Soy la peor amiga del mundo.

—Lo eres —zanja mi hermana.

—Bah, no es para tanto —añade Simona—, tu hermana tampoco ha preguntado y ella no ha tenido ningún problema sentimental ni nada por el estilo.

—¿Cómo que no? Estoy en la segunda fase con Aitor.

—¿Segunda fase? —pregunto mientras cojo la cerveza que me acaba de tender Simona—. Mañana me dolerá la cabeza y tendré resaca.

—La resaca es sana, ¿no lo sabías? Si tienes resaca es que te lo has pasado de muerte y así, por lo menos, te olvidarás del gilipollas de tu ex.

—Cierto, es un gilipollas —confirma Simona—. No lo conozco, pero lo es y punto.

—Lo es —verbalizo.

—No te he escuchado, ¿qué es? —pregunta mi hermana con socarronería.

—Es gilipollas.

Olivia y Simona aplauden efusivamente tras mis palabras, y sonrío porque es absurdo, pero me hacen sentir un poco mejor.

—Bien, hermanita, estás dando pequeños pasos. Ahora solo te queda enrollarte con Axel y dejarlo todo solucionado.

Por mi cabeza pasa el bochornoso rechazo al que me sometí hace cinco días y mi gesto debe de mostrar la vergüenza que siento.

Llevo sin apenas cruzar una palabra con Axel desde aquel fatídico día. Se ha acercado en un par de ocasiones para preguntarme si estoy bien, pero poco más, nada de bromas, burlas, risas ni fina ironía; en realidad, nada de nada.

—¿Qué pasa, Mérida? —me pregunta Olivia—, y no me digas que nada, porque te conozco y ahora mismo estás colorada. Con lo cual..., hay algo que escondes.

—Mmmm. ¿Nada?

—Yo he contado que soy virgen y que me gusta Esteban.

—Y yo que estoy en la segunda fase con Aitor, lo mínimo que puedes hacer, por simple empatía, es decir qué sucede.

—Le pedí a Axel que me besara. —Lo suelto así, rápido, casi sin dejar espacio entre las palabras y llena de vergüenza.

—¿Perdona? Casi no te hemos escuchado, porque no la hemos escuchado, ¿verdad? —inquire Olivia mirando directamente a Simona y buscando su apoyo. Simona sí que me ha escuchado, porque la lata que está a medio camino de su boca, sus ojos abiertos como platos y su boca formando una «o», dan fe de ello, estoy segura. —Simona, reacciona, por el amor de Dios.

—No —niega—. No, no, no.

—Le he pedido a Axel que me bese.

—Pero ¿cuándo? ¿Qué me he perdido? ¿No se supone que lo consultas todo conmigo? ¿Por qué esto, que es lo más interesante de todo, no?

—Fue el día en que Antón, papá y mamá me contaron todo.

—Pero si cuando llegué a la cabaña estabas hecha un ovillo en la cama, no lo entiendo.

—Cuando salí corriendo y os dejé allí; entré en la cabaña, cogí la libreta donde estaba mi lista de propósitos y corrí al lago con ella.

—¿Tienes una libreta con una lista de propósitos? —inquire Simona que de ese asunto no sabe nada.

—Tenía —confieso—, tenía.

—¿Tenías? —insiste.

—La lancé al lago en un arrebato de furia. Total —confieso cabizbaja—, ya no me queda nada de eso que soñaba.

—Vale, pero retomando el tema, ¿podrías contar lo de Axel? —cuestiona Olivia, que no quiere perderse detalle alguno.

—Estaba dolida y llevamos tiempo con un tira y afloja extraño, siempre dice que soy la prudencia hecha persona y en ese momento sentí que lo necesitaba.

—Mérida, eso es despecho y no creo...

—Me rechazó —admito.

—¿Perdona? —Mi hermana está estupefacta, y Simona no se queda atrás.

—Lo que escucháis.

—Esto sí que es nuevo —dice Simona sonriendo—, no sabía de nadie a quien Axel hubiese rechazado.

—Está raro conmigo desde ese día y me siento fatal por todo, incluido él, me dijo que no es el segundo plato de nadie.

—Hombre, a ver, ¿qué pretendías? Le dices que acabas de dejar a tu novio, porque se lo dijiste, ¿cierto? —Asiento—. Vale, le dices que acabas de dejar a tu novio y luego pretendes que te bese, ¿qué esperas? A nadie le gusta ser el segundo plato, chica, eso está feo —explica Olivia convencida.

—Ya —concedo—, lo entiendo, me di cuenta en el mismo momento en el que me respondió. Tengo que devolverle su camisa, la he lavado y recoger la mía, pero me da vergüenza estar a solas con él. Soy una estúpida, una estúpida prudente.

—¿Una camisa? ¡Joder! Esta telenovela se pone la mar de interesante. ¿Habéis follado y no me he enterado?

Me llevo la mano a la cara avergonzada por las palabras de mi hermana, porque es bruta, pero un rato largo, todo hay que decirlo.

—Una camisa.

Mi breve resumen del asunto de la camisa hace que les explique bastante más de lo que debería y me siento mal por hacerlo, pero lo necesitaba, necesitaba saber si todo eso que nos ha envuelto cada vez que estamos juntos está solo en mi cabeza o forma parte de una historia que de verdad he vivido y no solo he creído vivir.

—Ostras, Mérida, qué calladito te lo tenías —suelta Simona.

—Con ella vale, que no la conoces de nada, pero ¿conmigo? Vivimos juntas, Mérida, esto no me lo esperaba de ti, la verdad.

—Olivia, entiende que no hay nada entre Axel y yo. Hasta hace nada tenía novio y esto era un juego, para él y para mí.

—¿Y has hablado con él? —cuestiona Simona.

—¿Con quién?

—Con Axel y, ya puestos, con Adán también —pregunta Olivia.

—No, con ninguno.

—¿Y vas a dar el tema por zanjado? —inquieta Simona.

—Con Adán, sí, no tenemos nada que decirnos, ni siquiera ha sido capaz de escribirme un triste mensaje, nada. Con Axel intentaré hablar, porque somos compañeros y no quiero terminar mal con nadie aquí dentro.

—¿Crees que Adán sabe lo que ha pasado? —añade Simona.

—¿Que lo he dejado? —pregunto.

—O que te ha dejado él a ti, porque aquí no sabría decirte quién deja a quién —matiza mi hermana.

—No, no creo que él sepa nada y, si lo sabe, le da absolutamente igual, supongo que está entretenido, probando cosas nuevas...

Me sigue dando pena todo este asunto, jamás habría imaginado que nada de esto sucedería, ya no es el hecho de que se haya cansado de mí, que puede pasarle a cualquiera, es la forma en la que se han dado las cosas. Creo que hubiese sido más sencillo que me lo dijera y la traición habría sido menos dolorosa, más llevadera; pero es lo que hay y creo que estas chicas que están aquí sentadas conmigo tienen razón, ya va siendo hora de cambiar el chip y seguir adelante. Si él lo ha hecho sin problema, yo podré hacerlo tras cinco días.

—Bueno, ya puedes contarnos cómo tenía la polla Adán, total, no hay mejor momento para criticar a un ex que ahora que estamos medio borrachas. —Ríe mi hermana.

—Pequeña, la tenía pequeña, nada que ver con la de Axel. —Sonrío.

Y sé que esta cerveza que tenemos en la mano será la primera de muchas porque ahora, tras lo que acabo de decir, no me van a dejar irme de rositas.

CAPÍTULO 30

«Inspira, espira, inspira, espira».

No dejo de repetir estas dos palabras mientras doy pequeños pasos en dirección a la cabaña de Axel.

«Inspira, espira, inspira, espira».

Es de noche, sigue siendo de noche, y esas dos chicas que hay agazapadas detrás de un seto cercano a nuestras cabañas no son otras que Simona y mi hermana.

No sé si son las cervezas de más que he bebido, el sentimiento de culpa que se ha intensificado o mi sentido del deber porque tenga su armario completo, pero me encuentro frente a su puerta con el polo en mis manos y la firme intención de devolvérselo esta noche.

Ya, es lógico que penséis que es una auténtica locura, es más, esas palabras salieron de mi boca en varias ocasiones mientras me empujaban hacia mi cabaña para que recogiese ese polo y se lo llevase, y tenía que ser hoy, ni mañana, ni pasado; hoy.

Pero me siento bien porque, a cambio, mi hermana ha confesado que su segundo grado con Aitor pasa por unos restregones sin más intimidad, y hemos coaccionado a Simona para que mañana —a ella sí que le hemos permitido estar sobria— se acerque a Esteban y le proponga dar un paseo por el lago.

La cita —si se le puede llamar así a acercarse y preguntar el nombre de la película que iba a poner el sábado pasado— parece que fue bien y que Esteban le sonrió en más de una ocasión, provocando que Simona levitase, y la entiendo, porque cuando sientes que el amor es correspondido eso es justamente lo que provoca y parece que flotas en una nube y vuelas. Pero, cuando la cosa no va bien, aterrizas sobre gravilla y te llenas toda de heridas y supongo que, para muestra, un botón; un botón estos cinco días porque ahora seré una chica nueva —o eso espero—.

—Toca, ¿a qué esperas? ¿Estás en las musarañas o qué? —murmura mi hermana, y la escucho tras el seto reír a la vez que me echa la bronca.

Me giro y la chisto para que se calle porque me pone cada vez más nerviosa y yo nerviosa no doy pie con bola.

Me sitúo frente a la puerta y acerco mi mano con cierto temor a la madera. Mis nudillos se hacen eco, y mi hermana comienza a aplaudir bajito.

Escucho a Simona cómo le dice que se calle, creo que hemos bebido demasiado, y ella más que ninguna y eso que tiene aguante, debe de ser que la palabra polla resonó lo suficientemente fuerte en su cabeza como para que necesitase beber y beber y calmar la sed.

Los pasos de Axel resuenan, sé que cada vez está más cerca, y mi corazón cada vez late más desenfrenado.

—Mérida...

—Axel...

Tras pronunciar nuestros nombres, permanecemos en silencio unos segundos más, yo sin saber bien cómo empezar la conversación, y él sin tener ni idea de a qué he ido.

—He traído tu camisa. —Se la coloco delante de los ojos, y él sonríe al verla.

—Anda, pasa —me invita.

Me giro antes de entrar para ver si mi hermana y Simona me dan el visto bueno, pero nada, no las veo. O han terminado durmiéndose tras el seto o se han escondido cual ninjas.

Vuelvo a la realidad y entro en la cabaña de Axel. Mis pasos son temerosos y me siento inquieta y nerviosa. Percibo el calor de la estancia tras escuchar el sonido de la puerta al cerrarse y esa sensación me reconforta. No había sido consciente de que contenía la respiración, hasta que el brazo de Axel se ha posado sobre mi hombro, y suspiro con vigor y ganas, con ímpetu, para recobrar el aliento y coger fuerza.

—Te he traído...

—Sé lo que has traído, Mérida, lo has dicho nada más verme —me dice sonriendo.

Es irónico cómo él me llama «sonrisa» y la suya no es una de esas sonrisas más, es una de las que te corta el aliento por lo que transmite y lo que te hace sentir. En cierto modo, podría compararlo con una de esas latas de cerveza —y las comparaciones son odiosas, pero esta lo es más aún por lo que en sí guarda la comparativa— que al tomar un trago no sucede nada, dos tampoco, tres puede que pienses que sigues sin sentir, sin embargo, comienza a asomar una risa tenue y las cosas comienzan a tomar otras tornas y crees que no es cierto y que sigues teniendo todo bajo control, pero llega un punto en el que te sientes bien sin ser comedida, que te despierta sensaciones que no habías sentido antes y que puedes decir y hacer lo que quieras que nada importa más que ser tú misma. Y ese es justamente el efecto de una de sus sonrisas; una como la que me dedica a mí cada vez que nos vemos, con las que siento que puedo ser invencible y hacer y decir lo que quiera, que no hay fin alguno para lo que Mérida quiera decir o hacer y que no hay nada que suponga caer en un error, porque si te equivocas tiene solución y, nada, nada es imposible. A veces creo que con una sonrisa de Axel podría volar sin alas, trepar sin manos y soñar despierta y, por encima de todo, que hay un final feliz hasta para esa persona que comienza a no creer en ellos.

—En realidad...

—¿Has vuelto a beber?

—Solo un poco, pero estoy bien, ¿vale?

—¿Seguro? —inquire cuestionando mis palabras.

—¡Que sí! ¿Por qué todo el mundo se empeña en verme como una chica frágil? No lo soy, ¿vale? Soy fuerte, más fuerte de lo que todo el mundo cree, estoy cansada de que piensen que no soy capaz de enfrentarme a nuevos retos. Mi madre, mi hermano, mi hermana y hasta mi padre piensan que ahora mismo estoy ahogada porque me han dejado, y, sí, es cierto; me han dejado de una forma vil, de esa manera en la que hace que tu confianza se vea mermada, que pienses que no estás a la altura de las circunstancias y que no sirves, que tienes alguna tara, pero no importa; no, no importa lo que piensen porque sigo siendo yo. —No sé en qué momento he empezado a llorar y ni siquiera sé si estoy haciendo lo correcto. Llevo cinco días lamentándome por lo sucedido, por lo que Adán me ha hecho, pero hasta este momento no había sido capaz de abrirme a alguien, de decir lo que pienso y a Axel no lo conozco lo suficiente o quizá sí y me niegue a verlo, quizá sea cierto que no hay más ciego que el que no quiere ver y no importa, porque, ¿sabes qué?, que, al final, el ciego termina abriendo los ojos porque la realidad te empuja a ello, y Axel, ese chico que tengo frente a mí ahora mismo, no se ríe, no se burla ni hace ningún comentario irónico; solo hace eso que tanto necesitaba y no es otra cosa que abrazarme mientras las caricias tan suaves que prodiga en mi espalda hacen que, por una vez en mucho tiempo, me sienta en el sitio adecuado. Ahora mismo me siento en casa y eso es gracias a él—. No importa lo que piense nadie, Axel, porque ahora solo importa lo que piense y sienta yo —finalizo.

Axel se separa de mí y, de inmediato, siento un pequeño vacío, como si ese calor que hace

nada me reconfortaba fuese sustituido por el frío de una noche invernal.

Sujeta la camisa que tenía en las manos y la tira tras de sí.

—Me gustaría poder darte las gracias por haberme traído la camisa, gracias por haberla manchado y haberla lavado, gracias por dejar el aroma a ti, a cerezas, impregnado en esa tela. Es cierto que lo políticamente correcto sería agradecerte eso, pero, no, no quiero hacerlo, no me apetece y tampoco me importa en absoluto nada de eso. Lo que de verdad me gustaría decirte es que, si el motivo de tu visita ha sido esa camisa, le debo mucho a ese trozo de tela porque, gracias a eso, estás aquí; pero, por encima de todo, Mérida, tengo que darle las gracias a ese chico por haberte dejado, por haber hecho lo que hizo, y puedes insultarme por ello, Mérida, puedes hacerlo, y juro que lo entendería; pero, desde el momento en el que te cruzaste en mi camino con tu pelo rojo, tus pecas y tus lunares, con esa mirada de chica inocente que no sabía nada del mundo, que empezaba a batir sus alas por labrar un futuro; desde ese instante en el que apareciste en el sendero, quise saber más, quise conocer el límite y ese límite llegó con su nombre, y te prometo que intenté mantenerme alejado de ti, lo juro y perjuro. Sin embargo, no he sido capaz porque siempre te buscaba y siempre estabas ahí, en mi camino, para sorprenderme con tus risas, con tus locuras y darme una ración de prudencia que tanto me hacía falta. Y el otro día, cuando me pediste que te besara, Mérida; no había deseado tanto nada, pero no así, no quería eso, no por despecho, no, porque en mi imaginación solo existíamos tú y yo y nuestras ganas de comernos, de bebernos y de mordernos, con ansia viva y necesidad pura sin fantasmas y sin sombras, porque el Big Bang es fuego y luz y eso es justamente lo que pretendía, lo que necesitaba de ti, porque de sombras, Mérida, de sombras ya he tenido bastante.

—Lo siento, no era mi intención nada de eso, Axel. —Agacho la cabeza llena de vergüenza porque he evitado este tema durante días y sabía que tenía que salir a la palestra y que teníamos que poner las cartas sobre la mesa, porque era vital para nosotros hacerlo, porque enfrentarse a los problemas es un síntoma de madurez—, pero me he sentido confusa... —Ya está, ya lo he dicho, le he puesto nombre al sentimiento y, ahora que lo tengo enfrente, y que su gesto no me dice nada ni me da respuestas cuando normalmente soy capaz de leer en su mirada, me siento más nerviosa aún, incluso cohibida porque, a pesar de todo, de estos últimos cinco días, de la contradicción de sentimientos, de las dudas y los miedos, de la prudencia, del riesgo; sigo teniendo ganas de probar sus labios, de probar su sabor y notar su cercanía.

—¿Confusa? —Ahora sí que percibo una leve sonrisa en su gesto, una de esas que no termina de aflorar, pero que está ahí, latente. Incluso sus ojos muestran algo que no logro descifrar.

—Confusa, porque yo tengo..., tenía novio, pero tú, Axel, tú estabas ahí, en mi mente, emborronando mis pensamientos con esa mirada gris, con esa sonrisa taimada y con tu lengua afilada, buscándome siempre y cuando el otro día en el lago me tocaste...

—¿Qué, Mérida? ¿Qué sentiste?

—Sentí necesidad, por primera vez sentí necesidad.

Axel me sujeta de la mano con decisión, abre la puerta de la cabaña y salimos. No sé qué hora es, ni siquiera me paro a pensar en nada que no sea el calor de nuevo que recorre mi cuerpo, ese que lo llena todo dejando el resto de sensaciones en un segundo plano. Sus pasos son decididos, cada vez más rápidos y firmes, y los míos, los míos se limitan a seguirle a trompicones.

Nos adentramos en el camino que nos lleva al lago y sonrío, porque esa palabra resonó en mi cabeza desde el primer día y es uno de mis lugares favoritos dentro de Jacaranda.

—Una vez te dije que Jacaranda te cambia, que una vez entras no quieres salir por lo que te rodea, por la magia que se respira, por los olores y las sensaciones, por lo que descubres en este espacio, por el rocío de la mañana, el sol del mediodía y la luna de la noche, por esta agua que

ahora mismo nos rodea —me dice cuando hemos llegado—, pero Jacaranda me ha dado muchas cosas a mí también, me ha hecho sentir que podía volver a respirar, que encontraba mi sitio rodeado de niños y niñas, de jóvenes que encuentran su primer amor de verano y de comidas junto a un grupo de compañeros adorables, de sexo desenfrenado detrás de un árbol —continúa haciendo alusión a mis palabras del otro día, cuando le explicaba lo que se rumoreaba sobre él por ahí—. No soy ningún santo, Mérida, estoy bastante lejos de eso. Me gusta saltarme las normas, me gusta jugar, divertirme y explorar, me gusta pincharte y buscarte y me encanta esto — señala extendiendo nuestros brazos y alzando la vista hacia la noche que ahora mismo nos envuelve—. Va a ser épico, lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué? —atino a preguntar.

—Esto —me responde.

CAPÍTULO 31

Axel, ese Axel del que me he empeñado en afirmar en más de una ocasión que no conozco, ese mismo que sé dónde está, pero no hacia dónde se dirige; sujeta mi cara entre sus manos con decisión y con toda la seguridad de la que yo carezco y me besa. Es la primera vez que siento sus labios sobre los míos, la primera vez en la que nuestro contacto va más allá de una simple caricia o de un roce cargado de intenciones, la primera vez en la que se materializa todo, y yo me limito a dejarme llevar, a sentirlo y a responderle. Quisiera pensar que no hay ternura en nuestro contacto, que es pura sensualidad, pero me equivocaría, porque, a pesar de ser salvaje, es suave; a pesar de ser ardiente, es dócil; a pesar de ser seguro, es pausado o, quizá, es así como me hace sentir a mí, justo, justo como lo he necesitado.

Nuestros cuerpos están unidos, tanto, que no hay nada que se interponga entre su ropa y la mía, estamos tan cerca que sé que percibe el desenfreno con el que late mi aturdido corazón y de nuevo esa sensación lo embriaga todo, esa misma que siempre aparece cuando Axel me susurra, cuando me busca, cuando tira de ironía y sarcasmo, de seguridad e incluso de arrogancia, cuando Axel es más Axel que nunca. Una vez más siento que mi corazón se escapa de mi pecho, que no hay nada que lo frene y, por primera vez en la vida, no quiero que nada lo aplaque ni lo sosiegue, sigo queriendo que sea apremiante y me rindo, me rindo como jamás me había rendido, porque sí, porque siempre lo supe. Desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron lo supe, supe que Axel sería el que marcara un antes y un después, el que provocara una catarsis y ahora, mientras sus labios siguen devorando los míos, lo puedo afirmar de forma categórica; nunca nadie me ha besado como él y estoy segura de que jamás nadie lo hará porque, cualquier cosa que sucediese antes de Axel, deja de tener importancia y estoy convencida de que será así siempre.

Nuestros labios se han separado, pero permanezco con los ojos cerrados, disfrutando de su sabor y del letargo al que me ha sumido este contacto.

—Tenía razón —me dice satisfecho.

—¿En qué? —pregunto temerosa.

Puede que piense que no sé besar porque mi experiencia es la que es, pero me he limitado a disfrutarlo y sentirlo como si fuese la primera vez. Puede que piense que ha sido suficiente o que ahora ya puede añadir una línea más a su larga lista de conquistas, puede que no se haya quedado satisfecho y que necesite más, y eso lo comparto, porque ha sido un beso, pero ahora no sé cuál será el siguiente paso.

—Mérida, mírame un momento. —Abro los ojos con recelo, pensando en que, todos esos pensamientos que ahora mismo asolan mi cabeza, puedan tomar fuerza y se conviertan en una realidad y la realidad últimamente supera a la ficción y duele—. ¿En qué piensas?

Me dejo ir en sus ojos, más grises que nunca por la oscuridad que nos envuelve, y quiero pensar que la única que tiene miedo y dudas soy yo, que él es el chico seguro de sí que conozco, pero su mirada me dice que lo único seguro en este mundo es la muerte.

—En nada.

—No me mientas, sonrisa, ¿acaso te arrepientes? Yo...

—No —le corto—, no me arrepiento, pero ha sido raro.

Axel se sienta y comienza a quitarse sus zapatillas, como hice yo hace nada con las mías cuando me reuní con las chicas aquí.

—Entiendo...

Me sitúo a su altura e imito su gesto y me descalzo.

—Axel, eres el segundo chico al que beso. —Miro hacia el frente porque me avergüenza estar confesando este tipo de cosas—. Y me ha gustado, mucho, bastante..., quizá demasiado. —Escucho su risa y me pongo más colorada—. Pero ha sido raro justamente por eso, porque llegué aquí con una lista de propósitos y todo se ha ido al traste, y apareces tú de la nada y..., bueno, eso.

—¿Qué es eso? —me pregunta sonriendo.

—Dios. —Bufo al sentirme sin escapatoria—. Eso.

—No sé, lo siento, tendrás que decírmelo.

—Sí que sabes. Con lo listo que eres y te encanta hacerte el tonto —le acuso.

—Ya ves, pero sigo sin saber.

Suelto todo el aire contenido y tengo claro que las cosas con Axel funcionan a su manera, aunque yo me empeñe en hacerlo como quiero, siempre acabo rindiéndome y claudicando.

—Me refiero a que eres un chico guapo, que atrae, eso es obvio, y que me gusta la forma en la que te metes conmigo, aunque a veces quiera agarrarte por el pescuezo y darte una buena azotaina, pero me divierto y...

—¿Y? —me interrumpe.

—Y me atraes. —Llevo las manos a mi cara y la vergüenza ocupa todo, contengo la respiración esperando su respuesta sardónica.

Es la primera vez que soy tan sincera con alguien que no sea Olivia o Antón, que explico mis sentimientos así, sin más, y no hablo solo de decirle que me parece un chico guapo, hablo también de eso que le dije antes cuando le confesé que era una chica fuerte y valiente.

—Mírame, Mérida —repite de nuevo—, quiero que me mires cuando te explique que todo eso que te dije antes; que agradezco que tu novio se haya comportado como un auténtico gilipollas, me alegra, me alegra mucho y que me descolocas. Lo haces desde que te vi por primera vez, sonrisa.

—¿Entonces era cierto? —pregunto aturdida.

—Todo lo que te he dicho siempre ha sido la pura verdad, no soy un mentiroso, sonrisa.

—¿Todo? ¿Lo de los árboles también?

—Eso entra dentro de no ser un santo —me confiesa guiñándome un ojo—. Y da gracias a que no te he besado antes y he respetado tu compromiso —añade—. Solo porque soy un tipo con principios —me dice sonriendo.

—Ay, Axel, Axel. —Las palabras se me agolpan en la garganta con ganas de salir, pero no puedo, no pretendo correr sin antes haber caminado.

—Ay, Mérida, Mérida, tenía razón en muchas cosas de las que pensé cuando te vi.

—Ah, ¿sí? ¿En qué? —pregunto acercando mi cuerpo al suyo con decisión.

—Sabía que tus labios iban a ser mi perdición. —Llevo mis dedos hasta ellos y los recorro con suavidad. Axel posa su mirada en mi gesto y sonrío de nuevo.

—¿Y qué más?

—Estaba convencido de que sabías a cerezas.

—¿A cerezas? —Asiente y yo me turbo solo con su mirada penetrante—. ¿Y qué más? —insisto.

—Nada más —responde socarrón—, te dije algo sobre un Big Bang, pero no me ha quedado claro que sea cierto, creo que, para eso, tengo que volver a besarte —añade colocándose justo

frente a mí.

—¿Y a qué esperas, Axel?

—A que una chica pelirroja con una sonrisa embriagadora me dé permiso para hacerlo.

—¿Acaso antes te di mi permiso? —Axel niega con la cabeza sin borrar la sonrisa de su rostro.

—No, no lo hiciste.

—¿Y por qué ahora tendría que darte permiso?

—Porque el beso que pienso darte no tiene nada de puro. Al contrario, será pecaminoso, ardiente, obsceno y puede que deshonesto para una chica como tú —murmura a escasos centímetros de mi boca—, ¿acaso estás preparada para eso, sonrisa?

—Axel, para lo que estoy de verdad preparada es para que cuentes mis lunares.

CAPÍTULO 32

—Mira a quién tenemos aquí —grita mi hermana al entrar a la habitación.

—¿A qué hora regresaste? —cuestiona Simona haciendo acto de presencia tras ella.

—No me interesa eso, solo quiero saber cómo de grande y gorda tiene la polla Axel. El resto de información que me puedas proporcionar carece de importancia en este preciso momento.

—No seas bruta, Olivia, una dama no cuenta esas cosas —matizo llevándome el dorso de la mano a los ojos para aplacar un poco la claridad que se cuele por la ventana.

—Deberías levantarte, creo que tienes que estar en quince minutos en la cocina —me advierte Simona.

Abro los ojos con rapidez y busco el teléfono para comprobar la hora. Cuando llegué a la cabaña, después de besarnos y besarnos sin parar durante más tiempo del que sería prudente reconocer, decidí que cerraría los ojos e intentaría descansar si ese revuelo que tenía en el estómago, y que era desconocido para mí, me lo permitía.

Últimamente me suceden ese tipo de cosas, que nada es lo que parece y todo lo que parece es novedoso e, ingenua de mí, estoy aprendiendo a que las sorpresas que me depara cada día son recibidas con sonrisas y las que traen lágrimas también son bien recibidas porque por algo llegan; la lluvia limpia el ambiente cuando está denso o cargado y las lágrimas te libran de las losas que cargas sin ser necesarias.

Me incorporo al comprobar que efectivamente me queda muy poco tiempo para entrar a la cocina, es mi primera actividad del día.

—Protestaría si no estuviese contenta —les explico mientras saco del armario una camisa y unos pantalones limpios, ropa interior y mis botas de montaña.

—Protestarías en el supuesto caso de que no estuvieses feliz como una perdiz porque te has dado el lote con Axel, y digo el lote, porque, tras ver cómo os besabais, Simona me obligó a marcharnos, si hubiese sido por mí, ten claro que me habría quedado hasta el final del espectáculo —matiza Olivia mientras se deja caer en la cama.

Freno un momento mis movimientos y la escruto con la mirada.

—¡No serías capaz!

—Por supuesto que sí —afirma rotunda—, sé que no me vas a contar ese tipo de cosas porque nunca lo has hecho con el panoli de tu ex. —Arrugo el gesto al escuchar cómo lo nombra, y Olivia lo percibe porque se incorpora y se acerca—. Anda, Mérida, que en esta vida todo pasa por algo y, si te ha dejado por otra, es porque lo que se avecina es mucho mejor, ¿recuerdas cuando te dije que este verano sería el verano de nuestras vidas? —Asiento varias veces—. Pues seguro que lo será, por lo pronto, mírate, has besado a Axel y eso ya es un logro.

—Yo creo que más bien la ha besado él —interviene Simona que es ahora la que ocupa la cama.

—Nos hemos besado los dos —las corrijo—, ¿y por qué se supone que es un logro?

—Pues porque eres la chica recato en persona, desde el cariño, hermanita, siempre desde el cariño, y yo pensaba que nada de esto sucedería hasta que encontrases a otro hombre e hicieses planes de futuro con él; en plan boda, niños y esas cosas que tanto te gusta a ti planificar.

—¿Y por qué no puedo hacer eso con Axel?

Las dos guardan silencio, pero un silencio de esos que asusta y da miedo. Olivia se contiene para no soltar lo primero que se le pasa por la cabeza, y lo sé porque la conozco lo suficiente como para entender sus gestos y sus silencios. Simona... Simona no sabe bien qué hacer o decir, pero sé que en su cabeza también hay pensamientos no verbalizados.

—A ver, Mérida...

—¿Qué? —Sujeto la ropa entre las manos y me encamino hacia el baño mientras las dejo atrás. Entro en el habitáculo, activo el agua caliente y comienzo a desvestirme con rabia.

Sé bien lo que piensan, aunque no lo digan, y ese es el problema, que eso que se les pasa por la cabeza es lo que más miedo me da de todo.

Ambas entran en el baño, y yo ya estoy desnuda, pero no me doy la vuelta porque no quiero que vean mi gesto ni mi desnudez y no hablo solo de la ropa que me falta.

—Mérida, nos preocupamos por ti porque te queremos y ninguna pretende hacerte daño, pero debes saber lo que esperar con Axel.

Regulo un poco la temperatura y dejo el agua más caliente de lo que habitualmente la utilizo. Cierro la cortina y me permito el lujo de que el agua se lleve un poco todo eso que ahora mismo me da rabia, rabia y enfado, enfado y tristeza.

—¿Por qué no puedo ser feliz? ¿Por qué con él tampoco?

—Mérida —me dice Simona controlando su tono de voz y endulzándolo un poco más de lo normal en ella, como si le hablase a Marla o a Martín—, Axel no es de esos, nunca se le ha visto con ninguna chica, ha tenido sus rollos y eso, pero no le hemos visto con nadie.

—¿Qué vas a saber tú si llevas aquí solo un año? —escupo enfadada.

—Pero le conozco bien.

—¿Por qué? —reitero.

—Porque sabemos lo que se dice de él, puedes preguntarle a cualquiera, habla con las cocineras, ellas llevan aquí desde el primer año, y todo el mundo te dirá lo mismo. Axel juega a ese juego, le gusta desear y ser deseado, le encanta probar y picar; pero, a la hora de la verdad, nunca jamás está con nadie. Se dice que hubo alguien en su vida, pero no habla de esos asuntos, con Axel solo conoces lo que ves, no sabemos qué hace el resto del año, a qué se dedica habitualmente, nada de su familia... Axel es una incógnita para todos y siempre lo ha sido.

Y puede que tenga razón en todo lo que dice. Llevamos quince días en Jacaranda, compartiendo actividades, emociones y sensaciones en grupo. Llenando los días de risas y de fiestas, de juegos y de tardes de lago y, aunque en ellas Axel está presente, nunca ha contado nada que tenga relación con su vida privada.

—Puede que conmigo sea distinto, que de verdad me quiera conocer, me dijo cosas preciosas anoche... —les confieso.

—Mira, Mérida, yo no soy quién para decirte que hagas o dejes de hacer porque ya en eso te llevas el máster tú sola, eres doña responsabilidad y tienes claro qué camino es el correcto, pero acabas de pasar por una situación desagradable y no creo que lo adecuado sea que te enamores de Axel para tapan el vacío que te deja Adán. Eso es como jugar a la oca; de oca en oca y tiro porque me toca, tú no eres así. Pásatelo bien con él, folla todo lo que quieras, pero no te enamores.

—¿Por qué? —Sigo bajo el agua, dejando que se lleve el vacío que ahora mismo me asola porque sé que todo eso que me dicen es real y es un consejo lleno de sabiduría.

—Porque Axel es de los que rompe las bragas y el corazón, hermanita.

Y, dicho esto, salen del baño las dos sin decir nada más. No hace falta, creo que han sido lo suficientemente claras como para que todo lo que se dijese después de esta frase sobrara.

No quiero pensar que soy, como dice Olivia, de esa clase de chicas que se enamora de otro para suplir el vacío del anterior, nunca lo he sido y nunca lo seré.

Creo, y en eso me debéis dar la razón, que Axel se ha materializado en más pensamientos de los que se deba reconocer desde que llegué a Jacaranda, por muchos motivos, algunos con fundamento y otros no. Me ha gustado la manera en la que me ha buscado todo este tiempo y puede que el sentirme deseada por otro hombre que no sea Adán haya despertado algo dentro de mí, algo que no pensé que sintiese; pero, ese hormigueo y esas ganas de probar o de correr riesgos, como él mismo dijo; me han pasado factura.

No soy capaz de tener un lío de una noche con ningún chico, no funciona de esa manera y nunca lo he hecho, aunque tenga ganas de saber qué se siente cuando eso sucede, pero, por otra parte, el peso de las responsabilidades y mi sentido de la cordura creo que no me lo permitirían y ahí es donde las palabras de Olivia dan en el clavo, porque sabe que yo no soy de las que se deja llevar con nadie, soy de las que estudia y proyecta hasta el último detalle, aunque lo que sucedió anoche no entraba en mis planes y quizá por eso lo disfruté tanto.

Me gustaría, qué digo me gustaría, sería increíble poder salir de mi zona de confort y dejarme llevar y sentir lo que siente mi hermana cuando tira de agenda o cuando me explica las sensaciones que provoca un beso que no está premeditado. Y, ahora mismo, eso que anoche sucedió entre nosotros ha sido como una inyección de adrenalina, el subidón de lo que ocurrió, que fue poco, pero intenso, y las ganas de más, aunque con el miedo a la caída, porque es cierto que yo no soy de esa manera, pero tampoco sé cómo es él y, eso, eso sí que me da vértigo.

CAPÍTULO 33

Y todo parece una contradicción, porque mi hermana y Simona entran en mi habitación con unas ganas de saber que no les cabe en el cuerpo y luego tiran por tierra todo lo que sucedió la noche anterior. Y juro que las entiendo, entiendo todo eso que me han dicho y el motivo de ello porque estoy convencida de que yo, en su lugar, haría lo mismo con las dos; es más, nos hemos reunido en varias ocasiones para tramar planes sobre Simona o sobre Mari Puri y eso, en cierto modo, nos da la licencia de poder opinar y se los agradezco, pero el agradecimiento no resta el sentimiento de dolor que pueda traer consigo la verdad que sale de sus bocas.

Me encamino con paso firme hasta la cocina. Salí de la cabaña con ganas de tocar en la puerta de al lado y preguntar mil cosas que se me ocurriesen; la edad no, porque ya la sé, pero sí su profesión, el nombre de su hermana —si tuviese—, mascota, color favorito, su cena ideal y la forma en la que le pediría matrimonio al amor de su vida y, sí, ya sé lo que pensáis de nuevo, que Axel rompe bragas, corazones y no se casaría con nadie, aunque fuese la última mujer de la tierra y, eso, eso es justamente lo que pienso yo ahora.

En la cocina me esperan Mari Pili y Mari Puri con algo de música de fondo y eso me sorprende, porque lo normal es que el único sonido que nos acompañe sea el de los calderos, cuchillos y algún que otro grito entre las hermanas por ingredientes que sobran, faltan o cualquier otra nimiedad.

—Buenos días —saludo mientras cojo del colgador mi delantal para ponerme manos a la obra.

—Buenos días, niña, ¿cómo te va? —me pregunta Mari Pili.

—Bien, bueno, ya sabéis.

—Uy, uy, ¿te has dado cuenta? —inquire Mari Pili—, empieza una frase con un bien y va cambiando, eso suena raro. Mi hermana hace eso justamente cuando no ha visto a Santi y se preocupa, ¿qué sucede?

—Nada —les explico mientras alzo los hombros para restarle importancia al asunto, pero sé que soy una especie de libro abierto, así que agacho la cabeza.

—Es verdad, pasa algo —ratifica Mari Puri.

—Me ha dejado mi novio —suelto a bocajarro.

Las caras de ambas son, como poco, estremecedoras.

—¿Estás bien? Oh, cariño...

—Y me he besado con Axel. —Total, ya de perdidos al río.

Si el gesto de antes me abrumó, el silencio que acompaña a sus caras de asombro me deja estupefacta.

—Pero ¿cómo? Si no hace tanto que nos vimos.

Alzo de nuevo los hombros y me dirijo a Mari Puri.

—¿Cómo te fue a ti? No voy a ser yo la única que cuente sus cosas. —Sonrío con cierta tristeza.

—Bien —me confiesa Mari Puri mientras se pone colorada.

—¿Bien? Pero si ayer salieron a pasear, les tendisteis una buena trampa. Sois las mejores —

me dice Mari Pili mientras coloca la mano en vertical para que le choque los cinco.

—Me alegro mucho, ¿quieres que hagamos alguna cosa más? ¿Encerraros en un cuarto para que no podáis escapar durante horas? —sugiero socarrona.

—No, gracias, eso lo dejo para Axel y para ti.

—Ya... —Es todo lo que atino a decir.

—¿Qué sucede? —insiste Mari Pili.

—No sé, es que mi hermana y Simona esta mañana me han dicho cosas que son...

—¿Qué clase de cosas?

Les hago un breve resumen de lo que ha sucedido en la cabaña antes de salir y, a pesar de que están picando cebolla como posesas, atienden a cada una de las explicaciones que doy e, incluso, alzan la cabeza para observar mis reacciones.

—Y eso es todo —finalizo.

—¿Quieres mi opinión? —pregunta con cierto recelo Mari Puri.

—Claro, ¿por qué no iba a quererla?

—Porque no tengo pareja y no he tenido, porque mi vida amorosa se resume en que he vivido enamorada de un hombre y, si tres chicas no me llegan a tender una trampa, es probable que yo no me hubiese atrevido a ir más allá de un saludo y, tras lo que hicisteis, abrí los ojos y decidí aventurarme y ver qué me deparaba el futuro. No sé, no pierdo nada por intentar pasear con él, saber más de su vida, esas cosas...

—Claro, tienes toda la razón, si no lo intentas, ya pierdes, ¿no?

—Efectivamente. Mérida, ¿has escuchado lo que he dicho y tu respuesta?

—Sí.

—Pues no tengo nada más que decirte, aplícate el cuento y no hagas caso a nadie.

—Pero ellas lo dicen por mi bien.

—Eso, seguro —interviene Mari Pili—, pero que lo hagan por tu bien no quiere decir que tengan la verdad absoluta o que debas hacer lo que ellas te digan, ni siquiera eso que dice Mari Puri, tienes que hacer lo que te apetezca y lo que te nazca, nada más que eso.

—Ya, pero ¿vosotras conocéis algo de su vida? ¿Podéis decirme algo que les lleve la contraria a lo que mi hermana y Simona han dicho?

—No —niegan ambas—, no sabemos nada, pero eso no quiere decir que sea suficiente para hacer un juicio de valor sobre alguien. Hay personas más reservadas, personas a las que no les gusta hablar de sus problemas o de su vida, personas que vienen cada verano para vivir en Jacaranda una experiencia o una hermana que viene cada verano para ver a escondidas a un guardia de seguridad y ahora vive con una sonrisa en la cara porque ve que las cosas pueden ser distintas a lo que había imaginado y eso es exactamente lo que debes hacer tú.

—Y, Mérida, que sea tu decisión y solo tuya, que si te caes lo hagas porque has intentado ganar, no porque te hayas quedado en la grada viendo cómo el partido lo juegan otros —matiza Mari Puri.

—Jolín, me dejáis con la boca abierta.

—¿Por qué? Pensabas que estábamos locas porque hablamos mucho y no creías que fuésemos capaces de dar buenos consejos.

—En realidad, no —les explico—, lo de la locura y eso sí, pero es que no os imaginaba aconsejándome, lo que pensé es que tenía que intentar emparejar a Mari Puri y, al final, resulta que los consejos se dan y se reciben. Tengo un cacao mental... —admito.

—No entiendo el motivo —añade Mari Pili.

—Ella lo ve todo fácil porque está casada y cree que todo es un camino de rosas —cuestiona

Mari Puri.

—Es que... es complicado, hace nada tenía novio y ayer...

—Ayer te diste un homenaje, no has hecho nada malo y menos con Axel.

—Sí. —Ríe Mari Pili—. Es guapo un rato.

—Y buen chico.

—Yo creo que es un lobo con piel de cordero —confieso riendo.

—Pues benditos sean los lobos. —Ríe Mari Puri.

—No me importaría que me comiese ese lobo —explica Mari Pili.

—Se lo contaré a tú marido en cuanto lo vea —la amenaza Mari Puri.

—Y yo le diré a Santiago que te gustan los jovencitos del *camping* —la chantajea Mari Pili.

—¡No serás capaz!

—Anda que no. —Sonríe Mari Pili, haciéndose la víctima.

—¿Sabéis que estáis locas?

Ambas me miran, sonríen y asienten.

—Si te das cuenta ahora, es que eres un poco lenta —se mofa Mari Puri.

—Lo es, ¿no ves que no se da cuenta de que Axel está loquito por sus huesos? —matiza Mari

Pili.

—Eso no es cierto... —les digo sorprendida por sus palabras.

—Tiempo al tiempo, Mérida, tiempo al tiempo.

CAPÍTULO 34

Salgo de la cocina con energías renovadas y con ganas de disfrutar del día. Esta tarde tengo clase en el lago con los renacuajos y con él y creo que la combinación de ambas cosas, sumado a las palabras de Mari Puri y Mari Pili, hacen que me enfrente al resto del día de otra forma.

Ocupo la mesa en la que están sentadas mi hermana y Simona. Ambas callan cuando pongo encima de la mesa mi bandeja, pero no tomo asiento.

—¿Sigues enfadada? —cuestiona Simona.

—No. He hablado con las cocineras.

—¿Y? —pregunta Olivia.

—Que les voy a hacer caso a ellas.

Tomo asiento y me llevo un trozo de espárrago a la boca.

—Si haces eso mirando a Axel se pondrá palote. —Ríe mi hermana.

—Cochina —protesto sonrojándome.

—¿Tenemos que trazar otro plan? Ya tenemos la Operación Himen, la Operación Celestina y nos falta la tuya, ¿qué nombre podemos ponerle? —prosigue mi hermana fijando la mirada en Simona para buscar una cómplice.

—Ninguno —le advierto reticente—. No hay plan, voy a dejarme llevar.

—¿*Exquiusmi*? —Simona y yo clavamos la vista en ella y el eco de nuestras carcajadas resuenan en el comedor, haciendo que el resto de compañeros fijen la vista en nosotras. Simona pide perdón con la mano mientras yo agacho la cabeza avergonzada—. Significa perdona en inglés, soy una chica de idiomas, petardas —masculla mi hermana—. Siento decirlo, pero, Mérida, tú en la vida has sabido dejarte llevar, no eres capaz, si hasta para venir a trabajar aquí tuve que apuntarme contigo.

—Pero eso no es que no sepa dejarme llevar, eso es que soy tímida.

—Vale —sigue mi hermana—, ¿y cómo vas dejarte llevar? ¿Vas a hacer que tropiezas y, de repente, pooom; caes y te tragas la polla de Axel? ¿Ese es tu plan? Porque es un plan de la hostia.

—¿Sobre la polla de quién?

Axel hace acto de presencia en ese momento, y yo agacho la cabeza completamente abochornada, Simona no sé qué hace porque no quiero levantar la vista por si descubren que un tomate y mis cachetes comparten color, y Olivia, Olivia se parte de risa, si es que más opuestas no podemos ser.

—Cosas de chicas, no quieras saberlo todo, Axel.

—Me gusta saberlo todo y más cuando se trata de alguna polla.

—¿Te van las pollas? —prosigue mi hermana.

—¿No podemos hablar de otra cosa? —intervengo sin alzar la cabeza.

—Podemos hablar de más guarradas —sigue mi hermana.

—¡Dios! —profiero acalorada.

—No me van las pollas, salvo que tu hermana tenga una —confiesa abiertamente.

Alzo la vista y mis ojos se sumergen en los suyos y navegan por ellos, como suelo hacer

cuando me pierdo en su mirada. Axel hace lo propio y me guiña un ojo, gesto muy característico en él.

—Vaya, quién te ha visto y quién te ve, Axel. No juegues con ella —lo amenaza mi hermana con un espárrago—, mi hermana es tierna y dulce, pero me tiene a mí para defenderla.

—No lo dudo —le dice con insolencia—, no lo dudo —repite.

—¿Qué vais a hacer esta noche? Hay cine —interviene Simona.

—Deberías preguntarle a Esteban qué película ponen esta noche, tengo curiosidad —le pide mi hermana sonriendo al ver las intenciones de su plan.

—Sí, estoy de acuerdo, deberías ir ya.

Axel sonríe y mira en dirección a Esteban. El susodicho clava su vista en Simona y le sonríe.

—Ve —le pide—, creo que quiere que lo hagas.

—¿Que hagas el qué? —pregunta Simona seria.

—Yo diría que lo que quiere que le hagas es cualquier cosa que quieras, se dejaría hasta depilar el pecho, no hay más que ver cómo te mira —admite.

—¿Tú crees?

—Fíjate, ahora mismo, si las miradas matasen, me asesinaría sin piedad porque estoy sentado a tu lado y cree que le voy a quitar a su novia.

—La fama te precede, Axel —cuestiona mi hermana.

—No hagas caso a todo lo que se dice por ahí —repite como la última vez.

—No niegues lo evidente, te gusta jugar.

—Sí, me va el riesgo —admite repitiendo de nuevo esa palabra que me ha dicho en otras ocasiones y que tanta curiosidad despierta en mí.

—Pues con mi hermana no, eh, porque te corto la polla.

Axel ríe a mandíbula batiente, yo me llevo otro espárrago a la boca para matar la vergüenza, y mi hermana sujeta el cuchillo entre sus dedos con actitud amenazante.

—Me empieza a dar miedo tu bulldog —bromea.

—Y a mí —admito—, y a mí.

El caso es que damos por perdida a Simona, porque se incorpora y, bandeja con el almuerzo en mano, cambia de mesa y se sienta frente a Esteban. Nos echa un último vistazo, y mi hermana aprieta los brazos contra sus tetas para que ella haga lo propio, pero no hace caso a su consejo porque presta atención a Esteban y solo a él.

—Deja de comportarte así —le reprocho a mi hermana.

—Nos gustan las tetas —la defiende Axel—. Me gustan las tuyas, me las comería, salvo que tengas polla, entonces tenemos que hablar sobre eso —bromea.

—No tengo de eso —me quejo riendo.

—No, no tiene, doy fe —apostilla mi hermana—. Es más, tiene buena delantera.

—De eso doy fe —afirma Axel comiéndose otro espárrago.

—Dejad de comportaos como si no estuviese presente, estoy aquí y ellas también —me quejo señalando mis pechos.

—Estamos bromeando —explica mi hermana—, pero yo no bromeaba con lo de cortarte la polla si la cagas, Axel, que me caigas bien no quiere decir que vaya a perdonarte la vida si lo jodes todo.

—Calla, Olivia —la interrumpo—. Ya me defenderé solita.

—No es que no confíe en tu capacidad de lucha, pero a asesina no me ganas, seguro.

—En fin, que yo también estoy aquí delante, chicas, por si lo habéis olvidado.

Agradezco mucho lo que mi hermana intenta hacer y sé que siempre podré contar con ella, con

Antón y con mis padres, con toda la gente que me quiere, pero las guerras siempre hay que lucharlas solo porque en el campo de batalla no existe nadie más. Como con Adán, que ese tema sigue ahí. Yo he decidido pasar página sin decir absolutamente nada, sin montar un drama ni llamarlo para reprocharle lo que hizo.

A veces intentamos pasar de página a nuestra forma y entiendo que lo que él quiere no es lo mismo que quise yo, que no me quiso a mí como pensé y como me decía, y no me queda de otra que aceptar las cosas como vienen y como se presentan.

Perder el tiempo lloriqueando no hace que las cosas buenas lleguen antes, pero es necesario hacerlo, es necesario vaciar lo malo para dejar espacio para lo bueno que esté por llegar.

Fijo mi vista en Daniel, lo tengo a un par de mesas de donde estoy sentada y me quedo analizando sus gestos. No es que su ceño deje de estar fruncido ni mucho menos, pero lo veo tranquilo.

Lleva días sin meterse en ninguna pelea como la que hubo en el lago, pero tampoco es que haya dejado de visitar la dirección. Sus ojos están clavados en la chica que está sentada en su mesa gesticulando sin parar.

—¿Qué observas? —me pregunta Axel al ver mi mirada perdida.

—A Daniel —le confieso.

He evitado tocar este tema con Axel, pero creo que él es quien mejor lo conoce de los que estamos sentados en esta mesa.

—¿Por qué está siempre tan enfadado? —cuestiona mi hermana.

—¿Tú también te has dado cuenta? —le pregunto al ver que ella es consciente de su actitud.

—¿Quién no se ha dado cuenta? —me responde—. No deja de meterse en líos.

—Yo creo que su enfado es la forma de demostrar que algo le sucede.

—Acción reacción —explica Axel.

Axel cambia de sitio y se coloca a mi lado, de frente a Daniel y peligrosamente cerca de mí.

—¿Te has fijado en cómo la mira? —le pregunto sin separar la vista de Daniel.

—¿Cómo?

—Creo que le gusta esa chica. ¿Es de su grupo? —Le he dado clases en un par de ocasiones, pero no es mi grupo por lo que no sé bien si está con él o no.

—Sí, llevan juntos un par de años.

—Puede que por eso se metiese en problemas el otro día.

Axel clava su vista en ella y parece que medita mis palabras.

—No me quiso contar lo que sucedió —me indica—, Daniel no es un chico demasiado extrovertido, le cuesta abrirse, somos muy iguales —confiesa.

—¿Por qué?

—Porque yo sé lo que es estar enfadado con el mundo.

CAPÍTULO 35

A veces no me entiendo, no le entiendo y no entiendo nada de lo que me rodea. Axel es un tío intenso, es como un buen café, con cuerpo y con sabor.

Hablamos mucho de todo y de nada, de cosas que entendemos y de cosas que no, pero esto que acaba de decirme ahora solo confirma mis sospechas y no son otras que Axel no es una piedra, Axel tiene vida debajo de ese polo que se ajusta a la perfección a su cuerpo y tiene sentimientos tras esos ojos grises que lo analizan todo.

—¿Por qué has estado enfadado con el mundo? —inquiero temerosa, no sé si por la intensidad de la pregunta, por el miedo a la respuesta o por el sentimiento que ahora mismo se hace eco dentro de mí y no es otro que esa empatía que siento al pensar en que él también haya podido vivir situaciones que no son deseables.

—A veces los barcos no encuentran puerto tan fácilmente como creemos —matiza con rotundidad—. Y Daniel tiene que encontrar su sitio en el mundo, aprender a vivir y a ver los problemas con madurez.

—Es un niño —le reprocho.

—Ya no tanto.

—¿Te enfada que esté enfadado?

—Me enfada que no sea capaz de mostrar lo que siente y dejarse ayudar.

—¿Tú te dejaste ayudar? —inquiero.

—No. Pero Daniel no soy yo.

—Daniel es una persona que siente, como sientes tú, Axel. ¿Tú sabes qué le pasa?

—No, no me lo cuenta, pero no soy estúpido.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunto colocándome de lado y quedando frente a Axel, que sigue sentado de forma correcta en el banco. Muevo la cabeza hacia un lado, pero Olivia ya no está, se ha cambiado de mesa, supongo que no le interesan las conversaciones densas o las intimidades de Axel—. ¿Qué quieres decir con eso? —reformulo la pregunta.

—Quiero decir que Daniel está enfadado porque no entiende por qué sus padres se han separado.

—Marla me contó algo sobre eso.

—Es normal, Marla habla hasta con su sombra, lo extraño sería que no te lo dijese.

Sonríó condescendiente porque tiene razón en su afirmación.

—Me dijo que le gusta un postre que prepara su padre, pero que ahora se lo hace a su nueva familia. Mis padres viven juntos, no puedo hacerme una idea de lo que significa no tener a la familia al completo.

—Y más a esa edad, que no ves las cosas de la misma forma, crees que todo el mundo está en tu contra.

—¿Crees que se siente culpable? —cuestiono.

—No puedo saberlo, no quiere hablar conmigo —responde Axel sin apartar la vista del lugar donde se encuentra Daniel.

—¿Y qué te dice a ti? —prosigo.

—Que le gusta estar enfadado.

—¿Por qué?

—Porque es la única forma de estar solo —suelta clavando su mirada en mí.

—¿Eso te lo ha dicho él? —insisto.

—No, eso es lo que hacía yo.

Dicho esto, Axel se levanta y se va dejándome allí sentada, con miles de pensamientos en la cabeza, todos ellos asolándome sin saber bien cuál es el motivo por el que Axel se haya sentido así con el mundo. Ahora tengo la sensación de que debería alejarme, de que debería dejar pasar todo porque las cosas no son solo divertidas como puede ser la Operación Himen o la Operación Celestina, hay personas rotas en el mundo que necesitan encontrar un puerto, que necesitan de personas fuertes que hagan de cabos de amarre y yo no sé hasta qué punto soy capaz de ser la que tire del timón de alguien.

Pero si me retirase, no sería yo; no sería la Mérida que lucha por las personas que lo merecen, por las personas que se merecen segundas oportunidades, por las personas que necesitan estar rodeados de otros que le hagan ver otro punto de vista; no hay buenos ni malos, no hay fuertes ni débiles; hay personas, personas con sentimientos, con anhelos, personas que quieren correr sin mirar atrás, huir de los recuerdos que saben que no van a olvidar y quién esté libre de culpa que tire la primera piedra.

Llego al lago la primera y me siento en la madera del embarcadero, sin zapatillas y sin chanclas, mis pies y el agua, solo eso. Miro al frente y veo todo lo bonito que me rodea y pienso que las palabras que dijo Laura el primer día son ciertas, porque Jacaranda no es solo un campamento. Podría decir que he vivido muchas emociones en estos quince días de mayor intensidad que en todo lo que he estado en la ciudad. Y, no, Axel no tiene nada que ver en esto.

Unos pasos en la madera me demuestran que ya no estoy sola.

—Sonrisa, ¿has llegado la primera? ¿Muchas ganas de meterte en el agua?

Me giro, aún sentada y sonrío haciendo alarde de mi apodo, ese que no me gustaba y ahora no imagino dejar de escuchar.

—Sabes que el lago es mi lugar favorito.

—Pensaba que era mi cabaña. —Alza las cejas en repetidas ocasiones y me guiña un ojo al finalizar.

—No, no es tu cabaña.

—Es verdad, ya sé por qué es este lugar en concreto, las malas lenguas dicen que aquí te besó un chico guapo, ¿es cierto?

—Puede. —Me hago de rogar.

—Pero ¿cómo de guapo era?

—Tiene lo mismo de guapo que de arrogante.

—Y divertido, seguro que es súper divertido —afirma.

—Dicen que no tiene abuela y por eso se tira tantas flores.

—Sí que tiene abuela, una de ojos grises.

—¿Así que heredaste el color de ojos de tu abuela?

—Sí, pero ese no es el caso, creo que acabas de darte cuenta de que el chico guapo, divertido y ardiente; no es otro que el que tienes frente a ti.

—¿Ardiente? Yo no he dicho nada de eso. He dicho arrogante y ahora voy a añadir creído.

Axel se ríe mirando al cielo, una risa sincera, de esas que se contagian y que hacen que todo cobre sentido. Creo que es de las mejores definiciones que puedo darle, con él todo cobra sentido.

—No sabes si lo soy o no. —Alza de nuevo las cejas.

—¿Sabes que soy tímida?

—No.

—¿Y que no me gusta hablar de estas cosas en voz alta?

—No.

—Pues ya lo sabes.

—Tendré que obligarte a hacerlo con la luz encendida.

Tapo mis ojos con las manos muerta de vergüenza, es la segunda vez en el día que me siento ruborizada por completo.

—Axel... —Su nombre muere en mi boca.

—Quiero besarte, sonrisa.

Mis manos bajan lo suficiente como para poder enfocar la vista en este chico que tengo a mi lado.

—Axel... —repito en un susurro.

—Pero no voy a hacerlo, hay unas normas o no sé qué y en breve llegarán los chicos con ganas de romper el momento y no creo que sea del todo bueno empezar una clase empalmado.

—¡Madre mía! —exclamo de nuevo aturdida por sus palabras y mi imaginación, que esa va por libre.

—¿Conoces el chiste del lago?

Ahora la que ríe a carcajadas soy yo. Axel se sienta a mi lado, como si nada hubiese pasado, como si no hubiese hablado de erecciones, de enfados con la vida y de golpes. Ese es Axel. El que se pisa los pies bailando con la suerte y, aun con todo, acierta en el paso.

—No, no conozco el chiste del lago.

—Dos amigos están sentados frente a un lago, así, como tú y como yo. Uno de ellos le pregunta al otro: «Oye, Miguel, ¿crees que el lago es muy profundo?», a lo que el amigo le responde: «¡Qué va! Si antes he visto a un pato y le llegaba el agua por aquí». Axel señala su cintura mientras ríe abiertamente.

—No es gracioso —le reprocho.

—¿Cómo que no? El agua le llega por aquí —dice señalándose la cintura—, porque los patos nadan y siempre les llega el agua por esa parte, ¡que no lo pillas, Mérida, si es buenísimo!

—No es gracioso —repito.

—Venga, cuéntame uno a mí, a ver si lo superas.

—No, soy pésima contando chistes.

—¡No puede ser! Si eres la risa hecha persona.

—¡No te burles! —protesto.

—Que no, venga, que eres muy divertida.

—No quiero —zanjo.

—Si no me cuentas un chiste, te besaré.

—¿Aquí?

—Aquí, delante de todos, es más, esperaré a que lleguen para besarte.

—Nos van a echar.

—A mí no, yo soy coordinador, te echarán a ti —se burla.

—Bobo.

—El bobo más listo. Ahora mi chiste o mi beso —me dice con seriedad.

—Vale —claudico—, pero tienes que reírte.

—Solo si me hace gracia —se sincera.

—Lo voy a intentar, ¿vale? —Axel afirma—. «¿Qué le dice una iguana a su hermana gemela?»

—Espero a ver si Axel responde, pero solo alza los hombros esperando la respuesta—. Somos iguanitas».

—No es gracioso —me dice él ahora.

—Es para partirse, ¿te lo repito? Puede que no lo hayas entendido bien.

—Sí que lo he entendido, sonrisa, y no es gracioso.

—Puedo mejorarlo, espera, déjame pensar otro —le pido.

—No, gracias. Ahora voy a besarte.

—Dijiste que no harías eso si te contaba un chiste.

—La única forma de arreglar ese desastre es besarte y no te niegues porque lo que quiero es enterrarme en ti...

—Prefiero un beso, por si nos pillan, pero uno rápido, ¿vale?

—El más rápido del mundo —me promete.

Y puede que esa promesa él no la rompa, pero sí que será una de las que yo, Mérida Pertejo, incumpla por primera vez porque Axel, Axel es capaz de mover mi mundo sin siquiera sacar los pies del agua.

CAPÍTULO 36

Adoro los sábados. Siempre me han gustado, siempre y no por la sesión de sexo que se suponía que tenía previsto ese día de cada semana, no, ni mucho menos; me gustan porque los sábados huelen a diversión y a amistad, a cine al aire libre y a un grupo de amigos que se reúnen para disfrutar de *Matilda*.

Me gustan los sábados en los que te das cuenta de que aquello que duele es aquello que te hace ser quien eres ahora, que te cambia el punto de vista y que une distintos trozos de ti misma y conforma a una nueva Mérida, como cuando se constituyeron los continentes y para ello sufrieron movimientos hasta que llegaron a ser lo que son hoy en día y eso me pasa a mí.

Me he ido dando cuenta de que esa Mérida que creía pasarlo muy mal se confundía y no era tan malo como pensaba, me sorprende ver que ya no pienso en Adán como antes y me fascina imaginar que mañana todo saldrá bien y que puedo perder muchas cosas y ganar otras tantas. Es como una partida de póker, una mala jugada lo cambia todo, pero, el conjunto de otras, pueden provocar un giro a tu favor si sabes aprender de eso que has hecho mal.

—¿En serio vamos a ver *Matilda*? —pregunta por decimoquinta vez Olivia.

—Eso me ha dicho Esteban —explica Simona sin borrar esa sonrisa de estar totalmente colada por alguien y ese alguien no es otro que el chico de las películas.

—Uhhhh, Esteban, quiero un hijo tuyo y quiero que me lo hagas despacio para sentir cómo se rompe mi membrana.

—Eres lo peor —le reprocha Simona.

—Mujer, no es para tanto, solo estoy bromeando. En realidad, quiero que lo hagas ya para poder comentar la jugada, como si fuese un partido de fútbol yuviésemos que analizar los goles metidos.

—Espero que solo me metan un gol —matiza Simona.

—Yo también. —Sonríe Olivia—. Pero que sea el gol que te haga ganar el mundial. —Olivia alza las cejas en varias ocasiones dándole a entender que reza por ella y porque tenga el polvo de su vida.

—Ahora en serio, necesito que hablemos de esto con calma y con sinceridad, porque yo soy novata en estas cosas y tengo un poco de miedo —confiesa nuestra amiga.

—¿Miedo a qué exactamente? —profiero.

—Pues a que me duela y esas cosas —admite y en sus ojos observo ese sentimiento que tanto poder tiene en las personas y que tantas dudas despierta; el miedo.

—¿Te estás echando para atrás ahora que ya tienes medio camino recorrido? —inquiere Olivia mientras la escruta con la mirada.

—¿Medio camino? Tanto como medio camino... —replica justificando su temor.

—A ver —intervengo llena de convicción, porque sé que, si dejo a Olivia, viendo su cara e interpretando su gesto, es probable que pierda los papeles y que al final terminen enfadadas—. Relájate —le pido a mi hermana—. Simona, hasta hace nada y, cuando digo nada, es nada de verdad; no tenías mayor relación con Esteban que un cordial saludo y lo sabes, no lo niegues, y ahora ya habláis e incluso hoy te has sentado con él en su mesa...

—Y eso era impensable, ¿verdad? —Mi hermana le formula la pregunta sin maldad alguna a pesar de que su tono es serio y se podría interpretar como tajante.

—Ya, bueno... Sé que tenéis razón y eso, pero...

—Tienes miedo.

—Un poco —admite.

—Es normal, pero no es para tanto —la consuelo.

—¿Duele?

—¿Cómo te lo digo sin asustarte? —pregunta mi hermana mirando hacia el cielo. La noche se ha quedado espectacular, no hay ni una sola nube y es perfecta para disfrutar del cine al aire libre.

—Si utilizas el verbo «asustar» en una frase, no pretendas que piense que todo va a estar bien y que no pasará nada —matiza Simona—. ¿A ti te dolió, Mérida? —me pregunta directamente.

—Mi hermana no sabe lo que es follar de verdad, no creo que sea la mejor para que te diga lo que sintió, dudo que sepa lo que es correrse porque Adán era un sieso.

—No le hagas caso a esta. —La señalo con el dedo y la amenazo con mi puño de hierro. Vale, estoy exagerando un poco, no la amenazo ni nada por el estilo, solo le echo una mirada fulminante que poco efecto surte sobre mi hermana, la víbora de mi hermana—. La primera vez es rara.

—La primera vez es una mierda que te cagas, esas que dicen que lo flipan y que todo va como las rosas, definitivamente, mienten —añade mi hermana con una sinceridad brutal.

Simona clava sus ojos en mí y me escruta con la mirada, buscando mi corroboración o mi negación ante la frase de mi hermana.

—Tiene razón, la primera vez es un rollo y con suerte alcanzas el orgasmo.

—Pero si te toca el botoncito del placer, ayuda.

—El botoncito del placer —repite Simona.

—Sí, ya sabes, el clítoris; si te lo toca, pues te ayuda.

—Cierto —apruebo.

—Todo depende del amante con el que des, y Esteban...

—No empieces, Olivia —le recrimino—, no sabes nada. —Mi hermana es única para meterse con todo el mundo—. Nadie ha mencionado a Aitor —la pico sonriendo.

—Aitor es un rollete, nada más, no me interesa, yo paso de esas historias. El sexo, eso es lo único real que existe. La de los compromisos siempre has sido tú, hermanita —me acusa con voz seria de nuevo—, y mira cómo te ha ido. Deberías follar más y pensar menos —añade para zanjar el tema.

—Cada persona es como es, Olivia, y, no, no me ha ido del todo bien, pero no pasa nada, siempre he pensado que las cosas son como son por algo y supongo que ese algo es que mi vida no estaba al lado de Adán, aunque hubiese planeado mi boda.

—En tu libreta mágica —se burla.

—No todo el mundo es como tú —le reprocho—, si Simona siente miedo es normal porque todas hemos pasado por eso y hemos salido adelante, y tú —le digo señalándola directamente—, tú también lo harás, puede que la primera vez no sea lo máximo, pero la segunda será mejor y la tercera mejor aún, es como el amor, puede que el primero salga mal, el segundo tampoco sea para tirar cohetes y tropiezos con otro que no pueda definirse como príncipe azul, pero llegará alguien que mueva tu mundo sin siquiera proponérselo, que te haga levitar sin pensar que pueda ser así y que te haga volar sin alas y, entonces, entonces querrás que no pare, que siga y que sus manos siempre busquen tu cuerpo.

—Cuando mi hermana se pone profunda, es la leche, ¿a que sí?

—Petarda —bromeo para romper el hielo.

Esto que acabo de decir sé que es uno de esos discursos que se pueden dar para hacer sentir mejor a una amiga, a una que tiene miedo porque se enfrenta a lo desconocido, pero no se da cuenta de que lleva haciendo eso justamente toda la vida, que cada etapa que pasamos y quemamos da pie a otra desconocida; nuevo curso, nuevos amigos, nuevo trabajo, nuevo amor, incluso el sexo con cada persona es nuevo y genera incertidumbre. Y, aunque parezca que siempre retrocedemos por ese sentimiento que justamente nos asola, no lo hacemos, sino que terminamos cogiendo impulso para hacer frente al reto de avanzar y, una vez más, crecer.

—Tras este discurso de mi hermana tan enriquecedor y profundo, creo que es el momento para ir a buscar palomitas y cerveza —nos indica Olivia.

—No podemos beber cerveza, lo dicen las normas —aclaro.

—Tampoco se puede confraternizar con los empleados y, hasta donde yo sé, Simona se quiere acostar con Esteban, Axel te ha besado, y yo le he tocado el paquete a Aitor y promete, vaya que si promete. Parece chiquito, pero es matón.

Mudas, así es como nos quedamos Simona y yo ante la reflexión de mi hermana, que carece de profundidad, parece ironía pura, pero no lo es... El caso es que no sabíamos que había llegado a ese nivel con Aitor.

—Eso debe de ser ya el nivel tres por lo menos —bromeo.

—Para mí eso es el nivel cinco.

—No me hagas hacerte la rima para explicarte en qué consiste el nivel cinco.

—No —me adelanto—, mejor que no digas nada, y tú —le pido a Simona—, tú no preguntes salvo que te dé igual pasar vergüenza.

—Sigo pensando que sois hijas de distintos padres —se burla Simona.

—Yo también lo he pensado en alguna ocasión.

—En más de las que quiere confesar —rebate mi hermana.

—Efectivamente, si no fuese porque compartimos rasgos y no se puede negar la evidencia, lo diría yo también, pero la genética es así, extraña como ella sola.

—En fin, voy a buscar cerveza, ¿quién se apunta?

—Yo paso —la rechazo.

—Y yo —me sigue Simona.

—Sieras —nos acusa—. Voy a preguntarle a los chicos —dice haciendo referencia a Axel que viene en nuestra dirección y a Esteban que ya está metido en el meollo, colocando todos los aparatos para comenzar con la película.

—Date prisa —le pido.

—Hemos visto esta peli varias veces, si me pierdo el principio no importa.

—Pero yo necesito las palomitas —protesto lloriqueando.

Mi hermana se gira mientras tararea alguna canción, de esas que no conoce la letra, pero siempre afirma hacerlo.

—Señoritas —nos saluda Axel al llegar—, ¿preparadas para ver una peli?

—Más que preparadas —confirma Simona.

—Exacto —admito moviéndome hacia donde se encuentra Simona en la manta que hemos colocado en el suelo para ver la película. La idea estaba clara y no era otra que hacerle un hueco a Axel, pero él, como siempre, rompiendo mis esquemas, se coloca detrás de mí y me insta para que me apoye en su cuerpo.

—Voy a saludar a Esteban antes de que empiece la película —nos indica Simona mientras se pone en pie y sonríe al ver lo que se cuece ahora mismo entre nosotros.

Axel, con un leve movimiento de cabeza, le concede permiso para ello y yo simplemente la

animo a que lo haga guiñándole un ojo, gesto muy propio de mi nuevo respaldo y que confieso que me trae por el camino de la perdición.

—Sonrisa, ¿me echabas de menos?

—Ay, Axel, más de lo que me gustaría reconocer.

CAPÍTULO 37

—Creo que Simona no va a regresar, la veo demasiado acaramelada desde aquí con Esteban y parece que mi hermana y mis palomitas tampoco.

—Mejor.

—¿Mejor? No es que eche de menos a mi hermana, pero la muy sinvergüenza me había prometido traerme unas palomitas, creo que es su forma de castigarme porque no acepté la cerveza que acompañaba el *snack* —lloriqueo.

—Tu hermana es un desastre, ¿sabes que cuando nos conocimos me dijo que quería tema conmigo? —Me giro y me coloco frente a Axel, mirándonos directamente a los ojos, intentando averiguar si es otra de sus bromas, de esas que tanto le gustan o si quizá lo que pretende es ponerme colorada o roja de envidia o celosa, celosa también—. ¿Qué? ¿Por qué me miras así? ¿Crees que es mentira? —me pregunta sonriendo.

—No, bueno, o sí, a saber, es que Olivia es muy así, así que te creo, pero...

—Pero ¿te molesta, eh, sonrisa? ¿Estás celosilla?

—¿Celosa yo? ¿Qué te crees? No eres el único hombre de este planeta, Axel, tranquilo.

—No soy el único, pero soy el mejor.

—Ya, el mejor —digo en tono sarcástico—, creo que esa abuela de ojos grises te tiene demasiado consentido, deberías tener una conversación seria con ella y decirle que tu ego está demasiado grande y que eso puede traerte futuros problemas con las chicas.

Vale, yo misma me estoy metiendo en la boca del lobo, porque puede que este juego de ahora salga mal y acabe escaldada y que ahora mencione a cualquier chica de esas que colecciona y me rompa un poco por dentro porque, lamentablemente, estoy ahora en una posición en la que, si me dice algo sobre otras chicas, me jodería, puede que sea por Adán, que me ha roto el corazón porque no soy lo suficiente para él o por algo peor y que cueste reconocer y no es otra cosa que ese sentimiento que defino como curiosidad e incluso novedad con Axel, no sea otra cosa que atracción y una muy punzante porque, cuando lo tengo cerca, cuando lo tengo cerca todo arde.

—Si crees que el ego lo tengo grande imagina cómo tengo...

—Ay, por favor —protesto antes de que finalice la frase con alguna palabra obscena que me haga agachar la cabeza, taparme los ojos y recuperar la respiración.

—Mérida, tienes una mente sucia y perversa, porque yo hablaba de mi corazón —dice con sarcasmo y con burla, para qué negarlo, una vez más se ríe de mí con intención, con toda la intención del mundo.

—Ya, claro, como si no te conociera —me justifico para evitar darle la razón—, ahora pretendes quedar como un santo, pero no, a mí no me engañas.

—¿No? ¿Seguro? —prosigue.

—Seguro —confirmo.

La película comienza y guardamos silencio. Observo todo a mi alrededor y frunzo el ceño al ver a mi hermana con dos paquetes de palomitas, sentada con Aitor y con un grupo de niños. Daniel está sentado con los compañeros de su grupo y cerca de esa chica que tengo que averiguar quién es y cómo se llama. Simona sigue con Esteban y no paran de hablar a pesar de que la

película ha empezado, parece que solo existieran ellos dos.

Sonríó al darme cuenta de que he ganado la batalla con Axel porque tras mi rotunda afirmación no dijo nada más, cosa extraña en él, que suele comer alpiste en grandes dosis y debe de beber sarcasmo e ironía que es lo que más le gusta, eso teniendo en cuenta que lo adereza todo con mucha seguridad y, tachán, ahí está la fórmula con la que crearon al rey del ligue.

—Oye, sonrisa —susurra en mi oído.

—Dime —respondo bajito.

Su mano comienza a deslizarse por mi brazo, despacio, pero con toda la intención del mundo. Trago saliva nerviosa y mi vello responde erizándose.

—¿Crees que un santo haría esto?

Giro la cabeza hacia donde se encuentra su mano y la observo ahí, parada al lado de mi pecho derecho, esperando que le diga que no, que no tiene permiso, que no puede hacer nada de eso que creo que va a hacer, pero guardo silencio por varios motivos; el primero es que no quiero aventurarme y hacer conjeturas porque puede que mi mente calenturienta crea que va a hacer algo que luego no hará; segundo, porque estoy paralizada por si alguien mira en nuestra dirección y ve su mano, es de noche y la única luz que nos acompaña ahora mismo es esa que refleja a una niña en la tele, pero existe la posibilidad de cualquier cosa y, tercera y la más importante de todas, es que quiero, qué digo quiero, necesito que lo haga; que me toque, quiero comprobar si, tal y como sentí la primera vez que me besó, cuando Axel me toque sentiré exactamente eso, sentiré que nunca nadie antes me ha tocado y que todo lo que conocía se convierte en nimiedad y lo que Axel despierte haga que el mundo gire de nuevo y, no solo eso, sino que no pare nunca más.

Gimo en respuesta, gimo como señal de aceptación, gimo para que entienda que ardo por una caricia suya, gimo porque tengo miedo, porque, si es un sueño, no quiero que nadie me despierte.

Sencillamente, gimo.

Su mano continúa recorriendo mi piel. Mi brazo, mi mano, mis dedos y, de ahí, hasta mi muslo desnudo. Desciende hasta la rodilla y desde ahí comienza a ascender. Trago con fuerza, tanta fuerza que temo que el sonido interrumpa la película.

Su mano toca el borde de mi pantalón y juguetea con él.

—¿Qué...?

—Shhh, sonrisa, te estás perdiendo la película y ahora viene la mejor parte.

Quizá habla de la película, es más, probablemente haga referencia a eso, pero yo creo que sí, que efectivamente viene la mejor parte y nada tiene que ver con lo que sale en la pantalla. Mi mente vuela, viaja mientras decide que esos dedos que ahora mismo se mueven de derecha a izquierda por la fina tela de mi pantalón, con peligro, con ardor, no se complacen con eso, sino que viajan por cada parte de mi cuerpo con ganas de descubrir lo que la fina tela guarda.

Sé que Axel está atendiendo a las respuestas que mi cuerpo le da, sé que es tan consciente como yo de que mi vello está erizado, de que mis manos están sudando y de que mi corazón pugna por salirse de mi cuerpo alterado bajo su contacto. Más allá de eso, mis pezones están erectos, mis ojos vidriosos por el deseo y mi entrepierna palpita. Sí, tenía razón cuando lo pensé, con Axel siempre será la primera vez.

Asciende peligrosamente con extrema delicadeza. Sus dedos suben por mi cadera sueltan mi camiseta, esa que se encontraba dentro de mis pantalones y que ahora mismo se ha liberado de su sujeción. Sus dedos entran en contacto con la piel de mi abdomen y comienza a trazar círculos alrededor de mi ombligo.

Los círculos cada vez se hacen más amplios hasta que comienza a rozar la cinturilla del mi pantalón. Ahora juega con esa parte, de nuevo hacia la derecha y hacia la izquierda, siguiendo el

recorrido de la tela. Nerviosa, excitada, temerosa, alterada, llena de ganas y tremendamente expectante. Es increíble cómo una simple y sencilla caricia es capaz de despertar todas esas sensaciones en un cuerpo, en el mío, en el que creía conocedor de todo lo que el sexo opuesto podía despertar, haciendo patente que nunca jamás he sabido lo que era la tensión sexual hasta que sus dedos, los dedos de Axel, en una noche cualquiera, en medio de un cine al aire libre, rodeados de niños, compañeros y cualquier ojo avizor que se precie; sueltan una cremallera que no es la suya para introducir su mano allá donde nadie ha explorado antes, donde solo tenía permiso una persona y no lo hacía, no de esta forma, con tantas ansias en unos dedos, con tantas ganas compartidas en una caricia, las mías por aprender, y las suyas por descubrir.

—Axel...

Sus dedos se abren paso por mi carne hasta llegar a mi zona más íntima, esa que colgaba el cartel «acceso prohibido» y que ahora conquista con sus caricias. Ya no me toca, no es solo eso, es una conquista de una zona que ahora declaro como suya.

—¡Joder, Mérida! Estás empapada —afirma.

Nada de lo que yo no fuese consciente desde el mismo momento en el que comenzó a jugar conmigo, desde que me dijo que su definición dista mucho de la de un santo.

—Creo que he deseado esto desde el mismo momento en que te vi en ese sendero —declaro.

Mi voz suena extraña, amortiguada y, a pesar de la declaración de intenciones que acabo de confesar, de la posible vergüenza que debería mostrar por lo que ahora mismo sucede: por sus dedos recorriendo mis pliegues, penetrándome de forma tímida, por su mano en mi boca para que no grite de placer, por su lengua recorriendo el lóbulo de mi oreja con ansias, por todo lo que ahora mismo escondo, pero nuestro; no siento vergüenza, no me siento fuera de lugar, ni siquiera recuerdo a la Mérida prudente que siempre va conmigo, esa que me dice qué está bien o qué está mal. No, nada, quizá es que el calor que me recorre, la forma en la que palpita mi entrepierna, los latigazos que sus dedos provocan, el ardor de mis mejillas o el conjunto de todo es mucho más poderoso que esa sensatez. Parece que, cuando Axel me toca, la cordura se queda al margen y solo queda lo que de verdad importa y no es otra cosa que las sensaciones y el efecto de ellas.

La presión se intensifica sobre mi clítoris y los movimientos son cada vez más rápidos.

—Abre las piernas, Mérida —me pide con desdén.

Hago caso a su petición a pesar de que sé que no es lo correcto, pero dónde estamos o con quién ahora mismo carece, de nuevo, de importancia.

—Dios... —Suelto el aire contenido tras mi súplica.

—Dios poco va a hacer por ti, pero cuando te corras, cuando explotes en mis dedos, Mérida, si te acuerdas de él, puedes darle las gracias.

El calor cada vez se hace más intenso.

Mi cabeza en su hombro. Mi espalda arqueada, pegada a su pecho. Su calor. Sus dedos. Su respiración. Mis gemidos. Mi agonía por lo sentido. Sus ansias por lo provocado. Mi humedad. Su habilidad. Su fuego. Mi fuego.

—Axel...

—Eso es, sonrisa, eso es, lo noto. Estás cerca, estás muy cerca, sonrisa, solo déjate ir, yo estaré aquí cuando regreses.

Un estallido desconocido me sacude desde los pies hasta mi centro. Mi cuerpo tiembla, un escalofrío lo acompaña y exploto. Exploto como nunca antes lo había hecho. Exploto porque él me lo ha pedido, pero también porque él lo ha provocado.

Y Axel tenía, una vez más, razón. Tengo que dar las gracias a Dios, pero no por haberme salvado, sino por haberme permitido conocer lo que es el fuego del infierno y el calor del verano.

El verano.

El mejor verano de mi vida.

CAPÍTULO 38

Aún me encuentro completamente turbada por las emociones que me han asolado cuando sus dedos comienzan a abotonar mi pantalón, sus dedos comienzan a colocar mi camiseta e, incluso, a peinar mi melena. Su mano, una vez más, sujeta con fuerza la mía y mis ojos se abren al entender que quiere que me ponga en pie.

—No sé si puedo —balbuceo extasiada.

—Claro que puedes, solo quiero que te pongas en pie, sonrisa.

—Estoy flotando.

Y es, justamente, así como me siento ahora mismo. Nunca jamás he tomado drogas, ni siquiera sé lo que es pillarse una buena borrachera que no pase por tres o cuatro cervezas que te sueltan la lengua y te hacen trastabillar, pero estoy convencida de que esto que siento ahora mismo es la mejor droga que existe o, por lo menos, la más adecuada para mí.

Sonríó de nuevo ante mis pensamientos y me sonrojo al pensar en que sus dedos han estado justamente ahí, en esa zona que aún siento latir y que sigue húmeda, podría decir que incluso mucho más que antes.

—Vamos, Mérida.

—¿A dónde?

—A mi cabaña.

—No quiero ir a dormir —me excuso—, prefiero quedarme aquí y disfrutar de la película.

En realidad, lo que quiero es que sus dedos vuelvan a investigar y que me provoquen una vez más eso que hace nada pude disfrutar.

—No, Mérida. —Su voz, su tono, todo suena a advertencia—. Ten clara una cosa, solo una —me dice con voz ronca y seria—, esta noche pasarán cosas, muchas, pero en ninguna de ellas te veo durmiendo; puede que gimas, puede que grites, puede que te corras como nunca antes lo has hecho, puede incluso que mi polla acalle tus gemidos cuando te la ponga en la boca; pero, no, nada de dormir, tiempo de eso tendrás, ahora eres mía y solo mía y pienso disfrutar a conciencia de tu cuerpo.

Salimos medio a hurtadillas de la zona del cine y un rayo de cordura, o la poca que me queda teniendo en cuenta sus palabras ahora mismo, me piden que lo pare.

—Axel, no es que no quiera nada de eso, es más, lo quiero todo o casi todo... —le confieso mientras me sonrojo—, pero, si nos ven, ¿no se darán cuenta de que nos hemos ido?

—Puede —afirma—, pero prefiero correr el riesgo a quedarme con esto. —Lleva mi mano hasta su miembro, duro y firme como hace días en aquel establo y un estremecimiento de anticipación me recorre—. Sí, Mérida, es toda para ti y solo para ti y pienso hacerte de todo esta noche.

Sigo sus pasos, esos que da con decisión, sin decir absolutamente nada más. Los nervios se hacen eco de nuevo y mi estómago se encoge al pensar que todo eso que me dice pueda ser cierto.

Entramos en la cabaña de Axel y sonríó al percibir su olor en ella. Huele exactamente como él; a verano, a lago, a calor, a casa.

Nuestras manos se sueltan y rompemos el contacto.

—¿Vamos a tu habitación? —inquiero con congoja.

Axel niega mientras me escruta con la mirada. Agacho la vista para que no lea en mí eso que sé que ahora mismo puede ver y no es otra cosa que nervios.

No soy virgen, ni mucho menos, pero sé que Axel es un hombre de mundo, y yo me he limitado a estar con un único chico. Pero también pienso que, hasta hace minutos, mi mente estaba centrada en lo que él despertaba en mí, en lo que me enseñaba con cada caricia y eso es justamente lo que quiero sentir de nuevo.

—No estés nerviosa —me dice al percibir la pelea interna que tengo—. Yo no lo estoy.

Sonrí al darme cuenta de que él es capaz de ver más allá, que sin palabras sabe, siente y percibe; como si me conociera.

—No estoy nerviosa —miento.

—Mi chica está nerviosa, pero quiere demostrar que no lo está —rebate. Se sitúa frente a mí y coloca sus manos en mis muslos—. Enreda tus piernas en mis caderas —me pide.

Rodeo su cuello con las manos, doy un salto y hago lo que me indica.

Da varios pasos hasta que llegamos a la mesa de la cocina y me deposita en ella con suma delicadeza. Se separa de mí, pero no deja de mirarme.

Su camisa. Sus zapatillas. Calcetines y pantalones acaban decorando el suelo de madera de la cabaña. Se arrodilla frente a mí y, con extrema delicadeza, hace lo propio con mi ropa.

Una vez estamos en ropa interior, se acerca con decisión y me acaricia el cuello con sus dedos. Echo mi cabeza hacia atrás para dejarle hacer. Un escalofrío me sacude y lleva una de sus manos hasta mi sujetador.

De la copa saca mi pecho derecho y mi pezón erecto le saluda con zozobra. Lo mima con sus dedos y este responde intensificando su dureza. Su otra mano recorre mis labios y uno de sus dedos se aventura a meterse en mi boca.

—Este fue el dedo que hizo que te corriese, Mérida, chúpalo, para agradecerle su labor.

Alzo la mirada y clavo mis ojos en él. Sonríe, sonríe canalla, sabedor de lo que provoca en mi piel y en mi mente, porque es consciente de que estoy ardiendo por él, de que su cuerpo despierta en mí lo mismo que el mar despierta al contacto con la lava.

—Axel...

Es todo lo que atino a decir mientras me pierdo en su mirada.

—Mérida..., ¿preparada?

Asiento mientras ese dedo se introduce en mi boca con decisión y mi lengua se enreda en él, deleitándome con mi propio sabor y agradeciéndole, tal y como me ha pedido, la labor desempeñada.

Un pellizco en mi pezón me hace abrir los ojos, esos que no me había dado cuenta de que había cerrado.

Siento el vacío de su contacto antes inclusive de separarse de mí.

Baja su calzoncillo, la única pieza que queda en el puzle, y a la vista queda su miembro. Más grande incluso de lo que me imaginé el día que tuve la oportunidad de tocarlo por primera vez.

—Es toda para ti —me advierte—. Toda para ti.

Se acerca de nuevo con premura y sus manos van directas al cierre de mi sujetador.

Cuando lo suelta, llevo las mías hacia la tela que recubre mis pechos y paro. Es la primera vez que me va a ver desnuda del todo, que va a ser consciente de mi piel, de mis pecas y mis lunares.

Con extrema delicadeza, deja caer las asillas y retira mis manos, invitándome a adentrarme en las sensaciones. Me dejo llevar, porque me apetece descubrir lo que sus manos harán en mi piel.

—Preciosa. —murmura—. Eres preciosa —repite—, mejor incluso de lo que he soñado.

Axel es canalla, pero tierno, pícaro y atento, sarcástico y sincero, sencillo y cercano. Su piel es morena, la mía es blanca, sus manos pueden resultar toscas, pero sobre mis pechos, sobre mis pezones, son suaves y exquisitas, sobre mis muslos son certeras y dóciles. Axel y yo parecemos una contradicción; pero ahora, aquí, así, desprovistos de ropa y desnudos de sentimientos, somos justamente lo que tenemos que ser. Un puzle y sus piezas.

Sus manos se sitúan alrededor de mis nalgas y me empujan al borde de la mesa. Se sitúa entre mis piernas mientras me abro para él.

Alzo la vista mientras su dedo índice comienza a pasearse con decisión por mi monte de venus.

Gimo fuerte. Gimo brusco. Gimo perdida en las sensaciones que una vez más despierta en mi cuerpo.

—Bésame —le pido, le suplico, le exijo.

—No —me dice rotundo—. Aún no.

Percibo su polla en mi muslo. Es suave a pesar de que a mí no me lo parece dado su tamaño. Gimo de nuevo mientras Axel echa hacia un lado la única tela que separa su piel de la mía.

—Sigues empapada, Mérida, sigues jodidamente empapada y juro que me está costando horrores ir despacio.

—No lo hagas —le pido—, no vayas despacio —le ruego.

—Joder, Mérida, no me hagas esto —me reclama.

Con decisión y sin separar mis ojos de los suyos, llevo mi mano hasta su polla y la coloco en mi entrada. Doblo la pierna para que encaje a la perfección y mis manos se colocan en su culo.

—Soy toda tuya —me sincero—. Toda tuya —reitero.

—Joder, Mérida, joder. Dímelo de nuevo —me pide.

—Soy toda tuya, Axel.

—Joder —masculla.

—Ahora...

—Ahora voy a follarte como nunca antes lo han hecho.

Se clava en mí con fuerza y con necesidad, y sé que todo eso que nos hemos dicho, mi declaración y la suya, son ciertas y reales, tanto que ponen en duda todo lo pronunciado antes.

Y, sí, me folla toda la noche, hasta que el alba nos sorprende contando lunares.

CAPÍTULO 39

Entro de puntillas en mi cabaña y, aun sin mirarme al espejo, sé que mi pelo está hecho una maraña, mis mejillas están arrojadas y mis piernas siguen temblando gracias a lo satisfecha que me siento y esa es la palabra que no cesa de martillar en mi cabeza: plena, me siento plena como nunca antes me había sentido.

Mis intenciones son bastante claras; ducharme, cambiarme, desayunar y comenzar la jornada rodeada de Mari Puri y Mari Pili porque me toca cocina con ellas y eso me gusta, me gusta hasta tal punto que se me escapa una sonrisilla.

—Vaya, vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí, si es mi hermanita, esa que ha dormido toda la noche en su habitación y que se ha levantado excesivamente temprano para salir a pasear con las primeras luces del alba, si es que eres todo equilibrio —ironiza y mucho, por si no lo habéis notado.

—Me gusta mantenerme en forma, es importante hacer ejercicio a diario y...

—¿Y cuántas veces te has corrido? Solo por mera curiosidad, ya sabes, nada que no necesite saber.

—¡Ya estoy aquí! —Simona irrumpe en la cabaña con la coleta a medio hacer y sin calcetines en las zapatillas de montaña que suele utilizar—. ¿Qué me he perdido? He intentado llegar lo antes posible.

Mi dedo la señala directamente mientras mi vista sigue clavada en esa que se hace llamar mi gemela porque no entiendo nada de lo que sucede.

—Le he dado un tono desde que escuché la puerta de la cabaña de Axel cerrarse. Anoche, mientras vosotros dos jugabais a los médicos, nosotras trazamos un plan y no era otro que darle un tono al móvil desde que llegases, para hacerte un tercer grado. Lo lógico y normal teniendo en cuenta que con quien has follado es con Axel.

—El mismísimo Axel —matiza Simona dándole la razón a mi hermana con asentimiento de cabeza incluído.

—No pienso decir nada —les explico mientras suelto mis zapatillas al lado del sillón—. Una dama no hace esas cosas...

—Una dama, dice, y no se pone ni roja al soltar eso por la boca. Puedes seguir siendo una dama mientras nos cuentas detalles. Te prepararía un Cola Cao, pero aquí no tenemos leche... Ah, no, perdona, que leche es lo que te han dado a ti esta noche. Guarra...

Simona se parte de risa, y yo intento fingir enfado, pero no me sale, porque Olivia cuando se pone sarcástica es demasiado y no se puede negar.

—Venga, no seas mala, Mérida, solo cuéntanos algún detalle que no te comprometa —insiste Simona.

—Que no te comprometa, no, yo quiero saber cómo tiene la polla. Apuesto a que la tiene como el brazo de un niño, tal que así —dice marcando las dimensiones en su propio brazo.

—Yo solo quiero saber si te ha dolido, porque ya sabes que yo...

—Os contaré cosas si me dejáis ducharme, cambiarme y vamos a desayunar. Estoy famélica.

—Eso es por tanto ejercicio —bromea Simona.

—Yo diría que por lo bien que le han dado. Anda, ve a la ducha que hueles a sexo perverso, te esperamos aquí mientras confabulamos y elucubramos sobre tu noche de fantasía sexual con ese pedazo de jamelgo. Tienes mucho que agradecerme, hermanita —me pide Olivia.

—¿Agradecerte? —pregunto mientras camino en dirección al baño.

—Gracias a que me quité de en medio al principio, hoy estás con ese pedazo de hombre.

—Estar, estar —murmura Simona rompiendo el momento.

—Cierto, no estamos, solo hemos..., ya sabes.

—Follado como conejos.

Asiento.

—Tú lo has dicho, no yo —le explico mientras cierro la puerta del baño.

Me ducho con una sensación extraña en el cuerpo y no es por ese pequeño escozor que aún siento entre mis piernas, no, es algo que va más allá de eso y no es otra cosa que la impresión de que puede que no esté haciendo lo correcto. Está claro que todas las personas erramos y que eso tiene sus consecuencias y no es que pretenda justificar a Adán ni mucho menos, porque no es el caso, pero pienso en mí y me centro en si yo estaré eligiendo el camino adecuado o me estoy adentrando en un sendero lleno de espinas.

Axel es intenso, en todo; en su forma de ser, de mirar, de expresarse y hasta en las caricias que me profesó durante la noche. Es intenso como no he conocido a nadie y eso me atrae; pero, a su vez, me asusta. Supongo que la vida pasa por encontrarse y por moldearse y él puede que se haya ido modelando conforme ha vivido situaciones al igual que he hecho yo o, incluso, Adán, pero tengo claro que el miedo al dolor sigue ahí, puesto que la primera herida no ha cerrado.

Otra de las cosas que más inseguridad me provoca soy yo, así, tal cual y con la verdad por delante. Yo misma, porque, os explico, no soy una chica de veintitantos años al uso o eso es lo que yo creo y la percepción que tengo de mí es que considero que soy de esa clase de personas que analizan las cosas en demasía y puede que esto que anoche sucedió con Axel, aunque para mí fue excepcional, se hubiese podido evitar.

Soy, sin ir más lejos, de las que cree en el amor, ya no sé si eterno o fugaz, pero creo en el amor y, siempre que me he entregado, ha sido apelando a ese sentimiento. Es más, siempre me ha gustado que sea así y tengo miedo a salir de una y caer en otra.

Mentiría si negase lo obvio, Axel me gusta, me atrae y despierta en mí ciertas cosas que temo definir, pero lo peor de todo es el miedo a que sea yo la que se arriesga, y para él sea un simple juego, eso a lo que está acostumbrado.

Y esa es otra de las cuestiones, para él esto es fácil; aquí te pillo, aquí te mato; sabe moverse en este juego y no le resulta peligroso ni excesivo, pero yo soy virgen en ese sentido y mi situación es bien distinta.

En fin, que ya sé que lo mejor es no darle vueltas a la cabeza, apagar el botón de pensar, disfrutar y vivir el momento sin planear nada, pero es inevitable que, en mi cabeza, una lista de propósitos haga acto de presencia y, ese, ese es otro gran error porque cuando sueñas, cuando haces planes con lo impredecible, suele convertirse en cicatriz.

Salgo de la ducha y mis músculos están relajados, aunque mi estómago sigue rugiendo por la necesidad de alimentos.

—¿Vamos? —les pregunto al verlas sentadas en el sofá hablando sin parar—. ¿Me he perdido algo?

—Sí —suelta mi hermana con inquina—, mientras copulabas sin pensar en nada más que en ti, aquí nuestra amiga ha dicho que sí.

—¿Que sí a qué? No habrás...

—Nooo. —Me corta alargando la «o» de su negativa—. No es eso —me suelta de nuevo ruborizándose, Simona y yo parecemos más hermanas que mi propia gemela.

—¿Entonces qué es? —insisto.

Salimos de nuestra cabaña todas juntas y nos encaminamos hasta el comedor para desayunar algo, a mí me viene genial porque ya me quedaré en la cocina y ayudaré a Mari Pili y a Mari Puri a recoger.

—Estás espesa porque no has dormido nada, ¿ehhh? —bromea Olivia—. Mira quién está ahí —me dice mientras señala en dirección a Axel, que está tomando café en el porche de su cabaña—. Me gustaría saber cómo lo hace.

—No pienso decirte nada —zanjo antes de que empiece a volverme loca con el asunto.

—Me refiero a saber cómo hace para tener tan buena cara después de no haber pegado ojo, porque tú, hermanita, pareces un mapache —se burla.

—Boba —la insulto.

Miro en dirección a Axel y sonrío, aunque sé que mi vergüenza debe de estar reflejada en mi cara. Mi hermana le saluda con los deditos, en plan: «esta noche conmigo, nene», porque el gesto la delata. Axel se limita a hacer un leve asentimiento con su cabeza mientras se lleva la taza a la boca y da un largo sorbo al contenido. Me guiña un ojo, y me derrito en el acto.

—No puedes negarlo, Mérida —me dice Simona.

—¿El qué? —pregunto a sabiendas de lo que me va a decir.

—Que Axel te gusta —responde.

—Te gusta más de lo que te atreves a reconocer —matiza mi hermana.

Y sé que tienen razón, pero reconocerlo, en esta ocasión, sería el último paso.

CAPÍTULO 40

—Bueno, ahora que tienes delante el desayuno y que no has parado de comer desde que te sentaste, deberías decirnos algo, por lo menos contar cómo sucedió todo para que acabases en su cama.

—En la cocina —la corrijo.

—Vaya, mira a mi hermana, las mata callando —ironiza Olivia.

—Primero quiero saber qué es eso a lo que Simona ha dicho que sí —murmuro mientras me llevo un trozo de cruasán recién hecho a la boca—. Con mantequilla y mermelada de naranja están deliciosos —explico llenándome la boca de nuevo.

—Esteban anoche me pidió una cita y...

—¿Una cita? ¿Has aceptado? —Estoy muy emocionada por Simona, porque me encanta que todo vaya fluyendo de esa manera. Soy una amante de las historias de amor y, todo lo que esté embriagado por ese sentimiento, provoca en mí una alegría y una emoción incontrolable.

—Pero ¿no te has dado cuenta de que ha dicho que sí? ¿De qué crees que hablábamos entonces? ¿De manualidades?

—Ya, bueno, claro —me justifico—, estoy en las nubes. Son muchas cosas.

—Muchas cosas en muy poco tiempo —me dice Simona mientras me guiña un ojo con actitud condescendiente.

Y es que no me he dado cuenta del hecho de que puede que en Jacaranda el tiempo no pase o corra de otra manera, pero la realidad es que llevamos aquí poco más de quince días y hemos vivido muchas cosas. Nuevas amistades, nuevas sensaciones, emociones, los chicos, las noches de cine, los primeros besos, las primeras caricias, nuevos amores o amores de antaño que se hacen nuevos... Jacaranda es un lugar mágico, sin lugar a dudas.

—Lo siento, Simona, estoy un poco...

—¿Enamorada? —suelta mi hermana con sorna.

—No estoy enamorada, tenéis que dejaros de estupideces. El otro día me echasteis un sermón sobre lo que debo o no debo esperar de Axel y hoy me decís esto, no hay quién os entienda, lo juro.

—A ver. —Mi hermana interviene y se pone seria, porque ella es todo risas y fiestas; pero, cuando tiene que hablar con formalidad y decir las cosas tal cual son, es para echarse a correr—. No es que estemos en tu contra ni mucho menos, lo que pasa es que queríamos que tuvieses claro a lo que atenerte y que no te lleves chascos. Te conozco desde hace muchos años, Mérida, y ambas sabemos qué clase de mujer eres y no somos estúpidas al ver qué clase de hombre es Axel y no queremos que te lleves ningún desengaño, bastante tienes con lo de Adán y, ahora que te vemos bien, lo que menos deseamos es que te caigas de nuevo.

—Nadie ha hablado de amor, ni siquiera he hablado de sexo, estoy dejándome llevar, como hace Simona con Esteban o Mari Puri con Santiago.

—No compares —matiza mi hermana, cortando mi discurso de defensa—, Simona y Mari Puri llevan años enamoradas de esos hombres, lo normal es que hagan algo, pero tú, y siento si te duele lo que te voy a decir, hasta hace nada estabas con un chico con el que planeabas casarte.

—Pero al que no querías —matiza con exasperación Simona.

Olivia clava la vista en nuestra amiga, esa que había permanecido en silencio hasta este momento y que suelta esa bomba mientras sigue comiendo como si no fuese un dato a tener en cuenta.

—Sí...

La frase que pretendo exponer muere en mi boca antes de ser pronunciada. Me incorporo y las dejo allí plantadas.

Hasta hace nada habría rebatido esa afirmación, habría puesto en duda cualquier palabra que negase la evidencia de mis sentimientos por Adán, hasta hace nada habría gritado o pataleado por eso que Simona ha dicho, puede que incluso hubiese sido motivo de que ahora mismo nuestra amistad se viese resentida y, a pesar de que me he marchado y las he dejado allí plantadas sin saber bien cuál es el motivo de mi huida, sé que ellas entienden que a veces las personas necesitamos tiempo y que hay cosas que primero tenemos que asimilar para, posteriormente, afirmar.

No es que niegue las evidencias y ni siquiera yo misma sé si eso que ha dicho Simona carece de veracidad o está llena de ella, porque no puedo decirlo, pero sí es cierto que durante cinco días estuve llena de dudas y de dolor, aunque no era algo que lacerase la carne como un cuchillo recién afilado, dolía más por la traición y la mentira que por el hecho en sí. Y me he empeñado en ver la parte buena de todo esto y de creer que lo que teníamos era lo bonito, pero ¿qué clase de pareja joven se conforma con practicar sexo en un coche un sábado por la noche? Y esta pregunta es la que me formulo en este instante porque mi cabeza no deja de pensar en que las manos de Axel se dedicaron a venerarme toda la noche y, ahora mismo, ahora mismo solo quiero que pase el día para ir a su encuentro y eso, por triste que suene, no me sucedió antes con Adán y, si queréis, podéis lapidarme por ello, quizá me lo merezca.

Me dirijo hacia la cocina, con ganas de desconectar de todo y dejarme llevar por lo que sea que suceda hoy en esas cuatro paredes. Nada más entrar, encuentro a mis compañeras de trabajo allí, amasando algo que no logro definir.

—Tienes que ponerle más aceite o se te pegará esa masa.

—¿Qué masa? ¡Sabrás tú! Siempre he hecho yo las empanadillas, trocea los ingredientes y deja de meterte en mis asuntos —responde Mari Puri a su hermana.

—Buenos días, aunque, visto lo visto, casi que prefiero guardar silencio y no decir nada por si acaso, no me apetece que me echen una bronca desde primera hora de la mañana —replico jocosa.

—Déjala —me pide Mari Pili—, hoy se ha levantado con la pierna izquierda y está de mal humor.

—No estoy de mal humor —refunfuña la susodicha.

—Esa es otra de las cosas que se le da estupendamente bien, siempre dice que no está de mal humor cuando lo está.

—¿Has dormido mal? —pregunto al darme cuenta de que está enfadada, es cierto, pero en su cara no es enfado lo que se refleja.

—No —responde tajante y sin dar pie a ninguna objeción.

—¿Te han hecho algo? ¿Santi?

Mari Puri alza la vista unas décimas de segundo, el tiempo justo para darme cuenta de que esa cara de enfado tiene poco y hay algo que le duele o le preocupa.

—No —repite como una autómatas.

Me acerco hasta ella y, al pasar por el lado de Mari Pili, pongo mi mano en su hombro y esta alza la vista hasta que ve que mi cabeza le indica que mire a su hermana. Mari Puri llora, llora con

todas la de la ley y me parte el alma verla así.

Llorar es sano, lo es, es como esa limpieza que necesitamos de vez en cuando para resetarnos y que nadie puede decirnos que está mal hacerlo, ni siquiera nadie debe plantearse el por qué lo hacemos cada día o una vez a la semana, como bien decía Shakira en una canción de las suyas. Yo lloré mucho con lo de Adán y no me hizo sentir mejor, ni tampoco borró la herida que provocó su traición, nada de eso, pero descubrió el camino que llevaba hacia la paz conmigo misma cuando lo hice. Puede que a veces esas lágrimas que fluyen sin control sean el río que necesita nuestra alma para navegar libre.

Mari Pili se acerca a ella y hace exactamente eso que he hecho yo, dejar su mano sobre el hombro para infundirle paz, para demostrarle con ese simple y sencillo gesto que está ahí para ella y eso, en ocasiones, vale más que cualquier palabra formulada.

Hago lo mismo, pero en su otro hombro y ella cabecea de una a otra sin dejar de llorar. Sus lágrimas fluyen de la misma manera que nuestra energía se transmite.

Nos separamos y comenzamos a elaborar las empanadillas. Mari Pili me indica la forma en la que debo hacerlas, me tiende un cortador, una bolsa de harina, un rodillo de madera y me desea suerte sonriendo. Ella se limita a picar pimientos, a sacar y escurrir latas de atún y pelar y trocear tomates y cebollas.

—Si no me quedan perfectas, ¿sucede algo?

—Nada, solo que no cabrá el contenido tal y como lo suele hacer, te recomiendo que uses eso redondo —me dice haciendo alusión al cortador de metal en forma circular.

Soy una pésima cocinera, no tengo arte ninguno y tampoco me burbujan las ideas a la hora de dejarme llevar. Hay recetas, cientos, miles y en todas ellas te dicen los pasos a seguir, y estas dos mujeres que me acompañan parecen no necesitarlas porque saben las cantidades que deben poner de cada cosa para que salga algo exquisito.

He aprendido mucho en todos los días que he estado con ellas aquí y, si algo tengo claro, es que echaré de menos el compartir las horas de la mañana en esta cocina mientras preparamos un delicioso postre y hablamos de cualquier cosa que surja. Tenemos la habilidad —maravillosa habilidad—, de saltar de tema en tema y de que los silencios no nos asusten o incomoden, siempre he pensado que, si no tienes nada bueno que decir, es mejor callar, aunque eso a mi madre poco lo importa y creo que es algo que Olivia heredó, es más, me atrevo a decir que es algo con lo que, en el reparto genético, decidió abarcar al completo.

Tras hacer más de doscientos círculos y comenzar a untar los bordes en huevo, Mari Pili los rellena y Mari Puri los cierra y les da esa bonita forma con un tenedor.

—Estoy asustada —dice al fin Mari Puri.

Su hermana y yo alzamos la cabeza y la escrutamos con la mirada. Ya no llora, ni siquiera queda ese resto rojo en sus ojos, no frunce el ceño como Daniel ni evita ser mirada, sencillamente se está mostrando tal cual es.

—El miedo nos hace ser más humanos —le digo, haciendo alusión a eso mismo que yo he pensado—, el miedo forma parte de la vida, igual que la alegría y la tristeza.

—Lo sé, lo sé, pero...

—¿A qué tienes miedo exactamente? —pregunta Mari Pili.

—A lo que va a pasar después de estos días —respondo yo.

Mari Puri afirma tras mis palabras.

—Ese miedo lo tienes tú también, ¿verdad? —cuestiona.

—No lo sé... No sé si he llegado a ese punto, hasta hace unos días estaba con alguien, mi vida estaba programada completamente, y Axel...

—Axel te ha hecho replantearte todo lo que conoces.

—Sí, algo así —le confirmo—. Igual que Santi a ti —matizo.

—No sé qué va a pasar después de esto, no sé qué piensa él, ni siquiera sé qué quiero yo. Nos hemos visto, hemos paseado, pero no sé si él siente lo mismo o son cosas mías y sencillamente veo lo que quiero ver.

—¿Y si te dejas llevar? ¿Y si solo sientes y no piensas en lo que va a suceder?

—Tú lo ves fácil, tienes tu vida, tu marido, tu casa, todo organizado, pero ¿y yo?

—Llevas demasiado tiempo enamorada de él como para echarte para atrás ahora, disfruta de lo que te depare el tiempo que queda y, si Santi no te busca, si no va a tu encuentro al acabar este mes, es que no era lo suficientemente bueno para ti.

Y esto que ahora mismo le digo a Mari Puri es algo que no quiero procesar del todo, que no quiero imaginar y a lo que no quiero poner nombre y apellidos.

Soy organizada, excesivamente, diría yo y prudente, eso también, y no es nada nuevo para nadie. Tenía una lista y quizá muero por hacer una nueva, por pensar en que puede que todo eso que soñé pueda volver a escribirlo, porque soñar es gratis y me gusta pensar e imaginar, aventurarme, pero, por otra parte, sé que eso con Axel no funciona y no hay una regla exacta, si ni siquiera sé qué espera él o que quiere más allá de un revolcón y tampoco debería estar pensando yo en eso, no, ni mucho menos.

—Si Santi no me busca, me partirá el corazón.

Y eso es lo que justamente creo que me va a suceder a mí, por mucho que diga que me quiero dejar llevar o que no necesito nada y busco menos aún.

CAPÍTULO 41

Por si os queda algún resquicio de duda, las empanadillas salieron de muerte, no gracias a mí, está claro, pero en algo he contribuido, la cuestión es ver el vaso medio lleno, ¿cierto?

Tras la zampada que nos hemos pegado, y mientras algunos de los chicos descansan en sus cabañas, decidimos tomar café en esa parte del bosque donde habitualmente se reúnen los jóvenes por la noche para charlar, hacer manitas bajo la mesa o mirar sin ser pillado. Justamente lo que ahora mismo hacemos Axel y yo. Mis dedos y los suyos entrelazados, nuestros meñiques unidos. Nuestras piernas excesivamente cerca. Nuestras miradas huidizas, pero en busca de la otra y nuestros comentarios indecentes cuando nadie nos escucha.

—No miréis —les advierto—, pero creo que a Daniel le gusta esa chica —ratifico. He ido siguiendo las pistas, como una detective de segunda y, en esta ocasión, creo que lo que acabo de afirmar tiene suficiente veracidad como para decirlo en alto al grupo. Y ahora sucede lo típico que no quieres que pase, basta que digas que no hagan algo, para que todos lo hagan—. No entiendo para qué os advierto cuando al final hacéis lo que os da la real gana —me enfurruño.

—Suele pasar, sonrisa, lo mejor es no decir nada cuando está la persona en cuestión cerca.

—Buen consejo, me lo tenías que haber dado antes —protesto.

—No podía, en su momento te dije que no era bueno depender de mí tan pronto, por eso, ahora que no me importa, te aconsejo y gratuitamente, por ahora, el siguiente consejo me lo cobraré... en carne —apostilla con socarronería.

—Me dijiste que no podía depender de tu inteligencia y ese comentario me sentó mal, porque fuiste un arrogante de campeonato. —De la forma de pagar la deuda no digo nada, aún estoy decidiendo si me molesta o me resulta divertido.

—Cada uno es lo que es —confiesa, restándole importancia a mi acusación.

—Ya, claro, admitirlo es el primer paso —lo pincha Olivia—. A mí me gustan chulos, me ponen, ya sabéis —nos suelta mientras guiña un ojo.

—A ella cualquier cosa le pone, no es excesivamente selectiva —le advierto a Axel.

—Vamos a ver, cualquier cosa tampoco, tiene que tener ciertas condiciones, que yo también tengo aspiraciones, pedir es gratis y soñar más. Lástima que contigo saliese mal, Axel, tenías todo lo que deseaba en un hombre.

—Lo nuestro era un amor imposible —bromea el susodicho.

—Eso es porque apareció mi hermanita, ¿a que sí?

—Olivia... —Mi tono suena exactamente a eso, a advertencia, porque no quiero que se meta en un tema que no le compete. He decidido dejarme llevar con todas las consecuencias que traiga y eso implica que no quiero saber nada de sentimientos, ni los suyos ni los míos, aunque está claro que, conociéndome como me conozco, en alguna que otra ocasión me permitiré el lujo de pensar y analizar la situación, como hago siempre.

—Tu hermana tiene una bonita sonrisa —confiesa Axel.

—Debe de ser preciosa si lo que vanaglorias es su sonrisa y no sus tetas.

Simona se tapa la cara de la vergüenza y eso que no están hablando de ella.

—Sus tetas también son preciosas —admite Axel con descaro.

—Puede que no seáis conscientes de ello —intervengo—, pero estoy aquí, justo aquí y escucho todo lo que decís.

—La puritica verdad —admite Axel sonriendo e imitando a una de esas telenovelas que emiten en la tele.

—El caso, y volviendo al tema en cuestión, ya que habéis mirado en dirección a la chica de la que os hablaba, creo que a Daniel le gusta —insisto para reconducir el tema y dejar mis pechos a un lado.

—¿Y has llegado a esa conclusión por...? —inquieta Simona que ahora sí parece interesarle la conversación.

—Porque llevo días mirándole, a Daniel, obviamente, y siempre la busca, la sigue con la mirada y, cuando centra su atención en ella, parece no fruncir el ceño como suele hacer siempre.

Axel está sentado a mi lado y clava su vista en ese par de chicos de los que hablo. No están sentados en la misma mesa, ni siquiera suelen compartir grupo, pero cada vez estoy más segura de que tengo razón.

—Es Micaela, lleva viniendo al *camping* desde hace unos años. Sus padres están separados.

—Como los de Daniel y Marla —afirmo.

—Sí.

—Puede que le venga bien hablar con ella del tema.

—Mérida, no te metas en esas cosas —me advierte mi hermana—, puede que lo hagas con buena fe y todo eso, pero no todas las personas necesitan ser ayudadas.

—Y tampoco todas las personas quieren ayuda —matiza Axel.

—No estoy de acuerdo —contrataco—. Yo creo que todas las personas necesitan un empujón, no sé de qué forma, puede que unas palabras de apoyo, un «vamos, que tú puedes», incluso una Operación Celestina.

—O una hermana que se apunta a una oferta de empleo por la otra.

—Efectivamente —admito mirando a mi hermana y sonriendo al pensar en cómo hace poco más de quince días estábamos en la habitación de nuestra casa decidiendo cómo inscribirme a esta oferta y exponiendo mis miedos a lo desconocido—. No nos damos cuenta, pero el mundo necesita valientes para cambiarlo y, a veces, callar, mirar hacia otro lado o evitar las situaciones, no ayuda en nada.

—¿Crees que te habrías enfrentado a Adán de no haber sido como ha sido? —Simona formula la pregunta sin pensar, lo sé, porque su gesto la delata, a la misma vez que sus ojos me piden que me apiade de ella por lo que ha dicho delante de quien lo ha dicho.

—No pasa nada, Simona —la justifico.

—¿Acaso sobro? —pregunta Axel con el gesto serio y la mirada sombría.

—No —zanjo con rapidez—. No tengo nada que esconder, ni siquiera hay algo en la historia que tú no sepas —concedo.

—Y tú, Axel, ¿escondes algo? ¿Hay algo que debemos saber?

Axel parece meditar las palabras de la descarada de Olivia y centra de nuevo la vista en Daniel y Micaela.

—No, nada —contesta tras varios minutos de silencio.

—No puedo creer que un hombre como tú no tenga nada importante que contar.

—Nada que merezca una mención especial.

Siempre he creído que el lenguaje no verbal en una persona, a veces, incluso, es capaz de darnos más información de la que creemos, así es como me he dado cuenta de que a Daniel le gusta Micaela y que creo que la Operación Celestina puede ampliarse a ese par y ya me encargaré

de ello.

—Cada cual tiene su vida y hace con ella lo que le da la gana. Todos cometemos errores y todos tomamos senderos que no son los adecuados, pero eso, equivocarnos, nos hace estar, exactamente, donde estás hoy. Puede que, si Olivia no se hubiese apuntado a esa oferta contigo, hoy no estuvieses aquí, tramando un plan para que Daniel y Micaela compartan tiempo, porque sí, sonrisa, te voy conociendo más de lo que crees y eres transparente. Puede que, si no estuvieses aquí ahora, no te habrías dado cuenta de que Adán no te quiere como te mereces, no te respeta como necesitas, y tú a él tampoco y te hubieses metido en un bucle de infelicidad que te habría llevado a un divorcio o quizá a otra cosa, no sabemos.

»En cambio, has venido, has revolucionado tu mundo, el mío y hasta el de Marla, que no para de hablar contigo, buscarte y contar mil cosas sobre ti; incluso el mundo de Simona o el de esa cocinera. Puede que esa decisión fuese la mejor que hubieras tomado o puede que no, que al acabar el mes y hacer balance te arrepientas de todo, pero eso, al fin y al cabo, te hace ser quien eres con lo bueno y con lo malo, con las cosas a mejorar y las cosas en las que trabajar, es lo justo, ¿no? Dar pasos y ver a dónde te lleva cada cosa.

Simona, Olivia y yo estamos perplejas. Completamente estupefactas ante el discurso lleno de vehemencia que nos acaba de dar Axel y, tras verlas asentir con la boca abierta y al asimilar sus palabras, no puedo estar más de acuerdo con él. Es más, ya no es cuestión de estar de acuerdo o no, es cuestión de que no me imaginaba que él, precisamente él, quien carga sobre sus espaldas una serie de adjetivos calificativos sobre su forma de ver la vida o la toma de decisiones, fuera quien nos diera una lección de humildad y, lo que es mejor, de vida.

Nuestros dedos se separan y aún percibo el hormigueo recorrer la piel que siente la ausencia de Axel. Lo sigo con la mirada cuando comienza a dar pasos en dirección al lago y mi mirada se clava en Simona y Olivia, que hacen exactamente lo mismo que yo, mirarle.

—Ese chico es más de lo que creemos —matiza Simona.

—Eso parece —añade Olivia—. Para vuestra información, mis bragas se han volatilizado, lo he escuchado hablar y juro que me he puesto cachonda. Cómo me pone que se ponga serio, lo siento, hermanita, sé que estás colada por él y todo eso que no quieres admitir, pero juro que, si no vas tras él, iré yo.

No es que necesite que mi hermana me diga lo que tengo que hacer, no en esta ocasión, aunque sí en otras tantas y tampoco es que pretenda hacerlo porque ella lo haya propuesto; antes incluso de su partida, ya había algo que me indicaba que ahora mismo mis pasos tenían que seguir los suyos, recorrer esa distancia que nos separa y saber cuál fue su decisión, la que cambió su vida. Me gusta saber que empiezo a tomar mi rumbo sin necesidad de que me muestren el camino.

Sigo obnubilada por el sendero, por los árboles, por los restos de rocío que aún impregnan cada planta que se va sucediendo ante mí, por el triste almendro que oteo desde este lugar y que me indica que, si sigo el camino, llegaré al punto de partida.

Axel ha sido mi punto de partida desde el comienzo de este viaje, sin siquiera saberlo, ha sido así desde el principio, como cuando aún no había descubierto que ese triste almendro, a pesar de estar en verano, tiene alguna flor y que va a contracorriente o camina hacia atrás, como los cangrejos, y eso es justamente lo que lo hace especial, como a Axel o como a mí, como a todos los que erramos en nuestras decisiones y que cometemos cientos y cientos de errores para elegir el camino correcto o para demostrarnos que caer también nos hace especiales, mucho más si cabe.

Puede que Simona tenga razón, y que Axel solo ratifique eso que cuesta admitir, porque cuando te agarras a un clavo ardiendo creyendo que es la mejor forma de sobrellevar tu vida y, al final, corres un tupido velo para no darte cuenta de que tu barco hace aguas hace mucho, pues jode

y, sí, yo, la señorita prudencia, lo admite con taco incluido.

No le quería y quizá hace mucho que dejé de hacerlo o puede que nunca lo haya hecho y la forma más fácil de actuar no era otra que la de dejarme llevar y navegar en lo conocido y eso es muy humano también, porque a todos nos pasa.

No le justifico y tampoco le culpo, solo por la traición y la falta a la verdad que ha implicado todo esto en mi vida, pero, ahora, ahora que llevo días sin mirar el teléfono para saber de él porque, si me ha escrito, no me importa, porque ahora que puedo perdonar de verdad y seguir adelante, ahora que admito que Axel fue mi punto de partida desde el inicio del verano; pienso que sí, que Olivia tenía razón. Quizá sus palabras fueron reales antes de hacerse realidad, cosas de la vida, ahora que mis pasos por esta madera me llevan hasta ese punto de partida, me doy cuenta de verdad que Axel fue el inicio y que ahora está siendo mi final y que lo mejor es que este verano, de verdad y a conciencia, ha cambiado nuestras vidas.

CAPÍTULO 42

—Un verdadero marinero siempre tiene historias que contar cuando pisa tierra firme, siempre hay anécdotas y mentiras, mentiras y muchas verdades escondidas en ellas. Mi mentira no es otra que esa en la que me empeñaba en que lo que tenía con ella era lo que necesitaba y puede que te veas reflejada en mi historia porque, un día, este hombre que tienes a tu lado, tenía a una Mérida dentro, y ella un Adán o viceversa.

Guardo silencio el tiempo prudencial como para asimilar que ahora es Axel quien se abre ante mí y quien me demuestra que él es de carne y hueso, de emociones, de sensaciones, de sentimientos y de miedos, como los de Simona, Daniel, Mari Puri o, incluso, los míos propios, y que este viaje está lleno de todo eso que acabo de mencionar.

—¿También tienes fantasmas? —Suena a pregunta, pero la realidad es que pretendo afirmar y que esto lo único que hace es darle intensidad y veracidad a sus palabras y a todos mis pensamientos.

—Soy humano, al fin y al cabo.

—Y no has vivido en una urna de cristal —matizo sonriendo y me siento estúpida, juro que ahora mismo me siento una auténtica idiota—. ¿Quieres hablar de ello? Por lo menos para no sentirme ridícula al imaginar miles de opciones y errar en todas —bromeo.

Axel gira su cabeza y me mira, pero no es una simple mirada como cuando decides qué fruta debes coger del recipiente que las contiene, no, ni mucho menos; me mira como intentando averiguar si debajo de mi piel hay algo suyo y si tras mis ojos hay algo que ya no lo sea.

—Cuando llegaste a Jacaranda y te vi, pensé que iba a ser un verano divertido. Tenías el aspecto de una chica que no sabía nada de deportes y que supo enmascarar la prudencia bajo una capa de seguridad con respuestas firmes y elocuentes.

—¡Ja! —exclamo—. Perdón —me disculpo al darme cuenta de que no le he dejado terminar.

—Shhh, sonrisa, guarda silencio —me amonesta pellizcando mi nalga—. Cuando creía que todo era sencillo y que nada podía hacerme tambalear, me di cuenta de que no estaba siguiendo mi plan y que, incluso, el plan había dejado de serlo, porque habías conseguido algo que nadie había hecho y era despertar curiosidad en mí. Nunca sabía exactamente qué esperar de ti, siempre intentaba buscarte para saber de qué manera me sorprenderías ese día y con la firme convicción de que, tras verte, me iría sonriendo.

»Eso mismo lo sentí hace años, muchos, más de los que recuerdo y me asusté al darme cuenta de que todo se repetía contigo. No quiero que te crees unas expectativas conmigo y no quiero albergar esperanzas que se convertirán en decepciones, Mérida, no quiero que eso suceda porque tú no eres como las otras chicas, como las demás, eres especial y te mereces a alguien especial a tu lado, alguien que no dude, tampoco alguien que te cambie por otra en un arrebatado de pasión, te mereces algo que yo no sé si estoy dispuesto a dar...

Sus palabras me hacen daño y una tímida lágrima pugna por salir y recorrer mi mejilla, intento contenerme, lo intento con toda mi alma.

—Pero dijiste que las decisiones que tomamos nos llevan a lo que somos hoy...

—Sí, es cierto, y probablemente si no estuviese aquí no te habría conocido y no me habría

dado cuenta de que aquello que tuve sigue doliendo y que no quiero que vuelva a suceder.

—¿No piensas enamorarte nunca? ¡No digas estupideces, Axel! No pretendas mentirme.

—No, no me miento. Algún día, si tiene que suceder, sucederá, pero no ahora. Mérida, no quiero, no estoy preparado, y tú tampoco. No quiero que te enamores de mí porque yo no voy a enamorarme de ti. Prefiero ser sincero contigo y que tengas claro a lo que atenerme conmigo. Somos amigos, podemos ser buenos amigos, pero los treinta días acaban y, después, tú seguirás tu camino, yo el mío, y no nos cruzaremos.

Sus palabras me duelen, punzan mucho más de lo que creía, más que la decepción por la pérdida de Adán, más que cualquier otra cosa y eso no hace más que confirmar mis sospechas...

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro? No tienes ni idea. —Estoy enfadada, mucho, por sus palabras y por su tono, porque él sea capaz de darme este discurso tan lleno de verdades que duelen y no perciba dolor en su gesto o un simple quiebro en su voz, por verlo tan entero y por sentir que a mí se me parte el corazón sin siquiera haber sido capaz de entregarlo, porque estoy enamorada de él y no me ha dado la oportunidad de demostrárselo.

—Es cierto, no tengo ni idea, no sé qué va a suceder y qué no, pero sí que sé lo que no quiero que pase y, no, no voy a permitir que se repita la historia, entregarme, y tú entregarte y luego, ¿qué? Separarnos, hacernos daño, una llamada de teléfono, una carta, si ni siquiera sé dónde vives.

—Porque no quieres, porque te has empeñado en esconderte y en no mostrar nada de ti, bajo esa actitud desafiante de canalla prepotente que espera traerlas a todas de calle. Conmigo no, Axel, conmigo te has mostrado dulce cuando lo he necesitado, y yo sé quién eres y no eres quien te empeñas en mostrar.

—Mérida, tú no sabes absolutamente nada, nada. Deja de intentar hacer de psicóloga conmigo y céntrate en lo que has venido a hacer aquí.

—No me has dado tiempo a empezar nada —grito cuando le veo partir y dejarme sola en el lago.

—Es mejor no empezar algo que no merece la pena.

Me siento derrotada, vencida y abrumada. Cuando seguí sus pasos, cuando creí que lo correcto y lo que me pedía el cuerpo era venir tras él, no pensé que esto fuese a ser una despedida. Un final de carrera sin haberme atado las zapatillas, porque eso es lo que ha sido. Eso es justamente lo que nos ha sucedido.

Las lágrimas recorren mis mejillas y siento que he llorado y he reído tanto en estos días que ya no atino a recordar. No se me da bien buscar culpas o exculpar, ni pretendo hacerlo porque no me llevaría a ningún lado, pero me duele la forma en la que se ha comportado conmigo.

—Mérida...

No giro la cabeza, pero sé que es la voz de Daniel la que escucho tras de mí.

—Te sabes mi nombre —le digo mientras seco mis lágrimas antes de mirarlo para ocultar mi dolor.

Daniel se sienta a mi lado, en el mismo sitio en el que estaba Axel hasta hace escasos segundos y siento que el vacío se hace grande, como si ese lazo invisible que hubiésemos formado en este tiempo ya no existiese y la decepción hubiese ocupado su lugar.

—¿Estás llorando? —me pregunta.

—No, qué va, se me ha metido algo en este ojo y ya sabes cómo funciona el cuerpo, actúa por sí solo.

—Ya, sabes que no soy Marla, ¿no? Que tengo algunos años más que ella y que no tengo esa inocencia. Mi madre decía exactamente lo mismo cuando lloraba cada noche por la ausencia de mi

padre y, al final, me di cuenta de que no era una pestaña o un cisco, sino la decepción.

Alzo la vista y enfoco la mirada sobre ese pequeño adolescente que está a mi lado mirando al frente. No me mira, no me devuelve el gesto como si percibiera que me haría daño si lo hiciese, si el mostrar mis lágrimas ante él me hiciese más débil, pero no es el caso.

—Daniel... —Su nombre sale lleno de ternura y de cariño. Es la primera vez que lo veo así, que no frunce el ceño por culpa de algo o que no se mete en una pelea para estar solo un rato más —. ¿Por qué has venido al lago? ¿Te han vuelto a castigar?

Daniel me mira, ahora sí, pero sin cuestionar nada, sin hacerme sentir pequeña o avergonzada por lo que muestro.

—He venido porque me gusta estar solo, es el único lugar en el que no temo perderme. He visto a Axel... —Coloco mi mano sobre la suya, y él lleva su mirada hasta ahí—. Está enfadado.

Suspiro, suspiro mientras sonrío porque dudo de que esté enfadado.

—No, no lo está.

—Le ha dado un puñetazo a un árbol, le he visto, aunque él a mí no, está enfadado. ¿Habéis discutido por mí? —pregunta en actitud dócil.

—¿Por tí? ¡No, qué va!

—¿Habéis discutido porque os gustáis?

Suspiro de nuevo y asiento, no quiero mentirle, no puedo mentirle si pretendo que él me vea como alguien en quien se puede confiar, no sería justo con Daniel ni conmigo misma y mentirme a mí misma se me da bien, pero no tanto hacerlo con los demás.

—Hemos discutido porque estamos en puntos distintos y porque yo no sé qué quiero, pero él menos aún.

—Mérida...

—Dime, Daniel.

—Creo que te ha entrado otra pestaña en el ojo —murmura.

Y le agradezco que me permita llorar con una burda excusa, que me acompañe y que ahora sea su mano la que reposa sobre la mía.

CAPÍTULO 43

No recuerdo si fueron tres o cuatro los días en los que no vi a Axel. Tampoco recuerdo haber cogido mi teléfono y haber leído dos mensajes de Adán, ni siquiera recuerdo la cara de Simona al contarme que la cita con Esteban había ido de maravilla, ni a Mari Puri sonriendo porque Santi la había invitado a un café y le había explicado que, al terminar el *camping*, la llevaría a una cafetería increíble donde servían unos bizcochos de limón y crema exquisitos.

Lo que sí recuerdo es que lo buscaba con la mirada, que intenté acudir a todas y cada una de las clases que compartía con él con la esperanza de que allí estuviese, con esa sonrisa canalla que me había conquistado, con sus comentarios fuera de lugar, pero acertados, y con ese polo azul que intensificaba el gris de su iris, ese en el que me perdía para encontrarme después.

Hago lo único que se me da bien, antes de irme a limpiar el granero y de quemar el último cartucho que me queda, si no aparece hoy tampoco, tendré claro que aquello que sucedió en el lago estaba más lleno de despedida que de un punto de partida.

—¿Antón?

La voz firme de mi hermano al otro lado de la línea por un momento me devuelve a la realidad. Llevo tantos días en este lugar que he olvidado que existe otro mundo fuera y eso es bueno y malo.

—¿Mérida? ¿Estás bien?

—Sí, claro, perfectamente hundida...

Sé que mi hermano sigue sintiéndose culpable por haber sido el portador de las noticias y, aunque él crea lo contrario, le agradezco que haya sido sincero y me haya abierto los ojos, quizá, de lo contrario, seguiría viviendo una mentira.

Le escucho chasquear la lengua al otro lado del teléfono, sé que ese gesto es muy suyo y me indica que busca las palabras adecuadas para responderme.

—Adán es gilipollas, Mérida, y eso lo sabes hace bastante tiempo.

—Ya, bueno, pero no es por Adán por quien estoy así.

Salgo fuera de la cabaña y me coloco en la parte de atrás de la misma. Me siento en la tierra y la humedad del suelo me cala en las piernas, pero no me importa, ni siquiera me molesta, al contrario, me gusta sentir que ese frío me muestra que estoy aquí, en Jacaranda.

—¿Es por Olivia? ¿Te ha hecho algo feo? Mira que le doy una colleja...

—Es por un chico.

—Vale... —Está meditando sus palabras de nuevo, un chico del que no sabe nada porque no le he contado nada de ello, tiene su lógica que esté perdido—. ¿Un chico que no es Adán?

—Un chico que se llama Axel...

—Axel, vale, bien. Dime el apellido, para saber a quién tengo que romperle las piernas en cuanto llegue a ese *camping*.

La vehemencia con la que mi hermano formula la amenaza me hace sonreír.

—Gracias por hacerme sentir arropada —le digo con sinceridad—, pero no es necesario que me defiendas, no ha hecho nada, quizá eso es lo que más me duele, que no me haya dado la oportunidad de hacer nada.

—No es que tu frase no me haya paralizado, lo ha hecho; pero quisiera saber en qué punto hemos dejado atrás a Adán y hemos empezado con otro chico, básicamente, porque hace días estabas comprometida o decías estarlo y no te tengo por una cabra loca, Mérida, eso más bien lo asocio con tu gemela.

Sonríó de nuevo, esta vez condescendiente, porque entiendo que, para una persona ajena al campamento, es complicado entender que aquí estamos en otro mundo, la expresión «estar en otra onda» es real cuando llegas a este lugar y parece otro pueblo, con otras costumbres y otra forma de ver la vida y eso es fascinante.

—Sencillamente me di cuenta de que Adán no era lo que yo creía que era...

—Lógico, te puso los cuernos...

—Ya. —Dejo escapar una sonrisa sarcástica porque sigue escociendo la expresión, aunque ya no deja marca ni cicatriz—, pero, no es solo eso, lo peor es que era yo la que le engañaba a él.

—¿Perdona? No sé si quiero saber algo de tu vida sexual, eres mi hermana pequeña, te tengo cierto respeto, no te veo como una mujer, aunque lo seas. Mérida, en serio, para mí sigues llena de pecas, con trenzas y ortodoncia y sin nada más que reseñar...

—No, bobo, no me refiero a eso. —Recojo mis rodillas y me siento como una mariposa, solo me faltan las alas—. Hablo de que le engañaba porque le decía que lo quería y era todo una burda mentira. Me conformaba, Antón, me conformaba con pensar que era lo correcto, lo que conocía y lo que me hacía feliz; nada más lejos de la realidad y entonces...

—Y entonces llegó el tipo al que le tengo que partir las piernas.

Me río a carcajadas, porque mi hermano es divertido, no solo por lo que dice, sino por la forma en la que lo hace.

—Ese mismo —confirmo—. Axel me enseñó que conformarte no es una opción y juro que intenté dejarlo pasar, cuando me pidió un beso por primera vez, cuando me dijo que quería contar mis lunares...

—Mérida... —me advierte—, límitate a la parte que se pueda contar, por favor, que no he desayunado —bromea.

—Axel me demostró que yo era la que le engañaba y soy tan culpable como Adán y ahora... Ahora me siento perdida, Antón.

—¿Lo has hablado con él? ¿Le has dicho lo que pensabas?

—Lo intenté, pero creo que Axel decidió por mí, decidió que no quería descubrir nada, que una retirada a tiempo, para él, era una victoria, y me duele, me duele como nunca antes me había dolido, Antón.

—Yo no sé si soy muy bueno dando consejos sobre el amor, mírame, me conoces y sabes cómo soy en ese sentido, el amor no entra en mis planes, pero creo que, al final, lo que tenga que ser, sencillamente será. Disfruta de los pocos días que te quedan, embébette del paisaje tan maravilloso que te rodea, de las nuevas amistades, de los chicos, de las actividades, de las noches estrelladas y de las cervezas en el bosque con tu hermana y una amiga nueva... —Sonríó más ampliamente al darme cuenta de que Olivia le ha puesto al día de nuestras escapadas nocturnas y rezo para que no le haya contado nada de nuestras operaciones—. Y disfruta de haber ayudado a esas personas, aunque los planes hayan sido un poco alocados —matiza y me doy cuenta de que sí, que lo sabe todo—. Que ese campamento no te cambie, pero que tú, Mérida, sí cambies a ese campamento.

Estas últimas palabras de mi hermano me hacen soltar alguna lágrima, pero esta vez de felicidad.

Nos pasamos la vida viendo el vaso medio vacío y nos hundimos cuando los planes no salen

como deben. Nos quedamos a medio camino entre la tristeza y la felicidad y no nos damos cuenta de que tenemos motivos más que suficientes para estar bien. Es cierto que a veces los planes no salen como esperamos, que las amistades van y vienen, que con los trabajos pasa exactamente igual y que siempre tomamos un barco distinto cuando arribamos en un puerto nuevo, pero eso es lo mejor de la vida, que siempre hay cosas nuevas que descubrir y que explorar; amistades, personas que llegan para darte una lección de vida o un simple consejo, hasta personas que te hacen planear operaciones y tramar planes descabellados, niñas que hablan sin parar y que te hacen darte cuenta de que echarás de menos sus eses cuando no estén, las trenzas o las *lantejas* de Martín, las repeticiones de las hermanas cocineras y, por supuesto, echaré de menos a Axel; pero, si ese barco no tiene que partir, quizá y solo quizá, es que me espera otro mejor, uno que me lleve a un puerto en el que merezca la pena atracar.

Hoy duele, pero mañana no será así. Así que mejor disfrutar de las cosas que sí tenemos, porque cuando dejen de estar, las echaremos mucho de menos.

CAPÍTULO 44

La conversación con Antón me hace sentir mucho mejor, bastante más de lo que esperaba cuando decidí marcar su número.

Paso por la cocina, recojo un par de piezas de fruta y me encamino hacia el establo con otra percepción de la vida o con la intención de tenerla y de llevar a cabo mi propio mantra de intentar quedarme con lo bueno a pesar de que lo malo siga punzando.

No he contestado al mensaje de Adán, porque creo que estas cosas hay que resolverlas a la cara. Obviamente, no me confiesa nada, al contrario, me dice lo mucho que me echa de menos, y a mí no me produce nada; me da exactamente igual y eso es casi peor que sentir rechazo porque ya sabemos que la indiferencia es una cachetada sin mano.

He dejado atrás esa lista de propósitos y he decidido que, al acabar este mes, empezaré una nueva y la llenaré de las cosas que de verdad quiero que se cumplan, de esas que importan y que no apartan, de las que valen la pena.

Un par de metros antes de llegar al establo, una punzada en el estómago me sacude. Esta es una de las actividades que comparto con él y, aún sin llegar, sé que no está allí, que no ha venido y, aunque me empeñe en que no me duela, en que no me moleste, lo hace; pero no importa, hoy duele, mañana no, estoy segura.

—Buenos días —saludo a Triqui que me mira con cara de pocos amigos, hasta que le enseño una manzana y un paquete de galletas maría. Sus favoritas, por si pensáis lo contrario, hasta los burros tienen sus propios gustos y este, en concreto, me ha salido barato.

Me dedico a proferirle un par de caricias mientras dejo que coma de mi mano. Al principio lo miraba con cierto recelo y jamás le habría dejado acercarse a cualquier parte de mi cuerpo, quiero mucho a mis falanges, no hablemos de mis piernas.

—Eso es, eres un burrito bueno y adorable, es toda para ti y las galletas también, ¿te he dicho ya que eres un glotón? ¿A quién habrás salido tan tragoncete?

—Cualquiera diría que la hermana de Marla eres tú y no yo. —Me giro y veo a Daniel allí plantado sonriendo, mucho, más que nunca antes.

—Me gusta hablarle y lo mejor de todo es que nunca me lleva la contraria ni me contesta mal.

Le guiño un ojo aposta, porque él es tan consciente como yo de que hemos pasado malos momentos, sobre todo al principio, cuando se empeñaba en esconderse tras su máscara de enfado y su ceño fruncido.

Si hay algo bueno de toda esta situación, es que Daniel se ha convertido en mi guardián. Hemos compartido actividades, algunas risas sobre Marla y los niños y confidencias, aunque la mayoría han sido mías y él se ha mantenido en un segundo plano, expectante, pero sé que, tarde o temprano, se abrirá, si no es a mí, será a quien elija y eso me bastará y me hará feliz.

—Lo siento —me confiesa—. No estaba enfadado contigo...

—Lo sé y no tienes que disculparte, yo te quiero igual, aunque parezcas Shrek.

—Bruja —me suelta.

—Ogro —le respondo—. Cómetelo, Triqui —le pido al burro, pero él parece no hacerme caso y seguir masticando lo poco de manzana que queda en mi mano.

—Eso es delito. Intentas que un burro me muerda.

—¿Yo? —Alzo las manos, y Triqui intenta buscarlas a ver si queda algo más en ellas—. Anda, ven —le pido a Daniel. Le tiendo el paquete de galletas ya abierto y le sujeto la palma de la mano, colocando en ella una pila de cuatro galletas—. No la muevas o te arrancará los dedos y no te dará tiempo a reaccionar.

Daniel retira la mano con diligencia, como si se hubiese quemado.

—Paso —matiza devolviéndome las galletas.

—No te hará nada, te lo prometo, solo estaba intentado quedarme contigo, ¿a que molo?

—No molas nada —me suelta sonriendo.

Sujeta de nuevo las galletas, y acerco su mano hasta Triqui.

¿Quién ha dicho que los burros son lentos? Si alguien lo dice, es que no conoce a Triqui.

—No sé si me puede la fascinación o el asco —me explica Daniel al ver su mano llena de babas de Triqui.

—La fascinación, claramente. Ahora, habéis sellado un pacto, sois amigos y siempre lo seréis, menos cuando no traigas galletas, entonces se querrá comer tu pelo —le advierto a Daniel.

Este ríe a carcajadas y me contagio de su gesto. Creo que es la primera vez que le escucho reír de esa manera y me siento plena al darme cuenta de que hemos sido Triqui y yo los culpables de ello.

—Entendido.

—¿Te has escapado? No quiero que me acusen de secuestro o algo peor —le advierto frunciendo el ceño.

—No, he pedido permiso. No me apetecía nada la actividad que me tocaba, casi que prefiero estar aquí contigo y con el burro come galletas.

—Si te lo han permitido, no hay problema, puedes limpiar caca conmigo, se me da bastante bien eso de compartir —le explico mientras le guiño un ojo sonriendo. Daniel me devuelve el gesto mientras coge otro par de galletas y se las ofrece a Triqui—. Aprovecha y utiliza las galletas para llevarlo a la esquina, así no entorpecerá nuestro trabajo y podremos acabar antes.

—Tienes trucos para todo —murmura haciéndome caso.

—En realidad, eso me lo enseñó Axel.

Daniel me observa, intentando saber el tono con el que formulo su nombre. Es un adolescente, pero no es bobo y, además, le he contado parte de lo sucedido, digamos que la versión edulcorada para menores de dieciocho años.

—El amor es un rollazo —finaliza mientras sigue caminando marcha atrás, ofreciéndole galletas a Triqui y este le sigue hasta el rincón que le he indicado.

—No lo es, pero no siempre es fácil. —Decido aprovechar la tesitura para intentar sonsacarle algo de información sobre Micaela, que no es que yo sea una cotilla ni mucho menos, que no lo soy —ojitos en blanco—, sino que necesito alguna pista que me indique cómo echarle una mano para que disfrute, por lo menos, del tiempo que le queda—. Y dime, Dani, ¿puedo llamarte Dani? —Él asiente.

—Pero únicamente cuando estemos solos.

—Captado, señor adolescente vergonzoso. —Daniel me saca la lengua, y me siento satisfecha porque realmente esperaba algo peor—. En fin, Dani, y a ti, ¿no te gusta ninguna chica del campamento? —Intento que nuestras miradas no se crucen porque no quiero que piense que tengo sospechas, si algo he aprendido en este tiempo es que no podemos subestimar a nadie ni creer que los demás son como esperamos que sean. Hay lobos con piel de cordero, y corderos que son pequeños osos amorosos.

—No, nadie, absolutamente nadie —titubea y ahora sus ojos me esquivan, buena señal.

—Me estás mintiendo y lo sabes —le rebato.

—No, no me gusta nadie —insiste.

—Bueno, como veas. Si no confías en mí es que tanto aprecio no me tienes, los buenos amigos seguro que no hacen eso... Qué decepción.

Vale, soy muy consciente de que está feo lo que estoy haciendo y que debería intentar dejar el chantaje a un lado y darle su tiempo, dejar que él acuda a mí cuando quiera y eso haría, si no fuese porque no me queda mucho aquí ni a él tampoco y, si pretendo que se conozcan —me conformo con eso—, tengo que actuar ya.

—¿Pretendes hacerme sentir culpable?

—No, jamás osaría yo a ello. —Ahora la que evita su mirada soy yo. Me encamino hasta donde se encuentra la carretilla y comienzo a depositar en ella toda la basura que hay en el pequeño establo. Triqui parece haberse tomado un descanso porque se ha tumbado.

—Sé lo que intentas, no soy estúpido —me dice.

—Vale, vale, ya lo dejo, solo quería saber algo más de ti. Siempre hablo yo, y tú nunca me cuentas nada.

—Eso es porque hablas hasta con un burro, que yo lo he visto —me indica mientras señala sus ojos.

Intento no recordar que, hasta hace nada, dos profundos iris de color gris conseguían hechizarme, por no hablar de sus respuestas ingeniosas, de sus labios carnosos y de su sonrisa encantadora. En fin, mejor no darle vueltas porque, sí, le echo de menos, aunque me diga a mí misma que hoy duele y mañana no.

—Si insinúas que hablo mucho, dejaré de hablar, así no molesto al señor secretos.

Permanecemos en silencio un buen rato, Daniel parece no sentirse incómodo en este ambiente, es más, diría que controla a la perfección la situación y eso me hace pensar en que quizá él esté mucho tiempo sumido en silencios incómodos y hacen que ya lo vea como algo normal.

—Me he cansado —murmura—, me gusta una chica, pero no te voy a decir quién es.

Punto para Mérida.

—Vale, no me lo digas, pero lo puedo averiguar, seguro.

—Inténtalo a ver —me reta.

—¿Es del *camping*?

—Puede.

—Vale, es del *camping*.

Daniel bufaba exasperado porque lo he dado por sentado.

—No he dicho que lo sea.

—Da igual —matizo alzando los hombros como si me importase un pimiento su respuesta, él no sabe que yo ya lo sé y que me lo ha dicho él sin decírmelo—. ¿Es morena?

—Lo es.

—¿De tu edad?

—No.

—Mentiroso, es de tu edad.

—Si lo sabes, ¿para qué preguntas?

—Porque me gusta el juego, parece que estuviésemos jugando al Quién es Quién y mola. ¿Tiene gafas?

—No.

—¿Bigote? —bromeo.

—¿En serio me estás preguntando eso? —Sonríe.

—Era una prueba, quería saber si estabas atento a mis preguntas. Que te puede gustar un chico también, el amor es libre.

—Es Micaela —confiesa al fin.

—¿Te has cansado del juego que me lo has contado?

—He cambiado de idea, estoy convencido de que, si no te lo hubiera dicho, no hubieras sido capaz de averiguarlo —me explica.

—No dudes de mis capacidades, Dani. Cuanto tú vas...

No le explico mucho más, pero sé que ahora haré todo lo posible para que Dani y Micaela se conozcan. Estoy segura de que, aunque no sea mi mejor verano, lo va a ser para ellos.

Terminamos de limpiar el establo. No imaginaba que tras haberme confesado que le gusta esa chica, Dani se hubiese vuelto tan hablador y me contase tantas cosas.

—Gracias, Mérida.

—¿Gracias, por qué? —pregunto mirándole directamente a los ojos.

—Por estar conmigo.

—Si te abrieses un poco más y dejases que el grupo te conociera, seguro que también querían estar contigo, estoy convencida.

Dani hace algo que me deja boquiabierta, se acerca hasta mí y me abraza, me abraza de forma tan natural que me quedo petrificada.

—Gracias —me dice de nuevo, y entonces reacciono y le estrecho contra mi cuerpo con fuerza.

—No vas a estar solo, Dani, te lo prometo.

Y, mientras nos abrazamos, me invade una sensación extraña y mis ojos se clavan en uno de los árboles que nos rodean. Sus ojos me escrutan y sonrío con ellos, Axel me mira y me guiña un ojo con empatía.

«Lo estás haciendo bien», me dice con los labios y lo entiendo a la perfección.

«Gracias», le digo ahora yo a él.

CAPÍTULO 45

He estado toda la tarde maquinando un plan asombroso e ingenioso, digno de cualquier mafioso que se identifique como tal.

He decidido colocarme en la cola para recoger el almuerzo con Daniel y, así, propiciar un pequeño encuentro que de casual no tendrá nada, está más que claro el asunto, ¿no? Pues eso.

—Hola, Daniel, ¿has visto? Te he llamado Daniel, ¿a que molo mucho? —bromeo de nuevo.

—No, nada.

Daniel tiene el ceño fruncido otra vez y sé que el motivo de ello no es otro que el ver a Micaela, que está un par de pasos delante de nosotros, hablando con otro chico, y este hace todo lo posible porque ella no deje de mirarle y sonreír con sus ocurrencias.

—La culpa es tuya, que te has quedado rezagado, deberías estar a su altura y ser tú el que cuenta chistes malos y hace bromas.

—Los chistes son una estupidez.

Una nueva punzada me sacude el estómago al darme cuenta de que uno de los mejores recuerdos que tengo están en ese lago mientras Axel me contaba chistes absurdos, y yo intentaba hacer lo propio.

—Espera aquí.

Oteo todos los grupos que esperan su turno y me doy cuenta de que un par de clases delante está el de Marla. Tal y como había pensado, me dirijo hasta allí con la bandeja vacía en la mano y saludo a Olivia que está con un chico moreno, supongo que es el famoso Aitor. Es horrible y vergonzoso que lleve aquí tanto tiempo y no recuerde los nombres de mis compañeros, es cierto que con él no comparto ninguna actividad, pero debería saber algo más y no solo centrarme en Axel. Ay, Dios, Axel...

Justo al lado de Marla lo veo, sigue igual de imponente, de guapo, de canalla, de atractivo, de embaucador. Me faltan adjetivos para definirlo; pero, use el adjetivo que use, en todos ellos el final sería el mismo: me lo comería.

He decidido que lo mejor que puedo hacer es pasar de él, aunque no quiera hacerlo, es lo lógico teniendo en cuenta que no quiere saber nada de mí, ya tendré tiempo de hablar luego con Olivia y escuchar su consejo.

Mi hermana es buena consejera, aunque muchas de las propuestas que me haga pasen por locuras que nadie en su sano juicio llevaría a cabo, pero, aun con todo, se lo agradezco y le agradezco mucho más la cantidad de sonrisas y carcajadas que me saca en el intento de llevarme por el buen camino.

—Hola, Marla —la saludo con la mano y le dedico una gran sonrisa—. Hola, Axel.

—Mérida...

Soy Mérida y no sonrisa...

Intento que el gesto de decepción ante la forma de referirse a mí no se muestre y no lo vea reflejado en mi rostro.

—Mérida, ¿has venido a almorzar conmigo? ¿Sabes que el otro día la señora de la cocina me dio un pastel de color rosa? Era rosa y era precioso, le dije que tenía que haberle puesto un

cuerno, como el del unicornio, porque me gustan los unicornios con los ojos grandes y los cuernos de colores, ¿a ti no te gustan? A mí sí y a ti también, aunque a ti te guste más el color rojo, como tu pelo, ¿te gusta el rojo? ¿Cuál es tu color favorito? Axel dice que el del arcoíris porque no se quiere conformar con un solo color y dice que le gustan las tartas, como a mí que también me gustan, aunque mamá dice que, si como tarta, mi lengua se pone peor, no sé qué quiere decir, pero no me importa. Seguro que es algo bueno, porque tengo mi lengua bien, ¿verdad? —Marla me enseña la lengua y me agacho hasta colocarme a su altura.

—La tienes perfecta y, ahora, tú y tu lengua necesito que me hagan un favor, ¿harías eso por mí? Te prometo que, la próxima vez que me toque en la cocina, te haré un enorme pastel de unicornio o le diré a Mari Puri que te lo haga, así no corremos el riesgo de que te intoxiques —le explico mientras le dedico una gran sonrisa.

—¿Qué tramas, Mérida? —susurra Axel cerca de mi oído.

—Nada.

—Seguro que algo malo.

—No, te equivocas, es algo bueno, muy bueno —le explico.

—¿Algo bueno? Permíteme que lo ponga en duda.

—Qué raro que Axel ponga algo en duda. —Sé que me estoy extralimitando y que quizá debería mantenerme callada, básicamente, porque me he propuesto no decirle absolutamente nada del tema ni demostrarle que me siento ofendida y dolida por no haber dado la oportunidad de ver adónde nos hubiese llevado esta locura. No pretendo sonar como alguien despechado, no lo hice con Adán y fue mucho peor, no lo haré con él; pero, a pesar de todo, del dicho al hecho hay un gran trecho y me duele, por mucho que quiera mirar hacia otro lado, me duele que no haya tenido las agallas de enfrentarse a lo que quiera que sea todo esto.

Axel chasquea la lengua ante mi comentario y da un par de pasos hasta colocarse cerca de Laura. Ella parece muy contenta con que él la haya elegido como acompañante, y a mí me arde el estómago ante la visión, pero ahora tengo algo más importante entre manos que soltar culebras por la boca.

Con ese asunto tramaré otro plan luego.

—Marla —interrumpo su conversación y me avergüenzo por no haber escuchado nada de lo que me está contando—, tienes que hacerme un favor a mí y otro a Daniel.

—¿A Daniel? ¿Y por qué no me lo pide él? —pregunta clavando sus enormes ojos en mí.

—Porque él no sabe que necesita ese favor que tú le vas a hacer y porque es un secreto entre nosotras.

—¿Secreto? ¡Me encantan los secretos! Me gustan mucho, yo sé guardar secretos, profe, así que me lo puedes contar que no se lo diré a nadie, ni siquiera a Martín que es mi novio, y su abuela me va a hacer *lantejas* cuando termine el *camping*. Me ha dicho que están riquísimas, y yo quiero probarlas y...

—Vale —la interrumpo de nuevo—, seguro que la abuela de Martín te va a hacer las mejores lentejas del mundo, pero ahora tenemos que ayudar a Daniel.

—Claro, es mi hermano, los hermanos se ayudan y se quieren, y yo le quiero, aunque se haya tragado un limón y por eso siempre esté con cara de seta podrida.

Sonríe ante su comentario y le acaricio la mejilla.

—¿Ves a aquella chica de allí? —le pregunto señalando a Micaela.

—Sí, es guapa, yo de mayor quiero ser tan guapa como ella.

—Serás más guapa todavía.

Marla sonrío complacida por mi respuesta.

—Y más alta —añade.

—También —matizo—. Necesito que vayas hasta donde está esa niña y le digas que necesitas que te ayude a buscar a tu hermano.

—Pero si mi hermano está un par de pasos detrás de esa chica.

—Lo sé, pero ella no lo sabe, y lo que quiero es que Micaela se acerque a tu hermano.

—¿Por qué no se lo dices tú? —me pregunta.

—Porque queda mucho mejor si piensa que una niña pequeña se ha perdido.

—Pero no me he perdido —insiste.

—Pero tienes que fingir que lo has hecho.

—¿Y por qué tengo que fingir? Si no me he perdido —prosigue—. ¿Y cuál es el secreto?

—El secreto, Marla, es que, si haces eso que te digo, tu hermano va a volver a sonreír porque seguro, seguro, que gracias a ti esa chica se hará su amiga.

—¿Y Daniel no tiene amigos?

—No tan especiales como ella.

—Pues yo quiero ser guapa, alta y especial como ella —me explica mientras se dirige hacia Micaela dando saltitos.

—Serás más, mucho más, Marla.

No me puede escuchar, pero sé que, eso que acabo de decir, será una gran verdad como no existe otra.

CAPÍTULO 46

El plan funciona a la perfección y, aunque el chico que acompaña en este momento a Micaela mira a Marla con cara de pocos amigos, la sensatez de la chica le puede y la ayuda a buscar a su hermano.

Veó a Daniel algo sonrojado desde mi sitio. Estoy sentada en la mesa del grupo de Marla, esperando a que regrese y se siente a mi lado.

—¡Mérida, Mérida! —grita mientras se acerca corriendo—, ¿lo he hecho bien?

—Marla, te mereces la medalla a la valentía. Lo has hecho genial.

—Daniel está sonriendo, lo hemos conseguido —me dice mientras se lanza a mis brazos. Aún recuerdo cuando llegué a este campamento y de un pequeño autobús bajó un grupo de renacuajos llenos de vitalidad, tanta como miedo tenía yo en ese momento. Recuerdo la primera actividad y el temor a lo desconocido haciéndose con toda la voluntad que tenía y miradme ahora... Jamás me habría perdonado el haberme perdido todo esto.

—No lo habría logrado de no haber sido por ti —le explico mientras le acaricio la pequeña maraña de pelo.

—¿Qué habéis logrado?

La voz de Axel interrumpe nuestra conversación, se sitúa al lado de Marla, dejando a la niña en medio de los dos. Me sacude la decepción al percibir que necesita que haya alguien entre nosotros para evitar el contacto cuando, hasta hace apenas unos días, lo buscaba tanto como yo. Cómo cambia la película, la verdad.

—Mérida ha tenido un plan para que Daniel vuelva a sonreír —le cuenta Marla con una gran sonrisa enmarcando su cara—. Mérida es muy inteligente, deberías ser su novio, como Martín. Martín es mi novio y es el más listo del grupo, por eso le he dicho que sí cuando me lo ha pedido, por eso y porque es muy guapo.

—Déjalo, Marla, Axel tiene mejores cosas que hacer que buscar novia, ¿no es cierto? —le reprocho.

—¿Por qué? Las novias molan y tú molas mucho, ¿acaso no te gusta Mérida? —pregunta girando la cara y mirándole a los ojos.

—No, a Axel le gustan otras, unas de esas que parecen estar encantadas de conocerse —le suelto mirando hacia donde se encuentra Laura.

Axel sonrío, porque es sabedor de lo que le estoy diciendo, contando sin contar, para que Marla no lo pille.

—¿Estás celosa? —me suelta el muy canalla.

—¿Yo? Por favor. Tú también estás encantado de conocerte, Axel.

—Por supuesto, ¿acaso no me has visto bien?

—No, disculpa que no te haya visto bien —le suelto con descaro.

—Mientes —me suelta—. Me has visto bien y también estás encantada de conocerme.

—Cuidado, Marla, hazle hueco a Axel y a su enorme ego, no sé si cabremos los cuatro en esta mesa o es mejor que ocupemos otra —le suelto con retintín.

Marla intercambia miradas con Axel y conmigo sin entender nada de lo que sucede ahora

mismo.

—Mi ego no es lo único que tengo enorme y creo que eso también lo sabes.

Me incorporo de un salto al escuchar su pulla y al ser consciente de dónde la ha soltado. Obviamente, sé a lo que se refiere, pero no pienso entrar en su juego, porque sí, porque fue él quien me dijo que las cosas se quedaban tal cual estaban y que no pretendía enamorarse ni de mí ni de nadie. No seré yo la que entre al trapo.

—Disculpa, Axel, pero sigo sin recordarlo. Si realmente hubiese algo memorable en eso que compartimos, sería de otra forma y puede que un leve recuerdo acudiese a mí, pero siento decirte que no, que he visto cosas más grandes y dignas de mención, siento romper tu pobre ego. Alguien tenía que decirte la verdad y me ha tocado. —Me alzo de hombros al ver cómo su bonita sonrisa se ha borrado de inmediato y me anoto un tanto por haberle parado los pies—. Y ahora, si me disculpan, tengo mejores cosas que hacer.

Deposito un beso en la mejilla de Marla y me encamino hasta mi cabaña. Necesito recuperar un poco la cordura y que mi corazón vuelva a latir con normalidad, porque haberle dicho esas cosas y de esa forma no ha sido nada fácil, cuando lo que por mi cabeza pasaba eran otro tipo de pensamientos y en todos ellos le daba la razón.

Abro la puerta de la cabaña, aún con las manos sujetando mi pecho y accedo a ella dejando que la puerta se cierre sola.

Percibo que la luz inunda la estancia de nuevo, cuando debería ser todo lo contrario y me giro para comprobar si ha sido una ráfaga de viento lo que ha propiciado que la puerta no se cerrase tal y como había planeado.

No sé si estoy preparada para la imagen que tengo frente a mí.

Él. Axel. Con todo ese ego y arrogancia del que he hablado minutos antes han hecho acto de presencia y está claro que soy yo la que he propiciado que eso sea así.

No se percibe enfado en su gesto, ni siquiera un poco de disgusto, sencillamente, está él, acaparando la estancia y haciendo que, con solo adentrarme en el gris de su iris, mis piernas tiemblen de puro deseo. Esa es la palabra que hace eco en mi cabeza: «deseo», y lo despierta él y creo que es casi tan consciente de ello como lo soy yo.

—Así que... —Si una frase empieza de esa manera, tengo claro que nada bueno puede continuarla—. La señorita Mérida, además de ser prudente, es olvidadiza. —Escucho cómo chasquea la lengua en varias ocasiones mientras mueve la cabeza de forma incesante, negando—. Te tenía por alguien mucho más... —Esa era otra frase que tampoco sabía si quería escuchar—. Mucho más atenta —finaliza—, pero no hay problema, Mérida, no me supone ningún problema recordártelo.

Contengo la respiración y pienso que moriré por combustión espontánea porque ahora mismo lo único que pasa por mi cabeza es que sus manos quieran recorrer mi cuerpo y muero de ganas porque así sea.

No sé qué pretende hacer porque no se mueve del sitio, se limita a mirarme y sonreír, creando unas expectativas en mí que quizá no son del todo reales, puede que solo haya venido para que su ego no se vea catapultado a los suburbios de las decepciones y que, eso que tanto deseo, se quede en eso, en una mera quimera.

Tengo claro que, tal y como me mira, no tardaré en averiguarlo.

Me siento extraña. Había visto cientos de documentales con mi padre en la Dos, de esos en los que los tigres cazaban gacelas por pura supervivencia, era cosa de la selección natural o eso me decía mi padre, mientras yo me tapaba los ojos para no ver cómo rasgaban la carne previamente a ser devorados y así, exactamente así, me siento yo en este instante.

No soy valiente, eso lo tengo claro, nunca lo he sido y puede que nunca lo sea. Pero con Axel no me hace falta serlo porque no lo necesito, no me inspira peligro, yo no soy producto de la selección natural y, tal y como me observa, de serlo lo acepto de buena gana.

Sus pasos me hipnotizan. Sus ojos me obnubilan y su sonrisa, su sonrisa me sabe a gloria bendita.

Axel, ese Axel del que ahora sé que estoy irremediabilmente enamorada a pesar de no querer, de no buscar y de no pretenderlo, pero, sí, sí necesitarlo; se sitúa delante de mí.

No es un tipo grande, no es alto, aunque sí lo es más que yo, mucho más y, a pesar de todo ello, siento que ocupa el espacio al completo con situarse aquí, a mi altura, la cabaña es suya, la habitación también lo es y yo..., yo mucho más que todo lo material.

—Mérida..., debes perdonarme.

—¿Perdonarte? —Pienso que quizá se refiera a eso de ser un completo capullo, que se le ha dado bien desde el principio, pero hace un par de días, en el embarcadero de ese lago, junto a ese bote que suele estar ahí varado, lo fue más, mucho más, y pienso que Axel siempre es así, más mucho más de lo que espero, en todo.

—Perdonarme por incumplir mi promesa.

—¿Qué promesa? A mí no me hiciste ninguna promesa.

—Prometí alejarme de ti para no destrozarte, para no hacerte pedazos como suelo hacer, porque quería que fueses tan pura como lo has sido desde que te conocí, siempre con esa sensatez brillando en tus ojos, tus ojos...

—¿Por qué no te alejas ahora? ¿Por qué no eres tan juicioso como lo soy yo? —Y soy consciente de que esta pregunta se la formulo a él, pero quizá sea yo la que necesite responderla, seguir siendo prudente y no enfrentarme a lo desconocido. No a Axel, a este chico que tengo frente a mí con cientos de promesas incumplidas a su espalda, y yo con ganas de ser la primera de la lista, con ganas de que incumpla conmigo y de que me haga descubrir que la prudencia, en esta ocasión, no me lleva por el sendero correcto. Si soy la Mérida reflexiva, quiero que Axel sea el que me descubra que no serlo es más divertido.

—Por dos razones: una de ellas es que he fracasado en el intento y lo he intentado, juro que lo he intentado, pero no he podido, ya ves, no soy tan perfecto como te dije cuando te conocí.

—¿Ya no estás encantado de conocerte?

—Siempre estaré encantado de conocerme, Mérida, y tú también —murmura tan sensual que mi vello se eriza solo al escuchar el sonido de su voz.

—¿Y cuál es la segunda razón, Axel? —me aventuro a preguntar.

—¿No lo sabes? Eres muy lista...

—No, no lo sé —respondo con total sinceridad. O, sí, si lo sé, pero ahora mismo no puedo pensar en nada que no sea en sus labios, sus manos, su piel, su cuerpo, el deseo consumiéndonos por completo.

—La segunda y más importante de las razones, sonrisa, es que no quiero, no me da la maldita gana alejarme.

En mi mente, la última palabra que pronuncia es «quiero», a partir de ahí, no escucho nada, no resuena nada, nada que no sean sus labios consumiéndome justo como hace ahora, justo como yo necesitaba que hiciera.

CAPÍTULO 47

Tal y como predije, sus manos se acercan y, solo con la expectativa de ello, mi cuerpo ya se siente nervioso, poseído y preso del deseo.

Sus dedos, de nuevo, jugueteando con el bajo de mi camiseta, siendo precisas y exigentes con el botón de mi pantalón corto y quizá demasiado severas con el cierre de mi sujetador. Llenas de apetito al llegar a mis braguitas.

El deseo se nota, se huele y se siente, se percibe y lo inunda todo, todo cuanto quiero y deseo está justo frente a mí y siento que ahora, cuando sus manos se colocan a ambos lados de su cuerpo, es mi turno para tocarle a mi antojo.

Desnuda frente a él, en cuerpo y en alma, mis manos se dirigen hacia su frente, hacia su pelo, para dejar espacio suficiente para que me mire y me vea, me entienda y me lea, como sé qué hace siempre que está cerca de mí.

—Mírame —le pido—, ¿qué ves?

—A una chica preciosa. —Sonrío ante su comentario nada comprometido, sintiéndolo lleno de verdad.

—¿Qué es lo que realmente ves?

—Veo entrega, miedo, serenidad, lealtad, compañerismo, empatía, amistad y...

—¿Y? —Interrumpo su frase antes de que responda porque sé que eso que pronuncie será lo que de verdad haga mella en mí.

—Y amor, Mérida, veo amor.

—Siempre he sabido, desde el día que nos cruzamos en aquel sendero, donde me llamaste sonrisa y sabías que estaba obnubilada con todo, que eras capaz de leer en mí, de ver lo que nadie ve.

—Lo que nadie se molesta en ver —me corrige—, porque, si de verdad te fijas en alguien, si de verdad miras y observas, si prestas atención a los detalles; te das cuenta de que el alma de una persona es tan visible como sus pecas o sus lunares. ¿Me dejas? —me pide.

—No sé a qué te refieres, Axel, pero, ahora mismo, te dejaría hacer casi cualquier cosa.

—¿Casi? Pensaba que ya te tenía en el bote y podía pedir sexo anal.

Me río porque ese es Axel, el que consigue soltar una frase profunda y romper la trascendencia de la misma con alguna vulgaridad de las suyas.

—Eres un cochino —le regaño.

—Un cochino que quiere hacer muchas cochinadas con una pelirroja con pecas y lunares, ¿has visto alguna chica que cumpla esos requisitos por aquí cerca?

—Vi una hace nada, pero creo que pretendía escapar de un chulo que estaba encantado de conocerse —me burlo.

—Dime dónde está, por favor, tengo que decirle algunas cosas que seguro que son de su interés.

—Ah, ¿sí? —Mis manos se sitúan en su camiseta y comienzo a quitársela con premura—. ¿Qué clase de cosas? ¿Alguna impúdica?

—Sí, alguna, no se lo cuentes, pero me gusta provocarla, se sonroja con facilidad; pero,

cuando la embisto con fuerza y cuando estoy dentro de ella, me pide que siga, que le dé más fuerte y que no pare.

—¡Mentira!

—¡No puedes saberlo, Mérida!

—Sí, sí que lo sé y no es cierto.

Su pecho al descubierto, lleno de ese fino vello que me surca los dedos a su paso, despertando todas y cada una de las terminaciones nerviosas que parecían inexistentes hasta su llegada, se acerca a mí con chulería y seguridad, cerca de mi oreja, y tiemblo, pero mucho menos de lo que debería sabiendo que su frase causará estragos.

—¿Acaso has recuperado la memoria? Porque hasta hace nada decías que lo que yo te daba no era nada digno de mención... —Intento responder a sus provocaciones con una defensa en toda regla, porque se lo merecía, lo de antes se lo merecía y lo sabemos—. Pero no contestes, lo vas a averiguar en un momento, Mérida, porque voy a follarte hasta que pierdas la voz y, aun así, seguiré, continuaré hasta que pierdas el sentido.

—Chulo.

—¿Me pones a prueba?

—Chulo —repito mientras doy pequeños pasos hacia atrás en dirección a mi habitación. Estoy excitada, pero sigo siendo yo y no quisiera que llegase mi hermana y nos encontrase en plena faena.

—Mérida, Mérida, Mérida... Voy a cerrar esa pequeña boquita con algo.

Sus pasos son certeros, como todo lo que hace. Sus dedos, esos que antes recorrían mi piel, desabrochan el nudo de sus bermudas. Para, se deshace de ellas y hace lo propio con sus zapatillas de deporte.

Desnudo ante mí, imponente como siempre, excitante como nunca antes.

Corro hacia mi habitación y agradezco ser tan buena deportista porque Axel me sigue sin problema alguno. Cierro la puerta, lo dejo fuera y comienzo a reírme a carcajadas.

—¿Quién ríe ahora, Axel?

Sus nudillos comienzan a tocar la madera y por un momento pienso que, si aparece mi hermana y lo ve así, no me lo perdonaría.

—¿No sabes el famoso dicho? Quien ríe el último, ríe mejor y, esto, lo único que hace es que tenga más ganas de entrar en esa habitación y destrozarte a base de empujones, Mérida, ¿quieres eso? ¿O es que te gusta ponerme a prueba? Ahora abre... —murmura.

—No. —Niego como si pudiese verme y me cuesta horrores no abrir a la primera de cambio, sus palabras suenan a promesas de esas que quieres que se cumplan sin replicar—. No pienso abrir la puerta hasta que no me digas la contraseña. —Intento que mi voz suene todo lo firme que puedo, dadas las circunstancias.

Axel permanece en silencio, barajando opciones, imagino.

—¿Polla? —pregunta.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! —respondo escandalizada.

—¿Sexo anal?

—Eres un cochino, ¿te lo he dicho ya?

—¿Esa es la contraseña?

—No, piensa un poco más, te tenía por alguien más inteligente —le reto.

—Mérida, tengo toda la sangre en una parte que vas a comerte en cuestión de segundos, minutos, si no logro discurrir lo suficiente, entiende que no sea tan suspicaz como esperas.

—Vale. Tienes dos oportunidades más o empiezo la fiesta sola.

—Uhhh, me gusta, sonrisa, me gusta tu juego, pero eso lo haremos luego, cuando te haya follado en todas y cada una de las paredes de esa habitación.

—Tenemos clase en un rato.

—Vale —concede—, jugaremos a eso esta noche —rectifica.

—Dos oportunidades —insisto, retomando el asunto.

—Mmmm, ya sé, la contraseña es...

Toda la seguridad con la que estaba formulando la frase hasta hace nada se pierde en el vacío del silencio de la habitación. Empiezo a dudar de que se haya marchado al percibir el silencio sepulcral que hay al otro lado de la madera.

—¿Axel? ¿Te has ido? —Nada, mutismo al otro lado—. ¿Axel? —inquiero de nuevo.

Dudo entre abrir la puerta y mandar el juego al carajo o permanecer dentro de la habitación un rato más. Deberían poner unas mirillas en estas puertas, lo tendré que poner en el buzón de sugerencias.

Abro con decisión y lo encuentro plantado frente a mí, sonriendo más que nunca, victorioso y con sus ojos llenos de deseo, promesas por cumplir y placer por dar. No desvíó mi mirada hacia otra zona por miedo a escandalizarme.

—¡Te quiero! —suelta convencido—. Y me ha sobrado un intento.

CAPÍTULO 48

Muda.

No es que me cueste permanecer en silencio, no, no es eso, es que no esperaba que me dijese..., que me confesara... Definitivamente no esperaba nada de lo que ha sucedido.

Boqueo como un pez, porque sé que es el momento de decirle que yo también siento eso mismo por él, que es un sentimiento correspondido, que le quiero y que, aunque suene estúpido e, incluso, precipitado; nunca antes me había sentido así con nadie. Estoy siendo totalmente irracional, puede, pero eso también forma parte del amor, ¿no?

Axel ha sido capaz de mostrarme las seis caras de un cubo, de eso no me cabe la menor duda.

—¿No piensas decir nada?

—Estoy...

—¿Estupefacta? Es lo que muestra tu gesto.

—Estupefacta es un buen adjetivo. Yo...

—Mérida —me interrumpe—, no te he dicho esto para ponerte entre la espada y la pared o para obligarte a que me digas que me quieres, no es esa mi intención, pero creo que lo justo por mi parte es que sea sincero. Se nos acaba el tiempo y no sé qué sucederá cuando Jacaranda cierre las puertas este verano, no he pensado en ello tampoco, ni siquiera pensaba decirte nada, pero una cosa ha llevado a la otra, el juego, tus pullas, mis ganas de comerte a besos, tus ganas de hacer lo propio. En fin... que me he dejado llevar y...

No permito que termine su discurso, no permito que diga nada más, ni que añada una coma o un punto a lo que quiera que tenga que decir, porque, tal y como veo en sus ojos, sé que es real, que ese sentimiento existe y que tiene tanta fuerza como puede tenerlo el mío.

Me lanzo a sus brazos, y él, a pesar de que le sorprende mi gesto y recula un poco ante mi entusiasmo, me acoge entre ellos y me aprieta con fuerza y, ahora más que nunca, siento que estoy en el lugar indicado y que, aunque tuviese una lista de propósitos, no hubiese estado completa porque estaba creada con otro nombre y otro futuro bien distinto al que tengo en mente en este preciso instante.

—¿Tan mal lo he hecho que tienes que lanzarte a mis brazos para acallar mi discurso?

—Calla, bobo, y bésame —le pido.

—O quizá formularlo de otra forma, no hablo de hacerlo mejor, porque yo todo lo hago bien, pero..., si le doy otra vuelta, puede que te convenza y en vez de besarme me hagas otras guarradas... —me suelta presuntuoso.

—Serás...

Me giro con la firme intención de entrar de nuevo en mi habitación y cerrarle la puerta en las narices, si es que...

—¿A dónde crees que vas, sonrisa?

—A un lugar donde tu ego no quiera acaparar el espacio.

Axel sonrío canalla y me contagia su gesto, no me puedo enfadar con él después de lo que ha hecho y de lo que ha dicho.

—Ven aquí, sonrisa —me pide tirando de mi brazo y haciendo que nuestros cuerpos se unan de

nuevo.

—¿Vas a comportarte como un hombre serio y responsable? —pregunto burlona.

—Nunca jamás.

—¿Piensas cumplir tus promesas?

—Todas y cada una de ellas —me suelta alzando las cejas en repetidas ocasiones.

—¿Me deleitarás con chistes malos en el embarcadero?

—Y donde haga falta, sonrisa... ¿Alguna pregunta más? —cuestiona mientras comienza a recorrer mi brazo desnudo con sus dedos.

—No, ninguna —me apresuro a contestar, mintiendo por culpa de la caricia—. En realidad...

—¿Satisfecha... con las respuestas? —me corta.

—Sí, pero tengo más preguntas —le cuento ahora que puedo razonar un poco.

—Haz una de esas famosas listas tuyas y me las consultas esta noche, estaré encantado de responderte a todas y cada una de ellas.

—¿Por qué no ahora?

—Porque yo estoy desnudo, tú estás desnuda, y no puedo razonar bien dadas las circunstancias —responde alzando de nuevo las cejas con picardía.

—¿Y qué puedes hacer entonces, dadas las circunstancias? —indago juguetona, deslizando mis dedos por su torso.

—Por lo pronto, follarte; luego, si quieres, definiremos el resto de términos.

Sus labios se deslizan apremiantes por mi cuello hasta llegar a mi pecho, sin dilación, sin rodeos, directos al grano, como sé que le gusta y como empiezo a entender que necesito. Tantas cosas nuevas, tantos besos que desconocía, tantas emociones, la sensación del vello erizado al paso de sus caricias, esa forma en la que su boca besa, chupa y posteriormente muerde mis pezones, la delicadeza con la que su mano desciende por mi abdomen sin apartar la vista de mí hasta llegar a mi centro. El gemido que escapa de mis labios cuando me toca suave, despacio y delicado hasta que siento que mi cuerpo se agita y va a su encuentro y, entonces, él responde haciendo eso que tan bien se le da, llevando su boca hasta esa zona que lo pide sin palabras, lamiendo y chupando otra zona que está necesitada de atenciones y mirándome directamente a los ojos, logrando sonrojarme y, a su vez, haciendo que no quiera dejar de mirar para saber cuál es el truco para hacerme flotar de esa manera en la que lo hace.

—No, no apartes la mirada, Mérida, tienes que verlo y sentirlo, tienes que dejarte llevar y entender que esto es el verdadero placer. Fuerte y caliente, intenso, ¿lo recuerdas?

Asiento.

Sus palabras me encienden y sus gestos aún más. Esa intimidad compartida dista mucho de lo conocido y, cuando alcanzo el orgasmo tras muchos lametones incesantes, me doy cuenta de que nunca eres consciente de lo que no conoces hasta que sales de tu zona de confort, hasta que decides tomar un nuevo sendero y hasta que una persona que rompe tus esquemas entra en tu vida para arrasarlo todo. Y entonces, solo entonces, piensas que ha valido la espera y que, sí, que este verano ha cambiado mi vida y no pienso dejar que nunca más vuelva a ser como antes.

—Oye, Axel... —Tras varios orgasmos indescriptibles, aún con la respiración agitada, su pierna sobre mi pierna, su sexo rozando mi muslo, sus dedos sobre mis pezones y mis ojos cerrados absorbiendo la paz del momento, sin miedo a nada, pienso que es el momento...

—¿Sí?

—Te quiero.

Alza la vista, sin separarse apenas de mi cuerpo.

—Lo sé. Lo sé desde hace mucho tiempo, solo necesitaba tiempo para tener el valor de

aceptarlo y de demostrarte que yo también estaba ahí para ti. He dado unos cuantos rodeos y he cogido algún que otro sendero equivocado, pero, al final, he llegado a mi punto de partida.

—A mí me ha sucedido lo mismo —confieso acariciando su pelo.

—A veces hay que perderse para poder encontrarse, ¿no?

—A veces hay que hacer una lista de propósitos errónea, para darte cuenta de que la de verdad ya está escrita.

—Haremos una nueva —me dice sonriendo—, y la llenaremos de cochinadas de esas que te gustan, pero te da vergüenza admitir.

—¿No piensas cambiar nunca?

—Nunca jamás, Mérida, nunca jamás.

CAPÍTULO 49

Me quedan pocos días en este campamento y ya siento el sabor amargo de la despedida sin siquiera haber dicho adiós.

Es como cuando se acaba el viaje para el que llevas ahorrando muchos meses —incluso años— o esas vacaciones que parece que nunca llegan y, cuando por fin las saboreas, tienes que ponerle punto y final y estás programando de nuevo el despertador.

Tengo muy claro que queda poco tiempo aquí, pero pienso disfrutarlo al máximo, eso sin lugar a dudas.

—Chicas —saludo a Simona y Olivia que ahora mismo están con la mirada perdida, observando algo mientras dan pequeños sorbos al contenido de su tazón—. ¿Qué sucede?

Ambas clavan su mirada en mí y me indican con la cabeza que mire hacia donde se encuentra Mari Puri con Santiago.

—Están discutiendo —matiza Simona.

—¿Cómo lo sabes?

—Mari Puri ha estado gesticulando un montón y se le ha escapado algún que otro grito.

—Ostras, ¿sabéis qué ha pasado?

—No, nada, estamos esperando a que acabe para acercarnos a Mari Puri, pero la cosa no sé si pinta bien.

—Pensaba que iba todo viento en popa —confieso.

—Ya ves... —finaliza mi hermana.

—¿Y tú? —pregunto directamente a Simona.

—Ella tiene «la cita» esta noche. —Mi hermana recalca la palabra cita y me guiña un ojo con descaro.

—¿La cita? ¿Estás preparada? —Simona asiente y se ruboriza un poco.

—Se ha depilado y todo —bromea mi hermana.

—Haces bien —respondo sonriendo—. ¿A dónde pensáis ir?

—Un paseo por el bosque, algo de beber y de picar... Por eso he venido, necesito la ayuda de Mari Puri.

—Mañana por la noche tenemos que vernos, para recordar viejos tiempos y para que nos pongas al día de todo —planea mi hermana.

—Si todo va bien, mañana por la noche también estará... Ya sabes...

—¿Follando?

—La ordinaria ha sido ella —especifico mirando a Simona, pero señalando a Olivia.

—Mañana por la noche sin falta, aunque sea un rato —matiza para darnos la razón a las dos gemelas.

—¿Más café? —pregunto antes de ir a por uno para mí.

—Vale —conceden ambas.

Me encamino hasta la pequeña cocina donde está ubicada la cafetera, un microondas y una nevera. La descubrí hace poco, en realidad, fue cosa de mi hermana y ahora intentamos pasar un rato aquí las tres cada tarde antes de incorporarnos a la clase que nos corresponde o de que

Simona entre en la recepción.

Al entrar, observo que está Laura con Axel. No puedo evitar arrugar el gesto.

—Buenas tardes —saludo.

Axel me guiña un ojo, mientras Laura se gira para responder a mi saludo.

—Ven, Mérida, estamos hablando sobre la actividad que hacemos cada año al finalizar el campamento.

Me acerco hasta ellos por simple y mera curiosidad y por celos, claro, por un poco de eso también.

—Yo había pensado que podríamos organizar una especie de búsqueda del tesoro escondido.

—Ya que estamos, mejor propongo lo que tengo en mente.

Laura guarda silencio unos segundos más de lo habitual, supongo que, cuando me dijo que me acercase hasta ellos, no pensaba que mi forma de empezar la conversación iba a ser con una propuesta.

—No, los niños se pueden perder, me parece una locura, lo mejor es hacer como hemos hecho siempre y colocar varias piscinas y hacer una yincana.

—Eso no es mala idea, pero creo que, si organizamos algo que podamos controlar, dentro de unos límites y que tenga algún premio que les guste, podría resultar interesante. Les enseñaría a trabajar en equipo, a orientarse y además estarían motivados porque no saben cuál sería el premio. Creo que puede ser muy divertido —insisto.

—Yo también lo creo, es una idea increíble, Mérida. —Axel me da la razón y me sonrojo un poco.

—¿Y los niños pequeños? —pregunta Laura.

—Los podemos mezclar con los grandes, no es necesario que sea por clases, que en cada equipo haya distintas edades es positivo y beneficioso para todos. Al fin y al cabo, muchos son hermanos y vienen cada año.

Axel cabecea afirmando, y sonrío agradeciéndole su apoyo.

—Lo hablaré con Luis —me dice dirigiéndose a mí—. Te avisaré cuando sepa algo y nos reuniremos con los monitores, se tome la decisión que se tome.

En vista de las tornas que toma la conversación y al darme cuenta de que ya Laura no me presta la más mínima atención, sino que se dirige de nuevo a Axel, retomo el camino y sirvo varios cafés con leche, cojo unos sobres de azúcar, tres cucharillas y lo coloco todo en una bandeja para salir en dirección hacia donde se encuentran mi hermana y mi amiga.

—Mérida —me llama Axel justo antes de salir. Se disculpa y deja un momento a Laura en la mesa, esta nos escruta con la mirada y no parece que le haga demasiada gracia que Axel la haya dejado para acercarse a mí—. Ha sido una gran idea, ¿crees que tiene algo que ver con la sesión de sexo que te acaban de proporcionar en una cabaña?

Evito su mirada y me sonrojo al instante, ya no por recordar la cantidad de besos, de embestidas y de chupetones que nos prodigamos, sino porque siento como si Laura tuviese rayos X o algún superpoder como escuchar lo que hablamos.

—No —niego—. Mi no entender nada de lo que tú decías, imbécil.

Me giro y prosigo mi camino, mientras escucho las carcajadas de Axel y una leve sonrisa escapa de mis labios. Ahora entiendo todo, no hay un mejor mote para mí, sonrisa me va que ni pintado.

—Pensaba que no me traerías el café nunca —me reprocha mi hermana.

—¿Ya han terminado? —inquiero obviando su pulla.

—No —responde Simona—, siguen discutiendo. ¿Y esas mejillas?

—Me he encontrado con Axel y con Laura. He aprovechado un poco la coyuntura para proponer una actividad final distinta.

—Aquí, lo normal es que se haga una yincana y se pongan varias piscinas o eso es lo que hicieron el año pasado.

—Yo he propuesto una búsqueda del tesoro.

—Laura te va a decir que no —niega Simona.

—Eso es porque es odiosa —indica mi hermana y no puedo más que darle la razón—, porque a mí me parece una idea de puta madre —me apoya Olivia.

—Por esas cosas la quiero tanto —le explico a Simona.

—Y porque te aguando la chapa y te doy consejos, aunque...

—¿Aunque? —pregunto y temo hacerlo.

—Aunque, desde que llegamos, haces poco uso y disfrute de mi sabiduría —me reprocha.

—Mentira. Eres una quejica.

—Ya, mira quién habla.

—Eso es porque tiene a Axel —interviene Simona.

—¿Habéis vuelto? —inquiére Olivia expectante.

—Os lo contaré todo mañana.

—Eres una marrana —protesta mi hermana.

—Mira quién habla —la acuso.

—La que esté libre de pecado, que lance la primera piedra.

Nos miramos, cavilando si alguna podría llevarse la corona, pero tenemos claro que no, que no se salva ni una.

—Dicho esto, es el momento de ir a ayudar a Mari Puri, parece que ya han acabado y que la cosa, efectivamente, no pinta del todo bien.

—Vamos —nos indica Olivia.

—Tonta la última.

Y corremos todas sin mirar atrás. ¿Será que Jacaranda nos vuelve niñas?

CAPÍTULO 50

La primera en llegar a la cocina soy yo, hasta feo estaría que fuese de otra manera con la cantidad de deporte que he practicado en mi vida y no hablemos de en las últimas horas.

Freno en seco, y Olivia y Simona chocan contra mi espalda.

—Mari Puri...

Está sentada en el suelo, en el hueco que hay entre la nevera gigante y un mueble donde guardamos sartenes y *woks*, me he hecho una experta en cocina, por si no lo habéis notado.

—No estoy llorando —me avisa antes de que monte un drama de los míos y le pelee.

—No, claro, esas gotas que descienden por tus mejillas son cataratas de purpurina.

—Bien podría ser así —responde.

—¿Qué te ha hecho? ¿A quién tenemos que rajar?

—No es mi hermana por elección, lo juro —me defiendo al ver la actitud de Olivia y sonrío ante su comentario.

—Pues creo que a mí —responde Mari Puri tapándose la cara.

—¿Qué has hecho?

—¿Qué no he hecho?

—Explícate —le pido.

—Resulta que Santiago ha venido a invitarme a cenar y pasear.

—Cuidado que os encontráis —bromea mi hermana, y Simona cabecea sin perder la sonrisa —. Perdón —se disculpa al ver mi cara y la de Mari Puri.

—Como os decía, Santiago ha venido a invitarme a salir a pasear esta noche y he aceptado. Me ha dicho que tenía algo importante que decirme y, bueno, pues le he pedido que me lo cuente, lo lógico, no puedes decirle a una mujer que le contarás algo importante y luego decir que lo harás por la noche, eso es algo impensable.

—Cierto —afirma Olivia.

—El caso es que me he puesto tonta y he insistido mucho, tanto, que lo he convencido y me ha dicho que le he chafado la sorpresa y que lo que quería era pedirme, bajo la luz de la luna, que me fuese a vivir con él.

Aplaudo. Simona aplaude, y mi hermana, esa a la que el amor no es que le fascine, hace un intento de aplauso poco sentido, para qué negarlo.

—No veo el problema, es más, me alegra muchísimo, por fin habéis conseguido ser felices — prosigo con mi festejo.

—Lo dudo, si habéis discutido.

Mari Puri mira en dirección a Simona, y esta afirma con la cabeza.

—¿No le habrás dicho que no?

—Sí. Dios, necesito un copazo.

Mari Puri se levanta sin esfuerzo alguno y se encamina hacia la despensa que hay en el fondo de la cocina. Saca una caja de madera y, de ella, una botella con un brebaje blanco, el cual conjeturo que no es agua natural.

—¿Un chupito de vodka?

—No.

—No —contesta Simona también.

—Vale —acepta mi hermana.

—¿Qué? —inquiero—, ni de broma, que tiene que ir a dar clases en un rato y le toca con Marla.

—Con más razón, ponme dos, que la niña en cuestión no para de hablar.

—¿A quién me recuerda? —le reprocho.

—A mamá —se defiende.

—También —afirmo.

Mari Puri sirve cuatro pequeños vasos de ese líquido y sé que no es nada sano beber eso ahora, después del café y antes de ir a clase.

—Tenéis que beber por mí, por favor, sería caer muy bajo si una vieja como yo bebe sola.

—El dramatismo... —se burla Olivia—. Por mí. —Olivia alza la mano y propone un brindis por ella misma, como si no tuviese abuela—. No hay nada mejor que brindar por mí, soy única en mi especie.

—Y una egocéntrica también.

—Bah, chorradas.

Mari Puri se bebe el contenido del vaso sin pensarlo y sin brindar, para ella está de más el ritual. Se sirve otro y lleva su mirada de una a otra sin pensarlo.

—Por ti —dice finalmente, como si estuviésemos analizándola porque no ha brindado y no porque se lo ha bebido y su gesto no ha cambiado en absoluto.

Simona moja los labios, prueba el contenido y, mientras afirma convencida, se lo bebe. Olivia creo que ya se está sirviendo el tercero... Y yo, pues, dudo, porque odio saltarme las normas o una norma más, porque creo que en Jacaranda ya me las he saltado todas. En fin...

—Por ti. —Alzo mi vaso y lo bebo de un solo trago. El líquido me quema el esófago, pero nada comparado con el ardor que siento cuando me llega al estómago—. Esto me va a hacer pupa —les confieso llena de convencimiento.

—Eso nada, lo bajas luego, en la cabaña de Axel. Están juntos de nuevo —le cuenta a Mari Puri.

—Chivata.

—Sincera —se defiende.

—Venimos para ayudarla a ella. —Señalo a Mari Puri, y mi hermana se calla mientras se coloca al lado, le pasa un brazo por encima y la aprieta contra su cuerpo. Ahora ya no me siento tan avergonzada de compartir genética con Olivia.

—¿Qué voy a hacer? —lloriquea Mari Puri. Olivia le rellena el vaso y se lo tiende.

—Bebe —ordena. Mari Puri le hace caso—. ¿Qué ha pasado para que acabéis discutiendo?

—No quiero dejar a mi hermana —confiesa.

—Yo dejaría a Olivia sin pensarlo —bromeo para quitar hierro al asunto.

—Es mentira, se hace la dura, pero no puede vivir sin mí. Yo tampoco sin ella, no voy a negártelo.

Simona se coloca a su lado y la abraza también, y yo me sitúo enfrente.

—Tu hermana ha hecho su vida y no te ha dejado, pero tú tampoco la vas a dejar a ella.

—Santiago no vive al lado de mi hermana.

—Tu hermana será feliz si te ve feliz —suelta Olivia mirándome directamente a los ojos, y yo le sonrío con la cara, con el corazón y con el alma.

—Y ella querrá que hagas tu vida, si está más feliz que nadie de que te marches, ¿estás loca?

Diría que quiere deshacerse de ti.

—Seguro —me apoya Simona.

—Soy estúpida, ¿verdad? —nos pregunta mirándome.

—No, eres prudente, como yo. ¿Estás segura de que no soy tu hija?

—No recuerdo haber tenido gemelas —bromea.

—No es tan malo, mi madre sigue viva, no demasiado cuerda, pero viva —bromea Olivia.

Nos quedamos en silencio un rato, bebiendo algún que otro chupito más y disfrutando de la paz de estar las cuatro juntas, porque no sabemos cuándo se volverá a repetir, si es que lo hace.

—Tengo que pedirle perdón. —Mari Puri rompe el silencio y las tres la miramos y vemos esa decisión en su cara, al final, ella se ha dado cuenta por sí misma de que es la hora de seguir su camino, porque la vida es así, abre senderos, puertas, ventanas y algún que otro corazón—. Tengo que buscar a Santi.

Suelta el vaso mientras se encamina hacia la puerta. A medio camino, se gira, regresa y se sirve otro chupito y se lo bebe del tirón. Nos guiña un ojo y retoma el camino hacia la salida.

—Mari Puri...

Justo cuando se acercaba a la puerta, Santi entra. La ve y sonrío, pero se le borra el gesto al vernos allí a las tres plantadas.

—Hora de irnos —les digo.

—Esto me lo llevo —indica Olivia—. Para mañana, no seáis mal pensadas.

—Ya, claro —ironizo.

—Tengo que volver a la recepción —aclara Simona alzando la voz para que Santi entienda que nos vamos.

—Y yo tengo clase con los mayores —explico.

—Y yo con los renacuajos parlanchines —matiza mi hermana—. Mátame, camión.

Pasamos al lado de Mari Puri y le guiñamos un ojo.

Me siento bien, al final, Jacaranda no me va a cambiar la vida solo a mí.

CAPÍTULO 51

Llego a mi clase con la lengua un poco suelta y los ánimos a tope de *power*, es lo que tiene beber por compasión o por empatía, diría que suena mucho mejor esta última disculpa.

Esos grupos que al principio se habían formado, se han ido disipando y, ahora, veo que son una especie de manada, la comparación es pésima, pero no podéis pedirme más dadas las circunstancias.

Veo a Micaela riendo con alguna broma y sonrío al pensar que sea Daniel el que provoca esa carcajada llena de naturalidad.

—Sonrisa, ese pantalón te hace un culo de muerte, me dan ganas de meterlo en el horno con patatas y cenarlo.

—No seas cochino, los culos no se comen.

—Porque tú lo digas, si bien debo recordarte que, hasta hace cuestión de horas, te daba pequeños mordiscos en él y en lo que no es él, y te gustaba, ¿tengo que refrescarte la memoria de nuevo?

Me tapo la cara, porque sí, a pesar de que lo conozco, de que sé cuál es su juego y de que confesar que tiene razón es algo que está de más, pero es real; me sigue dando vergüenza ese tipo de comentarios y tengo miedo a que nos escuche alguien y podamos meternos en un problema.

—Calla, no seas vulgar, no quiero que nos metamos en un lío cuando dentro de poco va a acabar el campamento.

—Pero ¿al principio sí querías líos? Lástima que no pueda volver atrás en el tiempo, cambiaría muchas cosas, puede que empezara a conquistarte mucho antes.

—Tú no me conquistaste.

—Porque tú lo digas, es obvio que el que puso la sal al bistec fui yo, el azúcar al chocolate y el café a la leche, si llego a esperar por ti, me haría viejo.

—¿Más aún de lo que lo eres ya?

—Sonrisa, se está rifando un azote y tú tienes todas las papeletas.

—Espero ganar, siempre me ha gustado ganar.

—Si lo que quieres es jugar, solo tienes que decirlo.

—Esperaré al sorteo, vejestorio, no quiero jugar con ventaja.

—Se celebra esta noche, en mi cabaña, trae una coleta, me gustará tirarte del pelo y decirte guarradas en el oído...

—Cochino.

—Lo que es, es —me suelta con chulería.

—¿Sabes dónde está Daniel? No lo veo en el grupo —le explico mientras vuelvo a un planeta llamado Tierra y me preocupo de problemas terrenales, nada que ver con una posible noche de lujuria y algún tirón de pelo excitante. Si es que... ya sabía yo que tenía mucho que aprender.

—No lo he visto en todo el día.

—¿Se habrá metido en algún problema? —pregunto temerosa.

—No lo creo, me habría enterado.

—¿Te importa hacerte cargo de la clase en lo que voy en su busca?

—Sin problema, sonrisa, te pasaré la factura luego, ya sabes, en privado.

—¡Eres un depravado! —le grito mientras me alejo, y él, él hace como si enrollase mi pelo en su mano y tirase. Cualquier cosa que diga de Axel, siempre, siempre, se quedará corta.

Recorro distintos lugares del *camping*: la zona habilitada para el cine; las mesas donde se reúnen los chavales por la noche para hablar, montar barullo y reír; el comedor; paso incluso por el despacho de Laura por si lo veo dentro, pero Simona me confirma que no ha pasado por allí. En su cabaña tampoco hay señales de vida y en el lago, obviamente, no, porque es donde se encuentra el resto del grupo.

Solo me queda un lugar.

Me adentro por el sendero que tanto me gusta recorrer, casi tanto como el que me lleva al lago, y allí lo veo, no hace falta demasiada astucia para saber que podía estar aquí, lo mío, lógicamente, tiene una explicación y no es otra que el alcohol.

—¿Qué hace un chico como tú en un lugar como este?

Daniel alza la vista y me mira, pero no sonrío. Triqui, en cambio, viene a mi encuentro, supongo que en busca de alguna chuche que le demuestre mi querer.

—Burro vendido... —le acusa Daniel.

—No he traído nada, Triqui, pero, luego, cuando Daniel me cuente qué le pasa, prometo que te traeré algo rico, rico.

No me entiende, pero parece ofendido por mi negativa y regresa a su esquina, esa que no le gustaba nada y ahora parece encantado con ella.

—Se ha comido ya medio paquete, es un burro interesado y chantajista.

—Y listo, mucho más que nosotros.

—Habla por ti.

—Muchas luces no debo de tener cuando me he ido del lago perdiéndome las vistas de Axel en bañador. —Alzo las cejas un par de veces, y Daniel sonrío—. Y tú a Micaela —añado para que la pulla le duela más.

—Micaela mola, ¿verdad?

—Casi, casi tanto como tú, pero si me das a elegir...

—Ya. Yo también te elegiría a ti, aunque Axel al principio molaba.

—Yo no he dicho que te vaya a elegir a ti, eres un creído —bromeo sacándole una carcajada—. Es mentira, obviamente, te elegiría a ti. Dani, ¿puedo volver a llamarte Dani? —Él asiente—. Guay, ahora cuéntame qué sucede, ¿es por Micaela? ¿No le gustas?

—La verdad es que no lo sé, la técnica esa que usaste con Marla ha hecho que se acerque y ahora pasamos mucho tiempo juntos, me cae bien y es tan...

—¿Interesante?

—Guapa... —finaliza.

—Siempre pensando en lo mismo —bromeo.

—Cosas de hombres, supongo.

—Las mujeres también nos fijamos en eso, no creas, cuando conocí a Axel...

—Ya, babeabas por donde pasaba, lo sé, me di cuenta.

—¿Te diste cuenta? ¿Pero cómo? —inquiero asombrada.

—Tenía mucho tiempo para observar, recuerda que siempre estaba solo.

—Pero ya no lo estás, ahora conoces a Micaela, a mí, a Axel ya lo conocías, así que no cuenta... Y has hecho amigos nuevos, aunque te haya costado.

—Lo he pasado bien este año, pero...

—¿Pero?

—No quiero volver a casa.

—No hay quién te entienda —exagero para quitarle hierro al asunto porque sé por dónde van los tiros—. Cuando llegaste no querías estar aquí y ahora no te quieres ir...

—Ya, bueno, no es que no quisiera estar aquí, es que me sentía apartado.

—Eso fue porque tú lo decidiste así, sabes que, si te lo proponías, si te dejabas llevar, formarías parte de grupo sin problema. La cosa es que te cerraste y no dabas opción, si me mandaste a paseo... Juro que te hubiese matado.

—Mentira, tú no harías eso.

—No, es verdad, no lo haría, pero si fuese Olivia lo habría hecho.

—Ella sí, tiene más pinta de psicópata asesina que tú. Antes la vi y no estaba muy bien.

—Cosas que pasan —digo al recordar las bebidas de antes.

—Me da pena irme y volver a lo que dejé. No me gusta que mis padres estén separados.

Un pequeño silencio nos envuelve. No sé si puedo empatizar con él en ese sentido, porque mis padres, mis abuelos, mis tíos; la familia que conozco y con la que comparto momentos nunca ha sufrido una separación o un divorcio. Salvo yo... Soy la primera en la estirpe.

—Cuando dos personas no se quieren, lo mejor es...

—Ya, Mérida, ya. La teoría me la sé y las chapas las he aguantado todas, que lo entienda no quiere decir que lo comparta.

—Vale, supongamos un caso, imagina que tus padres hubiesen seguido juntos porque a ti te parece mal que se separen. Supongamos que no se quieren, que comparten silencios incómodos, que no están a gusto y que no son felices, ¿crees que a ti te haría feliz verlos así solo porque es lo que te gustaría que sucediese?

—Bueno... Visto así.

—A mí no me gustan muchas cosas en la vida; no me gustan las decepciones, me duelen las traiciones, me hacen daño los miedos de los demás; pero, por encima de todo, me haría mucho, mucho daño que alguien no fuese feliz a mi alrededor, por eso siempre intento que los que están cerca sean felices y si yo puedo ayudarles un poco...

—O enviar a tu hermana con una burda excusa.

—Por ejemplo. —Sonrío ante su comentario porque sé que lo está entendiendo.

Y así, con esa simple confesión, me siento la mujer más afortunada del mundo, porque Daniel se abre a mí y Axel también, ¿se puede pedir más?

—¿Te haría feliz que tus padres hubiesen estado juntos solo por ti?

—¿Siendo felices?

—No lo serían, Daniel, créeme. Si ellos han tomado la decisión de separarse es porque realmente no había otra opción y más con dos hijos. Estoy convencida de ello.

—Pero mi padre ha rehecho su vida y mi madre no.

—Unas personas avanzan antes y otras dan varios rodeos. No importa el sendero que elijas, la meta que tienes que alcanzar siempre estará al final del camino.

—Deberías ser filósofa, lo haces mejor que las profes de mi insti.

—Soy edición limitada —bromeo.

—No me cabe la menor duda de ello —responde mientras apoya su cabeza en mi hombro.

No sé cuánto tiempo pasamos así, pero sé que nos sorprende la puesta del sol que, por supuesto, disfrutamos juntos.

Puede que sea al día de las confesiones, que Axel me haya dicho que me quiere, y que Daniel me haya contado lo que lleva guardado dentro desde hace tiempo. Puede que no le haya ayudado como quisiera, pero le he puesto corazón a lo que hago. Me he propuesto disfrutar al máximo el

tiempo que me queda y, si es compartiendo todo lo positivo que tengo, será mucho mejor.

CAPÍTULO 52

—¿A dónde crees que vas?

Hasta hace escasos segundos, estaba tumbada en la cama de Axel con los ojos cerrados y disfrutando del silencio, de la ropa tirada por el suelo a causa de un arrebato, de nuestras piernas enredadas, de sus dedos jugueteando con la piel de mi barriga y del sonido de su respiración, algo más pausada que cuando nos sumimos en la explosión del orgasmo.

Disfrutando de lo que tenemos sin pensar en lo que dejaremos.

—He quedado con las chicas esta noche, Simona tiene algo que contarnos o eso me ha dicho antes en el almuerzo.

—¿Y me vas a dejar aquí? ¿Solo? ¿No te das cuenta de que soy una víctima perfecta para las lagartas? Estoy desnudo, no apartes la mirada —me pide burlón al ver que no hago caso a su provocación.

—Pues por eso mismo prefiero no mirarte, porque si lo hago...

—No irás, ya, está claro.

—Tendré que vestirme yo misma, por eso de las lagartas que acabas de pronunciar.

—Te estás haciendo la dura, pero, en el fondo, quieres comerme entero, ¿verdad, sonrisa?

—Si llegas a tener el ego más grande, no hubieses nacido, en serio, Axel, no conozco a nadie como tú.

—Eso es porque soy edición limitada.

—Y sigue... —me quejo sonriendo.

—Y lo sabes —añade para darle más fuerza a su frase.

—Bribón.

—Solo tú puedes insultar a alguien sin que suene a insulto, ¿es un superpoder?

—Uno de los tantos que tengo —suelto con sorna.

—¿Quién es la del ego ahora? —Axel se coloca de lado y me escruta con la mirada—. Creo que nunca he conocido a nadie como tú y eso es... fascinante —dice.

—¿Fascinante? Esa sí que es una buena manera de hacerle un cumplido a una chica.

—Ser fascinante es increíble. A ver... ¿cómo lo harías tú? Venga, prueba, hazlo conmigo.

—Déjame pensar: chulo, arrogante, perspicaz, chistoso, interesante, ¿sigo?

—Nada que no sepa, nada que me resulte llamativo.

—Único —finalizo. Axel se queda pensando en silencio, cosa bastante extraña en él, y me siento a su lado, aún a medio vestir—. ¿Acaso te he fascinado con mi adjetivo?

Lleva su mano hasta mi mejilla y, al final, me da un pequeño toque con el dedo índice en la nariz.

—De todos los adjetivos que podías haber utilizado, has elegido ese, ¿por qué?

Medito su pregunta un instante, solo uno, porque si tuviese que definir a Axel de alguna forma, sin duda, creo que esa es la mejor manera, porque así es como lo siento.

—Supongo que porque nadie me ha hecho sentir como tú.

—Habrá personas que te hayan hecho sentir mejor, ¿no?

—No me refiero a cómo me siento a su lado, sino lo que provocan en mí, lo que hacen que yo

sea, lo importante no siempre es lo que los demás despierten en ti, sino la bomba expansiva que crean y que hace que seas tú la que explote.

—Sonrisa, ¿qué voy a hacer contigo?

—Quererme mucho y muy bonito, Axel.

—No te mereces menos —añade.

Me acerco hasta sus labios, esos que hasta hace nada me llamaban a gritos, y yo fingía ser sorda, esos que ahora no puedo sacar de mi mente y los que no concibo fuera de mi vida.

—Mmmm —ronronea—. No te vayas, quédate y te cuento un secreto.

—¿Un secreto?

—La palabra secreto te gusta, ¿eh?

—Me gusta si la formulas tú, porque me ha costado mucho que te abras.

—Vaya, exactamente como a mí, estuve con dolor de huevos mucho, mucho tiempo.

—Marrano —le insulto.

—Venga, no te vayas —me pide tirando de mi brazo.

Juro que la palabra «secreto» me pide a gritos que me quede, que puede ser que, si me cuenta más de él, descubra de qué huye, cuáles son sus miedos, sus incertidumbres y el por qué ha estado enfadado con el mundo como lo ha estado Daniel.

—Me tientas, pero quedé con ellas ayer y no puedo dejarlas plantadas, si lo hago, es probable que vengan a buscarme a tu cabaña y te vean desnudo.

—Entonces ni Aitor ni Esteban tendrán nada que hacer a mi lado, soy una feromona andante, sonrisa.

—Paso, eres de lo que no hay.

—Soy edición limitada —repite mientras me alejo de su lado y me encamino hacia la salida.

Hemos mantenido infinidad de conversaciones, muchas de ellas estúpidas y absurdas, pero me han hecho ver la parte buena de las cosas y conocerlo, saber que es un payaso nato y que yo siempre quise formar parte de un circo, pero es cierto que ha obviado contarme más de él, de su vida o de lo que ha sido y quizá a eso se refiere con secretos.

No he necesitado más de lo que me ha dado, porque ha estado para mí cuando me ha hecho falta, ha sabido respetar mis silencios, acompañarme en mis risas, contarme chistes penosos y abrazarme cuando he llorado y eso ha hecho que me enamore de él.

Me empecé durante mucho tiempo en que el amor era otra cosa bien distinta, una que te daba seguridad y estabilidad y no siempre es eso, a veces, la costumbre se oculta tras esas palabras y nos conformamos, caemos en una rutina que hace que nada se tambalee y que entendemos como lo mejor y lo mejor no es eso; es reír, pensarlo, sentirlo, entenderlo, buscarlo, necesitarlo y, por encima de todo, es su reflejo en ti.

Adán, ese hombre del que apenas he sabido, bien porque ha estado ocupado o porque ha decidido aprovechar la distancia para intensificar la lejanía, no me quería como yo me merezco que lo hagan, mucho y muy bonito.

Eso no quiere decir que Axel sí, pero, para empezar, la base de lo que tenemos es mucho más intensa que la que tenía con Adán y ha hecho falta un golpe, caer y levantarme, para darme cuenta de todo eso.

Puede que tarde o temprano lo hiciera, puede que decidiese correr un tupido velo ante la realidad que nos azotaba y que me empeñaba en no ver, puede que tardase mucho tiempo en reconocer que no estaba enamorada de él; pero, como pasa en la vida, hasta que no te das el batacazo, no te pones una tirita y sigues caminando. Supongo que esa es la vida; chocar, caer, curar y caminar, ni más ni menos.

—Por fin llegas, pensábamos que nos habías cambiado por una polla —me acusa mi hermana sin siquiera saludarme.

—Yo también te quiero, Olivia. —Iba tan sumida en mis pensamientos que no había caído en la cuenta de que estaba llegando—. Venía pensando una cosa...

—¿Hola? Estoy aquí —protesta Simona llamando mi atención.

—Lo siento —me disculpo mientras me acerco hasta ella y le doy un pequeño abrazo.

—He traído cerveza, pan, chorizo y unas gominolas que encontré en un altillo. —Cada vez que nos reunimos, además de hablar, nos ponemos como ceporras a comer, aprendimos que la cerveza está genial, pero mejor aún si comes algo y luego no cometes estupideces por culpa del alcohol. Olivia nos tiende una bebida a cada una y abre la bolsa con el pan. Saca el chorizo de los paquetes y lo mete dentro del plástico, así, en plan comando—. No hay servilletas, si os mancháis, los pantalones sirven para algo más que tapar las posaderas —nos explica mi hermana.

—Procuraremos no mancharnos —respondo convincente.

—¿Y bien? —me pregunta Simona.

—¿Qué? ¿No irás a empezar tú también con el tercer grado como mi hermana?

—No, acabas de decir que venías pensando en algo, ¿en qué?

—Ahhh, vale. Estaba dándole vueltas, mientras venía —explico mientras cojo pan y le añado el chorizo—, que, ¿no os resulta muy extraño que Adán me haya mandado un mensaje al que yo no he respondido y que no sepa nada de él, ni se preocupe por mí, ni intente llamarme?

—Eso es porque es gilipollas —matiza Simona y me deja con la boca abierta.

—Sí, de eso es un rato —explica mi hermana—, pero...

Ese «pero» me suena mal, muy mal, diría que jodidamente mal si lo mío fuesen las palabrotas.

—Pero ¿qué? ¿Qué has hecho?

—No me mates, ¿vale?

—No puedes empezar una frase diciendo «no me mates», porque entonces tendré más ganas de matarte.

—Vale, pues no me mates hasta que te lo cuente, ¿vale? —Asiento como respuesta, y Simona empieza a comer como si estuviese a punto de empezar la mejor película de su vida—, le he contestado.

—¿Cómo que le has contestado? —Me pongo de pie y coloco mis manos en las caderas porque empiezo a enfadarme y mucho.

—Que me he hecho pasar por ti, como siempre dejas el teléfono en el cajón, pues lo he cogido y, mientras tu fornicabas con Axel, yo le he escrito a Adán.

—¿Cuántas veces?

—Unas cuantas.

—¿Para qué? ¿Qué le has dicho?

—Pues... lo típico que tú le dirías, que lo echas de menos, que lo extrañas y todas esas cosas.

—¿Y se puede saber por qué has hecho eso?

—Porque quiero que se lleve un porrazo cuando se dé cuenta de que sabes todo y que tú también estás con alguien, no se merece otra cosa que no sea darle un puñetazo y, como eso va ser imposible, pues lo mejor es que crea que sigues colada por él, que no sabes nada y darle un escarmiento cuando volvamos a casa.

Me vuelvo a sentar al lado de Simona, sin decir nada más, ya no porque mi hermana haya hecho eso, que está mal y sé que tengo que hablar con Adán y explicarle todo lo que sé, sino porque ya sé que en pocos días regresamos, pero lo que menos quiero es hacerlo.

—No quiero volver. Me quiero quedar aquí.

—¿Por Axel o por ti? —me pregunta Simona.

—Por las dos cosas, no hemos hablado del tema, pero me da miedo preguntar y que me diga que esto se acaba cuando finalice el *camping*. Me ha dicho que me quiere...

—¿Perdona? —Mi hermana escupe la poca cerveza que tenía en la boca y me mira con los ojos como platos—. Eso son palabras mayores.

—Lo sé y sé que es de verdad, pero por qué si me quiere no me dice lo que va a pasar después, cuando nos vayamos, cuando acabe Jacaranda.

—Puede que ni él mismo lo sepa.

—¿Esteban te ha dicho a ti algo?

—Sí, anoche, queremos seguir viéndonos, vivimos cerca.

—¿Ves? —le pregunto a Olivia—. Esteban se lo ha dicho, y Santiago a Mari Puri, y Axel a mí nada de nada.

—Respira, Mérida, porque te están dando los choques. No sabes, dale tiempo, te ha dicho que te quiere, ya empiezas a darle vueltas a esa cabecita tuya y no sabes nada.

—Díselo tú —me aconseja Simona.

—¿Y si me dice que no? ¿Que esto es lo que es?

—Pues le das un bofetón por cobarde —responde Olivia.

—¿Y si te dice que sí? Hasta hace nada te dijo que no quería nada y, mira, ahora resulta que te confiesa su amor.

—¡Ohhh! ¡Qué asco!

—Estúpida —le digo a mi hermana—. No le voy a dar más vueltas, porque eso no me va a ayudar en nada, cambiemos de tema, Simona, ¿algo que contarnos?

—Por supuesto que sí, Operación Himen finalizada.

CAPÍTULO 53

—¿Has chingado?

—Ay, por favor —protesto.

—Oh, sí, nena... —responde la otra marrana.

—¿Y?

—Si sigues bebiendo a esa velocidad, vamos a acabar en la enfermería.

—O en un bar de *striptease* —me contesta Olivia sonriendo—. O en la cabaña de Axel y que él sea el que nos haga uno, puestos a pedir...

—Ni de broma, es mío y solo mío —les advierto.

—Posesiva —me insulta mi hermana.

—La que más —respondo convencida—. Y con respecto a lo de Adán...

—Ya, vale, se acabó la diversión.

Asiento y me centro de nuevo en lo importante.

—¿Cómo te fue? Cuéntanos todo.

—Con detalles —le pide mi hermana.

—No, los detalles, no, gracias. Quiero seguir mirándote a la cara cuando me cruce contigo.

—Con detalles —insiste mi hermana.

—Como yo quiera —resuelve mi amiga—. En fin, me recogió en la cabaña, dimos un paseo por el lago, nos adentramos en el bosque de la mano, nos besamos apoyados en un árbol, me dijo que era la chica más increíble que había conocido...

—Eso lo dicen todos para mojar el churro, vaya con Esteban, sí que es listo.

—Calla —la amonesto.

—Fue maravilloso, en serio, el tiempo se nos fue volando y me sentí flotar.

—¿Y? —cuestiona mi hermana yendo al meollo de la situación.

—A ver —Simona se acerca a mi hermana como si le fuese a contar un secreto, y yo hago lo propio.

—Cuidado con el pelo —les pido al ver que nos acercamos a la pequeña fogata que hay encendida—. Sigue.

—Me dolió, ¿vale? Al principio estaba nerviosa, porque yo nunca..., ya sabéis, pero estaba...

—¿Cachonda?

—Eso —afirma Simona—. Lo estaba, pero, claro, pensaba más en el dolor que en otra cosa, era como un trago que tenía que pasar para después disfrutar. Sin embargo, Esteban fue muy cuidadoso.

—¿Se lo contaste? ¿No le sorprendió?

—No, ¡qué le voy a contar eso! Me podía morir de la vergüenza si se lo decía. Ni de broma, pero lo notó.

—¿Por qué? Eso de la barrera es un cuento chino.

—Puede que lo notase, ¿por mis gritos? Parecía una niña poseída. En verdad, no me dolía tanto, pero estaba asustada porque vi esa cosa ahí grande acercarse y empezó a entrar y, mientras eso entraba, a mí me daba un ataque de ansiedad, y así acabó la noche mágica.

—¿Y?

—Pues me fui.

—Bien, si te fuiste está bien.

—No, no, que me fui a mi cabaña corriendo.

—¿Perdona? —pregunta de nuevo mi hermana.

Yo estoy en trance porque me imagino la escena y me hace gracia, pero también la entiendo.

—Es que me asusté.

—¿Tan grande la tiene Esteban?

—A ver, yo no he visto muchas, pero eso no es normal.

—Con la mano, haznos una demostración con la mano.

—Ni de coña, yo no quiero saber nada de eso —advierdo—, si te asustaste tampoco pasa nada.

—Mi hermana siempre jodiéndome el rollo, en fin, vale, pero si saliste corriendo cómo es que ya no eres virgen.

—Al cabo del rato vino a verme, tocó en mi puerta y sabía que era él, le abrí, entró y hablamos.

—Y se lo contaste.

—Sí, ya sí. Tenía que hacerlo.

—Tenías que hacerlo —repito.

—¿Y?

—Pues que se sorprendió mucho, pero lo entendió y la cosa fluyó de otra manera y, bueno, pues eso, pero sin salir corriendo.

—¿Te corriste?

—¡Más bruta y no nace! —exclamo abochornada.

—Lo hice. Hemos quedado de nuevo esta noche...

—Le has cogido el gusto.

—Tengo que recuperar el tiempo perdido —bromea Simona mientras se lleva un trozo de pan con chorizo a la boca.

Pasamos un par de horas divagando sobre tonterías y cosas que no son tan estúpidas. Hablamos de qué pasará después de que Jacaranda termine, pero entre nosotras. Obviamente, Olivia y yo compartimos casa y familia, por lo que el contacto no se perderá, pero Simona no vive cerca de nuestro barrio, ni siquiera de nuestra ciudad, así que imaginamos nuestras siguientes vacaciones juntas, el próximo año en Jacaranda, las escapadas de fines de semana y nos prohibimos terminantemente montar ningún drama en nuestra despedida.

Fijaos cómo cambia la película, hasta hace poco más de tres semanas, tenía miedo a lo nuevo, a esta increíble aventura, a lo desconocido y lo que me iba a encontrar, ni siquiera sabía cómo sería el *camping*, las actividades, los chicos, los grupos, las noches de cine, era algo a lo que te adentrabas con todas las de la ley o huíais sin más y, ahora, nos vemos aquí tres personas que comparten mucho, a las que las ha unido algo más que comer pan con chorizo y beber latas de cerveza y que ahora no se imaginan las noches sin una fogata y sin algún que otro secreto.

Me han enseñado que la vida es algo inigualable, que lo malo te hace un poco más lo que eres hoy y que te aleja un paso de lo que eras, puede que, si mi hermana no se hubiese ofrecido a venir conmigo, a apuntarse a la locura de Jacaranda; yo no sería quien soy ahora mismo, con lo bueno y lo malo, los riesgos y las enseñanzas, con Axel, con Simona y Mari Puri; puede que Mérida fuese menos Mérida de lo que es ahora y eso me da miedo, porque ahora puedo decir que estoy justamente donde quiero estar.

De regreso a mi cabaña, acompañada de Simona y de Olivia, pienso que ese chico de la puerta de al lado también es quien es por todo lo que ha vivido.

—Yo me quedo aquí, chicas.

Simona y Olivia me sonríen condescendientes, entendiendo que los sentimientos son lazos invisibles que te llevan por un sendero u otro.

—Yo haría lo mismo en tu lugar —murmura Olivia.

—Nada de mensajitos a Adán, de ese asunto hablaremos a solas.

—No me castigues, oh, divina providencia —dramatiza mi hermana.

—Eres digna hija de María —bromeo mientras me encamino a la cabaña de Axel—. Buenas noches, chicas.

—Buenas las que tendrán unas más que otras —me suelta mi hermana.

Me giro para enseñarle la lengua y prosigo mi camino.

Doy un par de suaves golpes en la madera de la puerta y agudizo mi sentido del oído para escuchar si hay algún sonido que me indique que Axel está despierto.

Los suaves pasos me hacen sonreír al darme cuenta de que sí.

—Toc, toc —digo cuando me abre.

—¿Te has perdido, Caperucita Roja?

—Sí, no encuentro mi cabaña y tengo miedo a que me devore alguna fiera de esas que se rumorea que esconde el bosque.

—Interesante hipótesis, ¿te apetece tomar algo calentito?

—Esto suena a película de terror, pero de las de verdad, ¿acaso piensas engatusarme con chuches y engordarme para cocinarme al estilo Hansel y Gretel?

—No, qué va, los planes que tengo para ti son mucho, mucho mejores. No me conformaría con devorarte una única vez, prefiero mantenerte sana y salva y disfrutar de tu sabor todas las noches —matiza justo antes de tirar de mi mano y comenzar por mis labios.

CAPÍTULO 54

Sus labios me transportan al verano, a un campamento, al roce de mis dedos en las hojas impregnadas por el rocío de la mañana, a casa.

Sus dedos me recuerdan a la piel de los melocotones, a la crema solar, a la sal del mar que se queda impregnada en la piel tras un baño.

Su sabor me recuerda a una manzana verde, a un melón maduro y a una sandía recién cortada.

El latido de su corazón acompasado con el mío me indica que las treinta noches de verano dan para mucho más que para llenar el día de calor y las noches de fresco bajo el cielo estrellado, me recuerda a que el verano es mágico si quieres que así sea y que el amor, el de verdad, está donde menos te lo esperas. Es lo bonito del sentimiento, lo impredecible que puede llegar a ser.

—Un secreto por prenda. —Axel se separa de mí lo suficiente como para poder analizar mi gesto, el rubor de mis mejillas y el brillo de mis ojos—. Me dijiste que, si me quedaba, me contarías un secreto y no quiero conformarme con uno, quiero saberlo todo de ti, de la persona de la que estoy enamorada.

—Ya sabes muchas cosas de mí, sonrisa.

—¿Temes que me asuste con tus secretos más oscuros?

—No tengo secretos oscuros, solo tengo un pasado, como tú, pero sin una lista de propósitos. Sonríe al darme cuenta de que es más suspicaz de lo que en un principio quise ver.

—Un secreto por prenda.

—Trato hecho —me dice.

Rompo del todo mi contacto y me encamino a su habitación, con el sabor de la alegría y el retorcer de mis entrañas, por los nervios de la aventura hacia lo desconocido, hacia esos secretos que esconde Axel y que, por fin, voy a averiguar.

Saco varias prendas del armario y se las tiendo.

—¿Se puede saber qué haces, sonrisa?

—Aumentando las prendas conoceré más de ti, así que ponte todo eso —le explico mientras señalo el montón de ropa que estoy depositando en la cama.

—Eres muy lista, demasiado —matiza guiñándome un ojo—, creo que te he subestimado.

—Hazme caso y me quitaré una prenda por cada una que te quites tú.

—Interesante contraprestación —suelta con insolencia.

—¿Trato hecho?

—Trato hecho —repite.

Veo cómo se coloca varias prendas sobre la camiseta que lleva puesta, incluso un par de calcetines más y sé que esto que ahora mismo hacemos es como un gran paso para mí, como cuando pisaron por primera vez la luna, porque sé que, aunque esté decorado bajo el papel de regalo que envuelve un paquete, si Axel no quisiera contarme, abrirse a mí y dejarme entrar; todas esas capas que ahora mismo se coloca serían una perfecta definición de la coraza que lo recubre, como si, en vez de aligerar la edificación, la acentuase al máximo, recubriendo con cada capa su corazón. Y me siento triunfante, victoriosa y afortunada.

—Como soy una niña buena, seré rápida, de ti dependerá no morir asado como un pollo. —

Sonríó.

—Bruja.

—Muajajaja. —Río malvada.

—¿Cómo se llaman tus padres?

—Manuela y Damián.

Axel se quita un suéter y aún le queda otro y una camiseta.

—¿En qué trabajas? —Axel alza las cejas como si fuese una pregunta estúpida—. Dudo que te paguen lo suficiente en Jacaranda como para subsistir todo el año, salvo que seas un rico callado que atesora una fortuna inmensa y esto sean tus vacaciones de las vacaciones que ya de por sí te pegas todo el año—. Axel niega con la cabeza, supongo que por lo absurdo de mi teoría, pero, al no saber nada, lo lógico es que haga hipótesis—. Piensa que no te he dicho que seas un mafioso traficante de órganos, que bien podrías serlo.

—Me gusta tu ingenio. —Se carcajea.

—Responde.

—Soy abogado.

—¿Abogado? ¿En serio? Pensaba que eras bombero, ya sabes, de los que apagan fuegos.

—Sí, y de los que tienen manguera —se burla alzando las cejas en repetidas ocasiones.

—Un bombero marrano —matizo—. Puedes quitarte otra prenda. Me he quedado... No me lo esperaba, ¿estás de vacaciones?

—Si es otra pregunta, me quitaré otra prenda.

—Te lo sonsacaré más tarde.

—Bruja —repite.

—Muajajaja. —De nuevo.

—¿Y tus prendas?

—Yo tengo menos. Iré poco a poco.

Axel asiente.

—¿Dónde vives?

—En un pequeño adosado en la ciudad, pero me siento mejor aquí, en el bosque, rodeado de naturaleza, sin ruidos, sin tráfico.

Me quito la camiseta como recompensa por su respuesta.

—¿Tienes hermanos?

—No. Pero sí muchos primos.

Por fin se queda con la camiseta, aún le quedan los calcetines, pantalones y rezo para que lleve calzoncillos.

—Dime tus apellidos.

—¿En serio vas a malgastar una pregunta intentando averiguar mis apellidos? Podrías espiar en mi ficha de personal, yo lo hice contigo.

—¿En serio?

—Claro, eres demasiado honesta, Mérida. Tengo mucho trabajo por delante, veo que hay mucho que debo enseñarte.

Alzo los hombros en señal de indiferencia ante sus palabras.

—Tus apellidos —repito de nuevo.

—Cabezota.

—La que más.

—Uriz Corzo.

—¿Qué clase de apellidos son esos?

—Los de mis padres. ¿Qué clase de apellidos son Pertejo Vela?

—Los de los míos —le amonesto.

Y camiseta fuera. Lo mismo que mis pantalones.

—La cosa se empieza a poner interesante. —Se incorpora y comienza a pasear a mi alrededor. Acerca su nariz a mi cuello y tiemblo ante su gesto—. Hueles a fogata.

—Cosas de chicas. No intentes distraerme con tus sucios trucos de mafioso —bromeo.

—Me gusta el olor, debería haber sido bombero —murmura cerca, muy cerca de mi oído—. Te advierto que los calcetines son una única prenda, por lo que te quedan dos preguntas.

—¿Dos?

—No llevo ropa interior, tenías que haber jugado mejor tus cartas al empezar, no sé, haberme tocado para comprobar lo que llevaba y lo que no, ahora, tú tienes exactamente lo mismo que yo y, para hacer el juego mucho más interesante, tú harás dos preguntas y yo haré otras dos.

—Vale —susurro encandilada por su mirada.

—Empieza.

Solo tengo dos oportunidades y tengo miles de preguntas que hacerle, por su pasado, su infancia, su futuro, sus planes... Tengo claro que necesito saber más de él, pero no de esa forma, sino de una en particular.

—¿Cuántas veces has estado enamorado?

Axel se sitúa detrás de mí y el suspira, supongo que siendo consciente de que este tipo de preguntas eran una opción.

—Dos —zanja. Comienza a moverse hasta colocarse justo enfrente de mí. Sitúa mis manos en la cinturilla de su pantalón y me insta para que en esta ocasión sea yo la que lo baje. Por supuesto, hago caso a su silenciosa petición.

—¿Cuántas veces has estado enamorada tú?

Trago saliva. Por su desnudez, por la cercanía de su contacto, por la intensidad de su mirada, por la pregunta en sí y la certeza de que la verdad va a ser confesada.

—Una. Solo una.

Sonríe, ampliamente y sincero, sincero y socarrón. Socarrón y único. Como él mismo.

—¿De quién?

Ahora soy yo la que sonrío, porque es la pregunta más sencilla que me podría haber hecho nunca.

—De ti, Axel, y solo de ti.

—Te quiero —me dice de nuevo al oído—. Te quiero —me dice colocándose a la altura de mi pecho—. Te quiero —me dice mirándome a los ojos.

Deposito un suave beso en la comisura de sus labios, antes de besarle con intensidad, para demostrarle eso que ya sabe, y me responde con frenesí.

—Dime tu secreto mejor guardado.

Ahora no sonrío, no dice nada, se limita a quitarse los calcetines y a subir depositando suaves besos por mis piernas, mi pubis, mi abdomen, mis pechos, mi cuello, mi barbilla y mi frente. Cierra los ojos mientras desabrocha la única prenda que me queda y dudo de que vaya a responderme, que quiera hacerlo, que la confesión sea más intensa que eso que compartimos.

—Estuve a punto de casarme y me dejaron plantado en el altar. Acudí ese mismo día a otra boda, la de la que iba a ser mi esposa con mi padrino. Esperaba un hijo suyo. Yo también sé lo que es que te rompan el corazón y que te inunde la decepción de la mentira.

CAPÍTULO 55

Desnudos, pero no solo por la escasez de prendas, desnudos en cuerpo y alma, esa sería la mejor definición de lo que ahora mismo nos envuelve.

—Axel...

—Shhhh, cuando no hay nada que supere el silencio, es mejor serle fiel y no decir nada.

Puedo afirmar categóricamente que he aprendido mucho en muy poco tiempo.

Llegué pensando que la vida era de una forma, que era el reflejo de lo que yo tenía y he descubierto que lo que vivía era una mentira. Pensaba que los fantasmas son esos que se leen en historias de ficción o en películas llenas de fantasía y ahora creo que cada persona lleva algún fantasma dentro, unos que se ven y se cuentan y otros que permanecen ocultos para salir cuando alguien los despierta. Creía que el amor era algo sencillo, lleno de paz y de tranquilidad y la idea que concibo ahora mismo de ese sentimiento dista mucho; el amor tiene altos y bajos, días mejores y peores, incluso me aventuro a decir que pasa por épocas, no concibo el amor sin las burbujas, la corriente eléctrica y las mariposas en el estómago. Sin las pullas, los abrazos y los silencios que llenan más que mil palabras parafraseadas.

Un paso. Dos. Tres. Frente a él. Hoy soy yo la que desliza mis dedos por su barba de varios días. Es él quien cierra los ojos, emite un largo suspiro y me sonrío condescendiente.

—Te voy a querer mucho y muy bonito.

Axel clava su mirada en mí y siento que va más allá de la carne y de las entrañas. Va mucho más lejos de lo tangible. Llega hondo, muy hondo, como eso que nos une.

Sus manos van al encuentro de las mías y comienza un recorrido por mi cuerpo. Como la marioneta que hace lo que su dueño quiere.

Mis clavículas. Mis pechos. Mis pezones erectos. La piel de mi abdomen. El círculo de mi ombligo. La firmeza de mis piernas. Su pecho. El vello que lo recubre. Sus pezones erectos. Su ombligo. Su pubis. Eso, todo eso somos nosotros. Carne y sentimientos. Piel y dolor. Curvas y rectas. Firmes e irregulares. El yin y el yang.

—Te necesitaba, y tú a mí —me dice como si leyese todos los pensamientos que me abruman y me engrandecen.

—Y te sigo necesitando —conjugo en presente.

—Y yo a ti —confiesa tras un largo suspiro—. Y yo a ti —repite con total entrega.

Salto y enredo mis piernas en sus caderas con seguridad, la seguridad de que es todo lo que necesito y ansío ahora.

No sé cuánto tiempo nos besamos, ni siquiera sé si es lógico que pasemos tanto tiempo así, enredados, de piernas y lenguas, de saliva y gemidos.

Llevo mi mano hasta su miembro, dándole una pista de lo que necesito, aun con los ojos cerrados siento su sonrisa en mi cuello, mientras deposita un reguero de besos por él.

Sus pasos empujan mi cuerpo hasta la cama, dejándome caer en ella y riendo a su paso. Si hacer el amor tiene un significado, que sea este y solo este; la necesidad de reír y de volar.

—Uno, dos, tres, cuatro...

—¿Qué haces?

—Contar tus pecas, acabo de empezar por tu pecho, cuando llegue a tus piernas, habré sobrepasado el millar.

—Exagerado. —Sonrío.

—Y luego empezaré con tus lunares. Aquí, aquí y aquí. Eres como el mapa de una constelación.

Su comparación me hace sonreír.

—Tú también tienes, aunque no se vean bajo esa capa de vello que recorre tu pecho.

—Hay otras partes que no tienen pelo, ¿quieres acercarte?

—Marrano —le insulto.

—Estás deseando acercarte, no te hagas la dura que, para duro, yo —bromea y no le falta razón.

Se sienta sobre mi cuerpo, alza las manos y las lleva a los barrotes de madera del cabecero.

—Pase lo que pase, no te sueltes, sonrisa.

—¿Qué pasa si me suelto? —inquiero curiosa.

—Que te castigaré.

—¿Me gustará el castigo?

—Te encantará —me dice mordéndome un pezón.

Elevo mi espalda ante su contacto y me permito la licencia de soltar los barrotes de madera, por la curiosidad de saber qué sucederá.

El pellizco es sustituido por un lametón entre mis piernas, uno largo y sinuoso.

—Mmmm —gimo.

—La próxima vez, no seré tan dúctil.

Mientras llevo de nuevo las manos a la madera, Axel sitúa su cabeza entre mis piernas. Los lametones son pausados, aprovechando esa lentitud para volverme loca, como sabe que me gusta. Pequeños golpes con la lengua justo en mi clítoris, hacen que salga a su encuentro.

—Chsss, Chsss, Chsss —balbucea. Un pequeño mordisco me sobresalta.

—Au —me quejo.

—No seas quejica, te ha gustado porque ahora estás más empapada —me indica pasando de nuevo su lengua por mi centro—. Eres una guarrilla morbosa encerrada en el cuerpo de una chica prudente y sensata.

—¿Podrías dejar de hablar y centrarte?

—Por favor —añade.

—Por favor, ¿qué?

—Que me lo pidas por favor.

Sujeto su cabeza entre mis manos y lo empujo para que no hable más y siga con eso que tanto ansío.

—No es el momento de hablar, me gustas más callado —lo amonesto.

Su respuesta no es otra que abrir mis piernas con decisión, mis labios y enterrar su lengua en mi carne ardiente. Chupa, lame, muerde y vuelta a empezar, con ansiedad y con ganas. Clava su vista en mí, mientras me devora y me resulta lo más excitante que haya podido vivir jamás. El gris de sus ojos mirándome mientras me come.

—Mierda... —balbuceo cerrando los ojos.

Sigue comiéndome, incesante e incansable, dando pequeños golpes con la lengua e introduciendo un par de dedos en mí.

—Te gustaría que fuese mi polla, ¿cierto? Te gustaría que te llevase al cielo con mis embestidas, ¿no, sonrisa? —No respondo. Me limito a moverme sumida en unos espasmos que son

el prelude de eso que se avecina—. Contesta o paro —pronuncia mientras entierra de nuevo su lengua en mí.

—¡Joder! ¡Sí!

Mi afirmación prende una mecha en él, porque con más ganas y con más entrega mueve su lengua. Y yo, yo no puedo más que llevar mis manos a su cabeza porque sé que, si ahora mismo para, me volvería completamente loca.

—Sigue, sigue, por favor, sigue...

Y Axel, como un bendito que es, no solo sigue, sino que intensifica la potencia de sus dedos, mientras los dedos de mis pies se contraen y esa onda expansiva lo ocupa todo, hasta que un pequeño, breve, pero intenso, escalofrío me sacude y lo abarca todo, hasta mi pelo.

Las lamidas se vuelven menos fuertes y más delicadas, para que disfrute de la cálida sensación del orgasmo.

—La chica sensata ha dicho algunos tacos. Creo que vas a tener que purgar tus pecados y se me ocurre una idea para ello.

De nuevo, como una marioneta, pero no como la de antes, sino completamente dejada en sus manos, me gira y alza mi culo. Pasea sus dedos por mis posaderas y me da un azote en cada una de mis nalgas.

—Es tu castigo por ser una niña mala —me suelta con voz rasgada.

Sitúa su miembro en mi entrada y sin decir nada, sin verbalizar una sola palabra, me penetra. Su mano comienza a ascender por mi columna vertebral hasta que llega al inicio de mi pelo. Sus dedos se adentran en él como si de una segunda piel se tratase y hace un nudo entre sus dedos, sin dejar de bombear en mi interior.

—Mérida, dime que te gusta.

De nuevo, el mutismo se hace eco en la habitación, me encuentro tan perdida en las sensaciones, en la novedad de ellas, que soy incapaz de decir nada. Cuando nada es mejor que el silencio...

Un par de certeras embestidas me hacen alzar la cabeza.

—Madre mía —finalizo—. Madre mía —repito y siento la garganta seca.

—De esta no te salva nadie, Mérida.

—No...

—¿No qué? —pregunta mientras da un fuerte tirón a mi pelo.

—No quiero que me salve nadie —finalizo.

Sé que sonrío complacido, porque yo hago exactamente lo mismo y, mientras sus dedos se entierran en mi pelo tanto como su miembro lo está en mí, me sumo en algo maravilloso e intenso, algo que me muestra que el amor y el sexo están fusionados y unidos por un fino hilo invisible, uno de esos que hace que, cuando se enciende la llama, solo prende para que flotes y llegues alto, muy, muy alto, como jamás habías sentido.

CAPÍTULO 56

Si hace poco descubrí que no había mejor forma de llamarme que sonrisa, hoy puedo afirmar que mi madre tenía que habérmelo puesto como segundo nombre.

—Buenos días —saludo mientras me incorporo al grupo del desayuno formado por mi hermana, Simona y Mari Puri.

Le hago un leve asentimiento de cabeza a Daniel, que está sentado al lado de Micaela y sonrío por algo que él parece estar contándole.

—Buenos días —me devuelven el saludo las tres féminas.

—¿La noche ha ido bien? —pregunta con cierta sorna mi hermana.

—Muy bien, sí, gracias por la pregunta, todo un detalle por tu parte. ¿Y la vuestra?

—Genial —responde Simona, sonrojándose tras la respuesta. No hacen falta más detalles porque sabemos lo que significa.

—Tengo que hablar con Laura —declaro.

—¿Sobre qué? —pregunta Mari Puri.

—Le propuse una actividad el otro día. Una búsqueda del tesoro para finalizar el campamento y me dijo que se lo pensaría y no me ha comentado nada.

—Laura es así. Si has propuesto algo interesante y no es ella la que ha tenido la idea, probablemente te dé largas o te diga que no vale para no tener que admitir que no ha sido cosa suya —me explica Mari Puri.

—No sé... Axel estaba presente y a él le pareció una buena idea.

—Pues más me ayudas. Búscala y pregúntale directamente, porque no te dirá nada —matiza la cocinera.

—¿Sabéis dónde está? —inquiero.

—Supongo que en su despacho o dando una vuelta por el campamento. Luis ha salido hoy, así que se hará cargo de todo.

—¿De todo? —Vale, soy novata, no sé cómo funcionan las cosas aquí estos días.

—Preparar la documentación del cierre y elaborar los informes sobre el campamento. Esto no es de ella, solo coordina, junto con Luis.

—Ya, claro —respondo.

Termino de desayunar y me dirijo hasta el despacho de Laura. Ahora que comienzo a recorrer los senderos, a sabiendas de que en pocos días tendré que dejar esto atrás y sin saber si regresaré el próximo año o no; siento cierta pena y tristeza envolviéndome. Me lo he pasado muy bien, demasiado, quizá. Pero, cuando hay algo que de verdad te llena, donde te sientes bien y plena, un lugar en el que descubres que te gusta estar, que te aporta mucho; lo lógico es que no quieras abandonarlo tan pronto. Treinta días no han sido suficientes.

La recepción está vacía, aún no está abierta y la cabaña donde está gran parte de la organización del *camping* está sumida en un espeso silencio.

Dejo atrás varias puertas hasta que veo la de Laura. El cartel de coordinadora, seguido de su nombre, está colgado en ella.

Toco con suavidad y escucho cómo el teclado del ordenador, que hasta hace nada emitía el

sonido incesante de las teclas, deja de sonar y regresa el silencio a la cabaña.

Un par de tacones repiquetean y me pongo nerviosa, más de lo que debería.

Laura abre la puerta y yo me hago un poco más pequeña ante ella. Sé que, si Axel estuviese aquí, me diría que no debo empequeñecerme ante nadie, que soy lo suficientemente gigante como para tocar el cielo con los dedos. Sonríe de nuevo y alzo la barbilla con decisión.

—¿Cuál de las dos eres? —me pregunta sin cambiar el gesto.

—¿Perdona?

—¿Cuál de las dos pelirrojas eres?

—Mérida, soy Mérida.

—La princesa —responde dándose la vuelta y regresando a su sitio.

Cuando Marla hizo la comparación, me hizo gracia, incluso me inspiró ternura, pero, en la boca de Laura, me suena amargo y despreciativo

—¿Se puede?

—Sí, toma asiento. No tengo mucho tiempo, espero que no sea nada grave.

—No te robaré más que un momento. Solo quería saber si habías pensando en algo de lo que propuse el otro día.

—¿El qué exactamente?

—La actividad de fin de curso. Tengo varias ideas y me gustaría hablar con los compañeros y comenzar con la organización.

—No tenemos dinero —zanja—, la idea de las piscinas siempre ha funcionado.

—Y no es una opción a descartar, solo que podemos usarla de otra forma. No es necesario el dinero, con cosas recicladas y material reutilizable, nos podemos apañar. Es muy sencillo y creo que les puede gustar.

—¿Por grupos? —pregunta y siento que la estoy convenciendo.

—Sí, mezclados. Ya sabes, trabajo en equipo.

—Hazme un informe, lo hablaré con Luis y los coordinadores.

—¿Qué tipo de informe?

Laura bufa y lo hace porque no quiere llamarme estúpida, lo sé, lo percibo en su gesto. No parece una persona llena de paciencia.

—Redacta las actividades, cuántos grupos, la duración, los espacios a utilizar, el material necesario, lo típico.

—Perfecto. Sin problema. Lo tendré mañana mismo.

—No queda mucho tiempo, tienes hasta esta misma tarde. En tres días Jacaranda cierra sus puertas y hay que organizar las cosas como es debido. Esto no es un juego de niños.

Me limito a asentir ante su respuesta, entiendo que para ella no lo es, pero lo que realmente merece la pena de todo esto es jugar, reír y disfrutar, y de eso nos encargaremos nosotros. Este año, Jacaranda será único e irrepetible.

El teléfono interno suena cuando estoy a punto de abandonar el despacho. Me incorporo para dejarle espacio y que lo atienda. Mientras ella balbucea un par de palabras, alza el dedo índice para indicarme que debo esperar un minuto.

Me quedo de pie, en medio del espacio. La llamada es breve, demasiado y, tras varios monosílabos, cuelga.

—Parece que tienes una visita.

—¿Visita? ¿Yo? —pregunto asombrada. Lo primero que pasa por mi cabeza es que mi hermano y mis padres vuelven a plantarse en el campamento porque algo ha pasado. Como la última vez. Mi corazón se acelera por momentos. Intento inspirar profundamente. No quiero

vender la piel del cordero antes de haberlo cazado.

—Eso parece. Está fuera, en la entrada de la recepción.

Salgo del despacho cerrando la puerta, pero el repiqueteo de los tacones me indica que Laura no se quiere perder detalle de nada de lo que sucede.

Veo a Simona ocupando su sitio ya en la recepción y entiendo que ha sido ella la que ha llamado al despacho. Me mira con cara de circunstancias, no sé si se siente culpable o apesadumbrada.

Yo solo sé que la visita en cuestión es la que menos me esperaba.

Adán se gira y queda frente a mí, me sonrío abiertamente, tanto, que pienso por un momento que el remordimiento debe de pesarle mucho, demasiado; quizá, porque la sonrisa no es la misma que me dedicaba, es una sonrisa que pretende infundir calma y hace todo lo contrario.

Ahora que lo tengo aquí, plantado frente a mí, solo siento que es un extraño, que no es la persona que me besó por primera vez en la puerta de mi casa ni sus manos las que me tocaron e intentaron prodigarme caricias que fuesen pasionales. Pienso que todo eso lo ha conseguido Axel; el vibrar, el desear, la pasión y el deleite solo ha venido de la mano de una persona y no ha sido este chico. Con Adán, definitivamente, solo hice una lista de despropósitos.

—Hola —me dice acercándose y sujetando mi mano con la suya.

Miro hacia atrás y veo a Simona, que desvía la mirada al ver que ahora la observo. Laura finge que mira unos documentos dentro de una carpeta, lo haría bastante bien, si no fuese porque sé que la carpeta está al revés. Lo veo en la etiqueta que indica lo que contiene.

—Hola, Adán.

Supongo que debería preguntarle mil cosas, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has llegado? ¿Por qué has venido? ¿Acaso ahora crees que me echas de menos, pero cuando te tirabas a otra no? Nada de eso me apetece, no hay nada peor en el mundo que la indiferencia y eso es lo único que despierta en mí.

—¿Me has echado de menos este mes?

Contraigo el gesto y miro hacia el suelo. No quiero decirle nada y tampoco puedo. Recuerdo las normas del sitio, esas que he infringido a conciencia y me siento mal, muy mal. La culpa intenta abrirse paso, pero no puede superar, ni siquiera en un vano intento, a todo lo bonito que he vivido.

—Bueno...

—Yo sí, mucho. —La mentira tiñe sus ojos y esa sonrisa que intenta mostrar amor, o quizá una pizca de cariño, solo huele a farsa y a podrido. A algo que ya no tiene vida—. En unos días vuelves a casa y quizá deberíamos hablar...

—¿A qué has venido? —Por fin, decido ser valiente y formular la pregunta.

—A verte —matiza—, ¿acaso te molesta? Estuve días sin saber de ti, pensé que era una buena idea.

—Los mismos días en los que yo tampoco supe de ti o quizá sí. —No quiero actuar de forma imprudente, ni precipitarme en mis respuestas, no es el sitio ni el momento para nada de esto—. Hablaremos a la vuelta, estoy trabajando.

Adán mira hacia el mostrador y observa a las dos chicas que nos acompañan y sonrío al darse cuenta de que tengo parte de razón.

—¿Damos un paseo?

—No, no puedo, tengo que volver al trabajo —murmuro con brusquedad.

Me giro con la firme intención de dejarlo ahí plantado, de regresar con mi grupo, de deshacer el camino andado y entrar en la cabaña de Axel, que me envuelva entre sus brazos y suelte alguna

de sus frases canallas y socarronas que me niego a aceptar que me gustan, pero están muy cerca de volverme loca de amor.

—Espera —me dice sujetándome por la mano de nuevo.

La puerta se abre y entra Axel. Observa la escena y su mirada va directamente hasta nuestras manos, esas que aún siguen unidas. La suelto como si me quemase más que nunca su contacto y mi corazón se acelera.

Niego con la cabeza, porque quiero que entienda que esto no es nada.

Adán lo mira, pero no como mira a Simona o a Laura; lo mira como si Axel fuese su rival y no lo es, porque no hay ningún tipo de competición. Axel siempre ha sido el vencedor, aun cuando pensé que no lo era.

—¿Qué sucede? —pregunta Axel mirándome.

—Soy Adán —se adelanta el susodicho—, he venido a ver a mi novia, ¿y tú eres?

—Axel —responde confuso. Sus ojos grises, esos que me marcan el camino a recorrer, no brillan, están carentes de todas esas emociones que veía esta mañana mientras besaba cada resquicio de mi piel.

—Adán... —Nunca he sido de esas que toman la iniciativa en nada, ni siquiera la primera en entregar un examen, aunque hubiese acabado. Siempre he intentado pasar desapercibida, pero, en la vida, hay límites para todo. Odio ver a Axel así, confuso; odio sentirme entre la espada y la pared, pero no porque sea Axel quien despierte ese sentimiento, ni mucho menos. Sin embargo, tampoco creo que deba consentir que Adán actúe como un macho alfa, cuando ese privilegio lo perdió al engañarme—. No va a haber un futuro cuando salga de aquí y creo que lo sabes tan bien cómo yo.

—¿Qué?

—Sé lo que ha pasado en mi ausencia...

—Pero si me has escrito para decirme que me echabas de menos, ¿cómo puedes decirme eso? ¡He venido a verte! ¿No es suficiente?

Mi mirada de nuevo se clava en Axel. Veo el reflejo de la decepción en sus ojos y niego efusivamente, más de lo que debería.

—Fue mi hermana, cogió mi teléfono y estuvo escribiéndote. Me enteré hace dos días de eso. Yo ya no siento nada por ti. Ni siquiera respeto por lo vivido y compartido. Y, no, no es suficiente. Yo quiero más de lo que tú me has dado. Yo quiero que me quieran mucho y muy bonito.

Doy varios pasos hacia atrás, marcando la distancia, esa que ahora mismo nos separa centímetros, pero lleva separándonos metros desde hace mucho, mucho tiempo.

—¿Estás con otro? ¿Acaso estás con este?

Axel se coloca a mi lado, intenta protegerme y le admiro por ello, pero me siento fuerte, más que nunca. Porque este chico que está a mi lado me ha enseñado que las batallas libradas por uno mismo son una victoria segura. Que el amor, cuando no se espera, es más puro y que sigo siendo una chica prudente; pero, ahora mismo, la prudencia no es mi cualidad más valiosa, porque estoy enamorada y eso, eso es mágico.

CAPÍTULO 57

—No es de tu incumbencia —la respuesta sale de mi boca, pero es solapada por el sí rotundo que formula Axel. Un sí atronador que me quema y me hace flotar, que me llena de orgullo y me hincha el pecho de amor. Un sí que no se piensa, simplemente se formula con una sinceridad apabullante.

Me giro para ver cómo Simona ahoga un grito de júbilo, porque sé que se alegra por mí. Hemos compartido mucho en este tiempo, han pasado demasiadas cosas y las locuras se han convertido en risas, recuerdos y alegrías. Ahora somos más que compañeras de trabajo.

Laura carraspea mientras se coloca frente a Axel y a mí, al lado de Adán.

—En Jacaranda tenemos unas normas, lo hablamos el primer día.

—A la mierda las normas, Laura.

—Axel... —Su tono suena a advertencia.

—Mérida... —me dice Adán—, ¿se puede saber qué has hecho? Me has decepcionado, pensaba que eras otro tipo de mujer.

—¿Sabes? Yo también pensaba que era una de esas que esperaba que su novio, ese que la engaña hace bastante más tiempo del que reconoce, me fuese fiel, me respetase, me quisiera y que fuese posible un futuro juntos y resulta que la decepcionada soy yo. Una de las que ansiaba que le pidiesen matrimonio en una playa el día de su cumpleaños, una que no podía concebir su vida con otra persona que no fuese el primer chico que la besó. Y lo he conseguido, he conseguido elegir al primer chico que me besó.

Adán sonríe, sabiéndose victorioso ante mis palabras. Axel sujeta mi mano y la aprieta con fuerza, intenta que saque todo lo que tengo dentro, que no me acobarde ahora que ya he abierto la caja de los miedos, que la valentía tome el poder y sea yo, más yo que nunca.

—Y el primer chico que de verdad me besó fue él. Te contaré una historia, Adán, la de una chica que supo lo que era volar con un beso, con una caricia o con una frase canalla; una chica que entendía que el amor pasa por muchas fases y ninguna de ellas es relegada a un segundo plano, porque no lo merecen, todas hay que disfrutarlas y saborearlas, porque las sensaciones que te embriagan no hay que esconderlas, es cuestión de mostrarlas al mundo con una sonrisa.

Ahora entiendo todo, ahora sé el motivo por el que Axel me llama así, porque mi sonrisa es el reflejo de lo que soy, como sus ojos lo son de él.

—Mérida, ¿acaso pretendes justificar lo que has hecho escudándote en el amor?

—No, te equivocas —contraataco—, no me justifico ni me escondo tras nada. Soy sincera, Adán, y tú eres el menos indicado para dar lecciones de moral teniendo en cuenta que estabas conmigo y a su vez con otras.

Varios compañeros se acercan hasta la zona en la que nos encontramos, puede que sea producto del espectáculo o simplemente sea casualidad.

Olivia es la primera en entrar en la cabaña y sé que ha sido Simona la que la ha avisado.

Siempre he necesitado a mi hermana para tomar una decisión, pero hoy siento que no es necesaria su presencia y eso también se lo debo a Axel.

—Yo no...

—No más mentiras, Adán, ya no. No vale la pena que intentes engañarme porque no voy a creerte y tampoco creo que sea necesario, dadas las circunstancias.

—Vale —claudica—, lo hice mal, ¿es lo que quieres escuchar? Un error estúpido, una sola vez, ¿vale? ¿Más serena? ¿Podemos ir a un sitio más tranquilo y hablar de ello?

Axel suelta mi mano. Hasta en eso es increíble. Lo hace por si quiero ir, hablar, dejar las cosas claras o por si he cambiado de opinión y de verdad me vale como excusa y justifica todo lo acaecido entre nosotros ahora mismo.

—No, Adán, no —niego acompañando mi rechazo—. No tenemos mucho más que hablar. Te perdono. Puedes estar tranquilo, he entendido que no eras lo que yo buscaba ni tú lo que yo necesitaba. Es sencillo, Adán, y sin drama es mejor —finalizo.

—¡Qué poca cosa has sido siempre! —exclama.

Axel da un paso en su dirección, sé que quiere defenderme, defender mi honor y mi entereza, pero no es necesario, porque no me hace daño, no duele, no hiere. Solo rompe el que puede, no el que quiere.

—Sí, lo he sido, lo bueno de todo esto, Adán, es que, ahora, tú eres mucho menos sin mí, y yo, yo mucho más sin ti. Menos por menos, siempre, es más, no lo olvides —matizo.

Adán sale de la cabaña principal y es inevitable que sienta cierta congoja en el estómago. Es como si me apretasen las entrañas y las retorciesen. Tenía que pasar, era inevitable, pero hubiera preferido que no fuese aquí, delante de los compañeros, en mi espacio de trabajo.

Ahora soy yo la que coge la mano de Axel y sonrío. Me devuelve el gesto y me siento bien, en casa. Sabía que los senderos eran inescrutables, pero todos ellos me llevaban de la mano hacia el camino indicado, hacia él.

—Axel... —Laura interviene y rompe el momento que se había creado entre nosotros—. Hay unas normas, eres un coordinador, sabes que no puedes confraternizar con las empleadas.

—Lo sé, y tú también lo sabías cuando formalizamos la relación, cuando nos planteamos una boda a la que acudí como invitado porque terminaste casándote con mi padrino; mi mejor amigo.

Laura ahoga un gemido y se lleva la mano a la boca.

—Axel, por favor.

—No importaba si confraternizaba contigo; pero, ahora que es otra persona la que ocupa mis pensamientos, sí te molesta.

—No seas ridículo, no es por ella, firmaste un contrato.

—El mismo que tenía firmado cuando tú también eras monitora y no coordinadora.

—Si me pinchan, no sangro —murmura Olivia a mi lado.

Es ella. Ella es la chica que le rompió el corazón, de la que estuvo enamorado hace tiempo y la que lo hundió en las profundidades del abismo. Ahora encajan determinadas cosas. Su actitud, cercana en momentos, su forma de dirigirse a él, la manera en la que lo mira, todo...

—Pero... —baluceo perdida.

—No queda nada de eso, Laura. He encontrado mi lugar y es con ella —matiza lleno de convicción.

Su mano, de nuevo junto a la mía, acariciándonos piel con piel, pero es más que eso y ambos lo sabemos.

—Tengo que despedirte si sigues así, Axel. ¡A mi despacho, ya! —grita.

—Iré ahora, dame un segundo.

Axel se gira hacia mí y nuestras miradas se unen una vez más. La congoja que había desaparecido da paso a algo mucho peor, al miedo a la pérdida, a la incertidumbre.

—¿Qué va a pasar ahí dentro? ¿Por qué no me dijiste que era ella?

—Hay batallas que es mejor librar solo, escribirlas y no contarlas más. Ella es pasado, no hay nada, tú eres mi presente.

—Y tú el mío, Axel.

—Mérida... —Mi nombre en sus labios, su mirada clavada en la mía, el brillo de sus iris, sus ojos grises, su piel, cada palabra no pronunciada, pero sentida; todo, es todo ahora mismo—. Sonríe una vez más, sonríe para mí. —Sus palabras me emocionan y, aunque no sé qué va a suceder, lo hago, porque la sonrisa es sincera, porque es un gesto que no implica nada, pero, en ocasiones, da mucho más de lo que piensas. Pasea sus dedos por mis mejillas y sigue la línea de mis labios—. Jodidamente preciosa —murmulla antes de besarme.

CAPÍTULO 58

Regreso a mi cabaña, porque así me dijo Laura que debía hacer y Axel me hizo un leve asentimiento de cabeza para que hiciera caso. Quizá debería haber permanecido allí, pero me sentía fuera de lugar, más aún después de saber lo de Laura.

Valoro mucho que haya sido capaz de defenderme, de colocarse a mi lado y, simplemente, llenar la estancia con su presencia, demostrarme que era el momento indicado para poner las cartas sobre la mesa y, no solo eso, confesar abiertamente lo que siente por mí. Debería estar feliz y el sentimiento que me embriaga en este momento no es ese precisamente.

—¡Joder, Mérida! ¿Qué ha sido todo eso? —Mi hermana entra en la cabaña y en su gesto percibo que se encuentra tan perdida como yo ahora mismo.

Podría decirle que ha sido culpa suya, que sus mensajes han provocado que Adán viniese y que no sé qué va a suceder ahora, porque hemos infringido las normas, pero, no, nada de eso sería cierto. No ha sido ella la culpable, hemos sido nosotros, Adán por mentirme, yo por creer que estaba enamorada de él y que me valía lo que tenía, y de Axel, por no haber aparecido antes en mi vida para saber de verdad lo que era sentir con el alma.

—Supongo que pasó lo que tenía que pasar —finalizo arrastrando mis pies hasta la habitación para dejarme caer en la cama.

—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar con Axel?

—No lo sé y eso es lo que más me preocupa.

—Laura estaba entre el enfado y la rabia, no sabía nada de su historia, nos hemos quedado de piedra —explica mi hermana.

—Yo tampoco, es decir, sabía que Axel había estado a punto de casarse, pero no con ella.

Olivia no hace ninguna pregunta y se lo agradezco enormemente. Se tumba a mi lado, se coloca a mi vera y me acuna entre sus brazos, exactamente como cuando éramos pequeñas y una de las dos se caía, nos abrazábamos hasta que la otra cesase en su llanto. Más de veinte años después, sigue siendo exactamente igual.

—¿Estás bien?

Por fin, esas lágrimas que merecían ser derramadas lo son. El llanto contenido por lo vivido, la necesidad de desahogarse, de sacar lo malo y dejar el hueco para lo bueno, impera.

—No —finalizo.

—Shhh. —Me consuela mientras me acuna—. Lloro, lloro todo lo que haga falta, que yo siempre estaré aquí. De nuevo, exactamente como siempre.

—¿Chicas? —la voz de Simona nos llega desde el salón—. ¿Chicas? ¿Estáis ahí?

—Espera aquí —me pide Olivia.

Escucho voces, amortiguadas por la puerta que ha cerrado mi hermana tras salir de la habitación. De nuevo, los pasos de ambas vienen en mi dirección y me coloco boca arriba con el nórdico bien sujeto entre mis manos.

—¿Qué sucede? —atino a preguntar.

Mi hermana tuerce el gesto, mira a Simona, y esta agacha la cabeza.

—Lo ha echado —me cuenta cuando se arma de valor.

No es necesario que me diga más, tengo toda la información que necesito.

—¿Qué ha pasado?

—Se oían muchos gritos y voces, no pude escuchar lo que decían. Solo sé que, al abrir la puerta, Laura le dijo que no volviese más por allí, y Axel le dijo que no se preocupara, que no lo haría. Ni siquiera me dijo adiós cuando cruzo el umbral de la recepción. Estaba jodido, Mérida. No hace falta ser muy lista para darse cuenta de eso.

—¿Y ahora? —pregunta Olivia—. Mérida, yo... lo siento mucho, juro que no pretendía que nada de esto sucediera. No pensé nunca que Adán fuese a plantarse aquí, y mucho menos que Laura descubriese todo... Lo siento de veras.

Me acerco hasta donde se encuentra, cabizbaja, pensativa y dudosa y la abrazo.

—Tú no tienes la culpa, tenía que pasar. Lo malo ha sido que los acontecimientos se han desarrollado de otra forma bastante diferente a la que había imaginado, pero es lo que toca —confieso. Olivia esboza una leve sonrisa y me devuelve el abrazo—. ¿Sabes dónde está él? —pregunto clavando la mirada en Simona.

—No —niega—, solo pude verlo salir de la cabaña principal. Cuando pude escaparme, lo primero que pensé fue en venir a contártelo.

Me limito a asentir. Cojo la chaqueta y salgo de la cabaña. A simple vista, no parece que nada haya sucedido, los gritos de los chicos permanecen en el aire, incluso veo a varios monitores pasar por allí con Marla y Martín.

—Mérida, mira. Mérida, Martín se ha hecho una herida en la rodilla, voy a la enfermería con él, porque es mi novio y los novios hacen eso, ¿verdad? ¿A que sí? —pregunta ahora dirigiéndose a la monitora que los acompaña de la mano.

—Eso se te cura con un plato de lentejas, Martín, ya verás —le consuelo.

Martín da un par de cabezadas afirmando, y Marla le coge de la mano mientras la balancea hacia adelante y hacia atrás, y prosiguen el camino.

Llevo mis pasos hasta la cabaña de Axel. Doy varios golpes en la puerta y espero a que abra, como hace siempre; sin camiseta, con la sonrisa como única prenda y esperando alguna respuesta ingeniosa por su parte. La realidad dista mucho de lo que en mi cabeza se procesa. No abre.

Doy una vuelta por la cabaña, las ventanas siguen abiertas y las cortinas ondean por la brisa, coloco mis manos en la ventana y me alzo de puntillas, para intentar ver algo. Puede que no quiera recibir a nadie, que prefiera recoger sus cosas en completa calma y luego despedirse. Puede que no quiera marcharse, que venga a buscarme y me diga que no pasa nada, que lo ha solucionado y que todo ha sido un chiste malo, pésimo o peor.

—No está, no lo busques. Se ha ido.

Trastabillo al escuchar la voz de Laura a mi espalda. Me recompongo y me giro para verla.

—¿Por qué lo has echado?

—Es una pregunta muy absurda, ¿no crees?

—¿Ha sido porque ha incumplido la norma o porque la ha incumplido con alguien que no eres tú?

Mi pregunta la pilla desprevenida porque gira la cara para que no vea que le ha molestado lo que le acabo de decir y, sí, lo he dicho con rabia, con toda esa que siento ahora mismo, por lo que le hizo en su momento y por lo que nos hace ahora.

—No es una norma que me haya inventado, es algo que se avisó desde el primer día; él lo sabía, y tú también. Simplemente, he seguido las pautas marcadas en Jacaranda.

—¿Y por qué no me echas a mí? —formulo la pregunta a la carrera, sin pensar que quizá es eso a lo que viene, a echarme, a pedirme que abandone Jacaranda.

—Me ha pedido que no lo haga, ha sido la única condición que me ha puesto.

—¿Y la has aceptado? ¿Acaso es por el sentimiento de culpa? ¿Pretendes purgar tus errores con un favor?

—Piensa lo que quieras —sisea llena de odio—, lo he hecho porque entiendo que eres muy joven y sabes poco de la vida. Es normal que hayas caído rendida a sus pies, todas lo hacen, yo misma lo hice.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿El qué? —inquire.

—Que no es cuestión de tiempo, de edad, de cantidad, no hay una medida exacta ni una fórmula perfecta. Somos dos personas que se han encontrado cuando y donde debían hacerlo, para salvarse y reconstruirse, para aprender cosas, para valorar otras, para llenarla de nuevos propósitos —finalizo.

Laura suspira mientras una sonrisa envenenada decora su cara.

—Eso pensé yo en su día y mírame.

—Por suerte, tú y yo no nos parecemos en nada —matizo llena de cólera.

—¿Por suerte para ti o para mí?

Ahora soy yo la que suspira, recorro la distancia que nos separa y me coloco a su altura, mirando hacia el bosque.

—Por suerte para Axel.

Deshago el camino hasta mi cabaña sin mirar atrás.

—¿Mérida? —No respondo, solo freno mis pasos—. Tienes dos horas para presentarme lo de la búsqueda del tesoro, si no lo haces, quedas fuera de la organización de la actividad final.

Prosigo mi camino. Ya he perdido a Axel, no pienso perder el trabajo que he hecho este mes, por mí, por él, por todos mis chicos.

CAPÍTULO 59

Tras regresar a la cabaña y contarle a mi hermana y a Simona lo sucedido e intentar convencer a Olivia para que no mate con un cuchillo oxidado a Laura, nos centramos en esto.

Simona tiene que regresar a la recepción, pero me ha enviado refuerzos, Mari Puri está haciendo café y vendrá en un momento.

—¿Por qué tenemos que hacer un proyecto? ¡Es una fiesta no un proyecto de fin de grado!

—Lo ha decidido Laura, ¿necesitas más explicación que esa?

—No. Suficiente —zanja regresando al trabajo.

Hemos buscado un formato sencillo en Google, para presentarle a Laura algo apropiado y que tenga un margen de error bastante reducido. No quiero dejar nada al azar.

—Haremos lo que podamos en dos horas.

Mari Puri llega al cabo de un rato con una cafetera en la mano y una bolsa en la otra.

—Llegan los refuerzos —indica al entrar.

Dejo a Olivia redactando una parte mientras voy en busca de Mari Puri.

—¿No sé si hubiese preferido una tila a un café?

—No es café —dice sonriendo—, es ron. Lo guardo para las ocasiones especiales —me dice abriendo la cafetera italiana y mostrándome el contenido.

—Eres muy lista —finalizo.

—La que más —añade—. ¿Cómo estás? Ya nos hemos enterado.

—¿Queda alguien que no lo sepa? Dime que sí, no quiero ser el hazmerreír de Jacaranda en los últimos días.

—Nadie se va a reír de ti, Mérida. No has hecho nada malo —me consuela.

—Eso díselo a Laura, a ver si trae de vuelta a Axel. ¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué? —me pregunta mientras sirve tres chupitos de ron.

—Que no se despidió de mí, se fue sin siquiera decirme nada.

—Puede que no quisiera que te sintieras peor, ahorrarte el mal trago o que Laura le haya dicho que se fuese sin decir nada, ya sabes cómo es —me explica.

—No pensaba que ella fuese así, no tenía ni la menor idea.

—Las personas, a veces, se quitan la máscara en situaciones límite. No sabemos lo que ha pasado entre ellos, no sabemos nada de nada, y Laura nunca ha sido de fiar.

—Es...

—Una zorra —matiza mi hermana saliendo de la habitación.

—¿Has olido el ron? —le pregunto forzando una sonrisa.

—¿Hay ron? ¡Esto se pone interesante! —dice mientras aplaude—. Eso ya está, Mérida.

—Léelo en voz alta —me pide Mari Puri.

Regreso a la habitación y cojo los papeles. Regreso a la cocina y veo que cuchichean.

—¿Qué pasa?

Mari Puri mira a Olivia y esta, a su vez, le devuelve la mirada.

—Nada —responde finalmente la cocinera.

—Sí, sí que pasa, ¿es Axel?

Olivia niega.

Mari Puri alza la mano y nos enseña una pequeña cosita que rodea su dedo anular.

—¿Es lo que creo que es? —pregunto asombrada.

—No quería decirte nada ahora, porque no es el mejor momento...

—No digas eso, me alegro mucho por ti, en serio, estoy feliz de que al final todo saliese bien.

—Cuando acabe Jacaranda, sustituiremos esta hoja seca por algo de verdad, pero a mí me basta con esto.

—¿Estás más tranquila?

—Estoy feliz —finaliza.

Puede que las cosas no resulten como esperaba y que no todos los finales en los cuentos sean siempre felices, quizá los senderos quieran llevarme por otro camino, en busca de algo nuevo, de algo mejor a lo que tenía. Lo que sí tengo claro es que la Operación Himen y la Operación Celestina han sido un éxito y me alegra verlas tan contentas, porque, si no fuese así, no sería una amistad de verdad.

Entro sola al despacho de Laura, mientras mis chicas me esperan en la recepción.

—Te diré algo mañana por la mañana.

—Pero habría que prepararlo todo mañana.

—Te diré algo mañana —finaliza repitiendo sus palabras y volviendo a su trabajo, sin prestar siquiera atención al proyecto que le acabo de entregar.

Regreso con las chicas y me despido de ellas. Tengo clase y, dadas las circunstancias, lo mejor es que ocupe mi tiempo y me centre. Si ocupo la mente, me sentiré menos vacía de lo que ahora mismo me siento.

Por un momento, pienso en llamar a mi hermano y contarle lo que ha sucedido, pedirle consejo, saber si debería irme en su busca, pero está claro que me diría que no, que tengo que cumplir con lo pactado; me han contratado para un fin y en eso me debo centrar.

Los compañeros que cambian de actividad me miran y eso me incomoda. Nunca me ha gustado ser el centro de atención, ni de lo bueno ni de lo malo, soy de las que se colocan a la mitad del autobús para pasar desapercibidas y de las que les tiembla el pulso cuando deben apearse, porque las miradas siempre se centran en la persona que se levanta para bajar. Ahora me siento observada y no me gusta esa sensación.

No me siento culpable de haber sentido lo que he sentido y de haberlo explorado, ni siquiera creo haberlo hecho mal, porque hemos respetado los horarios de Jacaranda y cumplido con nuestros cometidos, pero que busque justificación no implica que me haya saltado las normas.

Llego al lago. Es una de las actividades que comparto —compartía— con Axel y, ahora mismo, me siento sola e indefensa.

—Hola, chicos —saludo al llegar.

Varios cuchicheos me reciben y algunos tímidos saludos. Daniel, sentado con Micaela, se incorpora y se acerca hasta mí.

Comienzo a sacar varias pelotas, la red inflable de *voleilago* y el inflador.

—Te ayudo —me dice.

—Gracias —respondo. La congoja vuelve a estar presente y de nuevo me aprietan las ganas de llorar, de dejar que salga todo, por la soledad que ahora mismo me aborda y me constriñe—. Se fue sin despedirse —le digo con total confianza.

Lo sé, sé que es un chico, un adolescente de quince años que lo ha pasado mal, que le cuesta esto de los sentimientos, que me ha mandado a paseo en más de una ocasión, pero, ahora mismo, lo siento más cerca de mí que nunca.

—No —me dice llevando la mano al bolsillo—. Me ha dado esto para ti.
Alzo la vista y las lágrimas descienden por mis mejillas sin permiso alguno.

—¿Qué...?

—Te cubro un rato. Micaela me ayudará.

La susodicha se ha acercado y está a nuestro lado. Apenas he cruzado una palabra con ella en todo este tiempo, pero me alegra que esté aquí, con Daniel.

—Gracias —susurro.

Me adentro en el bosque un poco y me dejo caer en uno de los troncos de los árboles. Escucho las voces de Daniel y de otros compañeros, mientras organizan la actividad y pienso que Daniel será un monitor magnífico en unos años.

Abro el pequeño papel sin poder controlar el temblor de mis manos.

Varias lágrimas caen sobre sus letras y me sorprende riendo y llorando a la vez. Nunca antes había visto la caligrafía de Axel y, hasta eso, hasta ese pequeño y absurdo detalle, me resulta muy suyo.

Sonrisa...

Voy a empezar prohibiéndote que estés triste. Llegaste a Jacaranda saboreando todo lo que te rodeaba, mirando cada rincón y disfrutando de cada recóndito lugar de este bosque, justo lo que necesitabas; un verano en Jacaranda para volver a ser tú misma, justamente por eso vengo yo cada año.

Soy abogado, uno de esos que viste de traje y corbata todo el año y que se desvive entre leyes e informes, pero, cuando llega agosto, siento que llega de nuevo el verdadero Axel, el que necesita de esto para poder sobrevivir todo el jodido año. Y tú también lo necesitabas porque, si algo tiene Jacaranda es que te cambia por completo si dejas que entre en ti, y a ti, Mérida, no te hizo falta más que un par de días para saber lo que buscabas y cuándo lo buscabas.

Podría decirte que era yo, está claro que tu vida conmigo en ella luce de otra manera —guiño, guiño—, pero creo que me dirías algo sobre lo grande que tengo el ego y lo chulo que me pongo cuando quiero, pero me sale solo contigo, supongo que despiertas esa parte de mí.

No te culpes por nada de lo que ha sucedido porque pasó lo que debía pasar, infringimos las normas y nos pillaron, pero... ¿y lo que disfrutamos mientras nadie sabía nada?

No he querido despedirme, porque no siento que sea una despedida, me he ido, pero solo de Jacaranda, sabes que te buscaré, recuerda que soy un abogado que sabe cómo esquivar a la ley para robar datos de un *camping*.

Organiza esa pedazo de actividad, disfruta de Marla, de las chicas y dale un paquete de galletas a Triqui de mi parte y a Daniel..., a Daniel dale mil besos porque se los merece, otro que también se ha reencontrado, pero creo que ha sido gracias a una pelirroja llamada Mérida, la de la sonrisa más brillante del mundo.

Nos veremos pronto, mi chica de los lunares.

Te quiero mucho y muy bonito.

A.

Leo la carta todas las veces que me lo permite la luz del día, creo que incluso la noche me sorprende con ella entre mis manos.

Haré caso a todo lo que me pide, sin excepción, empezando por los besos de Daniel que, aunque esté en su cabaña ya, me va a dar exactamente igual.

CAPÍTULO 60

—Espero que estén todos los papeles con las pistas en su sitio.

Finalmente, Laura aceptó la actividad y ayer nos desvivimos todos por prepararla. Esteban, Simona, Olivia, Aitor, Mari Puri, Mari Pili e, incluso, Santi puso su granito de arena en todo esto, y estoy realmente satisfecha con el resultado.

Me hubiese gustado que el cofre del tesoro tuviese algo más que un diploma, unas chuches y un álbum de fotos de Jacaranda. Marla y el resto de renacuajos hicieron dibujos que también se guardaron en el cofre y, entre varios, hicimos un trofeo en forma de árbol, al que luego le pondremos el nombre.

Mari Puri y Mari Pili han hecho una tarta de chocolate preciosa y unos dulces que luego compartiremos.

—Tranquila, está todo como debe estar —me explica Esteban para tranquilizarme. Creo que, en todo el tiempo que llevo en Jacaranda, no he hablado con él tanto como hoy.

Con todo listo y organizado, nos encaminamos hacia la cabaña principal para explicar las normas de la actividad.

Trago con fuerza, al darme cuenta de que seré yo la que explique en qué consiste lo que vamos a hacer y ese pequeño nudo se forma en mi garganta al pensar en que Axel se va a perder todo esto, todo lo bonito que hemos hecho en tan poco tiempo y a todas las personas que se han volcado en mi idea para que salga algo chulísimo.

Carraspeo un par de veces delante del micrófono para llamar la atención de los presentes. Ni caso, bastante lógico todo, si tenemos en cuenta que son muchos niños, muy juntos y muy activos. Mala combinación.

—A ver, que mi hermana aquí presente va a hablar y ella no es mucho de gritar y esas cosas, eso lo heredé yo solo. —Silba mi hermana, atrayendo la atención de los presentes. Ahora la que carraspea es Laura—. No me van a volver a contratar —me dice al oído, pero se escucha en la sala, demasiado alto y muy cerca del micrófono. Y entonces sí que nos atienden todos.

—Hola —saludo en voz baja—. Madre mía —murmuro—. Buenos días —comienzo de nuevo—. Es el último día de actividad y mañana Jacaranda cerrará sus puertas un año más y, por eso, hemos pensado en hacer algo que nos deje con ganas de volver, que nos haga disfrutar al máximo y que sea mágico, porque el verano debe ser así y este va a ser inolvidable. —Trago con fuerza al darme cuenta de mis palabras, de lo que conlleva lo que acabo de explicarles y del propósito escondido en esa verdad—. Vamos a ir en busca del tesoro escondido. —Varios susurros de asombro y algunos aplausos se hacen eco en la estancia y me siento satisfecha de ello—. Os vamos a repartir varios papeles donde están los grupos divididos y mezclados por edades, el mayor de ese grupo será el capitán, pero puede tener ayudantes o ceder la capitania a quien elija, eso lo dejo a elección vuestra. Lo importante es trabajar en equipo y ayudarse, seguir las pistas que hemos ido dejando en cada lugar y que al final os llevara al cofre del tesoro.

—¿Pistas? —pregunta Micaela.

—Sí, hemos ido dejando pistas en cada localización. Todos saldremos del mismo lugar y hay una pista para cada uno que os llevará a otro lugar donde habrá otra pista. Depende de la pista que

elijáis os irá llevando a cada sitio, no todos vais al mismo, aunque sí que llegaréis al cofre.

Creo que esto es una verdadera definición de lo que os he contado mil veces y que ya os dije una vez, podemos dar miles de rodeos, cambiar de sentido una y otra vez, pero, al final, la meta está en un único lugar y la encontraremos tarde o temprano.

—Irá un monitor con cada grupo y así no nos perderemos, pero no os podrá ayudar con las pistas —ratifico.

—Habrá que hacer pruebas, así que lo mejor es que estéis preparados para cualquier cosa —se burla mi hermana.

Los chicos parecen sonrientes, sin excepción y miro a Laura, porque sé que eso le disgusta, aunque finja que no.

—¿Cuál es el lugar de partida? —pregunta Daniel.

Yo le sonrío abiertamente.

—El lago —finalizo.

Tras salir y reunirse cada grupo, resolver las distintas dudas que van surgiendo, me dirijo a mi grupo, en el que se encuentran Daniel y Marla.

—Profe, profe, nunca había pensado que podía ser una pirata, pero creo que, si gano, quiero ser de mayor eso. Buscaré un traje rosa y un gorro rosa y me haré un barco gigante y haré que todas me llamen capitán y se enamorarán de mí porque seré la mejor pirata del mundo.

—Los piratas roban —le dice Daniel.

—Pero yo seré una pirata buena, robaré para regalar, eso es bueno, ¿no?

—Tienes una hermana muy lista —murmura Micaela, y Daniel asiente. Se cogen la mano, el gesto no me pasa desapercibido y tampoco a Marla que me da un codazo y se ríe tapándose la boca.

—Se lo voy a contar a mamá —me dice en el oído.

—¿Preparados? —pregunto.

Todos asienten mientras caminamos hacia el lago.

Llegamos los terceros, por lo que nuestra pista es la número tres. En cada parada que hacemos, tenemos que hacer algún tipo de prueba: saltar en sacos, nadar en una piscina, trepar un pequeño árbol y siempre, siempre, llegamos los terceros, parece que el número tres es nuestra pista.

—Necesito ir al baño —me pide Daniel.

—Vamos a llegar en esta ocasión los primeros y la primera pista sería la nuestra.

—No quiero llegar meado y creo que tú tampoco —se burla.

—Está bien —cedo—. Te esperamos aquí.

Nos quedamos todos esperando a que Daniel regrese del lugar por el que se ha ido y, mientras tanto, me dedico a mirar al cielo. Siempre hay algún árbol que lo oculta o interrumpe la visión total del mismo, pero sé que está ahí, que no se ve, pero se siente, como lo que siento por Axel.

—Listo —finaliza al incorporarse al grupo.

—¿Te has lavado las manos? Mamá dice que si no te lavas las manos se te llenan de *jarmenes* y eso es malo, porque suena fatal y debe de serlo y yo no quiero tener de eso, por eso siempre me las lavo, porque soy una pirata muy limpia.

Daniel pone los ojos en blanco y le pasa las manos por las mejillas. Marla arruga el gesto y le da un codazo antes de salir corriendo seguida por su hermano.

—Me encanta verlo así —digo en voz alta.

—Y a mí, siempre estaba apartado del grupo, no era él —me confiesa Micaela.

—Cierto —añado.

—Gracias por el truco —me dice.

—¿Qué truco?

—El de Marla.

—Pensaba...

—Gracias a eso, hablamos.

Suspiro sonriendo con ternura.

—De nada —finalizo—. De nada.

Tras llenarme de barro hasta las orejas, aguantar el equilibrio por un tronco y llegar hasta el establo, donde tuve que rebuscar entre sustancias que prefiero no mencionar, encontramos la última pista.

—¿Qué dice? —pregunta Marla. Le tiendo el papel y dejo que lo lea—. La aventura llega a su fin, no podría ser un tesoro pirata si no estuviese cerca del agua. Volved al lago, una vez allí, tenéis que colocaros delante de la línea de salida, dar quince pasos al frente, cuatro giros y diez pasos a la izquierda y ahí os espera el tesoro jamás encontrado.

—¿Preparados?

—Sí, corre —me pide Marla emocionada.

Doy las gracias, porque en este recorrido final no puse ninguna prueba de esas a las que nadie quiere enfrentarse, solo disfrutar del paseo y de la charla incesante de Marla, que nos cuenta que hará una boda pirata con Martín. Bendito Martín, tiene el cielo ganado si se casa con ella.

—Llegamos. ¿Seremos los primeros? —pregunto al ver que no hay nadie gritando aún.

—Ni idea, pero no quiero que nos ganen. Empezamos. Colócate en la línea.

—Tú eres el capitán —murmuro mirando a Daniel.

—Pues te cedo el puesto, porque eso se podía hacer, paso de embarrarme si hay que hacer algo, ya estás sucia, un poco más de caca no se nota —se burla.

Accedo a regañadientes, pero es verdad que la más sucia soy yo. Si mi plan ha salido a la perfección, no hay que hacer nada cochino, solo decir, antes de abrir el cofre, qué es lo que más te ha gustado de Jacaranda.

Doy los pasos, seguidos por el grupo, las vueltas y el resto de pasos.

—¡Somos los primeros! —grito emocionada. Vemos, unos pasos más adelante, el cofre enorme que preparamos, rodeado de los cartones reciclados que decoramos para que pareciera una playa de verdad, con la arena, las palmeras y hasta algún que otro cangrejo—. Os toca. —Me giro hacia el grupo para decirles que tienen que abrirlo, mientras ellos sonríen y murmuran. Marla comienza a aplaudir emocionada.

—Antes de entregar el cofre a los ganadores, el capitán o capitana, debe decirme qué es lo que más le ha gustado de Jacaranda.

Me giro al escuchar su voz, la voz que ha hecho que todo cambie y, ahí está, esa maldita camisa de nuevo, marcando bien sus músculos, los que odié a la misma vez que deseaba. Sus ojos grises que parecen verlo todo y su sonrisa más canalla, más arrogante y más pilla que nunca.

—¡Axel! —grita Marla—, ¿has vuelto?

El resto de compañeros comienzan a salir del escondite y llevo mis manos a la boca al darme cuenta de que ha sido una trampa, mi propia trampa. Simona, Mari Puri, Esteban, Santi y Olivia me sonríen condescendientes.

—Tú —susurra—. ¡Tú! —grita—. ¡Lo que más me ha gustado de Jacaranda eres tú! —insiste Axel—. ¿He ganado el cofre?

—Me has ganado a mí —suelto antes de lanzarme a sus brazos y darle un beso sin importarme los presentes.

—Ahhh, ya lo entiendo todo, creo que Axel se ha dado cuenta de que quiere que Mérida sea su novia, como Martín y yo. Ahora solo tenéis que casaros.

Todos reímos y aplaudimos, mientras los vítores, las risas, las lágrimas y la verborrea de Marla, llenan el último día de Jacaranda.

EPÍLOGO

Los grupos comienzan a disiparse mientras sigo en los brazos de Axel.

—Si te gusta que nos vean, se me ocurren un par de ideas bastante curiosas —me susurra Axel al oído mientras sigo abrazada a él.

—No empieces —le advierto.

Axel sonríe mientras deposita suaves besos en mi sien.

—Tengo que ir a hablar con Luis, vuelvo en un rato, espero que no me echés mucho de menos.

—Tranquilo, ya estaba cansada de tu presencia —me burlo mientras le enseño la lengua. Él se limita a guiñarme un ojo y continuar el camino internándose en el sendero principal.

Cuando lo pierdo de vista, me giro y ahí siguen todos ellos.

—¿Qué ha sido eso? —Les pregunto directamente porque sé que algo se ha escapado de mi control, el cofre y el tesoro eran otros, aunque está claro que nada comparado con lo bonito que ha sido este.

Mari Puri toma la delantera y comienza a hablar.

—No podíamos permitir nada de esto, Mérida, todos habíamos incumplido las normas y, si echaban a Axel, tenían que hacer lo propio con el resto, ¿no crees?

—Pero... es vuestro trabajo —le indico mientras veo en sus ojos el cariño por este sitio y todo lo vivido aquí.

—El trabajo es trabajo, las personas y los sentimientos están por encima de todo eso, Mérida. Lo que te llevas es lo que vives y sientes, solo eso, y eso significa Jacaranda para todos, no es un trabajo, es un lugar lleno de emociones.

Trago con fuerza, las palabras de Mari Puri, el regreso de Axel, el trabajo de todos por conseguir que esto funcionase, la sonrisa de mi hermana llena de ternura, Simona y el brillo de su mirada. Todo eso es lo que trago.

—Hablamos con Luis y se lo explicamos —comienza a contarme Simona— y, sorprendentemente, lo entendió. Si hay culpables, lo somos todos.

—No sé si fue el miedo a que nos marchásemos todos o que de verdad entiende que el verano es amor —añade Mari Puri.

—La culpa es de Jacaranda —especifica mi hermana—, que nos vuelve tontos a todos.

—¿Tú también te has enamorado?

—¿Estás chalada? Ni de coña, solo era diversión, para matar el tiempo libre y eso.

—Hay cosas que no cambian. —Cabeceo mientras me acerco para abrazarlos.

—Lo mejor de Jacaranda es Jacaranda.

—Te ha quedado bien la mentira —dice mi hermana mientras me aprieta entre sus brazos.

—Ya, cierto, lo mejor de Jacaranda es Axel.

—Lo sabíamos —afirma.

—Pero vosotros también —les digo sonriente.

—Lo intenta arreglar —me acusa Olivia carcajeándose—. ¿Unas cervezas? —pregunta haciéndose la santurrona.

—Aún me queda ron —dice muy, muy bajito Mari Puri.

Tras varios chupitos de más y con dolor en la mandíbula de las risas que llenaron la cocina,

me encamino, libreta en mano, hasta el lago.

Paso por el sendero, el primero en el que lo vi hace treinta días, cuando no sabía dónde estaba ni lo que iba a suceder en tan poco tiempo.

Me descalzo y dejo que mis pies toquen, por última vez, el agua de este lago.

—Te echaré de menos —finalizo—. Echaré de menos todo lo que he vivido.

Saco una de las piernas, la flexiono y comienzo a garabatear. Termino tumbada en la madera, con los ojos cerrados, relajada.

—¡Bu!

Abro los ojos y sonrío.

—¡Qué susto!

—¿Te he asustado de verdad? —inquire Axel mientras me empuja para que le haga un hueco. Cojo la libreta y me hago a un lado.

—No, nada, tus pasos se escuchaban desde mi casa.

—Mentirosa.

—Un poco —bromeo.

—¿Qué tienes ahí?

Me incorporo y apoyo los codos en la madera.

—Nada —musito evitando mirar hacia la libreta.

—¿Pretendes que me lo crea? Mientes de pena, sonrisa.

—No es nada y, si lo fuese, es secreto.

—¿Secretos conmigo? ¿Así es como piensas empezar una relación? Hay que asentar bien las bases, y todo pasa por la confianza y la sinceridad.

—Eres...

—¿Qué? —dice girándose y colocándose encima de mí, presionando su cuerpo contra el mío.

Mi corazón de nuevo se acelera, y lo percibe porque su sonrisa se ensancha y se sabe victorioso por la reacción de mi cuerpo. No puedo, juro que no puedo, es superior a mí.

Lleva la mano hasta la parte baja de mi cintura y, cuando ya estoy perdida en el abismo, me quita la libreta y se incorpora.

—¡Ehh! —protesto—. Eso es trampa.

—Nunca, jamás, te he dicho que no sea un tramposo.

—Deberías venir con un manual —refunfuño.

—A ver, a ver —dice dando varios pasos hacia atrás, descalzo—. Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —Me tapo la cara avergonzada cuando lo escucho leer en voz alta:

Lista de propósitos (la de verdad, la que tenía que haber hecho desde un principio):

Viajar en barco.

Pasar una noche en un faro.

Hacer el amor en el bosque bajo la luz de las estrellas.

Pasear en burro.

Adoptar un burro (por favor, por favor, por favor).

Besar mucho.

Hacerle caso a mi padre y escuchar a Manolo Escobar y a Juanito Valderrama.

Volver a Jacaranda.

No dejar que Jacaranda salga de mí, nunca jamás.

Ser lo que quiero ser y que nadie me lo impida.

Comprar coleteros y pasar las noches dejando que tiren de ellos.

Querernos mucho y muy bonito.

AMAR, así, en mayúsculas.

Cuando finaliza, me observa detenidamente.

—¿Qué? —cuestiono.

—¿Has hecho otra lista? —Asiento—. Aquí hay algunas que necesito que me expliques.

—¿Por ejemplo? —De verdad, a ingenua no me gana nadie.

—¿Qué es eso de los coleteros? No me queda claro.

—No pienso contarte mis intimidades, no preguntes.

—Bueno, lo hablaremos luego, espero que tengas alguno cerca. —Le enseño mi muñeca y afirma efusivamente—. ¿Con quién piensas hacer el amor en el bosque bajo la luz de las estrellas? ¡Vaya, qué casualidad! La noche está totalmente despejada, ¿será una señal?

—Un letrero luminoso —respondo alzando ahora yo las cejas.

—Muy bien, sonrisa, tienes buen maestro. Lo del burro... —Axel regresa a mi lado y me besa en el cuello haciéndome estremecer—. Siento decirte que no podemos adoptar uno, no me cabe en casa, pero podremos ver a Triqui siempre que quieras.

—Me vale —le indico—. Echaré de menos esto —le digo mientras apoyo mi cabeza en su hombro.

—Y yo, por eso siempre vuelvo.

—¿Y ahora? ¿A dónde vamos?

—A casa, es hora de ir a casa. Tienes muchos secretos que descubrir y una lista nueva de propósitos por cumplir, empezando por la noche estrellada y los coleteros. Tiras alto, sonrisa, me gusta tu nueva lista de propósitos.

La palabra casa me hace sonreír, mucho y muy fuerte. Le quiero, mucho y muy bonito.

—Te quiero —confieso una vez más y, a pesar de haberlo dicho, sigue pareciéndome tan intenso como la primera vez.

Ahora es él quien sonrío.

—Aquel día, en aquel sendero, me buscabas, reconócelo.

—Tienes el ego más grande que he tenido el gusto de conocer.

—Gusto, una gran elección —dice alzando las cejas—. ¿Quieres que te proporcione un gusto enorme? —pregunta remarcando la palabra en cuestión.

—¿Como tu ego?

—Más grande aún.

—Marrano.

—Sonrisa, sabía que te enamorarías de mí.

—Yo pensé que te mataría antes de acabar los treinta días.

—Aún puedes matarme, no han acabado los treinta días de verano, nos quedan unas horas.

—Pienso matarte —le amenazado acercándome—, pero a besos. —Sus labios y los míos conectan de nuevo, regresan a ese lugar al que pertenecen—. Y, ahora, cuéntame un chiste, pero esta vez que sea bueno.

Axel medita unos segundos, llevando su mano a la barbilla, como si fuese un científico buscando la fórmula secreta para que de las plantas broten billetes de cien euros.

—¿Cómo quiere un pato a otro pato? —Sonríe socarrón y, sin dejarme responder, prosigue—, *patoda* la vida. Como yo, sonrisa, como yo.

Hay algo que no puse en mi lista de propósitos y es a él. A Axel. Porque, con él, cualquier cosa de esta lista sería maravillosa, porque Axel llegó para cambiarme sin yo siquiera saberlo, porque Axel era el principio, mi punto de partida.

Porque, sin saberlo, viajaba hacia mi destino y no era otro que él.

Él era el inicio de mi lista de propósitos y el final de ella, y hoy lo sé, ahora solo me queda disfrutar del trayecto.

EPÍLOGO: AXEL

Supongo que planear una boda en dos meses es una auténtica locura o lo suponía hasta vivirlo en primera persona y saber que lo es. Las bodas no entraban en mis planes, nunca he creído en el concepto del matrimonio como tal, puede que sea algo así como un escéptico o un alma libre, como dice mi abuela, el caso es que acepté pasar por el aro cuando Laura me dijo que era el momento, que lo había sentido como tal, y yo, enamorado como estaba de ella, decidí complacerla.

Tocaba, era lo que tocaba, su familia y la mía lo tenían claro y lo celebraron como si de una buena nueva se tratase. Laura lloraba de emoción, y yo me sentía feliz al verla a ella así.

—La pajarita recta, hijo mío —soltó mi madre mientras la movía para que quedase tal y como ella quería que estuviese. Para mí que era algo figurativo producto de los nervios porque yo la veía recta.

—Los nervios, mamá, controla los nervios —espeté condescendiente.

—Alguien debe poner algo de cordura este día y ese eres tú, Axel.

Siempre he sido el más sensato de la familia, herencia paterna, imagino, pero aquel día no me sentía especialmente nervioso, solo quería que pasase rápido e irnos de viaje a esa cabaña que esperaba que nos hiciera pasar momentos increíbles y esperaba también que los mejores estuvieran entre sus piernas.

Si algo tenía Laura es que era ardiente, el sexo con ella era increíble y siempre lograba sorprenderme y dejarme con ganas de más, aun habiendo acabado hacía nada.

La esperé en el altar, al lado de mi mejor amigo y padrino en aquella celebración y lo percibí más nervioso e inquieto que yo mismo.

—Parece que te fueses a casar tú —susurré riendo.

—Parece, sí, pero no lo es.

—No, por suerte tú puedes seguir yendo de flor en flor —bromeé.

—Por suerte —finalizó agachando la cabeza.

Sentí ganas de darle un par de palmadas en la espalda porque era un día feliz, ¿no? Lo era, era el día de mi boda.

El aliento se me cortó al ver entrar a Laura en la capilla, con su velo cubriendo el rostro, vestida de blanco de la mano de su padre.

Mi madre comenzó a llorar, y mi padre la consolaba entre sus brazos. Los ojos de mi abuela se clavaron en los míos, grises, ambos los tenemos iguales y sé que esperaba que me arrepintiera y saliera de esa iglesia. Siempre me había dicho que Laura no era la chica que necesitaba en mi vida, normalmente aguantaba sus comentarios con estoicidad, y mi madre respondía que el amor no se elige, se encuentra, y que Laura estaba en mi camino, en el camino de la vida. Negué para darle a entender que no iba a huir y ella asintió resignada.

Laura se colocó frente a mí, tendí mis manos para sujetar las suyas, y Michael suspiró embelesado.

—Guapa, ¿verdad? —le pregunté clavando mis ojos en los suyos. Él se limitó a asentir, confirmando mi comentario, pero sin añadir nada más.

El párroco comenzó a hablarnos de lo que implicaba el sacramento del matrimonio, de lo que

la Biblia decía de él y nos explicó que es la unión final de dos corazones que se encuentran. Mi abuela bufó sin poder contenerlo, y hubiera girado la cara y sonreído si no fuese porque Laura me pellizcó para que callase.

Michael seguía inquieto, nervioso, más que yo e incluso se le escapó alguna tos que me hizo girar de nuevo la cabeza para comprobar que estaba bien.

—Tengo calor —finalizó.

Estábamos en diciembre y calor precisamente no hacía.

—Laura, ¿aceptas a Axel como legítimo esposo en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe? —Silencio. Silencio sepulcral—. ¿Laura? —pregunta el cura.

—Perdón, ¿decía?

—Los nervios, son los nervios —la disculpo.

Ella asintió mirando a Michael.

El sacerdote formuló de nuevo la pregunta, y Michael volvió a toser con fuerza e intensidad.

—¿Estás bien? —pregunté sin entender nada de lo que sucedía.

Negó varias veces y ese fue el inicio del caos absoluto. Fue como una de esas bromas de cámara oculta que ves en el televisor y que te hace reír muchísimo, pero que no tendría gracia si te la hicieran a ti, ni puta gracia.

Laura estaba en brazos de Michael, él la apretaba con fuerza contra su pecho y ella lloraba con fuerza e intensidad.

—¿Qué coño pasa? —pregunté sin entender bien la situación. Era mi pareja, mi futura esposa, no se suponía que debía consolarla yo si se sentía mal—. ¿Qué me he perdido?

De pronto tenía a mi abuela a la derecha, agarrando mi mano con fuerza y supe lo que significaba, algo se avecinaba.

—No puedo —soltó Laura entre hipidos—, te quiero, Axel, pero no puedo.

—¿Cómo que no puedes? —pregunté conmocionado.

No era el momento de racionalizar toda aquella situación, pero era lo único que entendía; que, si razonaba lo que sucedía, puede que fuera más sencillo.

—No puede casarse contigo, Axel —apostilló Michael.

Negué un par de veces sintiendo la decepción apoderarse de todo. La decepción, el dolor y la traición, aún sin saberlo, lo sabía. Todo encajaba.

—No me sorprende para nada —narró mi abuela que seguía sin soltar mi mano—. Te lo dije, Axel, ella no es la que estaba al final de tu sendero. No era ella. Nunca lo ha sido, aunque te empeñases en no mirar más allá.

—Estoy embarazada —admitió Laura—, y es de Michael.

No sé si todos los asistentes gritaron, si reían o si soltaron ese temible «ohhhh» que sale en las películas cuando hay un giro inesperado en el *film*. No escuché absolutamente nada, solo el retumbar de mi corazón en mi pecho y sentí la fuerza con la que la mano de mi abuela sujetaba la mía.

—Entonces, ¿no se va a celebrar el enlace? —cuestionó el párroco con timidez.

—Sí, sí que habrá —afirmó con rotundidad ese que era mi mejor amigo—. ¿Te quieres casar conmigo?

Laura, la que iba a ser mi mujer, la chica de la que estaba enamorado, alzó la vista y, aún con las lágrimas rodando por sus mejillas, asintió.

Di un par de pasos hacia atrás, como si el impacto de una bomba me hubiese provocado un daño colateral y percibí que ella tiraba de mí, mi abuela me guiaba hacia la salida.

Unas horas después, sentados en la cocina de su pequeña casa con jardín, habiendo dejado que me serenase y, a sabiendas de que el resto de mi familia estaba en el salón intentando que todo lo que había sucedido en esa iglesia se quedase en una simple anécdota, un suspiro de mi abuela me hizo alzar la vista. Me veía en ella, la miraba y me veía ahí, reflejado.

—Axel, si dejas que lo que ha sucedido hoy te marque, vas a perder todo lo bonito que te tiene deparado el destino.

—El destino... —Sonreí sarcástico.

—Axel, las señales existen y eso ha sido una señal. Lo sé, confía en tu abuela que sabe de la vida mucho más que tú. Abre tus ojos, mira el suelo que pisas, pero no te quedes en la tierra que ves cerca, otea a lo lejos, seguro que hay un sendero y que al final del sendero hay un lago precioso lleno de matices, de características y de tonos. Antes del negro, ya existía el gris, es el paso previo, Axel.

Y eso fue lo que hice, alcé la mirada y vi su pelo rojo al final del sendero. Vi cómo miraba alrededor, los árboles, las tonalidades, los sonidos y las hojas que rodeaban sus zapatillas de montaña. Vi su sonrisa y me pareció la más sencilla y natural que había visto jamás.

Jacaranda supuso para mí ese sitio donde encontrarme, donde dejar atrás todos los problemas que me azotaban los once meses restantes del año; los problemas del bufete, los continuos comentarios de mi madre que seguía sintiendo pena por mí y por mi ruptura, y mi propio dolor por no saber dejar todo atrás. Había superado la traición, lo había hecho, pero durante mucho tiempo me encerré en mí mismo, no dejaba acceso a nadie a mi coraza y solo el enfado era lo que me hacía sentir seguro.

Hasta que llegaba a Jacaranda, cambiaba mis trajes y corbatas por un polo cualquiera, mis pantalones de pinzas por un pantalón corto de bolsillos y mis zapatos caros por unas zapatillas de montaña. Jacaranda me cambiaba y yo estaba dispuesto a cambiar por estar ahí, por volver a ser yo, aunque solo fuese durante treinta noches de verano.

—Sonrisa —susurré, pero la brisa se llevó mis palabras y me sentí bien pensando que las llevaba hacia donde se encontraba la chica del pelo rojo.

Mérida, la señorita prudencia, despertó mi curiosidad. Me sorprendía a mí mismo provocándola para saber qué o cuáles serían sus siguientes pasos, a veces me buscaba y otras se alejaba. Sabía que tenía pareja y que debía dejarla en paz, pero algo me lo impedía y, hoy en día, agradezco que mi cabezonería me prohibiese alejarme de ella.

Observaba sus pasos, su forma de comerse el mundo sin saberlo, la manera tan peculiar que tenía de vivir en Jacaranda, lo buena amiga de sus amigos que era, el empeño que le ponía a Daniel para sacarlo de su burbuja y la estoicidad con la que aguantaba las charlas de Marla. El ahínco que le ponía a la cocina cada vez que le tocaba y el cariño con el que trataba a ese burro comegalletas llamado Triqui y bautizado así por ella. Era sorprendente, las palabras de mi abuela resonaban en mi cabeza una y otra vez, y sabía que había sido capaz de alzar la vista, mirar los matices y quedarme con las tonalidades que se vislumbraban al final del sendero y todas estaban teñidas de rojo, del color de Mérida.

Laura entró en escena de nuevo al darse cuenta de todo. Yo ya no sentía nada por ella, nada de nada, ni siquiera quedaba una pizca de rencor. Había sido capaz, gracias a Mérida, de darme cuenta de que eso que creí sentir se le quedaba muy, pero que muy corto.

Esperaba que fuese de otra manera, que nadie se enterase de nada, que todo no saltase por los aires, pero no pudo ser así y tenía claro que, con Laura al frente, no sería sencillo.

Tomé la decisión de protegerla, de salvaguardar a Mérida e irme, porque Jacaranda me había dado mucho durante muchos años, pero en ese momento Mérida necesitaba que se lo diese a ella,

porque su viaje acababa de comenzar y había llegado perdida y se estaba encontrando en este *camping*.

Tenía claro que la buscaría el último día porque había huido una vez con miedo a que me rompiese el corazón, a que ella siguiera queriendo a Adán y que yo fuese su segundo plato y, si algo tenía claro en la vida, es que ya había sido el segundo en la fila una vez y no volvería a suceder. Quería que Mérida me besase porque sentía la necesidad de ello y de que todo fluyera con calma. No pude, no fui capaz de mantenerme alejado de ella, la necesitaba, porque seguía alzando la vista y todo volvía a teñirse de rojo. Mi abuela había hecho un buen trabajo con su consejo y sonreía al pensar que Mérida sí que le gustaría.

Laura no me quería ni yo a ella, eso ya lo he dicho, pero estaba enfadada, no por sus malditas reglas, sino porque se había dado cuenta de que yo ya no era aquel Axel que conoció, que volvía a sentir y que había pasado página de verdad, que ella era pasado y que no me importaba lo más mínimo. Supongo, de nuevo, que el hecho de que viese que me había repuesto a su embrujo ya no le agradaba tanto, más por egoísmo personal que por sentimientos compartidos.

Y se enfadó, puso el grito en el cielo, me echó en cara que no la supe querer y que por eso se había refugiado en los brazos de Michael, que yo era poca cosa para ella y que no sabía darle lo que necesitaba.

—Y te volverá a pasar, porque ella no es mejor que yo —soltó con rabia contenida.

—No, es diferente, y con eso ya me basta y me sobra —admití.

Esperaba otra respuesta, lo tengo claro, había aprendido de ella que lo mejor era darle la razón siempre, pero que no hacerlo me complacía, porque si no tenía la razón ya no tenía por qué dársela.

—Quiero que te largues de Jacaranda, que no regreses nunca más —escupió sin apartar la vista de mí.

Sabía que era un golpe bajo ese que me había dado porque nadie podía obviar que, en Jacaranda, yo era más yo que nunca, y Laura era lista, mucho.

Asentí, porque entrar en una polémica con ella no me llevaría a ningún lugar, me iría y ya buscaría la forma de regresar, porque una vez entras en Jacaranda ya no quieres salir.

—Y no vuelvas —insistió.

Asentí de nuevo, porque las provocaciones de Laura ya no causaban nada en mí. En cambio, las de Mérida...

Escribí una pequeña carta que pensaba dejar bajo su puerta. No me quise despedir, porque no quería que nuestras palabras se tiñesen con ese amargo sabor, volvería a por ella, aunque tuviese que esperarla fuera, al principio de la carretera con un cartel o con lo que fuese necesario.

Encontré a Daniel y supe que, si él le daba la carta, los uniría mucho más, que Mérida se sentiría mejor, y así lo hice.

—¿Te vas?

—No porque quiera —fue mi respuesta.

Cogió mi carta y se dirigió al establo. Era un gran chico.

No regresé a la ciudad, porque allí no quería estar, así que me quedé en un hostel cerca, esperando a que pasaran los días que quedaban para volver a verla. Mentiría si dijese que no tenía miedo a que Mérida no lo entendiese; pero, conociéndola como la conocía, entendería que hice lo mejor para los dos y, si no, ya me encargaría yo de demostrárselo en cuanto la tuviese entre mis brazos.

Mi teléfono sonó y me despertó del ligero sueño en el que había caído.

—¿Sí?

—Chico... —Sonreí al saber que era la cocinera, porque siempre se refería a mí de esa forma.

—Mari Puri...

—Mueve tu culo ahora mismo hasta Jacaranda, tenemos que hablar, no me hagas ir a buscarte porque te traeré de la oreja si lo hago.

Cabeceé afirmando, aunque no pudiese verme por el aparato.

—Hecho.

Nos reunimos como unos mafiosos de las altas esferas; Mari Puri, Simona, Esteban, Santiago, Olivia, Aitor, Luis y yo.

Fuimos sinceros, todos, y explicamos nuestros sentimientos.

—Nos tenéis que despedir a todos, porque no lo hemos hecho aposta, somos humanos...

—Y tenemos sentimientos —finalizó Mari Puri sonriéndole a Santiago, ese que acababa de pronunciar con rotundidad esas palabras.

Luis suspiró, se rascó la barba y afirmó.

Contuve la respiración pensando que no podríamos volver ninguno de los presentes.

—Es una locura de norma. Podéis regresar todos a Jacaranda, yo lo solucionaré con Laura.

Por poco aplaudimos, pero nos mantuvimos en silencio sonriendo y chocando nuestras manos cuando Luis abandonó la sala.

—Laura se va a enfadar —murmuró Mari Puri.

—Mejor —soltó Simona—. Espero poder verlo todo y no perderme nada de lo que suceda cuando se tenga que tragar sus propias palabras.

Sabía que sí, que se enfadaría, pero que no me diría nada porque ya entre nosotros estaba todo dicho.

—Tenemos un plan que trazar —soltó Olivia.

Sabía que habían dedicado noches a tramar planes; Olivia, Mérida y Simona, y me hizo gracia que el objeto del plan ahora fuese la propia Mérida.

—Será la leche —afirmó Olivia al narrar con lujo de detalles lo que sucedería.

Y así fue como me convertí en el premio de la búsqueda del tesoro escondido, parecía mentira que el premio fuese yo, cuando sentía exactamente eso con Mérida.

Había llegado a Jacaranda porque había seguido el camino, me había fiado de mis instintos y cogí el sendero adecuado.

Suena absurdo, pero es cierto que, las decisiones que tomas, te hacen ser quien eres.

Regresé al hostel, pero antes quise pasar por un pequeño estanco en el pueblo.

—Buenas tardes, ¿podría darme una pequeña libreta y un bolígrafo?

—¿Azul? —me preguntó el dependiente.

—No, mejor rojo —afirmé con convicción.

Matices y tonalidades, Axel.

Deposité las monedas en el mostrador sin pararme a recoger el cambio y, bolsa en mano, me encaminé de nuevo al lugar en el que me hospedaría.

Me tumbé en la cama y abrí la primera página.

«Una lista de propósitos y trescientos sesenta y cinco días al año», garabateé en ella.

Ya no necesitaba una lista con treinta días, porque treinta días se quedaban cortos para nosotros.

Pasé la página y empecé a escribir chistes, de esos que le gustaban a Mérida. Tendría mucho tiempo para contárselos y hacerla reír, porque, si tenía algo claro en esta vida, es que lo mejor que había era su sonrisa.

¿Quieres más?



No te pierdas el siguiente título de la serie *Jacaranda*:

Sinopsis:

Puede que, de nuevo, no sea necesaria la carta de presentación. No la mía, porque ya me conocéis, pero a él no.

Él, Ethan, el chico de la armadura de cristal, el chico serio que no sonrío con cualquier broma, el chico de la mandíbula recta y las perfectas patillas, el chico frío, tan frío como el hielo. El

chico que teme que le hagan daño, humano, sensato y parco en palabras. El chico de los secretos inconfesables y la magia sin trucos. Él. Una vez más, él.

Lo que estoy segura de que sí que debo contaros es que he regresado a Jacaranda de nuevo y no lo he hecho sola, tampoco en verano. La estación ha cambiado, la temperatura también y las gotas de sudor han sido sustituidas por el vaho que se escapa cuando confiesas tus deseos, cuando escribes una lista que no esperabas escribir y cuando un mes cambia por completo el resto de tu existencia.

Ethan llegó a mi vida como el invierno llega tras el otoño. Ponte unas botas de montaña, una bufanda y un gorro de lana y deja que lo que hay dentro de estas páginas te cuente mi invierno, el invierno que cambió nuestras vidas.

PRÓLOGO

Una lista de deseos y treinta noches de invierno

—¿Te lleno el plato, hija? Necesitas alimentarte. Una mujer fuerte y sana es el resultado de lo que come, y tú no comes nada últimamente.

—Eso, eso, cuñada. No comes nada últimamente. —Axel, ese que está sentado justo enfrente de mí y que intenta ganarse el beneplácito de mi madre, lleva un rato repitiendo todas y cada una de las frases que ella me profesa por el simple hecho de fastidiarme y de que mi madre le dedique una sonrisa de agradecimiento al verse respaldada por el nuevo miembro de la familia.

—Gracias, cuñado —le suelto entre dientes y con cierto retintín—, pero no es necesario, creo que ha sido más que suficiente con un plato de caldo y una chuletilla de cordero. Puede que quien tenga que alimentarse como debe sea Mérida, los gemidos que escuché anoche desde la habitación de Antón dudo que fuesen de los gatos abandonados que hay en la calle; no es la época de apareamiento. Y, si eran de lo que creo que es, necesita recuperar fuerzas —le suelto para abochornarlos.

El resultado no es otro que el esperado; a mi madre se le cae el cucharón dentro del caldero que contiene el caldo, Mérida se tapa la cara completamente avergonzada, Antón se ríe a carcajadas, y Axel le dedica su mejor sonrisa a mi padre mientras le guiña un ojo como si fuesen compadres y entre ellos entendiesen que eso que yo acabo de mencionar es lo más lógico dadas las circunstancias. Y lo es, no soy quién para negarlo, pero comer pan delante de los pobres está muy, pero que muy, mal.

—¡Por Dios, Olivia! —termina por exclamar mi madre, cuando recupera la compostura y el cucharón para rellenar el plato de Axel y el de Antón—. Estamos almorzando.

—Lo siento, mamá —me disculpo con falsedad—. Antón, ¿ya has pensado en buscar una novia seria y dejar de picar tanta flor? El complejo de abeja no te sienta bien, últimamente estás de capa caída. —Mi hermano deja a medio camino la cucharada que estaba a punto de degustar y me echa una de sus miradas asesinas. Me encanta fastidiar y esta la tiene bien merecida porque lleva un rato riéndose de mí porque me acaban de despedir de mi último trabajo. Y, ya sabéis lo que se cuenta y se dice por ahí; donde las dan, las toman, el que siembra vientos recoge tempestades o el que a hierro mata a hierro muere, y podría seguir, pero mejor lo dejo ahora, cuando estoy en lo alto del pódium.

Vale. Lo sé y sé que me lo merecía; el despido, hablo del despido, de las pullas casi que no digo nada porque prefiero no reconocer que también me las merezco por lo bocazas que soy. El caso es que solo a mí se me ocurre poner un cartel en el mostrador contándole a todo el que pasara por allí que mi jefa, en vez de estar trabajando, se estaba beneficiando a mi compañero; ese que ha sabido jugar bien sus cartas y aprovechar la coyuntura para ligarse a mi superiora — que, ya de paso, le faltan habilidades sociales para serlo— y ascender en la escala jerárquica dentro de la tienda. Ascender a base de favores sexuales, que por allí tampoco hay gatos y los gemidos retumbaban en la tienda.

No fue la mejor forma de hacerlo y sabía que me arriesgaba a que me pillasen y me despidiesen; pero el plan que había tramado era excelente, salvo por los tiempos, no contaba con que el polvo de ayer durase veinte minutos y no los treinta que suele durar habitualmente, y

tampoco contaba con que llegara el marido de la jefa. Y en mi defensa diré que ni siquiera sabía que estaba casada y que tenía dos gemelas. Tampoco me preocupé nunca en conocer más de su vida, me cayó mal desde el principio y mucho peor cuando me di cuenta de que era mutuo, y solo le gustaba ponerme en apuros.

Me siento una víctima del sistema, ¡ea!, ya lo he dicho. No es que no me arrepienta, porque lo tuve que hacer cuando se lo conté a mi hermana, y ella me dio suficientes argumentos para sentirme culpable una milésima de segundo; pero, tras ese momento al que he denominado: «pérdida temporal de mi cordura-locura y posesión temporal de gemela buena», vi la sonrisa de Axel seguida de la de Antón con el consecuente discurso de: «se lo voy a contar todo a mamá y verás la que se va a liar en el almuerzo». Pues nada, se ha liado parda.

Le supliqué a Antón que no se lo contase, pero sabía que o bien era él quien lo haría o Axel, que pretende ganarse todos y cada uno de los galones al mejor yerno del mundo —por eso de que mi madre adoraba al gilipollas de Adán y hasta hace nada creía que Mérida podría volver con él

—
Todo se le pasó a la señora María, cuando supo que Axel es un gran abogado, que tiene una casa muy chula en el centro y que gana lo que toda la familia en un año. Bueno, quizá esto lo exageró un poco, pero lo tengo amenazado con que, si no me hace el gusto de llevarme de vacaciones a la playa, se lo contaré y le diré que no es rico y poderoso como el pretende hacerla creer.

La cosa es que ahora no tengo trabajo y tampoco parece que se me vaya a aparecer la virgen y mañana me toquen en la puerta para ofrecirme uno que sea irrechazable. Seguiré buscando, obvio, pero necesito encontrar algo pronto, porque se acerca la Navidad, la fiesta de fin de año y el día de Reyes y mi intención es la de pegarme la fiesta padre el último día del año y comprar algún detalle para colocar bajo el árbol el día cinco de enero y, con la previsión que tengo ahora mismo, me veo haciendo manualidades con rollos de papel higiénico y papel de periódico, y las manualidades no son para nada lo mío.

Estamos a finales de noviembre. Jacaranda terminó hace meses y regresamos a casa con la mochila cargada de recuerdos, de noches en el bosque, de confesiones y de amigos de esos que sabes que van a permanecer el resto de la vida a tu lado.

Mi hermana, además de todo eso, se trajo a Axel, aunque él se la llevó poco tiempo después con la burda excusa de que vivían lejos y de que las relaciones a distancia no eran lo suyo. Nos costó separarnos, quizá más de lo que pensamos en su día, porque pasábamos mucho tiempo juntas y era la primera vez que nos alejábamos. Con Antón fue distinto, porque nos seguimos viendo y compartiendo fiestas y locuras. A Mérida también la veo, intercambiamos muchos mensajes cada día y vienen todos los fines de semana, a veces solo a comer y otras tantas a pasar el fin de semana completo, como en este caso; pero la echo de menos, mentiría si lo negase.

—Olivia, ¿acaso intentas centrar la atención en otro que no seas tú para evitar que hablemos de que te han despedido por hacer algo que no tenías que haber hecho? —inquiére mi hermano para que me calle y deje de hablar de novias.

—Mamá necesita nietos correteando por esta casa, ¿a que sí, mamá?

—Es cierto, un nieto que llene mis días de risas, cada vez somos menos en casa y me aburro —lloriquea mi madre con su ya habitual dramatismo.

—¡Hala! Ya habéis hecho llorar a vuestra madre —nos acusa mi padre—. No sabéis dejar la fiesta en paz —farfulla.

Mérida se incorpora y le hace una leve caricia en el hombro para tranquilizarla.

—A mí no me miréis —aclara Axel.

—A mí tampoco —lo sigue Antón—. Soy joven y estoy en la flor de la vida, los niños solo dan problemas.

—Y alegrías —insiste mi madre, intentando convencernos a todos. Preveo un discurso para hacernos cambiar de idea, a todos menos a mí, que soy la que peor lo lleva. Ya sabéis: sin trabajo, sin novio, sin previsión de nada de lo anteriormente citado; pues eso, que casi que mejor el discurso lo da en privado.

—Yo no tengo novio, así que soy la menos indicada para nada de eso, mamá. —La tengo en el bote con algo tan sencillo como eso que acabo de decir.

Mi madre asiente ante mis palabras, pero le dedica una mirada reprobatoria a Antón y a Mérida; a uno por la edad y a la otra por su situación sentimental, y yo sonrío porque, con esto, he logrado desviar la atención de mi fracaso laboral.

El sonido del teléfono irrumpe mientras mi cuñado intenta darme una patada por debajo de la mesa, y mi hermano me tira migas de pan con forma de bombas. Mi padre se levanta, yo esquivo todo ataque cual *ninja* astuto, y mi hermana sigue consolando a mi madre. Lo que se dice, una familia normal.

—Esto se arregla con una partida al dominó —grito para que mi padre lo escuche desde el salón.

Mi madre y mi hermana sonrían, mi hermano bufa, y Axel se tapa la cara para ocultar el disgusto.

Lo del dominó en esta familia se remonta a nuestra niñez, puede que incluso a la de Antón, pero de eso no me acuerdo porque yo estaba nadando en el huevo de mi padre. Cuando comenzamos a tener algo de razón, veíamos a mi padre, a mi madre y a Antón jugando en la mesa de la cocina con ese mantel a cuadros azules y blancos que tanto me gustaba y con el olor a natillas que mi madre hacía todos los sábados. Mi hermano comenzó a crecer y a hacer de las suyas y me proponía tratos: al principio le contaba las fichas que tenían mis padres a cambio de sus natillas; luego, crecí y lo hacía por alguna moneda de cien pesetas o por una mentira piadosa para poder llegar más tarde a casa. Pero el dominó sigue presente cada sobremesa.

—Mérida, Olivia, es para vosotras —vocifera mi padre desde el salón.

Mi hermana y yo cruzamos una mirada por si alguna de las dos ha hecho algo, básicamente, mi hermana tiene miedo a que me haya hecho pasar por ella y la meta en algún lío. No sería la primera vez, eso está claro y ella lo sabe tan bien como yo. Niego para que se quede tranquila, por lo menos que yo recuerde, no la he liado, no desde lo de Adán y me sentí tan culpable que no se me ha pasado por la mente volver a hacerlo.

Mérida es la primera en llegar, y mi padre le tiende el teléfono.

—¿Quién es? —pregunto yo.

—Ni idea —responde mi padre—, solo sé que preguntó por vosotras.

—¿Sí? —cuestiona mi hermana al colocarse el teléfono en la oreja.

Parece mentira que mis padres sigan conservando en casa uno de esos teléfonos grises de rueda. Mi padre se niega a cambiarlo por uno nuevo, dice que las cosas ya no se hacen como antes y que este teléfono pasará de generación en generación. Cuando habla así, me suena a octogenario con pelazo.

Acerco mi oreja hasta el teléfono, y mi hermana me da un pequeño empujón para que la deje tranquila.

—Ajá... Entiendo... Ya... Déjame un contacto y lo hablaré con Olivia. Sí... Vale... Bien. Gracias por pensar en nosotras. Hasta pronto.

Mérida, tras colgar, se queda frente a mí, sonrío abiertamente y pone cara de pilla. Como

cuando éramos pequeñas, salvo que lo lógico y normal era que yo hubiese hecho algo, y ella me ayudase a buscar la solución para que papá y mamá no me castigasen sin ver la luz del sol durante meses.

—¿Y bien? —pregunto desesperada al ver que sigue sin pronunciar palabra.

—Olivia, hoy es tu día de suerte; ya tienes trabajo.

—¿Trabajo? —pregunto con cierto recelo—. ¿De qué?

—Jacaranda abre sus puertas durante treinta noches de invierno.

Continuará...

BIOGRAFÍA



¿Quién es Yanira García? Soy Canaria, vivo en Santa Cruz de Tenerife, aunque nací en un pequeño pueblo tinerfeño llamado La Matanza de Acentejo (tiene historia, sí). Siempre me ha encantado leer... Cuando era pequeña, sacaba libros de la biblioteca y los devoraba por la noche antes de dormir. Años después, encontré mi género y supe que me encantaba leer novelas románticas. En el año 2016 decidí que quería escribir una, tenía ideas que burbujeaban y me aventuré a ello.

Mis historias (por ahora) se caracterizan por tener personajes de esos que nos sacan alguna que otra carcajada, tener escenas sensuales y alguna que otra reflexión sobre la vida, la amistad, el amor, la lucha, los miedos... En fin, son historias a lo "Yanira Style".

Me encanta leer, hablar —por WhatsApp o teléfono también, jaja—, comer —cosas que engordan y son poco sanas—, me gusta la ropa cómoda, la playa y muero por tirarme al sol, y por encima de todo, debéis saber que resumir no es lo mío.

¡Nos leemos!